

# **Democracia y socialismo en el capitalismo dependiente**

Versión original en portugués:  
Dos Santos, Theotonio (1991), *Democracia e socialismo  
no capitalismo dependente*, Brasil, Edit. Vozes.

# Índice

**Introducción:** Un largo debate y el futuro

## **Parte I. Economía política de la dependencia**

- I. Nota previa
  - II. Génesis y evolución de la teoría del desarrollo
  - III. La dialéctica de lo interno y de lo externo
  - IV. Los niveles de la dependencia
  - V. Soberanía nacional, democracia y socialismo
- Apéndice: Algunos esclarecimientos sobre la teoría de la dependencia

## **Parte II. Desarrollo científico y dependencia cultural**

- I. Esclarecimientos metodológicos
  - II. Desarrollo económico-social y desarrollo cultural
  - III. Desarrollo cultural y desarrollo científico
  - IV. Antecedentes para una política científico-tecnológica
  - V. Cultura y dependencia
  - VI. Dependencia cultural y socialismo
- Apéndice: Iglesia y Estado en América latina

### **Parte III. Capitalismo dependiente, democracia y socialismo**

- I. La viabilidad del capitalismo dependiente y la democracia
- II. Socialismo o fascismo: 20 años después
- III. El socialismo como movimiento social
- IV. El ideal socialista
- V. Las experiencias socialistas
- VI. El socialismo en el umbral del siglo XXI
- VII. La Perestroika, y la nueva etapa del movimiento socialista

- Apéndices:
- I. El debate sobre el fascismo en América latina
  - II. La punta del iceberg

### **Parte IV. Transición democrática y movimientos sociales**

- I. La transición democrática y el pensamiento social latinoamericano
- II. Crisis, conflicto social y cambios políticos en América latina hoy
- III. Hacia una teoría de los movimientos sociales
- IV. De cómo las clases dominadas cuestionaron la dictadura
- V. Los movimientos sociales en el momento de la "Apertura política"
- VI. Movimientos sociales y democracia emergente
- VII. Movimientos sociales y movimiento político: Los caminos de la izquierda brasileña

- Apéndices:
- I. Constituyente- una agenda para el debate
  - II. Conquistas sociales y contradicciones en la constitución

## Introducción

### Un largo debate y el futuro

Este libro reúne gran parte de nuestros trabajos y reflexiones sobre las cuestiones de la dependencia, de la democracia y del socialismo en los últimos quince años, desde que terminamos nuestro libro *Imperialismo y Dependencia*, publicado por Era, en México, y Tsuge Shobo, en Japón.

En este lustro ocurrieron cambios importantes en el escenario económico y político del mundo que nos llevaron a profundizar en algunas reflexiones y tesis defendidas en el pasado.

La primera parte de la obra se dedica a presentar nuestras reflexiones sobre las críticas publicadas en todo el mundo sobre la teoría de la dependencia y nuestra contribución a la misma.<sup>1</sup> No adoptamos la forma de una respuesta o debate con esas críticas, sino que intentamos profundizar nuestras concepciones, sobre todo en el plano teórico y metodológico.

Nos posicionamos ante las teorías del desarrollo mostrando su contenido ideológico y sus limitaciones metodológicas. Mostramos el error de las críticas que pretenden situar a la teoría de la dependencia como una superposición de los elementos externos e internacionales sobre los elementos internos y nacionales de los

---

<sup>1</sup> El reciente libro de Cristobal Kay, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, Routledge, London, 1989, hace una síntesis muy honesta y bastante completa sobre los debates acerca de la teoría de la dependencia y presenta una bibliografía bastante amplia sobre el tema. Sin embargo es necesario señalar que no toma en consideración el debate sobre el tema de la URSS, donde tuvo importante impacto en la formación de la "nueva mentalidad" que preside hoy las concepciones internacionales y su política exterior. Falta también un análisis del impacto de la teoría de la dependencia en África y en Asia.

países dependientes. Mostramos la dialéctica entre lo externo y lo interno en esas relaciones, los diversos niveles metodológicos del análisis de la dependencia y sus implicaciones sobre las cuestiones políticas siempre actuales de la soberanía nacional, de la democracia y del socialismo.

En la segunda parte, incursionamos más detenidamente sobre la cuestión de las relaciones entre el desarrollo científico y la dependencia cultural. Desde 1975 nos dedicamos especialmente a la temática de la revolución científico-tecnológica<sup>2</sup> que aumenta cada vez más la distancia entre los países desarrollados y subdesarrollados y crea las bases de una civilización global que tendrá, sin embargo, que absorber a las diferentes civilizaciones y culturas en una concepción pluralista del proceso de globalización que vivimos. Esta visión pluralista supera la visión simplista de la Ilustración y de las ideologías eurocentristas que confunden la civilización con la cultura europea y con las leyes de desarrollo del capitalismo.

Por lo tanto, el proceso de universalización que vivimos no debe suponer la aniquilación de las culturas nacionales, sino su resurgimiento en un nivel superior, en una relación dialéctica con la civilización del planeta.

No hay pues, ninguna contradicción entre nuestras afirmaciones sobre la formación de una civilización global y nuestra defensa de las culturas nacionales contra la dependencia cultural que limita radicalmente la capacidad de los países dependientes de ser parte del desarrollo universal de la cultura.

La tercera parte de este estudio integra la cuestión de la democracia en el contexto de desarrollo capitalista dependiente y procura responder a la pregunta: ¿es posible una democracia estable en las condiciones de una sociedad dependiente, donde la concentración de la renta y la exclusión de la marginalización de las mayorías sociales sean resultado de su forma particular de desarrollo capitalista?<sup>3</sup>

La ausencia de la justicia social y la indiferencia ante la miseria absoluta y sus secuelas son el aspecto esencial de una cierta concepción de modernidad y de la posmodernidad que pretende asumir fueros de verdad y tendencia universal. En esta parte mostramos, sin embargo, que el aspecto determinante de la evolución histórica es su direccionalidad hacia el socialismo.

---

<sup>2</sup> Estos estudios se reflejan, sobre todo en nuestros libros: *Fuerzas Productivas y Relaciones de Producción*. Vozes, 1985; *Revolución Científico-Técnica y Capitalismo Contemporáneo*. Vozes, 1983; y *Revolución Científico-Técnica y Acumulación de Capital*, Vozes, 1987.

<sup>3</sup> Nuestras ideas sobre la cuestión fueron presentadas de forma más sistemática en nuestro libro: *Socialismo o Fascismo: el Dilema Latinoamericano y el Nuevo Carácter de la Dependencia*. PLA. Santiago de Chile. 1970, 2ª edición revista: Edicol. México. 1976

En los días actuales, está de moda (evidente, a propósito, en toda la historia del capitalismo: recordemos a Thiers que, al vencer a la Comuna de París en 1871, aseguraba a la humanidad el fin del socialismo) presentar al socialismo como algo superado. La prueba histórica es el cambio que viene ocurriendo en Europa Oriental y en la URSS. No obstante, como mostramos en este trabajo, con ideas desarrolladas incluso antes de la Perestroika y de la *glasnost*, lo que ya estaba definitivamente superado era el “estalinismo” como ideología, y el aparato partidario y estatal-burocrático que había creado.

Lejos de significar el fin del socialismo, se representa, al contrario, el más importante avance de este ideal, de este movimiento y de esta experiencia histórica como formación social y como nueva metodología de regulación económica y social dentro del propio capitalismo. El estalinismo era un peso muerto sobre las concepciones universales del socialismo y sobre las sociedades en que se impuso, no como consecuencia del socialismo, sino como resultado del atraso histórico de las mismas, y el bloqueo imperialista que sufrieron y aún sufren. Pero el avance de las fuerzas productivas de esas sociedades, se tornó incompatible con la sobrevivencia de ambas realidades. Los países de Europa Oriental, y sobre todo la URSS, se encontraron aislados dentro del Comité de Coordinación para el Control de Exportaciones Multilaterales (COCOM).<sup>4</sup> A pesar de que los Estados Unidos intentaron mantener sus alianzas militares antisoviéticas, no hubo más que impedir la independencia de Europa, la formación del Hogar Europeo y el fin de la NATO.

Lo mismo tiende a ocurrir en el mundo asiático.<sup>5</sup> Que tales hechos sean presentados ideológicamente como una victoria del capitalismo sobre el socialismo es plenamente comprensible, pues forma parte de la lucha ideológica, pero que esto llegue a impresionar tan fuertemente a un sector tan grande de la intelectualidad de izquierda sólo puede explicarse por la fuerza que el estalinismo tuvo en la formación de esta intelectualidad.

Nuestros análisis sobre el socialismo muestran exactamente la necesidad histórica de los cambios que hoy ocurren. Éstos son el resultado de nuestros estudios sobre la evolución histórica del movimiento socialista,<sup>6</sup> nuestra experiencia práctica en el movimiento popular, y nuestra participación en varias reuniones, seminarios y congresos sobre la evolución actual del socialismo, entre los cuales se destacan las “mesas redondas” sobre

---

<sup>4</sup> Ver “US Isolated in COCOM on Soviet Trade” *Herald Tribune*, Feb. 16, 1990; y “US to Open High Technology to East Europe”, *Herald Tribune*, Dec. 19, 1989.

<sup>5</sup> Ver “Japan Scientists Report North Korea is Building a Nuclear Arms Facility”, *Herald Tribune*, Feb., 10-11, 1990. Las crecientes contradicciones entre Japón y US y el crecimiento de las potencias medias asiáticas como China, India y Vietnam forman el dominio norteamericano en la región cada vez más difícil.

<sup>6</sup> Ver nuestro Libro con Vânia Bambirra. *La Estrategia y Táctica Socialista de Marx y Engels a Lenin*. Ed. Era, México, 1978.

el "Socialismo en el Mundo", realizadas anualmente en Cavtat, en Yugoslavia, desde 1975.<sup>7</sup> El llamado "espíritu de Cavtat" impregnó fuertemente el debate socialista en este periodo y tuvo gran influencia en los cambios teóricos de concepción política y del papel de la democracia que viene dándose en el campo socialista.

En seguida, nuestras reflexiones se dirigen hacia el papel de los movimientos sociales en la transición democrática que viene desarrollándose en el mundo contemporáneo como fenómeno universal. En verdad, concentramos nuestras preocupaciones en América Latina y en Brasil, en particular, donde la transición democrática se combina con el estancamiento económico y la inmovilidad de las estructuras de explotación y dominación que forjaron el modelo capitalista dependiente de manera paradigmática en este país. Gran parte de las investigaciones que sirvieron de base a este tema se hicieron en el marco del proyecto de investigaciones sobre "Perspectivas de América Latina" que Pablo Gonzales Casanova dirigió para la Universidad de las Naciones Unidas.

Vemos en esta parte la renovación del movimiento popular y su ampliación hacia nuevas clases sociales en el marco de la lucha contra la dictadura popular y en la evolución y formación de una subjetividad creadora que debe determinar cada vez más la historia de nuestro país y del continente. Vemos también cómo se reflejó en el plano político e ideológico la formación de un nuevo sujeto colectivo, al determinar la madurez de una izquierda socialista y democrática en la región.

Completamos así, un ciclo de reflexiones que, lejos de encerrar el debate en el capitalismo dependiente, la democracia y el socialismo, pretende solamente reubicarlo a la luz de los importantes cambios que vienen dándose en el mundo contemporáneo<sup>8</sup> y particularmente en Brasil<sup>9</sup>. Esperamos haber cumplido en parte este objetivo. Que juzguen los lectores.

---

<sup>7</sup> Las mesas redondas de Cavtat se publican en la revista *Socialism in the World* editada en inglés, francés y servo-croata de cuyo consejo de redacción formamos parte activa hasta 1985.

<sup>8</sup> Nuestros estudios más recientes sobre el tema se encuentran en libro *La Crisis Internacional del Capitalismo y los Nuevos Modelos de Desarrollo* publicado en 1987 por Contrapunto en Buenos Aires y en la publicación en Brasil, con revisiones de 1988, por la Editora de la Universidad de Brasilia. Más recientemente preparamos para el Sistema Económico Latinoamericano un estudio sobre América Latina y la Economía Mundial que sirve de punto de partida para las investigaciones que realizamos actualmente sobre la Economía Mundial y los Procesos de Regionalización, con el apoyo del CNPq y de la Fundación Ford.

<sup>9</sup> Nuestros estudios sobre el proceso histórico brasileño se encuentran en varios trabajos, entre los cuales destacamos recientemente *El Camino Brasileño hacia el Socialismo*, Voces, 1986, así como la revisión de nuestros trabajos anteriores sobre el tema que deberá condensarse en el libro sobre *La Evolución Histórica del Brasil de la Colonia a la Nueva República* que estamos preparando para Westview Press y que deberá ser publicado en 1991.

## **Primera parte**

### **Economía política de la dependencia**



## **I. Nota previa**

Esta parte se divide en cuatro capítulos. En el primero, hacemos un intento de reconstrucción de las fuentes principales de la teoría del desarrollo en su versión nacionalista-democrática. De esta reconstrucción se destacan algunos elementos críticos que dieron origen a una elaboración teórica marxista sobre el desarrollo, integrándolo en el marco del desarrollo desigual y combinado del capitalismo en su fase imperialista.

Esto nos conduce a un segundo capítulo, en el cual es recogida la noción de dependencia como mediadora entre las condiciones internacionales generadas por el desarrollo del capitalismo y las determinaciones específicas de los países que ocupan una posición subordinada y dependiente en este contexto internacional. Puede observarse, en esta parte, la relación entre los niveles internos y externos, los niveles de la dependencia económica y su relación con lo social, lo político y lo cultural. De esta forma se realza la particularidad que asume el desarrollo del capitalismo dependiente y su imposibilidad de crear una economía capitalista independiente, capaz de atender las necesidades mínimas de las sociedades, como fue posible alcanzar dentro del capitalismo desarrollado. De este modo, se muestra que el socialismo aparece como la única alternativa histórica a este capitalismo dependiente.

En el tercer capítulo, se procura establecer, por consiguiente, cuál es la relación que se establece en esos países entre las luchas antiimperialistas y democráticas y el socialismo. Se enfatizan las distintas combinaciones determinadas por las estructuras económico-sociales de cada país y su relación con la revolución mundial y la teoría revolucionaria.

En el cuarto capítulo se enfatiza la relación entre la lucha por la soberanía nacional, la democracia y el socialismo como heredero de las luchas nacionales y democráticas de los países dependientes bajo una nueva óptica global.

## II. Génesis y evolución de la teoría del desarrollo

La teoría del desarrollo constituyó una disciplina académica en la posguerra, en los años 50. Esta fecha no es accidental. En esos años emergió el movimiento de liberación nacional en las colonias y las empresas norteamericanas y otros centros capitalistas comenzaron a invertir masivamente en los países dependientes. Para responder al desafío revolucionario en el mundo colonial (tanto para los que querían impulsarlo, como para los que querían combatirlo) y para establecer en países relativamente atrasados una economía industrial, era necesario conocer más pormenorizadamente los mecanismos del desarrollo económico. ¿Con que antecedentes teóricos se podía contar?

1) En primer lugar, con la teoría sociológica de la modernización, tal como se había configurado en Weber y Durkheim, cuyos principios sociológicos eran comunes, a pesar de sus importantes diferencias metodológicas. La burguesía de fines de siglo XIX y principios del siglo XX había establecido un esquema dual de comprensión del mundo. Se imponía internacionalmente un sistema social nuevo cuyo núcleo era el individuo racional, y cuya conducta se ajustaba a una clara definición de sus fines (independientemente del contenido de los mismos) y de los medios más económicos para alcanzarlos. La racionalidad no era un tipo ideal de comportamiento. Por más que procurara ocultar su contenido ideológico, este pensamiento partía de una filosofía de la historia, que suponía ser ese tipo de conducta "racional" un modelo superior de formación social que se impondría sobre toda la humanidad. El estudio de los pueblos tradicionales que no se ajustaban a esta racionalidad tuvo inicialmente un carácter estático, cuyo objetivo fundamental era definir las diferencias esenciales entre lo tradicional y lo moderno. Posteriormente, debido a la necesidad de inducir a un cambio más rápido en las sociedades tradicionales para ajustarlas a las nuevas condiciones del desarrollo de la economía internacional, surgieron los estudios de la modernización como un proceso de transición de lo tradicional hacia lo moderno o racional. Se trataba de implantar la racionalidad capitalista como un objetivo explícito y se hacía necesario ajustar la investigación empírica a este objetivo más activo y dedicarse al estudio de los obstáculos culturales y del comportamiento que se interponían al cumplimiento de esa meta.

2) La segunda fuente disponible para elaborar una teoría del desarrollo era la de los estudios económicos sobre el crecimiento económico. La crisis de los años 30 había recuperado para el pensamiento económico el problema del ciclo y del crecimiento. La aparición de las crisis capitalistas fundamentaba la necesidad de inducir a la intervención estatal a favor de la ampliación de la demanda. El descubrimiento de los mecanismos de "propagación de los gastos estatales" como reanimadores del sistema productivo, como creadores de empleo y de nueva demanda, parecían poder aplicarse a los países atrasados, induciendo así un crecimiento económico que conduciría a la modernización de la sociedad en su conjunto.

3) La tercera fuente de reflexión disponible era la economía política clásica, que se mantenía ocupada de los fenómenos de la implantación del capitalismo como modo superior de producción frente a la economía rural pre-mercantil y cerrada. Se trataban de rescatar, de la economía política clásica, los elementos que permitieran comprender las nuevas condiciones de distribución y circulación que hacían posibles la implantación de la división del trabajo y de la evolución tecnológica como principios de acumulación.

4) Sin embargo, existía otra tradición teórica que no se podía dejar de lado. La economía política había integrado varios elementos que permitían la comprensión del desarrollo de una economía atrasada:

a) En primer lugar, Marx tenía analizadas las condiciones de la acumulación capitalista como una relación entre la producción de valores por la fuerza de trabajo actuando sobre medios de producción y materias primas en un periodo de tiempo socialmente determinado, y la remuneración de la fuerza de trabajo vendida en un mercado por un valor inferior a la contribución de su trabajo.

A pesar del contenido revolucionario y crítico de tal descubrimiento, éste podía ser apropiado para un pensamiento reformista con el objetivo de estudiar la relación entre la producción de valores, el excedente generado y su distribución entre la burguesía rural, urbana y bancaria. La cuestión del desarrollo podía ser puesta en buena medida como un problema de utilización del excedente económico en beneficio de las clases más altas de la burguesía, que deberían aplicarlo racionalmente en nuevas inversiones capaces de aumentar la riqueza social, generar empleos, etcétera.

b) En segundo lugar, Marx tenía analizadas, a través de los esquemas de reproducción simple y ampliada, las condiciones de repartición que permitían, no solo la reproducción del sistema, sino también la acumulación de nuevos bienes y montos crecientes de plusvalía. Se trataba de trasladar dichos descubrimientos teóricos hacia el estudio de las sociedades en que ese sistema de repartición comenzaba a imponerse, con el fin de analizar las condiciones más favorables en su aplicación máxima. Dichos esquemas, ligados a los *lags* keynesianos de los mecanismos de propagación, permitían establecer ciertos modelos ideales de comportamiento de la economía en beneficio de su máximo crecimiento.

c) La tradición marxista incorporaba, en tercer lugar, los análisis de Hilferding, Lenin y Bukharine sobre el imperialismo, que permitían destacar la lucha por los mercados a escala internacional, la relación entre el monopolio, la fusión del capital bancario e industrial y su relación con la inversión internacional de capitales y la explotación de la plusvalía de las colonias. A pesar del contenido crítico y revolucionario de estos descubrimientos teóricos, era igualmente posible ponerlos al servicio de los movimientos revolucionarios de las colonias y países dependientes, para realzar la exploración de los monopolios internacionales sobre los países coloniales. A pesar de ser muy pocos los teóricos del desarrollo, incorporaron dichos fundamentos en sus análisis los sectores más combativos de los movimientos de liberación nacional.

d) En cuarto lugar, la tradición marxista de los años 20 había dedicado un importante esfuerzo de reflexión al problema de la acumulación primitiva en el socialismo. ¿Cómo era posible introducir de forma planificada el crecimiento de una nación atrasada? La idea de un Estado gestor, capaz de realizar el crecimiento económico, no dejó de impresionar a un gran número de estudiosos del desarrollo económico, que procuraba aplicar dichos conocimientos, privilegiando sus aspectos materiales: necesidad de hegemonía del sector de bienes de capital, creación de una infraestructura energética como condición del crecimiento, papel de la educación, etcétera.

e) Finalmente, la tradición marxista también había desarrollado el estudio de los países dependientes: el papel de la burguesía nacional en las luchas de la liberación nacional, del campesinado, de los intelectuales y de una clase obrera naciente; la relación entre la revolución democrática y la socialista, entre la estructura de clases y la dependencia de la dominación imperialista habían sido objeto de reflexión de la Tercera Internacional y de teóricos de los países coloniales, como Mao Tsé-Tung quien más que nadie, había liderado una revolución nacional-democrática victoriosa. No se podían dejar de lado estas contribuciones teóricas.

El campo de análisis de la teoría del desarrollo era pues, muy amplio. Los modos de enfocar las condiciones que permitían el crecimiento eran también diferentes, dependían del sector social que los analizaba. El pensamiento liberal enfatizaba las condiciones de la modernización como sustitución de la sociedad tradicional. El pensamiento nacionalista revolucionario enfatizaba la dependencia, las modificaciones de la estructura social, el contenido de la industrialización y las condiciones internas de la acumulación. Sin duda, ambas tendencias se compenetraban y se influenciaban una a la otra, produciendo un eclecticismo teórico que era resultado de la identidad básica en su modo de ser abordadas y en sus objetivos. Se trataba de extraer de las contribuciones teóricas existentes los elementos que permitieran inducir a la modificación tecnológica, económica, social y política y el desarrollo capitalista en los países atrasados. Se trataban de superar los prejuicios que presentaban *ab initio* la raza, el clima y otros factores estáticos como límite definitivo al desarrollo del modo de producción capitalista a escala mundial.

Pero no tardó en surgir una divergencia entre los dos puntos de vista. Ya en los años 50 podía constatarse que el desarrollo del capitalismo y la industrialización de estas nuevas regiones no conducían al surgimiento de nuevas naciones capitalistas independientes, sino solo a una subordinación del crecimiento económico local al capital internacional, que reservaba un papel subordinado a la industrialización de estos países, así como a sus burguesías locales. La cuestión de la independencia y de la lucha imperialista no se agotaba en la lucha por la garantía de un desarrollo industrial capitalista. Poco a poco se fue abriendo una brecha entre los sectores que querían seguir el desarrollo de las fuerzas productivas locales de una forma independiente,

nacional y capaz de atender a las aspiraciones de consumo de las mayorías y las burguesías locales, que comprendían la imposibilidad de realizar ese desarrollo en el seno de una economía mundial capitalista dominada por los grandes monopolios que controlaban la última tecnología (que producía saltos enormes en un ritmo de transformación rapidísimo del sistema productivo y de consumo, etc.). Esta economía mundial capitalista estaba determinada por las enormes necesidades de financiamiento que presuponían las nuevas inversiones altamente concentradas, en condiciones en que los monopolios internacionales poseían clara hegemonía, contando aún con el apoyo de un sistema internacional financiero controlado por los EUA. Esta economía mundial desarrollaba igualmente el marketing (publicidad, promoción de ventas, financiamiento al consumidor, etc.) capaz de generar patrones de consumo ajustados a las características de los bienes productivos por los monopolios internacionales.

La adhesión de las burguesías nacionales al capital internacional y su abandono del proyecto de desarrollo nacional, autónomo y popular, traía como consecuencia política la pérdida de su capacidad de controlar el frente político de los obreros, de la pequeña burguesía y del campesinado que apoyaba las palabras de orden de liberación nacional. Era, por lo tanto, comprensible, que el frente ideológico también se quebrantara. Este hecho llevaba, en la segunda mitad de los años 60, a una revisión de las fuentes teóricas anteriormente señaladas, para situar el pensamiento burgués en un nuevo horizonte teórico marcado por una nueva etapa de lucha de clases a escala internacional y en el llamado Tercer Mundo.

La tradición teórica burguesa incorporó progresivamente el pensamiento monetarista como mediación para comprender la necesidad de un equilibrio apriorístico de la balanza de pagos y de los medios de circulación del dinero y del crédito y para asegurar un desarrollo capitalista más “equilibrado”, en el cual se abandonaban las concesiones económicas y políticas a los obreros que componían al anterior frente nacionalista, a los sectores de clase media que habían dimensionado ampliamente un Estado usado como instrumento de clientelismo político, a un campesinado apoyado en una economía rural decadente, que se convertía rápidamente en un proletariado agrícola asalariado. La agravación de la crisis capitalista internacional intensificó la necesidad de esta política que buscaba lo siguiente: a) restringir los créditos a las pequeñas y medianas empresas para permitir una plena canalización de los recursos financieros en dirección a las grandes empresas, en general filiales locales de las multinacionales –agentes concretos de la expansión del capital a la escala internacional-; b) disminuir la presión salarial de los trabajadores e incluso rebajar sus salarios reales; c) aumentar los grupos de técnicos y profesionales de formación moderna, capaces de servir a una expansión masiva de las inversiones internacionales a nivel local; d) aumentar las exportaciones de bienes industriales que utilizaban mano de obra intensiva; e) procurar un equilibrio de la balanza de pagos por la vía del aumento señalado de las exportaciones, por un lado y a través de la “importación” de capitales por otro. A pesar de los efectos

inmediatos aparentemente favorables que generó esta política de “milagros económicos”, ya en la década de 1970, fue posible constatar sus fuertes limitaciones.

Pero la teoría monetaria, combinada con un pensamiento neoclásico a favor de las grandes corporaciones, continúa su lucha para imponer sus principios a las políticas económicas de los países dependientes.

Muchos autores no situarían este modelo teórico y de política económica en el ámbito de la teoría del desarrollo. Creen, en primer lugar, que el pensamiento monetarista se concentra en la búsqueda de ciertas condiciones de equilibrio y, en segundo, que su aplicación conduce a una regresión económica.

Es, sin duda, necesario señalar que los pensadores más importantes de los países dependientes que utilizan tal esquema teórico lo incorporan en el marco de una teoría de desarrollo. Para ellos, la política de estabilización económica anteriormente descrita hace una limpieza del terreno productivo en beneficio de una mayor eficacia económica y de más altos patrones de productividad. La ruptura de las pequeñas y medianas empresas es la derrota de la ineficiencia, la imposición de las corporaciones multinacionales y la victoria de la tecnología moderna y de la productividad. La limpieza del aparato de Estado y la eliminación de sus déficits son la derrota de la demagogia populista parasitaria y la victoria de la tecnocracia que impone patrones de eficacia administrativa y productiva en la empresa estatal. La imposición de un mecanismo de cambios más equilibrado significa no proteger a las empresas nacionales ineficaces, sino crear las condiciones de una competencia internacional saludable para el aparato productivo interno, promoviendo, al mismo tiempo, la especialización de la producción en los sectores económicos en que los países dependientes demuestran mayor nivel competitivo. Y esa teoría afirma que en el caso de algunos países ya industrializados, estas ventajas comparativas pueden ser alcanzadas en los sectores industriales que, dentro del espectro de la tecnología moderna, emplean mucha mano de obra (factor abundante y barato en los países dependientes). Estas ventajas comparativas de hecho atraerían al capital internacional a esos países. Las victorias alcanzadas por los monetaristas, con una perspectiva desarrollista, en algunos países (particularmente en Brasil) parecían liquidar definitivamente la variante del nacionalismo económico. Sin duda, ya en los años 1973-1974 comenzaban a dibujarse los fracasos de esa política.

### **Estos fracasos motivaron dos tipos de reacciones dentro del pensamiento económico**

Por un lado, surgieron los grandes modelos econométricos e interpretativos internacionales que procuraban desarrollar grandes principios para resolver los problemas internacionales, tales como el crecimiento cero, un nuevo orden internacional impuesto por las Naciones Unidas y no por la lucha de los pueblos, los modelos de tipo ecológico alertando sobre los peligros de la “sociedad de consumo” etc. Estos grandes modelos

internacionales pecan sin duda, de la falta de un movimiento de fuerzas sociales concretas que los pueda impulsar más allá de las simplificaciones teóricas empíricas que reflejan.

Por otro lado, estimulado por los fracasos de la política monetarista y procurando aprovecharse de un relativo debilitamiento de la economía norteamericana, como resultado de la crisis económica internacional iniciada en 1967 y expresada en la depresión de 1974-1975, hubo en esos años un renacimiento del pensamiento nacionalista, pero en una versión cada vez más moderada. Su énfasis fundamental continúa en las condiciones desfavorables del comercio mundial, en particular el sistema de precios y las condiciones financieras. Pero existe una tentativa creciente de articular una política internacional de precios de las materias primas que aprovecha el mayor poder de negociación de los Estados nacionales y sistematiza la política de cárteles iniciada por la OPEP. Este poder de negociación fue ampliado en los años 1960 y 1970 como fruto de masivos procesos de nacionalización de empresas en los países de desarrollo capitalista dependiente. De este modo, hubo un entendimiento creciente de las tendencias de la economía internacional hacia una nueva división internacional del trabajo que favoreció el aumento de la exportación de productos industrializados a partir de países del Tercer Mundo.

En el plano interno no se asientan de ninguna manera bases para modificaciones estructurales. Pero la necesidad de un apoyo político a dichas medidas justifica la insistencia en mantener ciertos derechos de expresión y organización popular, los cuales se intentan controlar, sobre todo a través de una campaña de unidad interna de las fuerzas sociales nacionales hacia una lucha común en el plano internacional. Las fuentes teóricas de la fundamentación de dicha campaña no son muy diferentes de las que dieron origen a la teoría del desarrollo como disciplina, excepto por el énfasis creciente en los cambios internacionales, la cual ya existía anteriormente pero fue llevada a nuevos extremos. Es sin duda, necesario señalar que fue posible fundamentar este tipo de nacionalismo de última hora con un raciocinio supuestamente marxista, como la teoría de Arghiri Emmanuel sobre el cambio desigual. Esta teoría buscaba relacionar el sistema de precios internacionales con las condiciones salariales como fuentes de esos precios para probar que a través del cambio de bienes se formaba un sistema de explotación de los trabajadores de los países periféricos hacia los capitalistas y obreros de los países centrales. A pesar del carácter abstruso de la teoría emmanuelista del cambio desigual, su inserción en el contexto de las luchas de liberación nacional del periodo revela a) La capacidad de la pequeña burguesía para continuar generando alternativas teóricas; b) La necesidad de estas alternativas dio énfasis a las relaciones internacionales comerciales – cambio de mercaderías; c) La división que ésta misma refuerza y promueve un posible frente internacional de los intereses socialistas.

## Una nueva etapa de la evolución de la teoría

Pero, al lado de esta evolución del pensamiento económico dominante, la reflexión sobre el desarrollo entró en una nueva etapa en el interior de la economía política marxista. En los años de 1960 a 1970 se produce en Occidente un profundo movimiento intelectual basado fundamentalmente en la lectura crítica de *El Capital*, de los *Grundrisse* y del Capítulo VII Inédito de *El Capital*.

Sin dejar de señalar la limitación de una lectura económica de Marx, es necesario destacar la importancia de retomar una línea de reflexión teórica que permita incorporar la noción de explotación como hecho básico de funcionamiento del capitalismo contemporáneo. De esta forma, la relación entre la explotación, el proceso de valorización el proceso de trabajo, la acumulación, el ciclo de capital, la reproducción del modo de producción capitalista, la tendencia decreciente de la tasa de ganancia permiten retomar el hilo teórico que puede dar fundamento a un análisis revolucionario del problema económico. No obstante sería errado pensar que el descubrimiento de ciertos conceptos abstractos garantice el rigor del proceso de apropiación teórica de la realidad concreta. En este sentido, es necesario señalar algunos principios teóricos y metodológicos que tienen que estar presentes en el estudio del fenómeno de desarrollo, de modo que permitan un avance sustancial en su análisis:

1) Hay que considerar el desarrollo económico como un proceso histórico. Esto es, se trata de las posibilidades y tendencias reales de continuar el desarrollo de las fuerzas productivas a escala internacional y de situar en el interior estas tendencias:

a) El papel de las tres grandes formaciones sociales contemporáneas (el socialismo, el capitalismo en los países dominantes y el capitalismo en los países dependientes) en el desarrollo de las fuerzas productivas a escala internacional. Se trata de determinar en qué medida las relaciones de producción capitalista pueden resolver los problemas creados por el avance de la revolución científico-técnica y los procesos de concentración económica, centralización del capital, monopolización, intervención estatal e internacionalización de la producción y del capital que ésta provoca y exige.

b) Las condiciones de funcionamiento de una economía cada vez más internacionalizada, pero apoyada en las estructuras económicas nacionales y el carácter desigual y combinado. Este carácter de las relaciones internacionales no sólo fundamenta posiciones distintas relativas dentro del contexto económico internacional (países dominantes y dependientes, contradicciones interimperialistas etc.) sino que obliga a estudiar empíricamente el papel de las luchas por afirmar las estructuras nacionales dentro de esta realidad



(proteccionismo nacional creciente en los centros imperialistas, resurgimiento del nacionalismo en países dependientes, bloques de fuerzas regionales etc.). Estas tendencias proteccionistas se refuerzan durante los periodos de depresión económica. Tienden, desde 1967, a convertirse en el comportamiento normal de la economía internacional y deberán predominar aún por un periodo importante hasta que el capitalismo pueda lanzar las bases de un nuevo periodo de acumulación de capital a escala internacional.

c) Las condiciones teóricas y concretas que permiten la integración de los fenómenos nacionales con la contradicción internacional entre las dos principales formaciones sociales opuestas (capitalismo *versus* socialismo). Esta contradicción incide, igualmente, sobre las políticas económicas y los regímenes políticos de cada nación capitalista dominante o dependiente. Es de este modo que se anteponen cada vez más las luchas antiimperialistas y socialistas, la lucha contra las tendencias fascistas y el socialismo, la lucha por el desarrollo económico y la superación del subdesarrollo y de la miseria y la existencia de gobiernos populares capaces de conducir a una transformación socialista de la economía.

2) En segundo lugar, se trata de analizar el desarrollo de las fuerzas productivas como un proceso concreto de trabajo que se inscribe en distintas relaciones de producción y que sigue principios diferentes, y hasta opuestos, de regularización y conducción. Es necesario comprender por lo tanto, las exigencias que se oponen al proceso de producción en general, al proceso de trabajo en especial y a los obreros aún más particularmente. En este sentido, hay una tendencia para la normalización de la producción de acuerdo con principios que se hacen universales, pero cuya aplicación en una sociedad socialista, capitalista dominante o dependiente resulta en procesos reales completamente distintos. Por esta razón, no hay que engañarse, porque existe una tendencia universal para utilizar ciertos principios tecnológicos básicos: cuando se trasponen hacia una economía planificada y de pleno empleo liberan horas de trabajo productivo y aumentan la utilización del tiempo libre para el estudio, el desarrollo científico y espiritual; por otro lado, al superponerse dichos principios tecnológicos a una economía capitalista, éstos generan desempleo estructural, tiempo libre que se convierte en criminalidad y conflicto social, en educación deficiente y frustración; finalmente, al transponerse hacia las economías dependientes con enormes masas de subempleos, agigantan los sectores marginados de la sociedad, aumentan los sectores de altas rentas y, por lo tanto, la polarización social, la desigualdad y las contradicciones y, al mismo tiempo, desintegran el aparato interno convirtiéndolo en apéndice subordinado del internacional.

3) Las tendencias básicas de la economía mundial deben ser vistas como un conjunto complementario: productivo, comercial y financiero. Un análisis que separe estos factores, en vez de establecer una jerarquía y relación dialéctica entre ellos, conduce a un unilateralismo incapaz de captar la esencia del proceso histórico real. De esta forma, hay que integrar esos movimientos internacionales de medios de producción y fuerzas de trabajo, mercaderías y capitales, con las superestructuras jurídico-político-ideológicas.

4) La teoría del desarrollo debe, por lo tanto, romper definitivamente con su tendencia para ofrecer fórmulas ideales de crecimiento económico y de ajustes estructurales, para analizar el fenómeno de desarrollo en sus condiciones socioeconómicas estructurales, contradictorias e históricamente determinadas. Solo en este contexto se podrá situar correctamente la búsqueda de un nuevo orden económico internacional, las exigencias de crédito y de ayuda económica, las controversias sobre el gigantismo de los procesos de endeudamiento y otros desequilibrios internacionales sobre el crecimiento de la economía militar y del comercio mundial de armas, etcétera.

5) Las perspectivas internacionales son indispensables, pero no pueden dejar de redefinirse en función de las estructuras socioeconómicas nacionales y regionales y del papel protagónico de las clases sociales y de sus contradicciones. Las luchas de liberación nacional, por el desarrollo nacional independiente, por el acceso de las masas al trabajo y al consumo por la ampliación de su capacidad de decisión política y por la transformación revolucionaria de Estado, son partes integrantes y esenciales de la dinámica concreta del proceso histórico del desarrollo.

En conclusión, se podría afirmar que existe todo un camino de profundización de ciertos principios teóricos y metodológicos en cuya definición se avanza en los últimos años y que alejan la teoría del desarrollo del plano abstracto y formal en que se situó su primera fase bajo la hegemonía del desarrollo. Hoy en día, la elaboración teórica en los centros de poder mundial, asume ciertos principios de clase irrecusables (monetarismo y favorecimiento de las corporaciones multinacionales, subordinación de las burguesías nacionales, aseguramiento de condiciones de explotación elevadas para atraer el capital internacional, aumento de la intensidad del trabajo y del desarrollo tecnológico, a partir del punto de vista de la asimilación y aplicación de los principios y normas desarrolladas en los centros dominantes, subordinación del aparato productivo local a la estrategia internacional de las corporaciones multinacionales en función de una minimización de los costos y del dominio de los mercados internacionales, etc.). Por otro lado, la elaboración proletaria y popular se dirige hacia una clara visión de la estructura socioeconómica existente como una formación social concreta a escala internacional y local. En este contexto, se destaca la cuestión de la transición hacia el socialismo como parte integral de una teoría de desarrollo, identificada con los intereses populares.

Por último, cabría señalar la compleja relación entre discontinuidad y continuidad del proceso de elaboración teórica. Su inserción tan clara en la lucha de liberación nacional, democrática y de las clases revolucionarias lleva, por un lado, a una asimilación sistemática de estas preocupaciones en la vida universitaria, trabajadora y artística, sobre todo en los momentos de auge democrático localizados en general en ciertos países, regiones o instituciones que atraen a los intelectuales y a los científicos expulsados de otras partes. Por otro

lado, como consecuencia de estos avances se producen violentos procesos de represión y dispersión de los centros de reflexión y de producción teórica y empírica y nuevos reagrupamientos en otros centros nacionales, regionales o institucionales.

En Brasil, entre 1961 y 1964, hubo una gran explosión teórica e intelectual. La radicalización del Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), el surgimiento de la Universidad de Brasilia, los debates organizados en la Facultad de Filosofía de São Paulo y en la Facultad de Economía de Minas Gerais fueron los centros principales de atracción de la elaboración teórica y de la investigación. En Chile, entre 1970-1973, la "Escolantina", o Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) fueron los principales centros de polarización que recogían, de cierta forma, la experiencia investigadora de centros internacionales ahí localizados como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el Instituto Latinoamericano de Planificación y Estudios Sociales (ILPES), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), etcétera.

Desde 1973, en México, se reprodujo esta situación con una mayor infraestructura local (material e intelectual), una mayor concentración de refugiados y aprovechando un alto grado de elaboración que la reflexión teórica ya había alcanzado en este país. No se puede dejar atrás, del mismo modo, la constante influencia de Cuba como centro de experiencia política y de irradiación intelectual e ideológica, siempre dinámico e interesado en comprender el proceso continental e internacional. Es necesario señalar aún el desarrollo de formas de intercambio y colaboración de los centros de investigación y enseñanza continental, como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), la Asociación Latinoamericana de Sociología, la Asociación de Facultades y Escuelas de Economía y las experiencias de escuelas como FLACSO y Escolantina o iniciativas como el Seminario Permanente sobre América Latina (SEPLA), la Asociación de Economistas del Tercer Mundo, etcétera.

No se puede tampoco olvidar que en cada país del subcontinente existe un desarrollo de centros de investigación y docencia, incluso durante dictaduras, que demuestran la vitalidad del impulso teórico en el subcontinente. En África y en Asia existen igualmente centros importantes de producción e irradiación que cuentan con el apoyo de gobiernos locales, el movimiento de los no-alineados, centros de investigación regional, etcétera.

En los países capitalistas desarrollados se puede constatar una menor objetividad en el tratamiento del problema del desarrollo, como consecuencia de la influencia del avance del pensamiento de los países dependientes y de una crisis económica, social e ideológica muy profunda que provocó un renacimiento del pensamiento científico en bases críticas y metodológicas nuevas.

En los países socialistas hay una evidente profundización y una extensión cuantitativa de los estudios sobre el desarrollo, donde se reconoce igualmente la contribución de los esfuerzos teóricos de los investigadores de los países dependientes.

Esta efervescencia teórica es una demostración de la gravedad del fenómeno concreto que se analiza, de su dinamismo y de la urgencia de resolver la crisis social que está cultivando estas inquietudes teóricas. La humanidad solo ubica los problemas que puede resolver y, si busca, de forma amplia, comprender el problema del desarrollo, del subdesarrollo y de la dependencia, es porque la cuestión está madura en la búsqueda de una solución. La teoría es, sin duda, únicamente un momento de proceso de transformación concreta de la realidad. La verdadera transformación es hecha por los pueblos en lucha por su liberación, por el desarrollo de su capacidad productiva, por la eliminación de la miseria, del hambre, del desempleo y del subempleo, luchas que constituyen una parte esencial del proceso de emancipación del pueblo trabajador en el mundo entero.

### **III. La dialéctica de lo interno y lo externo**

El estudio de la evolución de la teoría del desarrollo revela dos debilidades básicas: su eclecticismo teórico y su formalismo metodológico. Ambas limitaciones teórico-metodológicas conducen a un tipo de análisis que desprecia el análisis de los medios y procedimientos propuestos para alcanzar el desarrollo de las condiciones históricas concretas en que éste ocurre. La abstracción de las condiciones históricas conduce, no a una teoría aplicable a cualquier situación concreta, como se pretende, sino a un conjunto de fórmulas vacías que privan la relación entre el desarrollo económico y las condiciones concretas de su realización dentro de una economía mundial que modifica su estructura en un proceso dialéctico de evolución histórica. Este proceso conecta inevitablemente las estructuras del pasado, mismo para aquellos países que se encuentran en etapas más atrasadas de desarrollo. Como consecuencia, una teoría de desarrollo sólo será legítima a medida en que consiga insertar las experiencias nacionales en el marco de la evolución histórica de la economía mundial. La noción de la situación de dependencia se estableció como instrumento fundamental que permite relacionar la evolución de la economía internacional y los procesos internos de las economías y sociedades atrasadas en las diferentes etapas de la historia mundial.

Los progresos teóricos y empíricos alcanzados en el plano económico, social y político permiten avanzar un poco más en la comprensión del funcionamiento de las formaciones socioeconómicas dependientes y de las implicaciones políticas suscitadas por dichos análisis.

La definición de las relaciones de dependencia como elemento central para comprender el funcionamiento de las sociedades latinoamericanas conduce necesariamente a la propuesta de los niveles en que se establecen estas relaciones.

Si entendemos por dependencia una situación condicionante en que el desarrollo de algunos países afecta o modifica el funcionamiento de otros países o unidades socioeconómicas, dentro del desarrollo desigual y combinado del modo de producción capitalista a escala mundial, podemos establecer en general, que este fenómeno debe ser analizado en niveles distintos para captar toda riqueza de las determinaciones que encierra.

La primera distinción de niveles que se propone es la realización dialéctica que se establece entre las leyes de movimiento de una estructura de relaciones internacionales, cuyas determinaciones se encuentran en la dinámica de la acumulación capitalista en los países dominantes, y su entrelazamiento con economías nacionales que tienen su proceso de acumulación *condicionado* por el modo de inserción en esta economía internacional y, al mismo tiempo, *determinado* por sus propias leyes de desarrollo interno.

Las palabras *condicionado* y *determinado* reflejan conceptos precisos. Una cierta estructura socioeconómica posee sus leyes de movimiento *determinadas* por sus elementos constitutivos y las relaciones que establecen entre sí. Estos elementos explican, en última instancia, sus leyes de movimiento. En términos dialécticos, todo fenómeno se mueve a partir de sus contradicciones internas que determinan y abastecen los marcos de posibilidad de sus acciones.

Sin embargo, los elementos internos que conforman una realidad no agotan, sino que operan en determinadas *condiciones*, en un campo de acción que modifica su funcionamiento, permitiendo el pleno desarrollo de ciertas partes, bloqueando el desarrollo de otras, aumentando o disminuyendo las contradicciones que las oponen, introduciendo nuevos elementos sobre los cuales reaccionan los elementos internos, exigiendo su adaptación o llegando incluso a romper las estructuras existentes. En la dialéctica entre estos elementos internos y el choque con una formación socioeconómica superior, puede ocurrir, incluso una situación de impenetrabilidad, de resistencia absoluta, que puede llevar a la destrucción total de las estructuras existentes y a su sustitución por otras diferentes.

La dialéctica entre lo interno y lo externo debe partir de estos supuestos si no quiere transformarse en una visión simplista y formalista del proceso de movimiento. Si abandonáramos el campo de esta digresión abstracta y buscáramos insertarnos en la realidad internacional, veríamos que el surgimiento y la expansión del modo de producción capitalista a escala internacional no pueden desprestigiar esas leyes dialécticas.

El surgimiento del capitalismo en Europa Occidental solo fue posible gracias al crecimiento de la burguesía comercial y financiera, como entidad relativamente autónoma de la orden feudal, al mismo tiempo que la relativa debilidad de la nobleza en Europa no permitió subyugarla. La monarquía europea, al contrario de las orientales, solo se impuso por medio de una alianza con la burguesía naciente y su desarrollo histórico solo fue posible a medida que la monarquía asoció su destino a la expansión del comercio mundial y al desarrollo interno de las manufacturas. La inserción de Europa en el comercio mundial de los siglos XIII a XVI vio fortalecerse así, a una burguesía en proceso de afirmación, y debilitarse a una nobleza raquítica, aislada y poco capaz de unificar los diferentes y contradictorios intereses locales de los feudos.

La burguesía se desarrolló en Europa Occidental en oposición a los intereses locales, instrumentó el Estado absolutista a favor de sus manufacturas y supo aprovechar los resultados de la expansión europea, creando las bases de un nuevo modo de producción que, apoyado en la concentración, cooperación y división del trabajo generado en las manufacturas, pudo avanzar en dirección a la separación radical entre la propiedad de los medios de producción y la fuerza de trabajo, conjuntamente con la incorporación de maquinaria y la creación de la fábrica moderna. Como resultado histórico de este proceso, surge la gran industria y se impone de manera irreversible, el modo de producción capitalista.

La imposición del modo de producción capitalista en Europa Occidental, particularmente en Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Bélgica y Holanda, a mediados del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, condicionó el desarrollo del capitalismo en otros lugares. Desde entonces, se puede constatar que la postura asumida por la revolución burguesa en estos países no se repetiría en otros lugares, a pesar de conservar sus elementos esenciales. La lucha de otras burguesías para imponerse internacionalmente se encontraba con dos elementos nuevos muy directamente: desde el punto de vista interno, la imposición de la gran industria en una etapa ya avanzada de desarrollo tecnológico se confundía con el crecimiento inmediato de un proletariado industrial que radicalizaba e introducía objetivos propios dentro del proceso democrático revolucionario; desde el punto de vista externo, la afirmación de la unidad nacional en oposición al feudalismo local abría el mercado interno en formación a la competencia de los centros industriales más avanzados. El capitalismo liberal es sustituido por el proteccionismo y la revolución democrática por la reforma llegada desde arriba. La dialéctica de lo interno y lo externo asume así, otra forma en las nuevas experiencias de desarrollo capitalista en la segunda mitad del siglo XIX.

América Latina vive una situación diferente a estos países. Teniendo desarrollada una manufactura importante en el siglo XVIII, tuvo la constante oposición de la Corona, de los comerciantes locales y de la oligarquía agraria y minera. La lucha por la independencia parecía abrir camino a una explosión de masas capaz de

romper el yugo de las economías regionales, de la dominación, externa de capital comercial y financiero europeo. Sin embargo los comerciantes y financieros ingleses tenían mucho que ofrecer a una economía profundamente debilitada por años de guerra civil. La participación de los sectores latifundistas en la guerra de liberación les permitía mantener y hasta aumentar su hegemonía en la sociedad local que compartían apenas con los comerciantes, sobre todo aquellos dedicados al comercio internacional. A esta estructura de dominación del tipo oligárquico se asomaban los préstamos ingleses para constituir a los Estados Nacionales, en el marco de una dependencia al capital de los centros dominantes. Como consecuencia de este modelo oligárquico latifundista-mercantil, al cual se somete la lucha por la independencia es comprensible la insuficiente voluntad de romper relaciones serviles en la producción manufacturera de tipo arcaico, incapaz de desarrollar, como en Europa y en Estados Unidos, las potencialidades de la concentración, cooperación y división del trabajo que se delineaban dentro de las unidades manufactureras. Esta debilidad favorecía, por consiguiente, la competición de los productos manufacturados por la industria europea y deprimía el impulso revolucionario de las fuerzas productivas locales, la separación entre el productor libre y el propietario de los medios de producción, en síntesis: el desarrollo del modo de producción capitalista.

El enorme desarrollo del comercio internacional en la segunda mitad del siglo XIX vio reforzar la tendencia hacia una economía dependiente de los principales centros industriales. La lucha que se desarrolló en el decenio de 1840-1850 entre los artesanos y dueños de las manufacturas locales y los comerciantes y latifundistas era absolutamente desigual. Aquellos necesitaban imponer una protección de un Estado incipiente a sus manufacturas, en oposición a la importación de productos industriales mucho más baratos, importados con las divisas obtenidas por una agricultura y una minería en expansión, pues atendían a una demanda creciente en los centros de acumulación internacional del capital. La mano de obra recién liberada de los lazos serviles o aún subyugada a estos, se destinaba masivamente a las explotaciones agrícolas o minero exportadoras. Los latifundistas y comerciantes enriquecidos utilizaban sus recursos para canalizar la mano de obra de las regiones decadentes o del exterior hacia los nuevos centros de producción. Se imponía un modelo de desarrollo que permitía el rápido enriquecimiento de una oligarquía poderosa y que llevaría a la modernización urbana y al desarrollo de una clase media que apoyaba los esquemas cosmopolitas de la oligarquía agraria o minero-exportadora.

La oligarquía exportadora dominaba no solo los centros básicos de producción agraria o minera, sino también las actividades comerciales y los servicios que daban ocupación a esta clase media naciente. Es importante considerar también que las actividades agrarias y minero-exportadoras, bajo la hegemonía oligárquica, generaban divisas para importar los productos manufacturados de la clase de Europa consumidos por la clase media. De esta manera, la clase media se asociaba al modelo exportador, por más inconveniente que le hubiese resultado la dominación hacia la cual la conducía su dependencia de la oligarquía comercial exportadora.

Aquí otra vez, las leyes internas de desarrollo de un capitalismo incipiente encuentran una manera de inserción en las condiciones generadas en el exterior por el capitalismo hegemónico. Los elementos internos que *determinaban* el paso a una etapa de desarrollo capitalista tienen su desarrollo *condicionado* por las tendencias de la economía capitalista internacional, cuya dinámica no controlaban. Las bases de un desarrollo capitalista local, generadas por la decadencia de la aristocracia agraria y minera colonial y por el progresivo rompimiento de las relaciones de producción serviles o esclavistas, no sirven de sustento a un capital industrial cuyo carácter incipiente lo volvía incapaz de competir en un mercado mundial en formación, pero sí en una nueva burguesía comercial, agraria y minera, que conserva muchas características del pasado.

Por esta razón, nuestra revolución burguesa se quedó a mitad del camino. Las tesis liberales fueron asumidas por la oligarquía comercial, minera y agraria y las tentativas proteccionistas permanecieron en las manos de los débiles grupos de artesanos y manufactureros. Éstos, por su parte, fueron debilitándose con el surgimiento de industrias capitalistas, complementarias al sector exportador. El carácter dependiente de estas industrias limitaba la fuerza de una burguesía industrial naciente y la subyugaba estructuralmente a los intereses del sector exportador. Esto no solo generaba el mercado básico para el sector industrial debido a la demanda de los trabajadores y capitalistas que no podía ser atendida totalmente con productos importados, sino también destruía el sector artesanal-manufacturero ubicado en las zonas rurales que no resistía al proceso de especialización de la actividad agrícola debido a la creciente demanda generada por una agricultura cada vez más especializada, dirigida mayoritariamente a la exportación. Al mismo tiempo, las actividades exportadoras demandaban productos industriales para empaque, etc. Y se establecían las bases para la industrialización de algunos productos exportados.

Es así como se crean, en el siglo XIX, estructuras socioeconómicas exportadoras basadas fundamentalmente en un capitalismo comercial y agrario, que origina elementos de un incipiente capitalismo industrial y que comienza a desarrollar una división social del trabajo cada vez más diversificada y también las bases de relaciones de producción capitalista en los sectores agrícola, comercial, de servicios e industrial. Esta estructura socioeconómica se configuró según ciertas demandas del comercio mundial y según una nueva división del trabajo a escala internacional que la acumulación capitalista generaba en los centros dominantes.

Las leyes del desarrollo del capitalismo internacional actúan, por lo tanto, sobre estas formaciones socioeconómicas impulsando su transformación, en una relación dialéctica con sus elementos internos y generando leyes de movimiento propias que no son las de acumulación capitalista pura, sino modificaciones de éstas, determinadas por esta posición subordinada y dependiente en la economía mundial. Sin embargo, ¿será posible comparar este desarrollo con la acumulación capitalista pura? ¿Éste no es simplemente un caso más de desarrollo capitalista? ¿Por qué encararlo como una especie de desarrollo parcial, insuficiente, deforme?



En este momento de nuestro estudio nos encontramos con un importante problema teórico. Se hace necesario elevar el nivel de abstracción de las preguntas anteriores y establecer: ¿Qué relación existe entre una estructura capitalista pura y sus modos concretos de funcionamiento? ¿Qué relación existe entre un mundo de producción puro y sus modalidades históricas concretas?

Un modo de producción es, al mismo tiempo, el producto de ciertas condiciones históricas concretas y una estructura de relaciones determinadas que tiende a reproducirse y ampliarse. Por ello, el método dialéctico lo aprehende a través de categorías lógico-históricas. Pero cuando una categoría se desarrolla, se separa de las condiciones concretas de su surgimiento histórico para convertirse en una abstracción pura, en un concepto simple articulado con otros conceptos más concretos, en un concepto abstracto que puede operar en condiciones particulares distintas en las cuales actúan otras determinaciones. El conflicto entre historicismo y estructuralismo es un delineamiento superado por la dialéctica materialista. La dialéctica incorpora, en una misma realidad y un mismo sistema de categorías y conceptos, lo histórico y lo estructural.

El modo de producción capitalista, con sus categorías puras de análisis, corresponde a una estructura de relaciones cuyo movimiento determina el proceso histórico concreto, aunque actúe en una realidad que obstaculice en parte su movimiento al integrar otros elementos que no se someten a la determinación del modo puro de producción.

Por ello, un capitalismo que se impone sin el dominio de su mercado interno, sin alcanzar su soberanía, sin determinar internamente su proceso de acumulación y reproducción, sin desarrollar hasta las últimas consecuencias la separación entre la propiedad de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, sin separar radicalmente la propiedad de la tierra y del capital, sin la base esencial de la acumulación capitalista que es la gran industria, sin apoyarse en el desarrollo tecnológico determinado por la hegemonía de la plusvalía relativa en el proceso de acumulación, sin una burguesía industrial, etc. está condenado a reflejar en su interior una contradicción constante entre los elementos del modo de producción capitalista que dan fundamento a su movimiento histórico y a la ausencia de los elementos capaces de permitir su pleno desarrollo como modo de producción. Estas formaciones sociales concretas están condenadas, al mismo tiempo, a buscar un compromiso entre estos elementos contradictorios que las conforman y a la necesidad de romper estos compromisos para permitir el pleno desarrollo de este fenómeno que las dinamiza, esto es, las relaciones de producción capitalista parciales, debido a la manera particular y concreta de su inserción en el proceso de expansión capitalista mundial.

La dialéctica de lo interno y lo externo se hace, por lo tanto, evidente en estas formaciones sociales capitalistas dependientes. La forma de lo interno, su modo de funcionamiento, su particularidad son, de manera aparentemente paradójica, la expresión de su inserción en lo exterior.

#### **IV. Los niveles de la dependencia**

La dialéctica también se hace evidente cuando buscamos diferenciar los niveles en que se mueve este concreto histórico que son las formaciones sociales dependientes.

En lo económico, encontramos de inmediato la compleja relación entre las formas de intercambio comercial condicionadas por un mercado mundial capitalista muy desarrollado en la etapa monopolio-imperialista, una división internacional del trabajo, fruto de la combinación entre las leyes de los costos comparados y la acción de los monopolios orientando sus movimientos, y un mercado internacional de capitales en busca de bajos costos y elevadas tasas de ganancia. Más allá de esto, nos encontramos con el desarrollo de un capitalismo agrario y minero basado en la explotación extensiva de la mano de obra local o emigrante, recién liberada del servilismo y/o de la esclavitud, sin acceso a la tierra ávidamente acumulada por capitalistas aventureros apoyados en un ejército libertador que se confundió, poco a poco, con los intereses de la nueva estructura agrario o minero-exportadora.

Desde este momento, se diferencian y se mezclan en un movimiento histórico complejo, estos cuatro niveles de la dependencia económica: el nivel de intercambio desigual entre la exportación de bienes primarios y la importación de bienes manufacturados; el nivel que se va evidenciando posteriormente del pago unilateral por parte de los países dependientes, de los servicios de transporte y tecnología; el nivel de movimiento de capitales (primeramente en cartera y sobre todo posteriormente, por inversión directa); y, por último, el nivel de la sobre explotación de la fuerza de trabajo local o emigrante para compensar las transferencias de recursos generados por los tres primeros niveles.

El desarrollo posterior del capitalismo dependiente mostrará que era muy difícil romper estos condicionamientos en que se movía. La superación de algunas formas de condicionamiento apenas hacía elevar el escenario de dependencia a situaciones nuevas más complejas y más limitadoras.

La literatura económica y sociológica de América Latina ha ofrecido sucesivos ejemplos de expectativas libertarias y constataciones posteriores de su fracaso,

Como vimos, el capitalismo dependiente estaba necesariamente dividido entre sus elementos dependientes y conservadores. La burguesía local apenas muere en una etapa para renacer en otra con objetivos semejantes, pero modificados y adaptados a las nuevas formas de dependencia. Los dueños de manufacturas y artesanos latinoamericanos que reflejaron las revoluciones europeas de 1848 fracasaron de manera ostensiva frente a las oligarquías exportadoras. Se asemejaban muy poco a sus sucesores, los inversionistas de 1860-1870, que buscaban crear empresas capitalistas modernas y se vieron abrumados por la estrechez de nuestros mercados internos. Estos, por su parte, se parecían apenas remotamente a los industriales de fines de siglo pasado y principios del presente, en México, Brasil, Argentina y Chile. Crearon las bases de una industria completamente dependiente de la estructura exportadora, alcanzando una posición importante durante la Primera Guerra Mundial para caer, en seguida, víctimas de la competencia de las manufacturas extranjeras en los alegres años 20 de recuperación capitalista internacional. Estos burgueses industriales se asemejaban remotamente a los nuevos y modernos industriales que aprovechándose de la baja de las importaciones manufactureras de los años 30 y de la crisis revolucionaria desencadenada en nuestros países, en el contexto de la crisis general del capitalismo, crearon un parque industrial suficientemente amplio para aspirar a un desarrollo nacional autónomo como definían sus ideólogos. Sin embargo, terminaron abrumados por la entrada masiva del capital extranjero apoyado en la tecnología concentrada y sofisticada, desarrollada después de la Segunda Guerra Mundial, que acabó por imponerles la condición de socios menores de capital internacional, ya en la segunda mitad de los años 50. La gran burguesía financiero-industrial, comercial y de servicios que logró articularse en el apogeo desarrollista generado por la entrada masiva del capital internacional entre 1950 y 1970 buscaba abrir camino hacia un desarrollo industrial dependiente, sin aspiraciones autónomas, en alianza con el capital internacional, abriendo sus mercados a los productos manufacturados de menor nivel tecnológico, apoyándose en la fuerza de sus Estados nacionales y buscando capacidad de maniobra propia. Este sector se sintió capaz de ejercer presiones políticas sobre los centros imperialistas en la actual situación de crisis capitalista internacional y de crecientes contradicciones interimperialistas. Pretendió explotar esta situación en un movimiento tercermundista que utilizara las materias primas y los productos agrícolas como fuerza de presión internacional, alcanzando, sin embargo, resultados poco optimistas.

En los últimos años este capitalismo local renació, tras la onda expansiva de un capitalismo de Estado que se amplió, tendiendo a crear la infraestructura para las nuevas etapas de inversión capitalista internacional y local. Su carácter dependiente condujo al mismo destino de sus antecesores, pues a pesar de que hoy en día su fuerza es más concentrada que la burguesía de los años 1930 y 1940, a sus competidores internacionales

(las actuales corporaciones multinacionales y conglomerados y los poderosos Estados imperialistas en que se apoyan) es muchas veces aún más poderoso. Esta es la etapa histórica en que los poderes financiero e industrial internacionales se articulan en una fase superior de centralización y concentración de capitales, mientras las gigantescas inversiones de las corporaciones multinacionales en el desarrollo científico y tecnológico introducen nuevos elementos en la acumulación capitalista que las burguesías locales no pueden ni de lejos dominar.

La historia de las tentativas de afirmación de una burguesía local, resumida anteriormente, es la historia de un desarrollo capitalista dependiente, de un capitalismo atrasado que solo consigue avanzar imitando los pasos dados por el capitalismo dominante.

No puede romper las cadenas del atraso que le imponen, no solo sus relaciones internacionales, sino sobre todo sus estructuras internas concentradoras y excluyentes. Solo es capaz de desarrollarse con base en la explotación de mano de obra barata, pero no puede absorber masivamente su fuerza de trabajo y crear un mercado interno suficientemente amplio para dar origen a una industrialización que integre los sectores de la industria pesada y de la moderna tecnología, y mucho menos capaz de generar su propia tecnología y de realizar un importante esfuerzo interno que sirva de núcleo generador de procesos de acumulación.

Por esta razón, los niveles de dependencia económica se condensan en nuevas formas y se agigantan los problemas en el momento exacto en que su resolución parecía próxima.

Las nuevas etapas de industrialización no consiguen romper los límites de las actuales metas impuestas por la división internacional del trabajo que reserva a estos países los campos tecnológicos desplazados de los lugares clave del sistema. El monopolio de la tecnología por parte de los países altamente industrializados les garantiza el monopolio de inversión y los altos precios de los productos exportados, en comparación con los precios decadentes de los productos industriales que comienzan a exportar algunos países dependientes de industrialización más avanzada.

Las relaciones de precio continúan, por lo tanto, deteriorándose, a pesar del surgimiento de nuevos ítems de exportación. Al mismo tiempo, los países dependientes no pueden abandonar totalmente la exportación de sus productos primarios. Éstos pasan muchas veces a ser exportados por entidades estatales con la complicidad de los antiguos inversionistas imperialistas, interesados en abandonar no solo la producción de productos primarios, sino también las inversiones en servicios públicos y otras actividades tradicionales. Los pagos

recibidos como indemnización por la nacionalización de sus empresas tradicionales son invertidos en nuevas actividades industriales o en el control de la comercialización internacional de los productos exportados por las empresas estatales que no disponen, en general de la fuerza y de la voluntad política para enfrentar un mercado internacional monopolizado por las mismas empresas multinacionales.

La incapacidad de determinar completamente las condiciones de funcionamiento del sector exportador, cada vez más estratégico, conduce a un desmejoramiento progresivo de la balanza comercial, ya que con las divisas de exportación, se pueden comprar las máquinas y materias primas industrializadas con las cuales operan un parque industrial nacional, creado como mediador en un sistema productivo internacional que este último no controla. Al déficit creciente de la balanza comercial hay que sumar el de servicios (básicamente traslados y *royalties*) y el de capitales directos (inversión directa inferior a los lucros remitidos). En consecuencia, se origina una balanza de pagos cada vez más negativa que sólo puede subsistir con la ayuda de créditos del exterior y de un endeudamiento acumulativo, ya que solo el pago de servicios de la deuda consume la mayor parte de los nuevos préstamos recibidos.

Como consecuencia de esta situación internacional negativa se refuerzan los mecanismos internos de sobre explotación, concentración y monopolización. También se vuelve cada vez más patente la incapacidad del capitalismo dependiente para incorporar la mano de obra liberada por los sectores económicos tradicionales en crisis. Se mantiene un mercado interno siempre estrecho y se hace más grande una concentración violenta de los rendimientos en las manos de los sectores improductivos y especulativos. Finalmente, se reafirma una creciente desnacionalización y desarticulación del aparato productivo nacional mientras se refuerza su posición de dependencia en relación a la economía internacional.

De esta forma, se repite el ciclo de la dependencia a un nivel superior. Interactúan todos los elementos de la dependencia: relaciones comerciales desfavorables y una posición subordinada en las nuevas etapas de la división internacional del trabajo, importación de capitales y exportación de ganancias, a lo que se añade un endeudamiento creciente. Se refuerza la dependencia tecnológica, y las leyes de la sobrexplotación de la fuerza de trabajo se expresan en la concentración del rendimiento, en la estrechez del mercado interno y en su contrapartida lógica: la debilidad del aparato productivo. Se refuerza de este modo la dependencia bajo la lógica de hierro de la acumulación capitalista internacional, altamente concentradora, excluyente y empobrecedora de las mayorías.

Lo que ocurre a nivel económico, se retraduce igualmente en lo social y en lo político. La lógica de la exclusión y del desarrollo raquítico de las economías dependientes es la misma que convierte sus burguesías en simples

enanos, que aspiran a un desarrollo completo, pero que se sacrifican prontamente al capital internacionalmente hegemónico. Burguesías cada vez más temerosas de sus clases obreras que ya no se sienten capaces de manipular, mediante un gran plan de desarrollo nacional como en los años 1930 y 1940. Al mismo tiempo, ven con temor desarrollarse en esa clase obrera concepciones ideológicas y políticas autónomas, de carácter socialista. Para enfrentar esta situación política, el capital internacional y sus socios locales ejercitan, desde una violencia abiertamente fascista para contener estas tendencias socialistas crecientes, hasta las tentativas de favorecer una concepción social-democrática que organice a la clase obrera (más fuerte y políticamente más consciente que las anteriores manipulaciones populistas), dentro de una perspectiva de conservación del sistema capitalista, reformulándolo literalmente e integrando políticamente esta clase, cuya independencia política puede alterar profundamente los marcos sociales y políticos.

Sin embargo se hace necesario a estas clases dominantes no solo controlar la clase obrera, sino también otros sectores sociales víctimas de la violencia explotadora del capitalismo dependiente: asalariados, masas pequeño-burguesas y campesinas y un inmenso subproletariado concentrado en las zonas marginales de las grandes ciudades. En una situación de crisis creciente del capitalismo dependiente, esta salida social-demócrata tiene perspectivas poco sólidas y limitadas. Se crean, de esta forma, verdaderos "embotellamientos" políticos que desconciertan completamente a las clases dominantes y abren camino a aquellos aventureros que demuestran capacidad de controlar políticamente la situación. Se abren de esta forma las puertas de poder a los militares, a los líderes y grupos fascistas que muestran esta capacidad política.

De esta forma, los niveles económico, social, político e ideológico de las relaciones de dependencia se articulan en un proceso histórico cuyo movimiento sólo puede ser aprehendido en una dinámica en la cual la dominación y la dependencia escriban una única historia del sistema económico mundial. Este desarrollo desigual y combinado del capitalismo mundial va renovando en etapas cada vez más complejas su carácter explotador, concentrador y depauperador de las grandes masas. La inestabilidad política inherente a esta dinámica económico-social lleva, así, a intentar soluciones socio-democráticas (que sustituyan el desgastado populismo nacionalista y democrático de los años 1930 a 1950), o las dictaduras militares o civiles de perfil fascista, que impongan las transformaciones modernizadoras que exige la acumulación capitalista monopolista, concentrada y centralizada, propia del gran capital internacional en la etapa actual de la división internacional del trabajo y de la internacionalización del capital.

## V. Soberanía nacional, democracia y socialismo

Los capítulos anteriores nos señalaron las limitaciones teóricas del pensamiento dominante, para enfrentar y explicar la acumulación capitalista en condiciones de dependencia y las limitaciones económicas y políticas del capitalismo dependiente para proponer un desarrollo económico independiente y popular, capaz de generar un consenso social y una democracia política estable. En estos razonamientos queda claro que, en estas formaciones sociales capitalistas dependientes, las tareas democráticas que fueron propias de las revoluciones burguesas originales llegan a ser impulsadas por las clases y grupos sociales dominadas, en constante rebelión contra el estado de cosas existente. Se produce de esta forma un complejo proceso de articulación entre las tareas antiimperialistas o de liberación nacional, las aspiraciones populares por la elevación de sus niveles de vida y la redistribución de la renta, el establecimiento de una democracia política que permita alcanzar dichos objetivos y las tareas superiores de carácter socialista que consagren los objetivos anteriormente señalados, a través de un Estado que imponga los intereses populares sobre las clases dominantes, locales y extranjeras, y realice una planificación racional de los recursos nacionales, de acuerdo con el principio de la propiedad social.

Esta compleja articulación entre las tareas democrático-burguesas y socialistas no es un problema de fácil solución teórica y política, pues varía según las distintas estructuras socioeconómicas. En cada país dependiente se encuentra una situación distinta en cuanto a:

- a) El peso de la burguesía local y de la burguesía internacional que depende de la orientación de las inversiones, del grado de desarrollo de la industrialización, de la concentración y monopolización, de la centralización de capitales, del compromiso del Estado en la acumulación de capital. Estos elementos afectaron, del mismo modo, a las contradicciones entre el capital orientado al mercado interno o internacional, entre los varios capitales internacionales y entre estos y el capital local.
- b) Grado de desarrollo del proletariado industrial, su consecuencia política, su capacidad de aliarse y hegemonizar sus otras clases y grados dominados, tales como la de los intelectuales, la pequeña burguesía, el campesinado y el subproletariado. Es fundamental comprender la relación entre este proletariado y la burguesía nacional que procura, en mayor o menor medida, su apoyo a las luchas contra el capital extranjero y las oligarquías agrarias o minero-exportadoras.
- c) Grado de desarrollo del aparato institucional - particularmente el Estado y los aparatos ideológicos -, por cuya hegemonía lucharon las diferentes clases y facciones de clase, en condiciones democráticas más o menos avanzadas o dictatoriales. En este sentido, tiene especial importancia la posición de los militares como expresión más importante del poder represivo.

Estos factores pesan sobre el desarrollo concreto de la lucha de clases en cada país y también la importancia relativa que asumen en los distintos momentos históricos las tareas antiimperialistas, democráticas y antimonopólicas.

Para llegar a una visión completa del problema, es indispensable considerar el peso de las relaciones internacionales. El grado de desarrollo del campo socialista por un lado, y las contradicciones interimperialistas por otro, el grado de compromiso y sensibilización del movimiento obrero y antiimperialista en los países dominantes en relación a las diferentes luchas nacionales, las cuestiones geopolíticas que pueden llevar a una intervención más o menos feroz del imperialismo y más o menos solidaria del campo socialista, etcétera.

El movimiento popular en los países dependientes no puede, por lo tanto, elaborar una estrategia apriorística, de carácter universal y esquemático. Por el contrario, debe responder a las características locales y a las particularidades que cada movimiento popular identifique, a través de un gran conocimiento de la realidad local, tanto económico-social, como política y cultural.

En el plano cultural, esas particularidades son especialmente importantes, ya sea por la presencia de diferencias étnicas, nacionales y hasta tribales en muchas regiones, utilizadas como instrumento de división de las fuerzas populares.

Es, por lo tanto, inevitable aceptar que la lucha por el socialismo en los países dependientes deberá contemplar esas especificaciones nacionales y hasta regionales. Pero también está claro que hay elementos generales en estos países que identifican leyes fundamentales tales como la lucha antiimperialista, la lucha por una democracia apoyada en las masas, los frentes de las fuerzas populares de contenido más o menos amplio, según la identificación de las burguesías locales con el imperialismo, y la necesidad del socialismo como forma final inevitable para coronar las tareas democrático-burguesas, debido a la imposibilidad de alcanzar en la época del imperialismo un capitalismo independiente, nacional y popular.

La capacidad de combinar de forma creativa y audaz estos elementos políticos, de acuerdo con las condiciones concretas de cada país, será la llave para la victoria del movimiento popular en las distintas situaciones nacionales del Tercer Mundo. Para este fin, el desarrollo de un pensamiento marxista libre de preconcepciones, capaz de entender las condiciones de la lucha de clases a nivel local, es una condición indispensable. Las contribuciones teóricas desarrolladas en los últimos años para comprender la dependencia y el subdesarrollo fueron una herencia indispensable para la elaboración de una estrategia y táctica capaces de recoger dialécticamente el armado de la situación histórica de los países dependientes y sus perspectivas de transformación más o menos revolucionaria.



El movimiento obrero y popular, los Estados socialistas y progresistas y el movimiento socialista internacional deberán esforzarse por encontrar la relación orgánica entre las luchas revolucionarias de las fuerzas populares de los países dependientes, la lucha por el socialismo y la democracia en los países capitalistas desarrollados e imperialistas y la construcción del socialismo en los países del campo socialista. Toda la elaboración teórica y política que desvincule estas luchas en nombre de intereses nacionales, de un etnocentrismo europeo y norteamericano, y también de un tercermundismo que divide el mundo en países desarrollados y subdesarrollados, entre potencias y superpotencias, sin distinguir las diferencias entre el campo socialista y el capitalismo y las contradicciones de clase en el interior del campo capitalista, cumple un papel reaccionario.

Si es verdad que tenemos que reconocer las particularidades nacionales como condición de la eficacia de las transformaciones sociales progresistas, si debemos reconocer la necesidad de analizar esos intereses nacionales e identificar la lucha por la emancipación del Tercer Mundo con esos intereses, no podemos dejar de reconocer y analizar la convergencia dialéctica inevitable y necesaria entre la realización de estos intereses nacionales, la lucha común internacional antiimperialista y la construcción del socialismo a escala mundial como única alternativa democrática, racional y coherente para el subdesarrollo y su miseria, para la agresividad imperialista y la amenaza de guerra mundial que éste encierra, para la humillación y subyugación que viven las clases y los pueblos dominados y explotados.

La esencia del internacionalismo guiado por un pensamiento materialista-dialéctico está, pues, por reconocer la unidad de la lucha internacional por la democracia, el socialismo y la paz en la diversidad y particularidad de situaciones concretas nacionales.

Dicha afirmación obliga a una gran tolerancia y comprensión entre las fuerzas revolucionarias y progresistas de varias naciones y a un desarrollo de un pensamiento social y político vivo y creador. Esto obliga a analizar la experiencia de cada uno de los pueblos que alcanzaron su soberanía nacional como una realidad específica de la cual se pueden retirar leyes generales, apenas en la medida que esas leyes se inserten en un discurso teórico capaz de entender, por un lado, las nuevas historias generadas por el avance del capitalismo y del socialismo a la escala internacional, y por otro, a las particularidades de cada situación nacional, analizada en este contexto internacional. Las opciones que pueden llevar a las ciencias sociales a sacar los ojos de la situación concreta de los pueblos tendrán un efecto negativo. Todo lo que lleve a rescatar de esa situación concreta una particularidad que no se incorpore en el proceso de desarrollo mundial, en la dirección de una sociedad global, será también negativo y hasta podrá tener consecuencias reaccionarias.

La crítica al formalismo de la teoría del desarrollo no deberá ser un esfuerzo en vano, sino una recuperación de la fuerza del pensamiento dialéctico, cuyo rigor teórico y conceptual sólo se considerará completado cuando sea capaz de crear en el pensamiento el armamento histórico en sus últimas determinaciones.

## **Apéndice**

### **Algunos esclarecimientos sobre la teoría de la dependencia**

#### **Entrevista con Theotônio Dos Santos**

El presente documento fue redactado con base en una entrevista oral realizada con el Profesor THEOTONIO DOS SANTOS, en enero de 1977, en el Departamento de Investigación Sobre el Problema Agrario en América Latina, en el Instituto de Cooperación Internacional de la Universidad de Ottawa.

La entrevista fue realizada por el profesor Lawrence Alschuler, de la Universidad de Ottawa.

Pregunta: Profesor Theotónio, nuestra primera pregunta versará sobre el contenido y las implicaciones del concepto de dependencia. Es sabido que fue el primero en formular y articular la teoría de la dependencia. Otros lo siguieron en este camino y la teoría ha proliferado de tal manera que, a pesar de su juventud, casi se le puede considerar el "abuelo" de esta teoría. Nos gustaría por lo tanto, aprovechar la presencia de aquél que fue el cerebro de esta primera generación de desmitificadores del subdesarrollo, ideologizado por Rostow, y que aún permanece en posición de importancia entre los grandes teóricos del desarrollo dependiente, para que esclarezca ciertos puntos. En primer lugar, algunos críticos de la teoría de la dependencia consideran que esta padece de cierta ambigüedad desde la propia definición de los conceptos básicos sobre los cuales reposa. Primeramente ¿es correcto decir que la dependencia externa es, en el fondo, lo mismo que el intercambio desigual? ¿Cuál es la diferencia entre la dependencia y el subdesarrollo? ¿Cómo se articulan los fenómenos de imperialismo y dependencia?

Respuesta: Para responder a esta pregunta es necesario, antes que nada, resaltar que el concepto de dependencia no puede ser formulado al margen del contexto más amplio del imperialismo, puesto que la propia definición de dependencia está directamente relacionada con una etapa precisa de la evolución del capitalismo- La del imperialismo. Desde fines de siglo XIX, el capitalismo adquirió un carácter monopolista, en el sentido que los monopolios ocuparon una posición dominante en las relaciones económicas de tipo capitalista. En el seno de este capitalismo monopolista, el capital industrial y el capital financiero se fundieron y se internacionalizaron.

En el transcurso de esta etapa de la historia del capitalismo, la competencia, cuyo objetivo es el control de los mercados internacionales, adquiere la forma de una lucha entre los monopolios, cuya sede se sitúa en los países capitalistas más avanzados y que tiene el poder de imponer, a nivel internacional, formas y normas específicas de desarrollo. Este es el problema esencial. Por otro lado, se tiene que tener en consideración la posición especial de los países que no habían adquirido, a fines del siglo XIX, un papel fundamental en la economía mundial y que no habían concluido el proceso de fusión del capital industrial con el capital financiero. Solamente en el interior de esta matriz de condiciones históricas determinantes es posible comprender el desarrollo del capitalismo en estos países.

El concepto de dependencia aparece, entonces, como un complemento del concepto de imperialismo, siendo de hecho la dependencia la cara interna del imperialismo en nuestros países latinoamericanos. Efectivamente, el imperialismo presenta un aspecto doble: el de su centro económico en expansión en dirección al exterior y el de los países que son objeto de esta expansión. Así la teoría del imperialismo busca comprender, articuladamente, los factores que llevan al capitalismo de los países "desarrollados" a un proceso de desarrollo internacional, los factores históricos que llevan a estos países a dominar a otros, a crear condiciones favorables para inversiones, a dominar el mercado internacional, a luchar también por el control de las fuentes de materias primas a nivel mundial.

La teoría de la dependencia, al contrario, tiene por objetivo comprender el impacto de estos procesos sobre los países por ellos afectados. Es, por lo tanto, la otra cara de la moneda. Sin embargo, es importante señalar que no se trata de efectos meramente mecánicos, sino de una integración dialéctica entre el fenómeno del desarrollo del capitalismo a nivel mundial y a las estructuras internas de los países que son objetos de este proceso de expansión. Existe, así, a este nivel, toda una dialéctica y los problemas teóricos específicos de ahí derivados constituyen el objeto de la teoría de la dependencia que, como se puede constatar, no puede ser pensada aisladamente o independientemente de la teoría del imperialismo.

¿Cuál es entonces la relación de estas teorías con el concepto de subdesarrollo? El concepto de subdesarrollo es un concepto esencialmente relativo que intenta describir la situación interna de los países sometidos a la expansión imperialista, en la óptica de un atraso en relación a los países capitalistas adelantados. De modo contrario, la teoría de la dependencia demuestra que estas situaciones calificadas de subdesarrolladas en realidad no corresponden a estructuras atrasadas, sino que se integran a un amplio proceso de desarrollo de capitalismo a nivel internacional. Por ello, los fenómenos de subdesarrollo, las estructuras subdesarrolladas no pueden ser comprendidas al margen del amplio contexto de desarrollo internacional del capitalismo que crea, en su expansión, una situación de dependencia.

El concepto de dependencia incluye, por lo tanto, tres elementos esenciales:

- En primer lugar, las estructuras del capitalismo a nivel internacional y la forma particular que adquieren en la fase imperialista mediante los fenómenos de monopolización y de internacionalización de capital, de lucha por el control de las materias primas, de hegemonía del capital financiero, etcétera.
- En segundo, las relaciones que se establecen entre los países que son objeto de la expansión del capitalismo y esta economía internacional mediatizada por las relaciones económicas internacionales, esto es, comercio exterior, los movimientos internacionales de capitales, la transferencia de tecnología, los préstamos, la ayuda, etcétera.

-En tercero, las estructuras internas de los países objeto de la expansión capitalista, que expresan el encuentro dialéctico de los elementos específicos internos de nuestras economías "subdesarrolladas" con las relaciones económicas internacionales y la estructura económica internacional.

Estos son, entonces, los tres elementos esenciales del fenómeno de la dependencia. Puede definirse entonces, la dependencia como una situación condicionante, en el sentido que crea las condiciones en las cuales estas estructuras internas se desarrollan, pero no las determina, puesto que son los factores internos los que, en última instancia, van a definir la forma concreta de estas estructuras. Consecuentemente, el problema de los intercambios desiguales no es más que un elemento del problema de la dependencia, influenciado por las relaciones comerciales internacionales de estos países y ligado al carácter desigual del desarrollo capitalista a nivel mundial. El intercambio desigual no puede, por lo tanto, ser confundido con el fenómeno de la dependencia, siendo no más que uno de sus elementos, ni siquiera uno de los más esenciales. Así como muchos estudios demostraron, el problema del intercambio desigual no puede ser comprendido al margen de fenómenos como el monopolio internacional y los movimientos internacionales de capitales. Una gran parte de los intercambios internacionales se realiza mediante la expansión de las inversiones, del capital y de las relaciones capitalistas monopolistas a nivel mundial. Por ello, situar el intercambio desigual en el centro del fenómeno de la dependencia sería un engaño teórico indudable.

Pregunta: ¿Usted cree que haya diferencia entre la infraestructura de la dependencia y lo que se acordó llamar como subdesarrollado en lo que respecta a la estructura interna?

Respuesta: El concepto de subdesarrollado fue utilizado por gran cantidad de autores, en un momento de la historia, para describir las estructuras internas subdesarrolladas. Estas descripciones, a veces malhechas, a veces bien hechas, siempre resultan incompletas. Pero el concepto sirvió, y aún sirve, para describir cierto tipo de estructuras internas, y aún se puede utilizar para este fin. Sin embargo, es evidente que una descripción así aislada de su contexto internacional permanece incompleta y diría, incluso incorrecta, una vez que excluye los elementos esenciales del proceso observado. Un análisis correcto de las estructuras internas debe necesariamente unificar ambos aspectos: la economía internacional y los elementos internos de las economías "subdesarrolladas". Es por eso que se acabó por preferir la expresión "estructuras dependientes" al término de subdesarrollo. Lo que no significa que dicha denominación no satisfaga plenamente, ya que carece de algo que vendría a completar la idea de subdesarrollo. Puede ser, incluso, que las dos fórmulas reunidas no consiguieran expresar la realidad que nos interesa, habiendo la necesidad de inventar algo mejor.

Pregunta: Algunos teóricos de la dependencia como Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen hablan de una infraestructura de la dependencia en términos del colonialismo interno...

Respuesta: No creo que el aspecto del colonialismo interno sea un elemento esencial para la comprensión del fenómeno de la dependencia. Se trata de un concepto más descriptivo que explicativo, que describe un aspecto de las estructuras internas, aspecto que, más allá de eso, perdió gran parte de su importancia en los últimos tiempos. En América Latina presenciamos, efectivamente, un desmoronamiento progresivo de las viejas estructuras tradicionales, y las antiguas formas de colonialismo interno se modifican poco a poco. Ciertamente, aún existen algunas estructuras internas de dominación entre regiones de desarrollo frecuentemente muy desigual. Pero este es apenas un aspecto del fenómeno global y no de los primordiales. Lo que primero caracteriza a una estructura dependiente es la propia concentración económica, ligada al fenómeno de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo y la gran concentración de capital. Son estos, creo, los aspectos esenciales del fenómeno. Ciertamente existen otros, pero no son más que manifestaciones del fenómeno, como por ejemplo el colonialismo interno; que es una consecuencia de esta concentración fundamental y monopolista del capital en un determinado proceso de crecimiento económico.

Pregunta: Nos gustaría ahora abordar el punto de evolución de la teoría de la dependencia. Sabemos que una teoría es como un organismo vivo: si no evoluciona, si no se renueva, se debilita y muere. Profesor Theotonio, nos gustaría preguntarle a quien de cierta forma dio a luz la teoría de la dependencia, si cree que esta teoría evolucionó desde los años 60. ¿Nuevos conceptos le fueron aumentados en pos de mejorar su poder explicativo? ¿Esta teoría fue corroborada o superada por los acontecimientos y por los estudios empíricos? Más concretamente, integró o rechazó los conceptos clave de algunos grandes teóricos como el del "subimperialismo" de Marini o el del "desarrollo dependiente asociado" de Cardoso? Finalmente, si la teoría de la dependencia sufre alguna transformación, ¿cuáles serían las principales etapas de su evolución?

Respuesta: Inicialmente, es necesario precisar que lo que se acordó llamar como teoría de la dependencia no fue originalmente una innovación completa. Efectivamente, había numerosos ensayos anteriores que intentaron comprender el fenómeno de la dependencia.

En los años 60 se produjo una modificación en la comprensión de las relaciones entre las estructuras internas y la economía internacional precisamente porque estas relaciones ya habían sido percibidas por muchos pensadores. Más allá de esto, la conjunción histórica se había modificado. La evolución de las fuerzas productivas de los países latinoamericanos había mostrado la complejidad de las relaciones económicas a nivel internacional y este descubrimiento sólo podía acontecer en un momento preciso de la historia. Durante mucho tiempo, pensadores, tanto del lado marxista, como del lado no marxista, habían identificado la

situación de subdesarrollo e incluso de dependencia con una ausencia de industrialización. Sin embargo, en los años 50 e inicio de los años 60 se fue descubriendo poco a poco que la situación de dependencia era totalmente compatible con un proceso de industrialización, y que éste incluso, la reforzaba. Esta constatación obligó, entonces, a los teóricos a reconsiderar el problema con instrumentos de trabajo más apropiados. Los pensadores latinoamericanos tuvieron que desarrollar un esfuerzo teórico notable que los forzó a considerar, no solo el fenómeno de la dependencia, sino también la propia naturaleza del imperialismo, la complejidad de las relaciones económicas internacionales.

En un primer momento, como mencioné anteriormente, la reflexión había versado esencialmente sobre el problema metodológico, sobre la necesidad de reorientar la concepción y el enfoque del problema. Por otro lado, debíamos responder a muchas preguntas específicas, como por ejemplo el papel de la burguesía nacional en el proceso entonces vigente en América Latina. Esta cuestión está superada hoy, pero en aquella época era importante demostrar el fracaso histórico de esta clase social como burguesía nacional, como grupo dirigente. Desde un primer momento de esclarecimiento, la reflexión llegó a un momento de madurez en la cual fueron abordados problemas fundamentales cada vez más complejos. Entre éstos apareció, en primer lugar, la cuestión de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo. Ese problema está estrechamente ligado al proceso histórico de acumulación de capital caracterizado en la coyuntura actual, por una internacionalización avanzada, con alto grado de concentración. Así establece el problema de la relación entre, por un lado, el proceso de concentración económica y de explotación de la fuerza de trabajo interna, lo cual, remite a la obligación de considerar el papel de los países dependientes en las estructuras internacionales de producción.

Por otro lado, el carácter de mutación de las inversiones y de la estructura industrial nos lleva a una situación muy relativa de nuestros países dentro de la división internacional del trabajo. Pero lo que necesitamos entender no es la posición de nuestros países dentro de la división internacional del trabajo, sino los cambios en curso dentro de la propia división internacional del trabajo, lo que exige un conocimiento de las tendencias de la revolución científica y tecnológica y de la revolución del capitalismo a nivel mundial.

Otro problema que se deriva de los que acabamos de mencionar y que nos preocupa en este momento, es el del subimperialismo, que aparece como una nueva forma de dominación entre los países dependientes. Es en realidad una consecuencia de la monopolización aumentada que se da en el seno del proceso de formación del capital financiero, por un lado, y del surgimiento de un capitalismo de Estado monopolista en los países latinoamericanos, por otro. Los países imperialistas tienden cada vez más a exportar sus inversiones en dirección a otros países con la finalidad de explotar la mano de obra local. Si algunos países latinoamericanos siguen tal proceso, es evidente que ahí encontraremos las mismas tendencias expansionistas. Es un fenómeno

complejo, de comprensión sumamente difícil y que, desde el punto de vista práctico, establece problemas al sistema capitalista mundial, ya que pone a prueba su capacidad de aceptar cualquier mediación en el proceso de explotación y acumulación.

Un problema de orden sociopolítico se impone, pues, ligado igualmente al proceso de concentración, de monopolización, de internacionalización del capital y de sobreexplotación de la fuerza de trabajo, así como al de la composición de las clases sociales en nuestros países, sobre todo en lo que concierne al papel relativo de la clase obrera dentro del conjunto de las estructuras socio-económicas. Al mismo tiempo, importa estudiar nuevamente el papel del campesinado, que atraviesa por un periodo de transformación sin igual en la historia de América Latina, no sólo por el éxodo rural, sino también por la formación de un proletariado rural importante.

Por otro lado, es necesario analizar el fenómeno de surgimiento de poblaciones marginales. Millares de campesinos son expulsados del campo y proyectados hacia las ciudades para así, incorporarse a una compleja masa de relaciones con las estructuras capitalistas de los medios urbanos. ¿Se trata de un "ejército industrial de reserva" o un caso de "lumpen proletariado"? ¿Cuál será el comportamiento político de estos grupos sociales?

Además, desde el punto de vista político, es evidente que el proceso de concentración y de monopolización conduce necesariamente al capitalismo dependiente a la adopción de aparatos políticos autoritarios, incluso fascistas. ¿Esta tendencia es irreversible? ¿Cuáles son las fuerzas que asumen? ¿Qué formas toman? ¿Cuáles son las posibilidades reales de consolidación del fascismo en América Latina?

Por otra parte, las tentativas de implantación de un poder popular y de un Estado Socialista en América Latina (la Bolivia de Torres en 1970-1971 y el Chile de Allende en 1970-1973) trajeron el problema de transición al socialismo. ¿Qué tipo de política económica continúa siendo posible en el caso de un gobierno como el de la Unidad Popular, por ejemplo, que no posee todo el poder y que ya no se encuentra, para sobrevivir, en las condiciones de un Estado capitalista ya que descansa sobre el poder popular? El caso de Cuba, por otro lado, nos brinda pruebas de un posible socialismo en América Latina y el camino cubano hasta el socialismo es muy importante tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista práctico. La naturaleza democrática que tiene la nueva constitución cubana constituye uno de los casos más adelantados de democracia de base en los países socialistas. Esto significa que la experiencia del socialismo a nivel internacional es un problema esencial si quisiéramos entender las posibilidades de transición de una estructura dependiente hacia una estructura socialista. ¿Es posible relacionar dentro de una misma problemática la cuestión de la transición al socialismo y de la superación de la situación de dependencia?



La misma complejidad del proceso revolucionario en América Latina exige un esfuerzo teórico considerable en el cual las cuestiones más abstractas se encuentran relacionadas con los problemas más concretos. La teoría de la dependencia no es más que un momento de este esfuerzo teórico.

Pregunta: Nos gustaría retomar el tema de las empresas multinacionales sobre el cual usted tiene varios trabajos. Las multinacionales son consideradas como la forma actual del imperialismo: son ellas las que configuran la situación de dependencia. No obstante, con respecto al estudio de este problema, ¿los intelectuales o académicos no son constantemente atropellados por los últimos acontecimientos, hallándose atrasados en relación a ellos? En efecto, las poderosas trasnacionales encuentran siempre nuevos mecanismos de explotación, nuevas astucias que nos dejan muy atrás. Descubrimos, por ejemplo, la cuestión de los precios de transferencia, el financiamiento de las inversiones por fuentes locales, el control de los medios masivos de comunicación y la dependencia cultural que implica, la complejidad y la importancia del control tecnológico etc. Dichos mecanismos existían mucho antes de que los hubiéramos convertido en objeto de investigación. ¿Cuál es el estado actual de sus investigaciones sobre este tema?

Respuesta: Uno de los aspectos que nos preocupa actualmente es el de la nueva división internacional del trabajo. Sabemos, en efecto, que las empresas trasnacionales están actualmente muy interesadas en la exportación de algunos productos de los países subdesarrollados a los países desarrollados. Este fenómeno es muy reciente, no data de más de cinco o seis años. Es un problema muy complejo que implica reacciones en los propios países desarrollados: los obreros norteamericanos protestan periódicamente contra lo que llaman "la exportación de empleos". Creo que el gran capital va a seguir por este camino. Ya se notan cambios importantes en cuanto a la orientación de las inversiones internacionales dirigidas a nuestros países. Frecuentemente son los gobiernos locales los que atraen el capital internacional y en los estados locales se establece una verdadera alianza, con la esperanza de resolver parcialmente el problema de desequilibrio en la balanza de pagos de los países latinoamericanos, aunque la experiencia parezca demostrar lo contrario. Efectivamente, los países que hasta ahora han seguido esta orientación han demostrado de hecho, desequilibrios aún más graves en sus balanzas de pagos, sabiendo que las exportaciones de las cuales ya hablamos se dan paralelamente a importaciones no menos considerables. En general, los productos exportados no representan más que un eslabón del amplio proceso de producción internacional y suponen importaciones de equipamientos, de materias primas concentradas etc., que desfavorecen gravemente a fin de cuentas, la balanza comercial de los países dependientes.

Esto representa un nuevo problema para las empresas trasnacionales que se ven ante un conflicto interno tanto en la repartición como a nivel internacional, de las fuerzas productivas. Generalmente las filiales de las

transnacionales tienden a favorecer este proceso de división internacional del trabajo, dado que, debido a su presencia a nivel local, poseen una visión más clara de las posibilidades de ganancias que ofrece la región. De esta manera, se pueden destacar casos interesantes de convergencia de intereses entre los representantes locales de las firmas transnacionales y el aparato militar y tecnocrático de los países dependientes, a fin de obligar a la empresa central a transferir ciertos elementos del proceso de producción a estos países.

Comienza a aparecer, igualmente, un nuevo problema (y de manera particularmente clara en el caso de Brasil) que es el de la relación entre las empresas transnacionales y el capitalismo de Estado. Es ya sabido que el proceso de importación y exportación de las transnacionales en los países dependientes está íntimamente ligado a la capacidad del Estado para crear una infraestructura económica adecuada. Por ello, este es llevado a intervenir, de manera significativa en la economía y a crear empresas estatales como medios eficaces de intervención. Estas empresas tienen una lógica expansionista, ya que se trata efectivamente de un capitalismo de Estado. Es así como surge una contradicción: este capitalismo de Estado tiende a absorber ciertos sectores que no fueron afectados por el proceso de concentración y que representan, sin embargo, intereses capitalistas. Es por ello que asistimos actualmente en Brasil a una gran campaña de la burguesía nacional contra las empresas estatales que busca reducir su número y su poder. Sin embargo, no se puede olvidar que estas empresas estatales brasileñas no fueron creadas por razones ideológicas (es decir, con el propósito de desarrollar un capitalismo de Estado), sino por razones que responden a la propia lógica del capitalismo. El capitalismo de Estado se ve pues, obligado a transformarse en un sistema racional desde el punto de vista capitalista, pero que obedece a una lógica interna contradictoria. Estas son pues, las nuevas situaciones con las cuales, la teoría de la dependencia se enfrenta actualmente.

Pregunta: Profesor Theotonio, nuestra última pregunta tratará del problema agrario en América Latina. Frecuentemente, se tiende a separar el problema agrario de los diversos aspectos del proceso de desarrollo, de tal manera que se pierde el sentido del fenómeno integral. La teoría de la dependencia, de la cual usted es uno de los principales autores, parece ofrecer precisamente un escenario suficientemente amplio para englobar tanto el problema agrario como la problemática del desarrollo. Al referirse a esta teoría, ¿usted podría trazar un resumen de las relaciones entre el problema agrario por un lado y por otro la acumulación de capital, la industrialización y el comercio internacional?

Respuesta: Antes que nada, quiero destacar tres aspectos esenciales del problema agrario en América Latina que deben ser considerados dialécticamente si se quiere realmente entender el fenómeno de la acumulación del capital en estos países.

Estos tres aspectos son los siguientes:

- 1) La relación entre el sector rural y el sector industrial;
- 2) La relación entre la agricultura de exportación y la agricultura orientada al mercado interno, y la posición de estos dos ramos de la agricultura en relación con el sector industrial;
- 3) La transferencia de recursos de un sector a otro.

Originalmente, el sector rural o "campo" excedía en mucho el marco de la producción agrícola y superaba una gran cantidad de otras actividades, como por ejemplo la construcción, conservación de alimentos, los textiles, la fabricación de ropas, de instrumentos de trabajo, etc. Así podemos definir el desarrollo del capitalismo como un proceso de especialización del sector rural en la producción agrícola y pecuaria que transfiere poco a poco al sector industrial numerosas funciones ejercidas anteriormente en el medio rural. El proceso de industrialización significó, pues, la sustitución de ocupaciones ejercidas anteriormente en el campo y su sustitución por actividades urbanas.

Por otra parte, la especialización del sector rural en la producción agrícola permitió, como consecuencia, una extensión del mercado interno ligado a la industria.

Cabe mencionar que tal desorden implicaba un aspecto demográfico importante, siendo el sector agrícola lo que iría a abastecer la nueva fuerza de trabajo necesaria al proceso de industrialización, lo cual está, entonces, directamente ligado a la destrucción de las estructuras rurales.

Se trata, de hecho, de un proceso secular, pero cuyo ritmo en América Latina, de unos treinta años para acá, se aceleró a tal punto que alcanzó una posición esencial.

Es preciso iniciar señalando que este proceso de desarrollo es muy diferente del camino seguido por la Europa de los siglos XVIII y XIX. En efecto, podemos descomponer la agricultura latinoamericana en dos o hasta tres tipos de producción agrícola. El primero es la producción para exportación, el segundo está orientado al mercado interno y un tercer tipo, no menos importante, es la agricultura de la subsistencia.

¿Cuál es la relación de cada uno de estos tipos de agricultura como el sector industrial? El primer tipo de actividad agrícola, aquel orientado hacia los mercados externos, asegura ingreso a los países exportadores. Habiendo servido antes de la Segunda Guerra Mundial, para imponer bienes de consumo a la oligarquía local, estas divisas financian, igualmente, desde los años 40 la importación de bienes de producción. El desarrollo

industrial se basa pues en gran parte, en las exportaciones agrícolas y aunque en ciertos países el sector de minerales cumpla también este papel, la agricultura continúa siendo aún, para muchos países latinoamericanos, la principal fuente de divisas extranjeras.

Con respecto a la producción agrícola destinada al mercado interno, ésta expande sus productos en la esfera urbano-industrial como bienes de consumo adquiridos a cambio de salarios. El desarrollo agrícola determina, así el costo de la fuerza de trabajo, y es a través de este mismo tipo de agricultura que el sector industrial amplía y consolida su mercado interno.

Sin embargo, el sector industrial, a su vez, abastece el campo no sólo con bienes de consumo, sino también con bienes de producción y productos de todo tipo pues la agricultura, al especializarse, requiere nuevos instrumentos de trabajo que son producidos a su vez, en el marco de una industria siempre en vías de modernización. En tiempos normales, el sector industrial nacional se esfuerza por satisfacer esta demanda, pero en América Latina no puede alcanzar el nivel tecnológico requerido y debe recurrir a las importaciones, sobre todo en lo que atañe a los productos ligados a la industria petroquímica.

En lo que se refiere a la transferencia de recursos de un sector a otro, esto se efectúa a través de mecanismos múltiples y complejos, de los cuales los más importantes, a mi consideración, son el de la fijación de precios en cada uno de los sectores, así como a nivel internacional. Si tomáramos el ejemplo del café, veremos que se trata de un producto que constituía el monopolio de los países subdesarrollados en el inicio de este siglo. Brasil, principalmente, controlaba, entonces, ochenta por ciento de todas las exportaciones (y aún más en los mejores años); pero teniendo construido un sistema de *control de stocks*, nunca consiguió controlar de manera significativa los precios en el mercado internacional.

También es importante considerar aquí el papel de los intermediarios en los intercambios comerciales que implican efectivamente todo un proceso de mediación: se verifica igualmente, la transferencia de recursos del sector rural para el sector industrial y bancario. En efecto, el control de entrada de recursos en la industria y en la agricultura, así como la monopolización de productos agrícolas, son los mecanismos que aseguran, en última instancia, un control real sobre la transferencia de recursos del sector agrícola hacia otros sectores.

A nivel del mercado internacional, son las más importantes empresas trasnacionales las que fijan las reglas del juego y es así como el mercado interno, antes regido por el capital nacional, escapa ahora del control de las industrias nacionales y del comercio local para caer en las manos de las trasnacionales.

Restaría considerar el problema de la gran propiedad latifundista que por sus inmensas proporciones, podría significar una cierta autonomía agraria. Sin embargo, ni este sector escapa a la dominación de las trasnacionales.

Concluyendo, se puede decir, entonces, que todo proceso de acumulación de capital depende íntimamente del sector agrícola y de su evolución. No obstante, la esencia del problema reside en el hecho de que el propio sector agrícola está controlado por mecanismos de monopolización de las entradas y salidas de recursos que cancelan la posibilidad de que la agricultura pueda cumplir un papel autónomo en el seno de la economía.

## **Segunda parte**

### **Desarrollo científico y dependencia cultural**

## I. Esclarecimientos metodológicos

Para analizar las relaciones entre desarrollo cultural y científico, debemos utilizar tres conceptos básicos: desarrollo, cultura y ciencia. Sería importante analizarlos por separado para estudiar sus relaciones recíprocas.

La palabra desarrollo sugiere una transformación de una realidad en una dirección dada, según un principio acumulativo. Desarrollarse y acumular riqueza material o espiritual. Estamos pues, ante un tiempo histórico, y se quiera o no, ante una noción hoy debatida: la idea del progreso. Se quiera o no, el concepto de desarrollo implica una cierta filosofía de la historia, una cierta idea de a dónde se pretende llegar.

De hecho, el concepto de desarrollo parte de la idea de que el mundo moderno (europeo, capitalista, racionalista, científico, tecnológico, etc.) es una meta universal a ser alcanzada por todos los pueblos. Los pueblos atrasados o bárbaros serían aquellos que no alcanzaron esta etapa de civilización hacia el cual se inclina toda la humanidad. La historia moderna parece confirmar esta pretensión. De hecho, en todas las dimensiones del universo, hombres y mujeres se imbuyen de los ideales modernos y buscan la transformación de sus sociedades según patrones más o menos próximos al Occidente. Es innegable la vocación universalista de la moderna sociedad capitalista. ¿Cómo se operó esta universalización de patrones de comportamiento y cultura surgidos en una diminuta parte del universo?

Una percepción del fenómeno nos induce a ver ese proceso como una simple *difusión* de formas de comportamiento "superiores" que se imponen sobre las culturas "inferiores", que adoptan los patrones culturales "superiores" a través de la imitación y del aprendizaje, sustituyéndolas evolutivamente.

Otra percepción pone mayor énfasis en la evolución natural de las culturas tradicionales en la dirección de la cultura moderna, no por imitación o aprendizaje, sino por las propias necesidades internas de su acumulación. La disolución de las sociedades tradicionales conduciría directamente a los modelos de comportamiento modernos.

No obstante, la realidad histórica concreta no nos permite aceptar enfoques formales. De hecho, la aparición de un modo de producción nuevo con la vocación universal propia del capitalismo es un fenómeno singular en la historia, a partir de lo cual se reformula toda la historia moderna y contemporánea. Se trata de una mutación histórica que crea un nuevo modo de producción desarrollado según leyes propias que determinan la evolución de todas las sociedades contemporáneas. En este sentido, la historia de los pueblos afectados

por la expansión internacional del capitalismo no puede ya ser entendida fuera de su órbita, pues esta expansión condiciona la evolución de cada parte del sistema económico, social, político e ideológico nuevo, existente a escala universal.

Está claro que hay diferencias nacionales y regionales dependiendo de las fuerzas sociales que existían en estas naciones o regiones antes de la expansión capitalista.

Estas fuerzas sociales (tribus, etnias, naciones, culturas y civilizaciones) fueron las más distintas, desde los imperios indígenas de América precolombina, hasta las tribus prehistóricas de América o de África, pasando por civilizaciones milenarias como la china o imperios culturales como el musulmán, etcétera.

La diversidad de estas situaciones provocó distintas y específicas realidades nacionales pero, de una u otra manera, se trataba de distintas formas del mismo fenómeno colonial o neocolonial.

El análisis del desarrollo cultural de nuestros países tiene que partir de esta problemática básica:

- 1) La llegada de la onda colonizadora occidental en la etapa del capitalismo mercantil, del capitalismo de libre cambio o del monopolio con distintas formas y efectos socioeconómicos;
- 2) El carácter de la formación social preexistente a esta llegada y el grado de su fuerza cultural y enraizamiento, desde civilizaciones basadas en el modo de producción asiático, formaciones sociales de carácter feudal, imperios comunitarios basados en el negocio, formaciones comunistas primitivas, espacios geográficos relativamente vacíos, etcétera.
- 3) El tipo de relación que se establece a partir de ese encuentro histórico y su evolución como parte del sistema capitalista mundial y como formación social específica cuya evolución sigue leyes específicas de desarrollo. En este contexto, cuentan no solamente las formas de expansión imperialista sino también las de la destrucción, recomposición, y sobrevivencia a las articuladas de las culturas pre-capitalistas.

Solamente a partir de la consideración de esos tres fenómenos, podremos analizar el desarrollo de manera histórica y concreta, superando el vacío significativo que resulta de las tentativas de verlo como un proceso puro e histórico. Estas tentativas terminan por formular esquemas idealizados de evolución o superposiciones de etapas vacías de un significado histórico real.

De esta forma el concepto de desarrollo, situado en este contexto histórico preciso, nos remite a la necesidad de explicar como el capitalismo se expande a nivel mundial ajustando, en diferentes etapas, los intereses de los centros de poder de las economías dominantes y de las economías periféricas o más precisamente,



dependientes: destruyendo las formas de resistencia que se oponen a esta expansión; funcionando los intereses locales y regionales en el sistema internacional en acsenso, o más bien, sus diferentes polos e intereses conflictivos; creando, finalmente, realidades económico sociales inéditas como fruto de la acción y reacción de este conjunto de fuerzas.

No es tan difícil percibir las complejas expresiones concretas de este proceso y sus especificaciones, sin la comprensión de las cuales no se podría entender jamás ninguna historia social de países coloniales y neocoloniales. Pero, al mismo tiempo, es posible afirmar la existencia de un conjunto de caracteres y problemas comunes a esos países, que nos corresponde señalar en un trabajo de carácter general como éste.

En primer lugar, todos éstos tienen su economía condicionada por las necesidades del mercado internacional, participando de la división internacional del trabajo entre los países que concentran los centros de inversión y de innovación tecnológica y los que las aplican atrasadamente o se especializan en fases específicas del proceso de trabajo internacional. Esta división provoca una situación de dependencia económica que impide a estos últimos países, alcanzar una alta productividad media, de participar de la renta internacional de manera favorable y de desarrollar autónomamente su economía en función de su mercado interno, y consecuentemente, de las necesidades básicas de su población.

Como consecuencia de esta situación, el desarrollo del capitalismo en estos países está circunscrito a los sectores exportadores y a ciertas actividades de éstos complementarias, dejando amplias áreas de la economía de subsistencia y de mano de obra ociosa o subutilizada en servicios personales que mantienen a vastos sectores de la población en situación socioeconómica de marginalidad media.

La dificultad de expansión del capitalismo dependiente se refleja también en el plano cultural con la sobrevivencia de formas de cultura popular o folclórica, con adaptaciones funcionales de religiones, mitos y comportamientos considerados tradicionales, articulados a formas de modernización capitalista.

La sobrevivencia de una vasta población subempleada y culturalmente marginada reduce el campo de la sociedad civil moderna, de las poblaciones incorporadas a la actuación política, social, de la opinión pública y de otras expresiones de la revolución democrática realizada por la expansión capitalista. Es así como el capitalismo de las regiones dependientes se muestra débil en la creación de las clases sociales modernas, particularmente de su clase hegemónica: la burguesía. Inmersa en el proceso de expansión del capital internacional, esta burguesía se forma a medias, como intermediaria del capital internacional o su asociada

menor, no realizando totalmente su carácter nacional, dejándose llevar por el consumismo y abandonando las aspiraciones de poder y de controlar los mecanismos de la acumulación capitalista, antes incluso de llegar al umbral de las formas empresariales modernas.

Dependencia del mercado internacional y participación débil en el mismo, gran dimensionamiento del sector exportador, insuficiente expansión del capitalismo, asimilación tecnológica tardía o circunscrita, sobrevivencias pre-capitalistas, economías de subsistencia, marginalidad económica y cultural, subocupación, debilidad de la sociedad civil, insuficiente desarrollo de las clases modernas y particularmente de la burguesía nacional, dependencia del capital internacional, consumismo y desprecio por las actividades productivas: éstas son características que conforman el medio ambiente del subdesarrollo.

Pero es fácil percibir como este subdesarrollo no es un resultado del atraso, sino una consecuencia de manera subordinada y dependiente como estos países se incorporan al proceso de expansión capitalista mundial.

En este contexto, el Estado nacional aparece siempre en una situación de debilidad ante las fuerzas nacionales. Sólo éste puede sustituir la ausencia de una sociedad civil y una economía nacional poderosas, asumiendo las tareas de fundación económica, social y cultural que el capitalismo de libre cambio no logró realizar. El desarrollo del capitalismo y de sus formas sociales y culturales depende del control ejercido sobre el Estado por las distintas clases y fuerzas sociales, asumiendo una forma relativamente inducida antes de la madurez plena del monopolio y del capitalismo monopolista de Estado. En esta última etapa, el Estado pasa a ser un elemento esencial del proceso de acumulación capitalista monopólica, lo que ocurre en los países desarrollados y dominantes y que comienza a aparecer en los países subdesarrollados y dependientes que ya alcanzaron un importante desarrollo industrial y de la forma monopólica de producción.

Esta superposición de etapas socioeconómicas es, a propósito, un resultado inevitable de la forma inducida cómo el capitalismo penetra en estas economías, trayendo innovaciones tecnológicas, formas de producción, organización y reproducción que surgieron en otros contextos socioeconómicos. Estas ondas de innovación no destruyen totalmente las formas anteriores y con ellas se combinan en amalgamas complejas y específicas.

El análisis del desarrollo económico, social, político y particularmente el cultural deberá pues, asumir un control metodológico muy bien articulado de ese conjunto de fenómenos que condicionan la estructura y el funcionamiento de las formaciones sociales dependientes.

Cuando buscamos analizar un aspecto específico de ese desarrollo, como el cultural, debemos integrarlo en este contexto sin que se pierda la inteligibilidad de las partes del fenómeno global y de su movimiento histórico.

Después de estas observaciones iniciales podemos pasar al examen de desarrollo cultural en las condiciones históricas ya definidas y precisadas.

## **II. Desarrollo económico-social y desarrollo cultural**

La cultura correspondiente al modo de hacer y representar la realidad asume una forma específica en cada grupo social, etnia o nación. En la cultura hay ciertos elementos universales derivados de la estructura psíquica del hombre, sus características biológicas y ciertas necesidades básicas de su relación como medio. Por otro lado, la manera como estas necesidades son atendidas varía según el grado de acumulación cultural histórica, el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado por el grupo social y la humanidad en un momento dado, las fuerzas históricas particulares y las características ecológicas y humanas en que se desenvuelve cada cultura.

De esta forma, el fenómeno cultural aparece directamente ligado al desarrollo económico-social tal como éste se manifiesta en cada momento dado. El cultural es la manera como se refleja en las costumbres, las ideas, el arte, la religión, la mitología, un cierto estado de desarrollo económico-social.

Así, si la sociedad vive un gran drama de afirmación histórica como unidad nacional autónoma, con falta de integración de gran parte de la población en la cultura moderna, con violentos contrastes y contradicciones sociales entre clases y grupos, esta situación debe manifestarse necesariamente en la esfera cultural. En este sentido, la situación histórica descrita en el capítulo anterior se refleja en tres grandes planos:

1º) La incapacidad de la clase hegemónica de constituir una cultura moderna capaz de integrar toda la población, ya que gran parte de ella se encuentra marginada del sistema de socialización moderno caracterizado por el dominio de la lectura y de la escritura por el estudio en las escuelas de enseñanza básica y media. El universo de esas clases, objetos de una sobreexplotación permanente, se organiza en una cultura de resistencia, antimoderna, específica -a veces ostentosa- y busca sus raíces, en general, en las fuentes culturales indígenas o africanas. Paradójicamente, la burguesía nacional y las clases medias, cuando quieren afirmar su autonomía cultural, avasallada por la hegemonía de los centros imperialistas, sólo encuentra como fuente de inspiración autóctona estas formas culturales "pre-modernas".

Pero es necesario calificar este encuentro entre el arte moderno y la cultura autóctona, realizado por el romanticismo del siglo XIX, el indigenismo peruano o mexicano y el modernismo antropofágico brasileño

de los años 20 y 30, la música de protesta de los años 60 y 70. Se trata de una versión moderna de la cultura popular o folclórica. Se trata de la utilización de elementos folclóricos o populares en una estructura estética moderna (romance, teatro, música, erudita o popular, poesía, etc.), establecida a partir de los patrones occidentales. Existe ahí el peligro de una "folclorización", de una especie de cultivo exótico, de admiración superficial del mundo campesino perdido, de los indígenas desaparecidos, de los negros inteligentes y malandrines.

No podemos afirmar que estas tentativas fueran completamente fracasadas. Éstas llegaron a constituir momentos estéticos que afirman la fuerza espiritual de los pueblos latinoamericanos, africanos y asiáticos incorporándose, incluso, al patrimonio estético universal. Estos momentos de afirmación cultural estuvieron siempre asociados a grandes momentos democráticos de afirmación popular y nacional como la revolución mexicana, los frentes populares y gobiernos populistas después de de los años 30, las revoluciones boliviana y guatemalteca, y sobre todo, la revolución cubana. Más recientemente, el Brasil de Goulart, entre 1961-64, el Chile de Allende, entre 1970-75, la Argentina de la vuelta de Perón, entre 1973-76, el México proveniente del tercermundismo y polo de exilio latinoamericano en la década de los 70. Todos estos momentos fueron marcados por una erupción de lo popular en lo oficial u oficioso, por una búsqueda de las clases hegemónicas para integrar el arte popular en el mundo cultural dominante.

Pero éstos fueron momentos excepcionales. En lo fundamental, nuestro mundo cultural estuvo marcado por la copia o imitación, o importación pura y simple de lo extranjero, producido en los centros hegemónicos europeos y posteriormente en lo norteamericano. La categoría de alienación surge en la década de 1950 para describir esa entrega cultural a lo ajeno, a lo externo, al otro cultural, este ver nuestra realidad en los ojos culturales del colonizador, del dominador. Este avergonzarse de nuestra forma física, de nuestra naturaleza, de nuestro cuerpo, de nuestro carácter, de nuestras costumbres, etcétera.

Más allá de todo, nuestras élites culturales fueron, y aún son, en parte, mucho más oligárquicas que burguesas. Cuando el romanticismo europeo reivindicaba la cultura de sus campesinos, podía hacerlo a través de artistas e intelectuales burgueses de origen realmente popular. Esto fue mucho más raro en los países del Tercer Mundo donde solo tuvieron acceso a la cultura erudita los hijos de la oligarquía o, a lo mucho, de una clase media acostumbrada también a subyugar y someter los sectores populares. Nuestro campesino es el ex-esclavo, el ex-siervo, es el indio y el negro que, solo de forma extremadamente idealizada, puede servir de modelo cultural nacional para nuestras burguesías nacies.

No es pues, extraño el hecho de que el pensamiento dominante (conservador en lo cultural y en lo político y liberal en lo económico) tenga configurado nuestro mundo cultural creando una imagen negativa de nuestro pueblo: prejuicioso, anárquico, racialmente inferior, corrompido por el clima tropical y mil males más. Los pueblos colonizados se sintieron inferiores, sus élites se unían más a lo colonizador que a su pueblo, se sentían identificadas con éste y veían su realidad con los ojos del dominador internacional.

Por esta situación básica, la cultura erudita de los países dependientes no es la culminación de una cultura nacional sino un corte violento y radical con la realidad local. Esta dicotomía debilita la capacidad creadora de esta cultura erudita, la restringe a espacios culturales reducidos, de élite, y la separa de la realidad nacional. Al mismo tiempo, se refuerza la cultura de los oprimidos con la negación de lo moderno y se dificulta su acceso al sistema de socialización cultural de la sociedad capitalista.

2º) De ello resulta una u otra característica de la cuestión cultural en condiciones de subdesarrollo: el refuerzo de la marginalidad cultural de las grandes masas, expresada a través del analfabetismo, de la deserción escolar, del desprecio al sistema educacional, etc., el hombre del pueblo, sometido a condiciones de vida miserables, no puede ejercitar sus capacidades creadoras. Sometidas al hambre, al desempleo, o al subempleo, analfabetas, despojadas inclusive de los instrumentos de producción más elementales, las masas populares no crean un residuo tecnológico mínimo sobre el cual puedan erigir un proceso de aprendizaje cultural que las lleve a formas superiores de organización cultural.

Esta es una de las barreras más graves del desarrollo cultural de nuestros pueblos. El campesino europeo era un artesano, un agricultor, un organizador familiar y comunitario que ejercía un cierto grado de aprendizaje y acumulación cultural. Transformado en artesano urbano, en burgués o en proletario, él tenía una base de donde partir, que le sirvió de fuente de inspiración para su transición al mundo moderno creado por el capital. El esclavo o siervo del Tercer Mundo fueron formados de pueblos despojados violentamente de su tradición cultural, sin encontrar un medio de sustitución y acumulación cultural donde pudiesen desarrollarse.

La debilidad del desarrollo capitalista dependiente no permitió incorporar a la producción las grandes masas de mano de obra sobrante en el campo y en la ciudad. Despojadas de su cultura, de sus medios de producción, del ambiente apropiado para utilizar sus conocimientos tecnológicos, esas poblaciones fueron transformándose en parias sociales, ocupadas sobre todo en crear una técnica de aprovechamiento de los pequeños espacios que les sobran; la prestación de servicios personales, el lenocinio, el pequeño comercio, etc. Un submundo cultural donde la indolencia, la trampa, el individualismo, el oportunismo son valores dominantes.

De ahí la dificultad de apoyarse en esa cultura popular para fundar una cultura erudita contemporánea. De ahí la resistencia de esas poblaciones a formas de aculturación modernas tales como la ciudadanía, el civismo, el patriotismo y otras expresiones de la sociedad civil burguesa e incluso pos-capitalista.

De ahí también el drama de una postura cultural romántica que quiere oponer a lo internacional y al cosmopolitismo una realidad cultural nacional que difícilmente se articula a la tradición erudita de que parte esa posición cultural. La estructura romántica, típicamente burguesa del siglo XIX, exige una población acostumbrada a la educación formal moderna, a un concepto del tiempo y del espacio ordenados linealmente.

Esta escritura entra en choque con las formas sincopadas, anárquicas, personalistas e improvisadas que caracterizan a la escritura popular de poblaciones aún distantes de esos patrones de comportamiento. Es pues natural, que, en tanto persistan las condiciones socioeconómicas que generan este desfase cultural, existirá también una resistencia espontánea a los patrones escolares, a los instrumentos de socialización de la modernidad burguesa a la cual estas poblaciones no tienen acceso económico ni social.

3º) En un tercer plano, encontramos la imposibilidad de establecer una política cultural que articule los dos planos anteriores que, por un lado, destruya las bases de comportamiento oligárquico, de la alienación, y por otro, permita a las masas populares afirmarse culturalmente para disponer de una base de arranque en dirección a la absorción e integración de la cultura moderna a su mundo cotidiano. Para que esta síntesis se realice sin traumas es necesaria una transformación revolucionaria de la realidad socioeconómica en la cual ocupen un lugar central las formas de propiedad y las relaciones de producción en que se apoya la exploración de las grandes masas.

La distribución de la renta a ella asociada y los privilegios culturales de ella derivados tendrán que ser superados. Si estas premisas no se dan, el desarrollo socioeconómico marcado por la industrialización anárquica y la urbanización caótica crea las condiciones de una falsa síntesis cultural basada en la cultura de masas.

La cultura de masas moderna se apoya en una enorme expansión del consumo de los medios de comunicación de masas contemporáneos donde se destacan la televisión, el cine y la radio. Estos medios de divulgación llegan a todos los sectores de la población, incluso a los analfabetos, y son innegablemente el instrumento más completo de modernización de las poblaciones interiores y de los grupos marginados de la población. No obstante, ese mensaje modernizador no cumple un papel integrador de esos sectores sociales en la sociedad moderna sino un papel desintegrador de sus culturas autóctonas, sin entregarles un sistema ordenado de información y valores capaz de elevarlas a los niveles culturales más altos de la modernidad. Éste les llega por sus aspectos más violentos, escabrosos, superficiales, produciéndose una amalgama aún no estudiada entre su percepción cultural premoderna y los mitos y valores más divulgados de la sociedad occidental.

Más allá de esto, los mensajes culturales de los medios de comunicación de masas, vienen cargados de alienación y recolonizan a nuestras poblaciones con medios más radicales. La mayor parte de los programas de televisión y de los filmes que llegan a los sectores populares son creados en los países dominantes, reflejando sus patrones culturales, modelos de conducta, estilos de consumo, modos de vida, valores extraños a una realidad subdesarrollada, tradicional, pobre, tecnológicamente atrasada, etc. En estas condiciones, se produce una asimilación superficial de los estilos sociales receptores de esos mensajes. Como los jóvenes asimilan más fácilmente esos mensajes, rechazan los patrones culturales de su país y

–cuando pueden asistir a ella- los patrones transmitidos por la escuela. Se acentúan en consecuencia, los conflictos generacionales entre modelos de conducta y posibilidades sociales de comportamiento y expresiones simbólicas, tales como la lengua, los dialectos, los acentos y el vocabulario popular o jerga.

¿Esta destrucción de valores tradicionales y creación de nuevos, ayuda al proceso de desarrollo? Sólo superficialmente, pues la socialización moderna no puede ser efectuada directamente por los medios de comunicación de masas. Ésta exige la mediación de la familia, de la escuela, de la disciplina del trabajo y de conductas sociales que no pueden ser copiadas directamente de la televisión, sin auxilio de la comunidad y de los grupos sociales. Lo que tenemos realmente es una crisis cultural, sin la creación de los elementos de su superación, un efecto disgregador, sin la capacidad del sistema económico, político y cultural de absorber e integrar esas masas desenraizadas. Se hace así aún más profundo el hueco entre la cultura de las élites y las formas inconexas y confusas de la cultura de masas, articuladas confusamente con las formas culturales tradicionales.

De esta forma, los tres planos que señalamos son al mismo tiempo complementarios y contradictorios: el plano de la élite cultural, cerrada en su mundo cultural erudito, más alienada, basado en la copia de modelos culturales externos, de espaldas a su realidad nacional que desprecia; el plano de las grandes masas, marginadas de la cultura moderna occidental que las élites hegemónicas sin lograr difundirles sus patrones culturales, manteniéndolas alejadas de la educación formal, de las conductas integradoras de la sociedad civil, y de la opinión pública burguesa y al mismo tiempo impidiendo la formación de un *continuum* cultural entre el pueblo o sus intelectuales que debería servir de fuente de creación cultural; y un tercer plano de tentativas de articulación de los dos planos culturales anteriores que, al mismo tiempo que se niegan coexisten en una sola formación social.

Afuera las tentativas surgidas en condiciones históricas excepcionales de ondas democratizadoras que ocurren cíclicamente en el escenario de los movimientos económico-sociales desarrollistas y que radicalizaban sus limitados horizontes, a la forma dominante de la articulación entre los variados sectores de estas sociedades se apoya en el crecimiento y expansión de los medios de comunicación de masas. Esta nueva dimensión cultural pone a los sectores medios, a los trabajadores permanentes y a las masas marginales en contacto con los patrones culturales, sea de su clase dominante, sea principalmente de las realidades sociales de los países dominantes.

Este contrato rompe formas de comportamiento tradicionales, sin entregar elementos materiales y culturales que permitan a estas masas transitar de su mundo cultural en destrucción a las nuevas pautas culturales que reciben en sus formas más brutales y vulgares. Tenemos así una crisis cultural de grandes dimensiones donde el desarrollo económico-social y el desarrollo cultural se presentan, realmente, como la desarticulación de economías, comunidades, grupos sociales y formas culturales, sin la fuerza suficiente para sustituirlos por una nueva estructura articulada económica, social, política y culturalmente.

De ahí que el verdadero desarrollo debiera ser aquel que transforme radicalmente las bases mismas de la sociedad y dé oportunidad a los desposeídos, “aquellos que no tienen voz” de asumir su papel dentro de la sociedad como productores, ciudadanos y creadores culturales. En este momento no ocurrirá una modernización que se base en la destrucción brutal de las formas culturales anteriores sino una elevación a formas culturales modernas y cultas a partir de la preservación y desarrollo de las culturas autóctonas. En este sentido, la afirmación de las lenguas nacionales en las sociedades multiétnicas; de los mitos, religiones, representaciones artísticas; costumbres tradicionales, danzas, fiestas comunales, artesanías, etc. son mil maneras de crear una verdadera cultura nacional a partir del reconocimiento de la diversidad cultural y no de un racionalismo modernizador seco y autoritario.

### **III. Desarrollo cultural y desarrollo científico**

La ciencia es un momento de desarrollo cultural de la humanidad cuando ésta puede transformar sus conocimientos en leyes rigurosamente definidas y verificables a través de la experiencia controlada según métodos aceptados convencionalmente. A partir de ese momento, el conocimiento es susceptible de una acumulación ordenada e inicia un proceso exponencial de expansión. Dado su carácter objetivo, las leyes científicas pueden ser aplicadas en la ejecución de objetos y servicios (tanto para la organización de la producción o proceso de producción, como para dar forma y contenido al producto final de esa producción), dando origen a una técnica o conjunto ordenado de técnicas de producción de bienes y servicios.

El encuentro entre el proceso productivo y el conocimiento científico solo se realizó después de un largo periodo de experimentación del uso de la ciencia para ayudar a la producción. En sus principios, la “ciencia” aún primitiva e incorporada y confundida con la magia, la religión o la filosofía, se apoyaba en los avances de la técnica para explicar las leyes que los objetos demostraban existir.

A partir del siglo XVIII, la ciencia comenzó a experimentar un proceso de separación de las formas filosóficas de raciocinio y se libró radicalmente de la religión y de la magia. Pero fue solamente en el siglo XIX que esta separación se producía completamente con el surgimiento de la química y de los diversos descubrimientos que permitieron romper con la noción de espacio y tiempo racionalista en la cual se excluía el calor y la vida, la historia y la evolución. Con la teoría de la relatividad, en el siglo XX, la ciencia rompió definitivamente sus amarras con la filosofía y llegó a *fundar* un universo nuevo derivado directamente de sus conocimientos.



La humanidad creó, entonces, nuevos materiales no conocidos en la naturaleza, comenzó a cambiar la estructura de la materia y a producir incluso una forma de energía, la nuclear, que no se conocía en la naturaleza, creó un mundo de movimientos autónomos complejos, la electrónica, que llegó a generar una forma de inteligencia artificial diferente al cerebro humano, capaz de crear mecanismos y raciocinios nuevos que el hombre no puede realizar, capaz de ejecutar movimientos útiles al estar conectada a mecanismos materiales, transformándose en sustituto autónomo del trabajo humano, incluso en sus formas más complejas.

Con la evolución científico-técnica, resultante de esas mutaciones en la relación entre el hombre y la naturaleza, la humanidad ingresó a una nueva época histórica que está apenas en su comienzo y que alterará radicalmente la existencia humana. Los modos de hacer y actuar están cambiando radicalmente y el propio ambiente humano se transforma en la biósfera e incorpora la estratosfera y los medios ambientales de otros astros. El hombre sale del ambiente natural en que vivió durante milenios e ingresa a un nuevo mundo cósmico. La aproximación del conocimiento de los orígenes de la vida permite incluso el planeamiento de las estructuras biológicas y el dominio de la herencia da origen a una ingeniería genética que permitirá al hombre decidir sobre su propia forma biológica.

Al mismo tiempo, el conocimiento creciente sobre su actividad social y psíquica, permite a la humanidad planear sus formas de convivencia a pesar de las limitaciones que modos de producción arcaicos aún imponen a su autoprogramación, manteniendo elementos espontáneos y anárquicos en rebeldía contra las tendencias de dominio del hombre sobre sí mismo, como ser biológico, psicológico y social.

La cultura contemporánea está recién incorporada a la revolución científico-técnica. Bajo su impacto, ésta se transforma en una realidad espontánea, creada por el hombre, en respuesta a desafíos externos e internos, la cual terminaba imponiéndose sobre éste, en una creación consciente de la humanidad. Las costumbres, la moral, las leyes, las religiones, el arte, la filosofía, la ciencia, se transforman en productos humanos que sólo deberán ser utilizados y respetados según una razón histórica concreta que los justifique. El hombre se convierte en un ser libre que determina su propio destino como entidad biológica, psíquica y social.

Esta es una evolución cultural absoluta e inicia una etapa completamente nueva de la historia de la naturaleza y del hombre como su creación más compleja. Pero esta revolución científico técnica, más allá de encontrarse aún en sus principios, está también concentrada en unas pocas y determinadas regiones del globo. La mayor parte de la investigación que se realiza en el mundo está concentrada en la ruta de Washington-Boston, de la costa este de los EUA, en los valles californianos, entre Los Ángeles y San Francisco, en el norte de Europa, en Japón, en las regiones europeas de la URSS.

Esta concentración no es solamente geográfica. Cientos de empresas y decenas de universidades y centros de investigación en el mundo concentran el grueso de las investigaciones científicas. Ahí, en esos centros, se concentran unos dos millones de auxiliares técnicos y enormes inversiones en instrumentos cada vez más sofisticados y más caros, en muestras mineras, de cobayas y gérmenes especiales, bacterias y otras materias primas de esta nueva forma de producción, que no crea objetos en serie sino productos únicos, conocimientos y servicios que serán posteriormente incorporados a la producción en masa.

Ante este enorme desarrollo científico se plantean nuevas cuestiones para la humanidad.

¿Cómo garantizar que esa nueva forma de cultura esté subordinada a los objetivos humanos más generales, si ésta tiene una dinámica propia tan fuerte que tiene que someter a otras dimensiones de la cultura?

¿Cómo asegurar que estos nuevos conocimientos que aumentan extraordinariamente el poder del hombre sobre la naturaleza no sirvan a la sumisión, explotación, y dominio de los demás hombres? ¿Será incluso posible compatibilizar formaciones sociales limitadas por la necesidad de la explotación del hombre por el hombre y por la sobrevivencia de formas de propiedad y relaciones sociales estrechas, con el desarrollo de esta revolución?

¿Cómo lograr que estos conocimientos sean no solamente difundidos democráticamente hacia todos los hombres, sino también que las grandes masas puedan participar del proceso de producción científica, de forma que se evite que la ciencia se transforme en una magia oculta, solamente conocida por una nueva casta sacerdotal, los científicos?

¿Cómo conseguir, finalmente, que la ciencia no sea concentrada en instituciones y países que dominen a los demás y cómo asegurar, no solamente la transferencia del conocimiento científico y técnico a todas las regiones del globo, sino también la recreación de otras realidades nacionales, de la capacidad de producción de conocimientos científicos y técnicos? ¿Cómo superar, en fin, la dependencia tecnológica de los países subdesarrollados y dependientes y liberar sus potencialidades creadoras de acuerdo con sus realidades específicas?

Busquemos apuntar, aunque en resumen, algunos caminos para enfrentar esos problemas y poder establecer, consecuentemente, la naturaleza de las relaciones entre desarrollo cultural y científico.

La revolución científico-técnica arriba descrita conduce a una etapa superior de relación del hombre con la naturaleza y con otros hombres.

La práctica científica comanda, con exigencias y determinaciones definidas, el conjunto de los procedimientos humanos, tanto en el campo técnico como en el campo económico, social, político, psíquico, emocional, intelectual. De esta forma, la revolución científico-técnica afecta al conjunto del fenómeno cultural y obliga a una revisión completa de los sistemas de socialización de los individuos, sometidos a cambios técnicos y culturales constantes, que los preparan para asumir la herencia cultural como un dato que les corresponde transformar junto con los demás individuos, en un proceso de recreación permanente de costumbres, mitos, arte, conocimientos, patrones morales y emocionales. La revolución científico-técnica opera también en una escala universal, y hasta, podríamos decir, cósmica. En ese sentido, ésta debe ser acompañada de un esfuerzo filosófico profundo y acumulativo en el sentido de repensar a la colectividad humana como comunidad universal a pesar de las barreras económico-sociales, políticas y culturales que aún limitan la plena realización de esa comunidad.

La noción de desarrollo económico-social y cultural tiene que ser pensada, pues, en nuestros días, como una dimensión universal capaz de analizar las distintas formaciones sociales existentes como momentos de transición hacia una nueva humanidad. El capitalismo dominante y dependiente, y el socialismo en sus variadas formas y etapas nacionales deben ser el marco dentro del cual debemos pensar las etapas posibles de esa universalización. Es imposible plantear el problema del desarrollo sin situarlo en este contexto histórico concreto. En esta búsqueda de lo concreto, se plantea también la cuestión de la guerra nuclear y de las guerras locales, civiles y de liberación nacional. Esta es otra dimensión que actúa concretamente sobre las estructuras sociales y culturales contemporáneas obligándolas a desarrollar una economía militar y una concepción estratégica que penetra y condiciona el conjunto de la realidad mundial en sus partes.

En esta militarización, la revolución científico-técnica cumple cada vez más un papel determinante, subordinando el fenómeno de la guerra cada vez más al mando científico y generando la contradicción entre los sistemas "racionales" y "científicos" de autodestrucción de la humanidad (que son en realidad un irracionalismo) y el sentido fuertemente libertario que encierra el dominio del hombre sobre sí mismo y la naturaleza.

La solución para estos problemas no será nunca la fuga del pensamiento científico para el mundo de las fórmulas puras. Éste tendrá que enfrentar cada vez más decisivamente su contenido ético. Conocer es poder, es dar forma al mundo material y espiritual. En este sentido, conocer es también libertad y por lo tanto, responsabilidad. Quien es libre tiene que decidir, optar, trazar su camino. La revolución científico-técnica está entregando a los hombres el poder de decidir entre la vida y la muerte, la destrucción y la construcción. No

adelanta responder románticamente en búsqueda del paraíso de la irresponsabilidad, de la inocencia perdida. Hubo una época en que la sobrevivencia de los hombres dependía de su capacidad de tomar de la naturaleza sus medios de vida. El hombre descubrió, sin embargo, formas de energía y de destrucción que son suficientes para liquidar la vida en la tierra. Hoy, la sobrevivencia de la humanidad es, pues, un acto libre; es el hombre quien decidirá o no sobrevivir como especie. Ya no puede volver atrás.

Por ello, la humanidad debe encontrar un camino consciente de superación de sus contradicciones internas. Estas contradicciones oponen, en primer lugar, a grandes agregados humanos divididos según su papel en el sistema productivo, como propietarios de los medios de producción o propietarios de la fuerza de trabajo. Es la lucha de clases permeando al sistema político de los países capitalistas y englobándolos en violentas confrontaciones que la teoría social de los años de afluencia económica pretendió transformar en conflictos plenamente funcionales. No obstante, la actual crisis económica internacional hizo renacer el desempleo, la inestabilidad y consecuentemente el enfrentamiento cada vez más directo en lo económico y en lo político y replanteó en la orden del día contradicciones ideológicas entre las clases fundamentales del modo de producción capitalista.

En el plano internacional, la relación entre los países dominantes en expansión constante sobre el globo terrestre, a través de las empresas multinacionales, su núcleo o célula básica, también provoca una confrontación creciente.

La lucha anticolonial de las décadas de 1940 y 1950 se proyecta en luchas antiimperialistas que acusan al capitalismo dominante de haber abandonado las formas explícitas de colonialismo solamente para dar origen a formas más sofisticadas de neocolonialismo. Con mayor o menor radicalidad los países del Tercer Mundo se congregan en el movimiento de los no-alineados, en el grupo de los 77 y otras instancias institucionales internacionales para exigir un nuevo orden económico internacional que redefiniera las relaciones entre los países eufemísticamente llamados del Norte y del Sur. En este debate, la cuestión de la ciencia y de la tecnología asume un papel central al exigirse su transferencia hacia los países hoy dependientes y al plantearse la necesidad de generar en ellos una base autóctona de producción científica y tecnológica que asegure su propio desarrollo.

Tanto en lo que respecta a las contradicciones de clase como en lo que atañe a las contradicciones nacionales, la sociedad contemporánea no puede escapar a una profunda redefinición de los principios económicos, sociales y políticos que rigen su desarrollo actual, conduciendo a una inestabilidad progresiva del sistema internacional. Si agregamos a esto las contradicciones con un sistema económico-social emergente, que se

rige por criterios socioeconómicos e ideológicos distintos, que se organiza en sistemas de poder nacionales con sus ejércitos y su capacidad económica propia, se complica aún más el marco de las contradicciones internacionales. A pesar del grado de estabilidad revelado por estos regímenes, es innegable que también ocurren importantes tensiones en su interior y entre las distintas unidades nacionales que los componen y que no logran superar los marcos geopolíticos en que se desenvuelven las unidades de poder nacionales y sus estados.

Parecería pues, que estas contradicciones objetivas entre clases, naciones y sistemas socioeconómicos no tienen una solución inmediata y, consecuentemente, no es posible evitar nuevos enfrentamientos, guerras y revoluciones sustituyéndolos por una evolución progresiva en el sentido de una comunidad universal. Esta constatación obliga a cada país, a cada clase y cada región a buscar establecer de la manera más racional posible su propia estrategia de desarrollo, buscando minimizar, en tanto sea posible, los costos de los enfrentamientos que impidan la evolución racional y necesaria de la humanidad en el sentido de someter su poder técnico y científico creciente a los propios fines humanos.

En el plano de las naciones subdesarrolladas y dependientes es cada vez más evidente que hay una relación profunda entre los gigantescos problemas que vive el actual sistema internacional. A pesar de ser correcto pensar que una evolución favorable de las relaciones internacionales pueda ayudar a la solución de los problemas internos de esos países, es lógico afirmar que, en lo fundamental, será su dinámica interna la que permitirá elaborar una estrategia de desarrollo económico, social, cultural y científico. Veamos algunos elementos de esta dinámica que pueden ser racionalizados en una estrategia de desarrollo científico-liberadora.

El objetivo primero de una estrategia de desarrollo científico sería pues la creación de mecanismos de identificación y articulación de la actividad científica con la cultura nacional como sistematización más o menos racional de las realidades nacionales.<sup>10</sup> Como resultado de ese esfuerzo, se van definiendo las áreas prioritarias del conocimiento sobre las cuales deberá concentrarse el esfuerzo científico nacional.

Es aquí necesario hacer una digresión. No se trata solamente de desarrollar el conocimiento aplicado a los problemas básicos del país. Si se limita a la aplicación, la tendencia normal será la de incorporar valores y supuestos implícitos en las teorías aplicadas que correspondan a situaciones sociales y culturales distintas. Al definir un área temática, se debe fortalecer no sólo la investigación aplicada, sino también el estudio teórico, elevándolo al más alto nivel de abstracción los estudios referentes a aquella área teórica que, por estar ligada a nuestros problemas, debe normalmente encontrarse deprimida o abandonada en el cuerpo teórico de las ciencias de los países desarrollados.

Entre esas áreas básicas se destacan de inmediato aquellas ligadas a la identificación y al mapeo de las riquezas nacionales, precondition para cualquier esfuerzo de planificación de la ocupación y exploración del territorio a un concreto sistema censal y estadístico que permita avalar correctamente el potencial humano y económico del país; a la educación como objetivo máximo de cualquier programa de desarrollo dirigido a la solución de los problemas de la población; a la medicina preventiva y social que permita crear una población saludable; a la vivienda adaptada a las condiciones ambientales y a la planificación de los asentamientos humanos. Sin resolver estos problemas elementales, toda planificación de desarrollo científico se situará sobre un abismo, un vacío cultural, cuyo efecto desarticulador ya destacamos anteriormente.

Conocimiento y protección de las riquezas nacionales, alimentación, educación, salud y habitación adecuadas son los puntos de arranque de un desarrollo científico nacional. Dependiendo del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas ya alcanzado por cada país, éste deberá atacar a este conjunto de políticas dirigidas a la atención de las necesidades de la población como primera tarea. Solo resolviendo esos problemas básicos, se creará la infraestructura para un ulterior desarrollo más sofisticado de una ciencia y tecnología propias. Solo así se conseguirá dar un fundamento cultural a la población para que ésta comience a participar conjuntamente de un esfuerzo científico nacional.

A partir de esta base esencial, el desarrollo científico tiene que establecer otras prioridades que aseguren el dominio del país sobre el proceso tecnológico que se encuentra articulado a partir de los medios de producción. Solamente las naciones que pueden controlar la creación de sus medios de producción disponen de una verdadera independencia tecnológica. Esto es válido para las condiciones de producción propias de cada periodo histórico. Pero es evidente que, con un atraso relativo en relación a la última tecnología del momento, será siempre preferible para un pueblo utilizar medios de producción que pueda dominar o producir internamente y solo adquirirlos del exterior en condiciones de dominar su uso de la tecnología. Uno de los efectos más nefastos de la importación de tecnología a través de las filiales de las empresas multinacionales reside exactamente en esa alienación de desarrollo de los medios de producción a las estrategias y objetivos de otras economías, instituciones e intereses. De esta forma, se elimina cualquier posibilidad de un desarrollo independiente a partir de intereses nacionales. La importación de tecnología, cada vez más necesaria en una economía internacional donde la creación de la ciencia y de la tecnología se encuentra extremadamente concentrada, como ya vimos, puede estar determinada por los intereses de la expansión, lucro, etc., de las empresas multinacionales y no por la definición de los intereses nacionales y de la capacidad científica interna de apropiarse de la tecnología, dentro de un proyecto de desarrollo científico y tecnológico.

Es necesario disponer de un conocimiento sistemático en la evolución científica, tecnológica y económica internacional para asesorar la elección de la tecnología a importar. Al mismo tiempo es necesario participar en un sistema de alianzas y cooperación internacional que permita aprovechar la competencia entre las potencias e intensificar la cooperación entre países de estructuras socioeconómicas y condiciones tecnológicas parecidas. En este sentido, la colaboración con los países socialistas ha sido una ayuda eficaz en la diversificación de alternativas tecnológicas del Tercer Mundo, así como la relación con corrientes progresistas de la ciencia y varios sectores industriales de los países desarrollados.

Pero todas estas recomendaciones dejan de tener sentido si no hay a nivel de la sociedad y del Estado una voluntad revolucionaria a favor del desarrollo científico, integrando un proceso de desarrollo económico y cultural más integral. Es evidente que es necesario, como condición de esta voluntad, la existencia de un movimiento de democratización económica, social y política suficientemente poderoso y permanente que asegure este desarrollo cultural y científico. Que asegure también la firme decisión de realizar masivas inversiones en la ciencia que sobrepasen los modestos índices actuales de 0.5% del PNB y lleguen a los 3.5% y 4% necesarios para incentivar un salto tecnológico-científico real. Esto sin hablar de las enormes inversiones en educación, alimentación, salud y vivienda que son las condiciones materiales para cimentar el esfuerzo tecnológico-científico de la sociedad.

## **Resumen y propuestas**

Vimos, en primer lugar, la necesidad de una orientación metodológica histórica concreta que sitúe la cuestión del desarrollo en el contexto de la expansión del capitalismo comercial, financiero, industrial y monopolístico. Dentro de esta orientación, los países subdesarrollados y dependientes no aparecen como simples expresiones de atraso y de no-desarrollo, sino como el resultado histórico de esa expansión, en la cual cumplieron un papel subordinado y dependiente que estimuló la organización de sus economías dirigidas al exterior, basadas en mano de obra barata, en la sobrevivencia de economías de autoconsumo y en la marginación social.

Vimos en seguida cómo esta situación histórica de dependencia dio origen a un tipo de desarrollo cultural basado en una fuerte división entre la elite intelectual erudita, de origen oligárquico, o de una clase media que asumió sus modelos de conducta, y las masas desposeídas que no lograron integrarse en las pautas

culturales modernas, afianzando su sobrevivencia cultural en el cultivo de sus raíces pre-modernas buscando adaptarlas a las condiciones socioeconómicas propias de un capitalismo dependiente. Examinamos aún cómo la aparición y expansión de los medios de comunicación de masa aceleró los factores destructivos de esas culturas tradicionales, sin ofrecer los medios institucionales y organizacionales para la socialización activa de esas masas, aumentando sus angustias y tensiones. Vimos también cómo situaciones sociales marcadas por avances democráticos de masas permitieron a sectores más progresistas de las clases dominantes y de las clases medias asimilar la creatividad cultural de las clases populares, pero sus tentativas no consiguieron enraizarse por la falta de transformaciones económicas y sociales que sostienen este proceso de democratización, y por lo tanto, las perspectivas culturales que el abría.

Finalmente, analizamos la relación entre el desarrollo económico-social, el cultural y el científico, al llamar la atención sobre la fuerza creadora de este último de una nueva etapa de civilización, cuyo contenido universal pone a la orden del día la cuestión del desarrollo para toda la humanidad. No obstante, esta revolución científico-técnica se realiza en el contexto de modos de producción limitadores y que se encuentran en una fuerte tensión con su sobrevivencia. El carácter internacionalizador de esa revolución exige cada vez más una ciencia social capaz de situar la cuestión del desarrollo en el contexto de ese proceso internacional y de la interacción de las formaciones sociales decadentes o de transición hacia formas superiores de organización social.

Con estos elementos se torna más concreto el análisis del desarrollo científico en los países de capitalismo dependiente. Pueden resumirse las principales propuestas que se refieren a las tareas prioritarias para alcanzar este desarrollo:

1. Enfocarlo al conocimiento, a la protección y a la explotación de las riquezas naturales del país y de su potencial humano.
2. Orientarlo a la atención de las necesidades básicas en alimentación, educación, salud y vivienda del conjunto de la población, y los conocimientos científicos necesarios para la plena utilización de los recursos nacionales.
3. Sobre esta base, desarrollar la industria de medios de producción y los conocimientos científicos necesarios para la plena utilización de los recursos nacionales.
4. Crear un sistema de importación de ciencia y tecnología basado en el conocimiento sistemático de su evolución internacional, dando a la importación un carácter complementario de refuerzo a la plena utilización de los recursos nacionales. Reforzar la capacidad nacional de negociación de tecnología, no solo con el peso



político-social del Estado nacional, sino también con su capacidad de establecer alianzas y formas de colaboración internacional con instituciones, estados y fuerzas sociales afines.

5. Empatar todo este proceso de desarrollo científico en la formación organizada de una voluntad popular capaz no solo de apoyar esas medidas sino, sobre todo, de comprender su alcance, favoreciendo las prioridades en inversión científica sin las cuales no habría cambio cualitativo en la situación de dependencia y subdesarrollo tecnológico. Traducir esta decisión a un cambio cualitativo del presupuesto destinado al desarrollo científico-tecnológico que debe romper la barrera actual inferior al porcentaje de la renta nacional que dedican al mismo fin los países desarrollados (siempre superior al 2%).
6. Crear una conciencia clara en las vanguardias políticas, sindicales, empresariales y culturales del país, de que a falta de cambios radicales en la política científico-tecnológica en las direcciones señaladas (sin descuidar sus repercusiones globales) nos permita prever una profundización abismal de dependencia tecnológica, económica y política, de la marginalización social y de las contradicciones sociales que amenazan a la sobrevivencia del orden social y pueden generar un cataclismo político de consecuencias imprevisibles.

#### **IV. Antecedentes de una política científico-tecnológica**

Vivimos un momento histórico caracterizado por el paso de la Revolución Científico-Técnica (RCT) al centro del proceso de acumulación y desarrollo económico.

La RCT se caracteriza esencialmente por la transformación de la tecnología y de la producción en un campo aplicado de la ciencia. Este proceso fue iniciado en algunos nuevos ramos de la producción a partir de la Segunda Guerra Mundial (surgimiento de energía nuclear, de la aviación en jet, de la electrónica, de la informática y de la petroquímica). Maduró en los años 70 cuando comenzó a configurarse una nueva fase de RCT (surgimiento operacional del laser, de la microelectrónica, de la biotecnología e ingeniería genética, desarrollo de la exploración espacial y su impacto en la cosmología, en la física y química, en las perspectivas de los materiales, comunicación, etc. Esta nueva fase se caracteriza por la sumisión de la ciencia aplicada a la ciencia pura y al anuncio de una nueva era en el siglo XXI, en la cual la humanidad tendrá que planear la producción, reproducción y acumulación a la luz de proyectos de investigación y desarrollo de décadas. En este momento, bastante próximo, deberán romperse definitivamente los límites de los estados nacionales actuales y emergerá una civilización global, fundada en la producción automatizada y en la hegemonía de la ciencia básica sobre el pensamiento y las prácticas históricas, económicas y políticas.

Como ya vimos, en el capítulo anterior, en el momento actual, este proceso se encuentra concentrado en unas pocas regiones del mundo: Costa este, parte de California y algunos otros lugares de los Estados Unidos, Europa del Norte, región europea de la URSS y algunas áreas en la parte asiática del país y en Japón. Las demás regiones del mundo ocupan un papel apenas secundario, pero desarrollan una gigantesca lucha para poder acompañar a distancia estas transformaciones.

A medida que gran parte de ese proceso está sometido a la lógica de la acumulación capitalista, éste se ve acompañado de los instrumentos de socialización de la propiedad privada que son: la concentración de la producción y de la investigación y desarrollo; la centralización de capitales con la formación de gigantes conglomerados empresariales envueltos en ondas de especulación financiera inestables, erráticas y vacías de sustancia material; la monopolización creciente de la producción, de los servicios y de toda la vida económica; la internacionalización anárquica de las empresas y la acentuación de un intercambio mundial que oscila en función de coyunturas de mercado y políticas económicas; finalmente, contra todas las pretensiones de un liberalismo superado, en un gigantesco crecimiento de la intervención estatal en las economías capitalistas, articuladas, cada vez más por los subsidios públicos a la investigación y desarrollo militar y civil , y por la demanda estatal.

En este mundo de grandes y definitivas transformaciones económicas, sociales y políticas, comandadas por los centros de poder que planean y ejecutan la Revolución Científico-Técnica, ¿qué papel está reservado a los países dependientes y de desarrollo medio como Brasil?

En esta reestructuración de la economía internacional, en el campo capitalista, en la cual se sitúa subordinadamente nuestro país, se forja rápidamente una nueva división internacional del trabajo. En ella, los países centrales se especializan en las gigantes inversiones para la reproducción ampliada del sistema (investigación y desarrollo de alta tecnología y de ciencias básicas para abrir los próximos campos de aplicación de conocimiento: teoría de sistema e inteligencia artificial, computación especializada, investigación espacial, fusión nuclear, exploración oceánica, nuevos límites del laser y de los nuevos materiales), para la cual deben reformular su sistema educacional, de salud, habitación, transportes y comunicación, reservándose las producciones de alta intensidad tecnológica, sea esta industrial o agrícola.

Mientras tanto, se desplazan hacia los países de desarrollo medio (los llamados *New Industrialized Countries* y algunos países del sur de Europa) las industrias y actividades económicas asociadas a la tecnología de los

años 30 y 40 (siderurgia, textiles, química y petroquímica, aviación anterior al jet, y la investigación espacial, productos de consumo final en general, parte de la actividad agrícola, etcétera.)

Dada la pequeña generación de empleo que representan hoy esas actividades que vienen siendo revolucionadas por la aplicación masiva de la automatización en la producción directa, es fácil verificar que a pesar del dinamismo económico que representan, esas transferencias tecnológicas no significan aumentos importantes en el empleo, acentuándose los fenómenos de desempleo, subempleo y marginalidad en los países capitalistas dependientes, situación que deberá profundizarse aún más por la destrucción de los últimos vestigios de las economías de subsistencia en un marco de "modernización" tan acentuada de procesos económicos, sociales, políticos y, sobre todo, culturales (bajo el impacto de la moderna tecnología de comunicaciones y el violento *boom* de tiempo libre y actividades de ocio).

En el mundo de la RCT, las actividades que más generaron empleo son aquellas ligadas a la investigación y al desarrollo, a la educación, a la salud, a la asistencia social, a la comunicación, a la informática, a la cultura y al ocio, a la planificación y administración (en las economías capitalistas se agregan las actividades financieras y comerciales). Los países desarrollados desvían masas y grupos de trabajadores de los sectores productivos hacia los sectores de servicio y convierten las economías intensivas en ciencia y tecnología, mientras que la producción a gran escala representa una cantidad mínima de las horas de trabajo socialmente necesarias.

En este nuevo mundo que se dibuja ante nuestros ojos asustados ¿es posible pensar en una política científica y tecnológica autónoma e independiente a nivel nacional?

En un país de extensión continental como Brasil, la única respuesta es: ¡sí! Sin ésta, Brasil no será capaz de ocupar un mínimo de poder en este mundo moderno y se convertirá en un espacio para la operación de otros pueblos, condenados a la creación de una riqueza cada vez más concentrada en una minoría ínfima y a la reproducción ampliada de la miseria de sectores aún más amplios de su población. Ya presenciamos la proletarianización masiva de nuestras clases medias, que se sienten dentro de una trampa histórica y buscan desesperadamente huir del país. Como, a propósito, ocurrió con los profesionales de Argentina, Uruguay y Chile, entre otras naciones dependientes, que se vieron imposibilitadas para continuar su desarrollo económico nacional, mientras que aún sobrevivía un sistema escolar capaz de producir bienes profesionales sin oportunidad de trabajo.

Cualquier política científico-tecnológica seria, tendrá pues que contar con las premisas políticas necesarias para garantizar una reversión del escenario de subordinación y dependencia al cual estamos atados y en el cual nuestra vida económica se encuentra totalmente subyugada a una dinámica internacional perversa, que nos reserva un papel no sólo secundario, sino cada vez más marginal.

Para alcanzar tales objetivos, se hace necesario articular una alianza política entre los trabajadores manuales e intelectuales, particularmente aquellos ligados a la investigación y al proceso de conocimiento e información, los empresarios y productores rurales e industriales interesados en la consolidación de la economía nacional, el sector estatal bajo el control y si es posible, la administración de sus trabajadores. Dicha alianza de fuerzas deberá implantar un desarrollo enfocado, en primer lugar, a la satisfacción de las necesidades de la población, basado en la planificación y no en la competencia ciega entre los productores privados. Una producción dirigida a las necesidades básicas de la población exige una distribución de renta progresiva y drásticos cambios en las formas de propiedad, como la reforma agraria, la estatización del sector o el ajuste de la especulación financiera, más allá de un tributo progresivo a favor de los salarios más bajos.

Para asegurar el pleno desarrollo de nuestras fuerzas y potencialidades básicas, se hace necesario un mapeo completo de nuestros recursos naturales y humanos para, a partir de ello, elaborar un plan de desarrollo económico de gran dimensión y ambición.

En este plano, deberá ocupar un papel prioritario la educación, la capacitación y calificación de la fuerza de trabajo. Ubicar en condiciones de producción y trabajo del más alto nivel a millones de seres humanos alterará cuantitativa y cualitativamente la correlación de fuerzas mundial. El verdadero capital es el hombre y solo a través de la priorización de su desarrollo se alcanzará una etapa superior económica, social y política.

Esto exige una política científico-tecnológica que dé absoluta prioridad a la creación de los medios gerenciales y técnicos para una política alimenticia nacional, una educación universal básica para toda la población, una política de salud preventiva a gran escala y políticas de vivienda y transportes racionales.

Para atender tal desafío, se generarían millones de empleos de profesionales altamente calificados, formados por un sistema educacional que sería a su vez, otro gran generador de empleo. Esto fortalecerá una enorme demanda interna capaz de ocupar todo el parque industrial existente y estimular el desarrollo de una tecnología que, sin ser sofisticada, aseguraría la masa crítica de ingenieros, administradores, arquitectos, diseñadores industriales, que darían la densidad necesaria para un verdadero salto tecnológico en el país.

Estos cambios asegurarían la creación de masas críticas de servicios capaces de asegurar autonomía relativa y la capacidad de innovación tecnológica de nuestro parque industrial, particularmente el sector de máquinas-herramientas y las industrias de bienes de producción.

Además esos cambios podrían proporcionar una política de exportación de tecnología de servicios y producción para toda América Latina y África, que reforzaría el enriquecimiento de nuestra estructura profesional.

Articulado con la vasta recuperación y activación de nuestra capacidad profesional, se vuelve viable el desarrollo de centros de excelencia y de investigación científica y tecnológica de punta, que nos permitan participar en la creación de conocimiento en el mundo contemporáneo. Intentar construir este techo sin las bases materiales de educación, capacitación y calificación de población brasileña es un camino destinado al fracaso. No se trata de *primero* desarrollar esa infraestructura masiva para *después* desarrollar la alta tecnología. Es necesario un ataque simultáneo, con la elevación del peso relativo de la alta tecnología en las inversiones públicas, a medida que esté siendo creada la infraestructura de una población, educada e integrada en un sistema productivo nacional.

En este proceso, ¿qué papel deben tener el capital y la tecnología importados? Deben cumplir un papel complementario y subsidiario y no la función del sector dinámico y articulador de la economía, como viene ocurriendo desde 1955. Así, también, la exportación debe ocupar un papel complementario, de refinamiento y actualización del parque productivo y no de su motor propulsor, mientras el consumo interno cojea y se extingue.

Si reunimos estas condiciones socioeconómicas y políticas; si realizamos este mapeo y utilización racional de nuestros recursos naturales y humanos, si educamos, capacitamos y calificamos a nuestras masas trabajadoras; si producimos una tecnología gerencial y administrativa capaz de articular y hacer avanzar el pleno desarrollo alimentario, de salud, transporte y vivienda de nuestras masas; si generamos, a través de ese pleno empleo de profesionistas de alto nivel, los medios de vida para nuestra población y creamos masas críticas de producción en las áreas-clave para la integración del parque industrial nacional; si nos convertimos en un poder exportador para países capaces de consumir nuestra tecnología básica y de punta, podremos, solo así, construir un vasto potencial científico-tecnológico de punta y nos incorporaremos realmente al campo de la alta tecnología. Y podremos también importar, con racionalidad y poder de asimilación, el capital y la tecnología de las empresas multinacionales, así como importar directamente científicos y técnicos de todo el mundo,

incluso de los países desarrollados. La exportación sería también, el complemento capaz de estimular nuestra productividad y nuestra competitividad internacional.

En este escenario, ciertamente, una política científico-tecnológica sería el aspecto de una política económica y un proyecto de desarrollo más completo, capaces de articular a Brasil con el mundo contemporáneo. Y nos incorpora de lleno como creadores (más modestos, pero sujetos activos del proceso creativo) de desarrollo de la Revolución Científico-Técnica, participando como agentes en los cambios sociales, económicos y culturales que ésta provoca.

Este camino podrá ser más duro y difícil que la actual perspectiva de incorporación dependiente en las nuevas fases de la división internacional del trabajo. No obstante, si seguimos este camino, podremos, tal vez, atrasarnos relativamente en cuanto a ciertas sofisticaciones inútiles del consumo tecnológico, pero seremos dueños de nuestro entorno, creadores de un nuevo mundo y no prisioneros de una minoría de consumidores salvajes de bienes. Estaremos cercados de hombres educados y conscientes, capaces de incrementar su ambiente natural en vez de destruirlo, al tiempo en que dejaremos de estar cercados por masas hambrientas y miserables, explotadas por esa minoría.

## **V. Cultura y dependencia**

El objetivo de este capítulo es apenas el de proponer una primera aproximación más sistemática a lo que podría considerarse una sociología de la cultura dependiente. No se pretende ir más allá de establecer un conjunto de hipótesis sobre la temática que debe ser trabajada por un estudio más profundo sobre el tema. No se trata, tampoco, de abrir un camino totalmente nuevo. Al contrario, el pensamiento latinoamericano y del Tercer Mundo en general debe ser enfrentado históricamente con dichas cuestiones por un largo periodo. Se trata exactamente de sintetizar la problemática que emerge de una tradición teórica e ideológica, buscando integrarla en el cuerpo más general de una teoría sistemática de las formaciones sociales dependientes. Esta teoría deberá situar a la superestructura de las sociedades coloniales, semi-coloniales y dependientes, dentro de las relaciones históricas que recogen, por un lado, su particularidad como sociedades emergentes dentro de un mundo crecientemente subyugado a la expansión del modo de producción capitalista, y particularmente, en la etapa del imperialismo; y por otro lado, deberá recoger los elementos universales que están intrínsecamente

ligados a la lógica de este proceso de expansión. La teoría de estos procesos superestructurales no podrá al mismo tiempo, despreciar el rol histórico del surgimiento del socialismo como alternativa organizativa de clase, como ideología y como experiencia estatal que actúa como un factor alternativo en la evolución de la lucha ideológica y en el propio tratamiento que la intelectualidad y las fuerzas sociales subjetivas de las formaciones sociales dependientes dan a su problemática histórica.

La superestructura de la sociedad dependiente refleja, antes que nada, su condicionamiento histórico determinado por la situación de dependencia. Esta situación es un producto de la expansión del capitalismo comercial y financiero de los siglos XVI al XIX, de la imposición creciente del capital industrial en el siglo XIX que permitió la implantación hegemónica de las relaciones de producción capitalista a escala mundial (al permitir la sumisión *real* del trabajo al capital en sustitución a la sumisión *formal* del periodo pre-industrial), y, finalmente, del paso del capitalismo a su etapa imperialista, en la cual el capitalismo monopólico somete de forma creciente el proceso de producción internacional y profundiza al mismo tiempo, en las contradicciones del capitalismo a nivel internacional, dando origen a un periodo de revolución socialista mundial a partir de las zonas periféricas del sistema.

En el contexto de este movimiento histórico universal, la situación de los pueblos emergentes se dividió en dos procesos concomitantes: por un lado, se establece el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas y de la implantación de las relaciones de producción capitalista y de las instituciones a éstas correspondientes (el mercado interno, el Estado Nacional y soberano, las relaciones de producción asalariadas, etc.); pero, por otro lado, estaba la integración de estas sociedades en una economía internacional crecientemente dominado por el capital imperialista. Estas condiciones históricas funcionaban en el sentido de someter el proceso de desarrollo del capitalismo en estos países a las necesidades de una economía mundial que reservaba a estas naciones emergentes un papel subordinado en el sistema económico internacional. El efecto de esta situación de dependencia condicionó el desarrollo de las fuerzas productivas internas, de las propias relaciones de producción y de la superestructura cultural e ideológica, conformando estructuras sociales distintas de aquellas que se desarrollaran en el capitalismo dominante.

El primer problema presentado por tal situación era el de determinar en qué sentido el desarrollo capitalista de la sociedad emergente sería una repetición del capitalismo original o una forma específica de desarrollo capitalista. Los patriarcas de la independencia latinoamericana pretendían implantar en su región los ideales de los países que habían realizado sus revoluciones burguesas. El ejemplo de Inglaterra, Francia y Estados Unidos marcó fuertemente su voluntad revolucionaria. Pero luego quedó claro que no eran las mismas clases y fuerzas sociales las que actuaban aquí y allá. La burguesía negra emergente se había desarrollado en las

actividades comerciales y agrícolas o de minería, asociadas a la economía colonial. Su carácter oligárquico, su función mediadora en el comercio mundial limitaron fuertemente su impulso revolucionario. Desde el punto de vista revolucionario, se había comprometido con los neocolonialistas ingleses para reestructurar un sistema comercial exportador que reforzara la estructura dependiente. El impulso revolucionario independentista cayó bajo el control de estas clases y no permitió una transformación radical de las relaciones de producción, manteniendo hasta mediados o fines del siglo XIX, las leyes que conservaban la servidumbre y la esclavitud. ¿Cómo compatibilizar la República independiente y el dominio inglés? ¿Cómo compatibilizar la República democrática y la servidumbre y la esclavitud? ¿Cómo compatibilizar el desarrollo capitalista con la hegemonía política de los propietarios de tierra y de los comerciantes exportadores? ¿Cómo compatibilizar la integración nacional y el poder de los propietarios de tierra locales? ¿Cómo compatibilizar el crecimiento del mercado interno con las exigencias de la economía exportadora, la mano de obra barata y el poder local de los propietarios de tierra?

Durante muchos años el pensamiento social latinoamericano buscó analizar esta problemática a través de la discusión de las confrontaciones polares entre barbarie y civilización, primeramente, atraso y desarrollo, posteriormente, vocación agraria o vocación industrial, en otros momentos, subdesarrollo y desarrollo en los últimos tiempos. El tema principal de la reflexión de un pueblo es la atención a sus necesidades básicas, la utilización de las fuerzas productivas existentes en toda su potencialidad y su desarrollo continuo, finalmente, el dominio de la naturaleza por el hombre para someterla a sus fines. Pero el proceso de la revolución industrial polarizó violentamente las condiciones de producción de riqueza en el mundo. El desarrollo de las burguesías nacionales, la formación de los mercados internos, la consolidación de los estados nacionales, la implantación de las formas de comportamiento "racionales" que sometían al hombre a la era de las máquinas, a la existencia de un mercado de trabajo libre, el surgimiento del ciudadano como unidad de organización política y figura de derecho civil (transformado en individuo o persona contratante), el desarrollo de la ciencia y la tecnología como principios ordenadores de la producción y de las relaciones sociales, las formas estáticas pos-artesanales, buscadas en el individuo creador y en los materiales de producción artística industriales, así como en un nuevo concepto de tiempo, de espacio y de movimiento; todas estas nuevas pautas de producción y reproducción de la sociedad formaban los principios ordenadores de una nueva civilización; la revolución burguesa sería el proceso histórico de implantación de esta nueva estructura social. Durante el siglo XIX, y particularmente el siglo XX, gran parte del pensamiento social se ubicó en esta cuestión: estaban los que defendían este proceso y los que lo criticaban; los que oponían a éste las utopías del pasado o las del socialismo; o los que, como el marxismo, lo consideraban un momento dialéctico de la historia humana que creaba las bases materiales de su superación. Sin embargo, para los países latinoamericanos y gran parte del



actual Tercer Mundo, el problema no era tanto el de defender un proceso en curso en sus propias fronteras, sino el de enfrentar la cuestión de cómo integrarse en esta corriente histórica.

La implantación de la civilización industrial burguesa se presentaba en el pensamiento liberal y cosmopolita como una negación de las particularidades nacionales, la implantación de pautas universales de comportamiento, pensamiento estético. Todo lo que se opusiera a esta universalidad aparecía como bárbaro, atrasado o tradicional. La afirmación del ser moderno y civilizado era la negación del ser tradicional, propio, nacional, autóctono. Aquí se establecía uno de los primeros dramas de la cultura dependiente. En las naciones de desarrollo capitalista original, la implantación de la civilización burguesa era, al mismo tiempo, la implantación de las tradiciones burguesas, de su existencia como clase revolucionaria primero, y como clase conservadora después. Sus características nacionales aparecían como características del capital en general, de la modernidad en general, de la civilización en general.

En las naciones cuyo desarrollo industrial se derivó de las premisas establecidas por las primeras naciones capitalistas, estas se presentaban como una oposición a las particularidades históricas de las nuevas burguesías nacientes. La lucha entre el romanticismo y el clasicismo en lo estético, entre el irracionalismo y la ilustración racional no filosófica, entre el proteccionismo y el liberalismo en lo económico, aparecían como una lucha entre la reacción y la revolución entre nacionalismo reaccionario y universalismo civilizador. Pero si desde el punto de vista abstracto se pueden aceptar estas disyuntivas, desde el punto de vista histórico concreto los temas de la nación, de la afirmación de los sentimientos étnicos y culturales autóctonos eran una parte necesaria de la revolución burguesa en cada nación y lo habían sido incluso para las burguesías triunfantes a pesar de su internacionalismo y universalismo cosmopolita cuando se consolidaron en el poder. La represión de estos sentimientos y de esta base cultural nacional en países que aún no habían integrado su Estado propio, que no habían destruido las resistencias del localismo feudal, que no habían constituido su mercado nacional en oposición a los mercados regionales, era la muerte de su capacidad de implantar el capitalismo y la democracia burguesa.

Así, dialécticamente, la afirmación histórica de la particularidad nacional, como oposición a lo extranjero y al localismo podía, en condiciones históricas concretas, ser un instrumento de afirmación de un proceso universal de desarrollo de las fuerzas productivas y de las nuevas relaciones sociales capitalistas. Dichos problemas fueron enfrentados en procesos violentos por las burguesías alemana, japonesa y rusa (y, hasta cierto punto, por la norteamericana que también luchó por encontrar una identidad nacional). Pero éstos asumieron proporciones dramáticas en los países coloniales modernos. La suerte de las culturas indígenas americanas y africanas debilitadas por el colonizador aparecía como una necesidad histórica debido a la distancia de estas culturas y a la dificultad de entender sus gritos desesperados ante su extinción.

Más difícil de justificar a los ojos del liberalismo era, sin embargo, el debilitamiento de culturas y civilizaciones que habían traído grandes contribuciones al pensamiento occidental, como la islámica, la china, la hindú. Y más fuerte también era su capacidad de resistir a la avalancha occidental. ¿Qué había de universal en la revolución burguesa y hasta qué punto era una expresión de tradiciones europeas? ¿Cómo era posible aceptar que la afirmación de la universalidad de la nueva civilización industrial era la aceptación de la anulación de las culturas no europeas? ¿Cómo creer que el desarrollo de las nuevas naciones era el servilismo al conquistador europeo, a su imitación grosera, a la sumisión, a la negación de las nuevas burguesías nacionales y de su identificación con su propio espacio nacional, a la integración del mismo bajo la hegemonía burguesa? Para incorporarse a la nueva civilización, al contrario de las burguesías europeas que afirmaron su *ethos*, ¿las nuevas burguesías tendrían que negarlo y aceptar su condición subordinada, la humillación de su etnia, de sus características raciales, de sus tradiciones? No fueron pocos los mulatos que defendieron la superioridad racial del blanco, no fueron pocos los hispanos, portugueses, árabes o chinos los que defendieron la imposibilidad de un pensamiento filosófico y científico en sus lenguas nacionales.

Finalmente, muchos sectores de las oligarquías y de las clases medias emergentes se sometieron a un proceso de anulación de su particularidad nacional para afirmar la implantación de la "civilización", del "desarrollo" o de la "modernización".

## **VI. Dependencia cultural y socialismo**

En el siglo XX, el mismo movimiento obrero, las ideas socialistas de la pequeña burguesía y de la intelectualidad sufrieron este mismo tipo de alienación. De hecho, el marxismo evolucionista y determinista económico que prevaleció en la Segunda Internacional facilitó apenas su identificación histórica con el liberalismo que resultó en la degeneración social-demócrata del marxismo hasta su anulación por el liberalismo, pero también este evolucionismo determinista que negaba la particularidad de las luchas nacionales del movimiento obrero, y su participación como protagonista en la revolución democrático-burguesa dentro de sus condiciones nacionales, y afirmaba la vocación de un universalismo abstracto y antihistórico que no se construía en la historia concreta de los estados nacionales, centro de la lucha por el poder.

Es muy fácil entender, por lo tanto como en la Segunda Internacional podría haber una corriente altamente pro-colonialista; se puede entender, también, cómo en la Tercera Internacional, negando los principios de Lenin, se podía retomar durante ciertos periodos, la perspectiva de un internacionalismo ajeno a las condiciones específicas de cada país o región; se puede entender aún, como los partidos socialistas participaron en guerras coloniales. No es difícil de entender, tampoco, la asociación ideológica entre liberalismo y la hegemonía de las burguesías de los países dominantes y las versiones obrero-reformistas de estas ideologías que dieron como resultado, por un lado, el apoyo de las clases obreras a los estados burgueses de sus respectivos países dominantes, y por otro, la manutención de un cosmopolitismo que anulaba su voluntad combativa por el poder que se asentaba en una base nacional.

Esta extraña paradoja solo se hace comprensible cuando vemos que el proceso de transición del capitalismo liberal al monopólico es, al mismo tiempo, el paso del colonialismo impuesto desde fuera, en las condiciones de una economía internacional incipiente, en dirección al imperialismo moderno, que se caracteriza por la exportación de capital y la integración de los espacios nacionales bajo la hegemonía del capital monopólico en el proceso de internacionalización.

La historia del triunfo del proletariado en países emergentes fue la historia de su hegemonía en el proceso de sus revoluciones democrático-burguesas. No fue nunca a través de un no reconocimiento de su proceso histórico específico. Lenin, Mao Tsé –Tung, Ho Chi Min, Tito, Kim Il Sung y Fidel Castro, entre muchos otros, no son expresiones de cosmopolitismo, a pesar de sus profundas convicciones internacionalistas. Ellos guiaron a sus clases obreras y a sus pueblos en una lucha por el poder nacional, como parte de un proceso universal de afirmación de una sociedad nueva a escala mundial. Y ni por esto pudieron eliminar totalmente los peligros de los desvíos antiinternacionalistas que las realidades geopolíticas, los intereses de las clases no proletarias en las revoluciones socialistas y las exigencias de los intereses de Estado, mismo en relación a estados socialistas. El problema nacional no puede ser resuelto sin considerar su historia, por una decisión del ideal de universalidad, sino por el complejo y dialéctico proceso de superación de las desigualdades internacionales y de la formación de una humanidad nueva que no será la imposición del *ethos* europeo sobre la humanidad, sino la síntesis superior de diferentes culturas y particularidades de la raza humana.

En este contexto se pueden comprender los complejos problemas teóricos que se impusieron a las clases revolucionarias en los países coloniales. Las burguesías locales, a pesar de sus oscilaciones y debilidades, buscaron durante años un espacio ideológico propio a través del nacionalismo antiimperialista y democrático popular. El nacionalismo burgués buscó su propio *ethos* en la recuperación de la grandeza de las civilizaciones indígenas, o en la fuerza de la cultura africana, o en otros continentes, en la afirmación de sus civilizaciones

originales. Pero es evidente que la reacción romántica a la hegemonía cultural europea no recreaba el *ethos* indígena, sino la versión burguesa o pequeño-burguesa de este *ethos*. El burgués moderno ubicó en su espacio musical, novelístico, teatral, cinematográfico, etc. las estilizaciones del folclor de su pueblo. Es interesante notar como alcanzó cierta importancia el romanticismo nacionalista en ciertos momentos históricos, como en el fin del siglo XIX, en los años 30 y 40 de nuestro siglo y nuevamente en la década de 1960. Pero es interesante notar que también el proletariado colonial buscó rescatar esta realidad nacional, según su versión popular revolucionaria. Los grandes romanticistas, pintores y poetas latinoamericanos de los años 30 y 40 fueron, en general, comunistas, o ligados a los partidos comunistas. La línea de frente única de 1934 a 1947, aliada a la recuperación del nacionalismo ruso en este periodo, particularmente durante la "Gran Guerra Patriótica" del pueblo ruso, creaba un ambiente cultural que permitía a la intelectualidad de izquierda del periodo identificarse con su pueblo, dentro de una versión social revolucionaria que no escondía su inserción en un mundo estético romántico, occidental y porque no decirlo, burgués. Pues fue la burguesía quien creó los espacios estéticos contemporáneos, como reconocieron los grandes teóricos de la estética marxista, en oposición a las tentativas fracasadas de crear un arte proletario, antes de que la clase trabajadora pudiese crear una civilización nueva con el Estado en sus manos y con la creación de las nuevas modalidades de producción y las nuevas relaciones de producción que permitían revolucionar el tiempo y el espacio de la civilización industrial burguesa, sus superestructuras jurídicas, culturales, ideológicas.

La incompreensión del carácter de transición del socialismo, su limitación histórica como simples avances en relación a la sociedad capitalista, como había establecido Marx, no tuvo consecuencias sino solo en el plan económico, de donde se pretendió suprimir voluntariamente las leyes de la producción (condicionadas por los límites del desarrollo de las fuerzas productivas y de transformación de las relaciones de producción y de las condiciones sociales del trabajo) antes de que se pudiera revolucionar totalmente, a través de la transformación contemporánea de las fuerzas productivas (que es la revolución científica y técnica aún en proceso) las limitaciones históricas de la economía heredada del capitalismo. También en el plano superestructural se pretendió romper radicalmente con la estética burguesa sin resultados concretos. El anarquismo fue la consecuencia de dichas tentativas, esto es, la pura negación abstracta de la sociedad burguesa, sin capacidad de concretización histórica, sin capacidad de desarrollar la positividad de la alternativa proletaria. Pues la negación de la sociedad burguesa no es la afirmación del antiburgués en abstracto, sino la integración revolucionaria de la civilización burguesa en la positividad de la transición hacia una civilización que no será simplemente proletaria, pues la hegemonía del proletariado y su necesidad de recurrir al Estado y, por lo tanto, a la dictadura de clase, es una expresión de su subordinación histórica a las condiciones de la sociedad de clases para eliminar la sociedad de clases.

Por lo tanto, el resultado histórico de la hegemonía del proletariado no puede ser la creación de una civilización proletaria, sino la de una civilización sin clases. En este sentido, la aceptación histórica de los límites del socialismo como régimen de transición y no como ideal humano final es, al mismo tiempo, un antiradicalismo en el sentido abstracto, y la única forma de radicalismo histórico, es decir, de praxis revolucionaria concreta.

Es por este motivo que la radicalización creciente de las condiciones históricas de la lucha por la liberación nacional, al mismo tiempo que desvía hacia la clase trabajadora la conducción de la lucha nacional y presenta la alternativa socialista como única forma viable de resolver las contradicciones generadas por la etapa imperialista del capitalismo, obliga también a la clase trabajadora a resolver los problemas económicos, políticos y culturales ubicados en otros momentos históricos a las burguesías nacionales. Es por esta razón que, al contrario de crear una alternativa cultural cosmopolita y clasicista abstracta, la clase trabajadora de los países dependientes y su movimiento revolucionario retoma la temática del romanticismo burgués nacionalista y populista y la somete a sus objetivos históricos, a sus valores propios, transformando radicalmente su papel funcional dentro de la lucha de clases.

Pero es evidente el peligro de tal situación. La incorporación de la temática nacional democrática en el universo cultural y teórico de clase y de un pensamiento socialista corre el riesgo de dejarse subordinar por el contexto ideológico burgués. Pero si examinamos el problema más detenidamente, vemos que el mayor riesgo está en sentido contrario. El abandono de la temática nacional democrática por el pensamiento rector de la clase trabajadora emergente en los países latinoamericanos (con excepción de Chile, donde la clase trabajadora se mantiene organizada en partidos marxistas) entregó a la hegemonía del nacionalismo democrático burgués el pequeño burgués. El triunfo del populismo latinoamericano se explica, en gran medida, por esta incapacidad del marxismo latinoamericano en los años 20 y 30. La clase trabajadora formada en las condiciones de migración europea a fines de siglo XIX e inicios del XX, con fuertes tendencias pequeño-burguesas por sus condiciones de producción artesanal, profundamente influenciada por el anarquismo y sometida la línea del Tercer Periodo de clase contra de la Internacional Comunista entre 1927 y 1934, fue incapaz de ganar la hegemonía ideológica sobre los nuevos contingentes trabajadores recién emigrados del campo, identificados con el populismo en los años 30. El cambio de la línea de Internacional Comunista, en 1935 a una concepción de frentes populares bajo la dirección de los sectores democráticos liberales hizo que esta hegemonía burguesa nacional democrática se consolidara, pues los partidos comunistas, debilitados por su distorsión izquierdista en los años revolucionarios de 1930-1934, que ocasionó su separación de los movimientos democráticos y antiimperialistas, se reincorporaron a estos movimientos en una posición subordinada que ya

no les permitió recuperar la hegemonía ideológica sobre la clase trabajadora. En consecuencia, solamente a medida que los marxistas hablaban el lenguaje de los populistas, podían dialogar con el movimiento trabajador ya identificado con el contexto ideológico del nacionalismo democrático burgués. Por lo tanto, el riesgo se encuentra no en la búsqueda del pensamiento marxista de integrar la particularidad de las condiciones nacionales y de inscribirse en el marco de la lucha por el poder del Estado nacional, por la hegemonía de la cultura nacional, sino en su aislamiento en el mundo abstracto-formal de una historia desvirtuada.

La diferencia fundamental entre el enfoque marxista del problema nacional democrático y el enfoque burgués reside en los siguientes puntos: en primer lugar, el marxismo ve la cuestión democrática y nacional como último fundamento del proceso de realización de un ser metafísico nacional auténtico. En segundo lugar, el marxismo ve en lo nacional la instancia de un proceso concreto de lucha antiimperialista y de realización de un internacionalismo que supera el carácter desigual y combinado, expoliador y opresor del desarrollo del capitalismo, mientras el pensamiento burgués ve en la realización histórica de la nación un fin último y cree en una sociedad capitalista mundial igualitaria. El marxismo, finalmente, denuncia el manejo de la cuestión nacional por la burguesía como una tentativa de anular las contradicciones de clase del capitalismo. El marxismo afirma, en consecuencia, el carácter popular de la nación, su base de clase y la hegemonía del proletariado en la lucha de liberación nacional como la punta de lanza para construir una sociedad nueva capaz no solo de resolver la cuestión nacional, sino también de resolver los problemas sociales que el nacionalismo burgués no puede hacer. En este sentido, la soberanía nacional se hace soberanía popular, democrática popular y base de la reconstrucción del orden económico, social y cultural. En este mismo sentido, el marxismo no ve la liberación cultural como el proceso de afirmación de contenidos nacionales eternos e irracionales, sino como la lucha contra la opresión cultural y la liberación de las masas del analfabetismo, de la ignorancia y su afirmación, a través de su propia experiencia sistematizada, en un pensamiento revolucionario.

La cuestión de la cultura se inserta así, en la lucha por la hegemonía nacional. Se trata de saber qué clase social será capaz de resolver los problemas del crecimiento económico, de la satisfacción de las necesidades básicas de la población, de la soberanía nacional, de la liberación de la opresión cultural y el pleno desarrollo de la capacidad creativa del pueblo. Y el problema de la hegemonía se decide en torno al Estado, de quién domina y de su carácter.

Con el enorme avance de la internacionalización del capital después de la Segunda Guerra Mundial, surgen nuevos problemas en el contexto cultural e ideológico latinoamericano y de los países dependientes en general. La reorientación de las inversiones imperialistas hacia el sector industrial de las naciones dependientes en formación retiró la base de acumulación propia de una burguesía industrial naciente en estos países.

Después de algunas tentativas de resistencia que exacerbaron la postura nacionalista de estas burguesías, éstas se vieron, en los años 50 y 60, en la necesidad de cesar esta resistencia que las obligaba a apoyarse en movimientos populares cada vez más radicalizados. Al mismo tiempo, descubrieron el camino para convertirse en socios menores del capitalismo internacional, compartiendo, a través de una posición dependiente y secundaria grandes ganancias creadas por la intensificación de las condiciones de explotación de la mano de obra del proletariado de los países dependientes, la base tecnológica superior del capital internacional, sus condiciones de operación monopólicas altamente concentradas y su capacidad de centralización del capital. A partir de ese momento, el ímpetu antiimperialista de los años 30 a 50 se diluyó en vagas pretensiones de mejores condiciones de comercio e intercambio internacional y se abandonó definitivamente la pretensión de un desarrollo nacional autónomo.

Como consecuencia, de un momento a otro, el amplio frente político nacional democrático se vio privado de sus liderazgos burgueses, cuyas vacilaciones se hacían cada vez más evidentes o difíciles de ocultar. La lucha antiimperialista adquirió desde los años de posguerra, un contenido cada vez más socialista. En América Latina, este proceso llegó a su primera conclusión exitosa con la declaración de la revolución cubana como socialista, en 1961.

Mientras tanto la revolución cubana resolvía no solo los problemas económicos más inmediatos de las grandes masas del país sino que levantaba, primordialmente, un programa de alfabetización, luego de educación primaria universal y, hoy en día, de educación secundaria universal y enseñanza universitaria masiva; por otro lado, las masas latinoamericanas continúan masivamente analfabetas, la enseñanza fundamental es un fin inalcanzable para grandes grupos, la enseñanza media y particularmente la universitaria, un objetivo de élites.

La experiencia cubana trajo también nuevos contenidos culturales al desarrollo espiritual del pueblo. Y a pesar de los pequeños recursos con que cuenta la Isla, se destaca en todos los planos culturales, no solo rescatando la cultura popular afrocubana, sino también llegando a ocupar la primera línea del arte abstracto, del romance realista y mágico, de la poesía, del canto, de la música erudita, del ballet, etc. El desarrollo cultural del pueblo cubano no se logró ni por una negación de su contenido nacional, ni por un desprecio al arte llamado universal, sino por una síntesis creciente entre los dos elementos.

Por otro lado, la cultura en los países capitalistas dependientes latinoamericanos continúa prensada entre la opción elitista y popular. En momentos democráticos de gran contenido potencial revolucionario como el gobierno de Goulart en Brasil, en 1961-1964, el Chile de la Unidad Popular, en 1970-1973, y muchas otras

situaciones de efervescencia cultural, ideológica y teórica en el subcontinente, despuntaron nuevas propuestas que reubicaban esta disyuntiva básica, no siempre bien resuelta, sino altamente significativa por su potencialidad creadora y por los nuevos problemas que acarreaba.

El fracaso de estas experiencias democráticas avanzadas y la imposición de dictaduras militares fascistas en estos países crearon situaciones de censura, por un lado, y de resistencias culturales combativas por otro; crearon también un nuevo fenómeno en el presente siglo, que es la migración masiva y la concentración de intelectuales latinoamericanos en nuevos centros de producción en países democráticos. El intercambio de experiencias, su reimplantación en nuevas condiciones nacionales, el radicalismo ideológico creciente de la región viene creando el sustrato ideológico y cultural de un replanteamiento radical de la cuestión cultural en América Latina.

Pero el complejo proceso de superación de las condiciones históricas de hegemonía del nacionalismo democrático y de su concepción de un arte nacional y popular conduce a desvíos peligrosos. Por un lado, la tentación de oponer a la hegemonía histórica del nacionalismo democrático burgués un marxismo sociológico que cree en una clase trabajadora definida como grupo social y no como clase revolucionaria en lucha por el poder a escala nacional, dentro de determinadas condiciones nacionales y de una cultura localizada y concreta, que puede llevar a una experiencia sectaria y fracasada a amplios sectores de la izquierda y a su total esterilidad. Por otro lado, la tendencia a pensar los procesos modernizadores del capitalismo dependiente dentro de un cosmopolitismo pro-imperialista abierto, como los implantados por las dictaduras militares al servicio del gran capital internacional, como base para un nuevo capitalismo capaz de superar las condiciones de dependencia y de generar una clase trabajadora aislada del problema nacional, puede dar origen, y de hecho lo viene haciendo, a la concepción de un neoliberalismo colonizado de base obrera. Traducido a un lenguaje concreto, se trata de un trasplante del discurso social-demócrata a las condiciones latinoamericanas, en la esperanza de implantar aquí un movimiento obrero disciplinado dentro de un capitalismo, sino totalmente desarrollado, por lo menos medianamente dinamizado. Entre un sectarismo basado en una versión social radical del marxismo, esto es, un laborismo sin trabajadores, y un liberalismo social de carácter social-demócrata que apuesta en una democracia burguesa apoyada en masas hambrientas y analfabetas, hay que levantar la riqueza dialéctica del marxismo. Es necesario despertar en la clase trabajadora su espíritu revolucionario, situándola a la vanguardia de la lucha democrática radical y antiimperialista y demostrando, en la teoría y en la práctica, que solamente el socialismo resolverá los grandes problemas acumulados por las contradicciones crecientes de un desarrollo capitalista dependiente, creador de monopolio, concentración, sobreexplotación y marginalización social.



En este contexto ideológico, la cuestión cultural adquiere una dimensión altamente prioritaria. Competir con un cosmopolitismo apoyado en las técnicas modernas de comunicación desarrolladas por el capital multinacional que viene dominando los medios de comunicación, sin dejarse oprimir por ellas; respetar el poder creador del arte popular, su fuerza contestataria; sin caer en una versión pequeño-burguesa de la misma; establecer la síntesis entre la modernidad y lo popular, dentro de una estrategia de hegemonía cultural creciente del movimiento revolucionario, manteniendo viva la voluntad de poder y la vocación de hegemonía nacional del movimiento obrero y popular; estos son los nuevos desafíos que se presentan a los pueblos que se vienen debatiendo entre problemas seculares pero que no abandonan sus ideales de soberanía nacional, democracia y justicia social. Se trata de reconocer el camino andado en las fuerzas materiales, culturales e ideológicas de nuestras sociedades y elevar a nuevos niveles estos ideales históricos tantas veces utilizados y tantas veces traicionados por nuestras clases dominantes.

## Apéndice

### Iglesia y Estado en América Latina<sup>11</sup>

Realmente la discusión siguió, en buena medida, en lo que Dussel llama una visión intraeclesial. Se torna un poco difícil a los marxistas intervenir por cierto desconocimiento de uno u otro problema propuesto. Por lo tanto, creo que aquí se ubicarán temas de profundo contenido político, social, cultural y teórico sobre los cuales un marxista debería pronunciarse.

Creo que la cuestión central que se está planteando es si se trata de un compromiso táctico o estratégico entre cristianismo y marxismo. Creo que aquí hay realmente un problema fundamental. La posibilidad de un compromiso estratégico entre cristianismo y marxismo en América Latina pasa, indudablemente, por una fuerte reflexión común entre marxistas y cristianos sobre los elementos que integran esta definición estratégica.

Porque, evidentemente, si partimos del hecho de que el cristianismo está dividido entre dos grandes líneas, estas dos grandes líneas pasan por una visión de clases (fundamentalmente), y hay también una tendencia entre ustedes de hacerla pasar por una división entre la institucionalidad, por un lado, y el cristianismo como movimiento profético, por otro. En primer lugar, tendríamos que precisar esta cuestión.

Si la estructura eclesiástica está tan definitivamente comprometida con la burguesía y con el imperialismo, evidentemente hay aquí un problema bastante difícil de resolver, porque así como en nuestras sociedades civiles latinoamericanas el peso del Estado es muy grande, creo que también en nuestras sociedades religiosas latinoamericanas el peso eclesiástico es muy fuerte. Si aceptamos, al principio, que la estructura eclesiástica funciona definitivamente del lado de la derecha, de la burguesía, tenemos allí un fuerte peso institucional que va actuar contra una perspectiva revolucionaria en América Latina.

---

<sup>11</sup> Intervención en el Seminario sobre el mismo tema realizado en SEPLA, México, 1980 y adaptado en el libro *Iglesia y Estado en América Latina*, SEPLA, México, 1979.

Me gustaría discutir un poco sobre esta tesis dentro del contexto latinoamericano, por lo menos en lo que concierne a la experiencia brasileña.

Creo que en este caso, la estructura eclesiástica no está totalmente del lado de la derecha y tendríamos que analizar qué condiciones socio-económicas permitieron esta irrupción de posiciones de izquierda dentro de la estructura eclesiástica. Si pensamos en el caso brasileño, la Iglesia tuvo un compromiso muy profundo con el golpe de Estado de 1964, y ahora aparece como una de las fuerzas más importantes contra la dictadura militar. Creo que debemos tener en mente que ya en 1964, cuando se da esta movilización de la derecha, existía dentro de la Iglesia un fuerte movimiento de izquierda. Este movimiento ya se había expresado políticamente en la Acción Popular y fue bastante importante en el desarrollo posterior de las posiciones políticas tomadas por ciertos sectores del movimiento laico. La Acción Popular llegó a tener una influencia bastante significativa en los movimientos de acción de laicos, más que los propiamente eclesiásticos, pero llegó a tener influencia en algunos sectores de sacerdotes y hasta incluso algunos obispos se sensibilizaron por las movilizaciones de los jóvenes de la Juventud Católica y algunos sectores de la Juventud Obrera. Por lo tanto, creo que la reacción contra la penetración del pensamiento revolucionario dentro de la Iglesia fue uno de los factores que motivó una gran movilización de la Iglesia contra el "peligro marxista" y la adopción de una posición reaccionaria que propició el golpe de Estado de 1964.

Es muy interesante examinar cómo el golpe de Estado de 1964 genera a su vez, una reacción de sectores más avanzados de la Iglesia, en un sentido de enfrentamiento total con el Estado, con la dictadura y una aproximación con las tesis y posiciones guerrilleras.

En la historia de estos años, no se debe dejar de considerar la aparición de Camilo Torres, en Colombia, como una figura que se vincula también a esta postura de enfrentamiento total, revolucionario y armado contra el Estado. Esto debe haber hecho a muchos sectores de la estructura eclesiástica reflejar, comenzando a entender que se necesitaba una nueva flexibilidad del sistema eclesiástico para no llegar a un rompimiento tan profundo como el que podría surgir a partir de una radicalización tan grande de un sector de la Iglesia.

Creo que tiene que ver también con toda una situación internacional pues, a este nivel, la Iglesia como sistema, como institución percibió que su posición de enfrentamiento con los regímenes socialistas la conducía

a una situación de gran debilidad dentro de una parte creciente del mundo, de un sector creciente de la humanidad.

Y la salida de un aislamiento muy peligroso tiene mucho que ver, para mí, con todo este movimiento de reforma dentro de la Iglesia, no solo de la cristiandad como tal, pues debemos pensar que la institucionalidad de la Iglesia tiene algunos intereses propios que defender. No tenemos que pensarla solo como aparato que sirve a otras fuerzas, a otras clases, sino también como un aparato que tiene sus propios intereses.

En este sentido, es evidente que para este aparato es muy importante la experiencia histórica. La posición de la Iglesia debe estar influenciada por los resultados históricos de una Iglesia identificada como el Estado en Rusia y que está liquidada junto con el Estado zarista, comparada con una Iglesia que participa de la lucha insurreccional en Yugoslavia y que sobrevive en el Estado socialista yugoslavo. En ninguno de estos casos se trata de un resultado único de una posición política de los dirigentes de la Revolución Rusa, sino de la posición tomada por la Iglesia en las coyunturas políticas concretas de estos países.

Estos dos ejemplos son bastante indicativos de que la propia estructura eclesiástica debe buscar alguna manera de mantener, dentro del aparato de la Iglesia, las fuerzas que se comprometen en procesos revolucionarios y que pueden dar a la Iglesia un espacio dentro de los regímenes que resulten de estos procesos revolucionarios.

Este raciocinio es muy importante para entender la posición de la estructura eclesiástica en relación con estas cuestiones. Creo que la coyuntura de 1968 realmente influyó mucho las relaciones de Medellín y fue un reflejo de la situación histórica, de un momento de insurrección generalizada en el mundo y en América Latina. Entonces, evidentemente, aunque no se estuviese de acuerdo con ciertas tesis, debíamos aceptarlas como una fórmula de compromiso frente a una realidad que parecía victoriosa. Y hoy en día, estamos en una situación en que parece que la historia no está tanto del lado de la insurrección, sino del lado de la contra-revolución.

Pero sería mucho más importante que examináramos algunos elementos de coyuntura actual para mostrar en un raciocinio marxista, es decir, materialista, que la estructura de la Iglesia razona también muy políticamente. A pesar de las derrotas políticas sufridas por el movimiento popular en los últimos años en América Latina, no estamos en una situación de total retroceso, sino al contrario. En un debate como este sería muy importante mostrar los elementos positivos de la coyuntura actual, porque si entramos en un debate a partir de una posición derrotista, creo que vamos a favorecer las líneas más derechistas, un oportunismo de derecha dentro de la estructura eclesiástica.

Diría que en este momento vemos un gran renacimiento del movimiento popular latinoamericano: en la huelga general de Perú; en el gran movimiento de masas que llevó a la apertura del proceso político en Bolivia; en la unificación de las centrales sindicales en Colombia, con movimientos huelguistas de gran importancia; en Nicaragua tenemos una constante movilización y lucha de masas; finalmente, en Brasil, el movimiento popular, el movimiento democrático alcanzó un nivel muy alto y la clase trabajadora comienza a actuar dentro de este movimiento y conquista sus objetivos principales, a pesar de las difíciles condiciones represivas.

De hecho, la coyuntura comienza a cambiar y conviene llamar la atención de aquellos que razonan con oportunismo de derecha, cuyo raciocinio está mal asentado en la realidad latinoamericana, una realidad en la cual, la victoria de la derecha es provisional, limitada, sin perspectivas. Estos aspectos tácticos me parecen muy importantes para victorias de carácter más estratégico, porque si partimos de una asamblea como esta, sin duda de gran importancia, en actitud de aceptar la derrota, esto será muy negativo. Y a pesar de no conocer suficientemente la situación interna, creo que no se deben aceptar totalmente los datos inmediatos porque la propia situación política latinoamericana puede ayudar en un cambio de la correlación de fuerzas dentro de la Iglesia.

Este aspecto de la coyuntura es muy significativo para dar margen a un enfrentamiento, en una postura que me gustaría también discutir un poco: se trata simplemente de la postura de una minoría que reivindica el derecho de presentar su tesis o de una postura que tenga el deseo de ser mayoría, una voluntad de poder.

Porque creo que la postura de ubicarse siempre en la oposición es una posición negativa. Creo que tenemos que luchar por la mayoría, tenemos que ambicionar el poder. Claro que aceptando los datos de la situación cuando se está obligado a luchar a partir de una situación de oposición.

En este sentido, la distinción entre las luchas democráticas actuales y una postura socialista no debería estar hecha a partir de una perspectiva de división de las dos propuestas sino, por el contrario, lo que se debería exigir de la Iglesia es una reflexión más profunda sobre el sentido de la lucha democrática que hoy se desarrolla en varios países de América Latina, buscando demostrar que esta lucha democrática tiene un profundo contenido social y que solo puede haber realmente una respuesta democrática en América Latina si estuviera asociada a una liberación social, a una perspectiva socialista. La reflexión sobre la relación entre la lucha democrática y la socialista en América Latina, en el caso de una Iglesia que está comprometida tan profundamente, en algunos países, con las luchas por la democracia, me parece una reflexión fundamental para el momento actual y también estratégicamente. Creo que ahí tenemos dos puntos que puede permitir, no solo una perspectiva común entre el marxismo y el cristianismo, sino más que esto, diría hasta un

enriquecimiento del marxismo por la contribución de la dimensión cultural, de la dimensión profunda que puede llevar al cristianismo a la comprensión del sentimiento democrático como fenómeno histórico-cultural.

Cuando la cuestión de la democracia se constituye en objeto de reflexión común entre cristianos y marxistas, creo que estamos alcanzando un punto de unidad bastante profundo, no solo en el campo de un pluralismo socialista en el cual existan tendencias distintas que permitan al cristianismo sobrevivir dentro de una estructura socialista (reflexión que es fundamentalmente de estructura socialista eclesial), sino en un plano aún más profundo de tipo profético, si me permiten utilizar esta imagen en que realmente el problema de la democracia se convierte en una cuestión de modo de vida, de un modo de ser, en que el proceso de la revolución es, al mismo tiempo, un proceso de liberación del hombre y de la sociedad en su conjunto, proceso fundamentalmente democrático. Y ahí hay un campo de reflexión en que, creo, cristianismo y marxismo pueden realmente llegar a un grado de trabajo teórico común que la realidad latinoamericana les está exigiendo, particularmente en los países en que la dictadura política se asocia a la dictadura de clase, económica, etcétera.

Partimos de la cuestión estratégica, examinamos las cuestiones tácticas y volvemos a la cuestión estratégica. No me gustaría separar totalmente los aspectos estratégicos de los tácticos. Un problema táctico, como lo es el problema democrático en este momento, puede convertirse en un problema estratégico a medida que se extiende hasta sus raíces. Es así que, frente al comportamiento de la Iglesia en ciertos países en los cuales se está comprometiendo con una lucha democrática, no intenta paralizarla diciendo: "Bien, ustedes están comprometidos con la lucha democrática hasta cierto punto, pero no se comprometen con el resto". Pondría las cosas de manera inversa: "Ustedes están comprometidos con la lucha democrática, ¿qué sentido tiene esto realmente? ¿Hasta dónde llevar este compromiso? ¿Cómo ahondarlo y tomar conciencia del peso de este compromiso?"

Lo que podemos hacer es aislar la posición derechista y mostrar su carácter antidemocrático, su compromiso con el imperialismo, y establecer las pautas reales de compromiso con las masas cristianas.

Y lo planteo no solo desde el punto de vista de una táctica frente a esta situación inmediata, sino también a partir de un punto de vista más estratégico. Creo que la izquierda latinoamericana, el movimiento popular latinoamericano está viviendo un proceso de maduración muy grande pero, algunas veces, sobre todo en los países que pasaron por dictaduras, puede parecer que hay un retroceso en algunas posiciones políticas del movimiento popular. De algunos planteamientos muy radicales que hicimos en la década de los 60, tal vez estemos con posturas menos radicales, pero creo que el verdadero radicalismo no se define por una posición

táctica, sino por las consecuencias reales de esta posición táctica. En la década de los 60 fuimos mucho más radicales, en un movimiento que aisló las vanguardias de las grandes masas.

Evidentemente quedaron grandes mensajes, grandes planteamientos pero el proceso político concreto, los movimientos guerrilleros, sobre todo, produjeron un gran aislamiento en relación a las masas.

En el momento actual, después de toda esta experiencia, tal vez nuestros planteamientos estén al nivel de las grandes masas, y por lo tanto, tal vez se presenten menos radicales, pero creo que la vanguardia política latinoamericana tiene una gran oportunidad de articularse profundamente con los movimientos populares de nuestros países y establecer, principalmente en aquellos países en que se frena una lucha democrática, un compromiso reciente con las grandes masas. Y es indudable que, a pesar de que en el liderazgo de esta lucha democrática aparezcan muchas veces sectores comprometidos con el gran capital, con sectores de la burguesía etc., para las masas está muy claro que la lucha democrática de nuestros países fue mayoritariamente, una tarea de la izquierda y que la dictadura existe fundamentalmente para liquidar la izquierda y suprimir las conquistas populares. Creo que estas luchas democráticas que están desarrollándose en algunos países tienen un profundo contenido radical, a pesar de no aparecer explícito tal vez en sus primeros momentos.

Tal vez la cuestión se deba a una cierta falta de preparación de nuestra parte para profundizar los aspectos ideológicos más profundos en esta coyuntura concreta. Por ello, llamo la atención, en el caso del debate de Puebla, para el hecho de que podrá ser bastante importante si la izquierda y los sectores populares de la Iglesia fueran capaces de posicionarse en la coyuntura, de apropiarse de este proceso de lucha democrática e integrarlo a una postura ideológica, a una reflexión teórica que radicalice esta lucha democrática. Y el debate podrá realmente convertirse en un nuevo punto de partida para la izquierda latinoamericana y no en una nueva derrota. Por lo menos esta debería ser su aspiración en un momento como este, fuera de la realidad interna de la Iglesia.

Lamento que no tengamos aquí compañeros brasileños más identificados con la historia de la Iglesia en Brasil, para poder dar un testimonio sobre su evolución en relación con el Estado, pero, como de alguna forma me preocupa este problema en algunos momentos de mi vida, pienso que podría hacer algunas reflexiones.

Creo necesario hacer algunas consideraciones generales que partirían de los planteamientos hechos por Pio con respecto a la separación entre la Iglesia y el Estado en el capitalismo. Como estructura económica, política y social, el capitalismo no necesita teóricamente de la Iglesia, y digo teóricamente porque la ideología del Estado democrático burgués no incluye una justificación religiosa del Estado. En su concepción ideológica

del Estado, la burguesía llegó a sus formas más avanzadas, más revolucionarias, con el racionalismo del siglo XVIII que prescindía totalmente de la idea de Dios y de la Iglesia, o de cualquier forma religiosa para justificar el mundo político y social, las relaciones de los hombres en la esfera política. Permanecía siempre abierta al problema del teísmo pero de forma independiente a cualquier manifestación religiosa, como fue la ideología de la Revolución Francesa. Desde el punto de vista teórico, abstracto y también de un proceso histórico revolucionario como lo fue la Revolución Francesa, manifestación tan avanzada en aquel momento histórico, este se constituyó en el límite máximo al que llegaría la ideología burguesa.

Engels, por ejemplo, llama la atención en *Antidühring* y en el prólogo del Socialismo Utópico, Socialismo Científico, sobre el hecho de que la burguesía comprendió que de alguna forma necesitaba de la Iglesia y que ocurría un cierto retroceso en la burguesía francesa en relación a sus posiciones de la época de la Revolución. Engels se refiere incluso al hecho de que la burguesía francesa se burlaba de la burguesía inglesa por sus vínculos con la Iglesia, pero a partir de cierto momento comenzó a entender la importancia de esta postura. Tal vez ahí haya un problema bastante importante desde el punto de vista teórico y de análisis del papel que la burguesía intentó imputar –consiguiendo en muchos casos- a la Iglesia en los países capitalistas. Hasta hoy es interesante apreciar cómo en los países nórdicos, en Inglaterra, la Iglesia forma parte de la estructura de Estado. El Estado no es laico como en América Latina, aunque nos parezca hasta extraño el grado de vinculación que tiene el Estado con la Iglesia en estos países, y se torna más chocante el contraste si consideramos que América Latina es tan religiosa. Hay por lo tanto, un elemento ideológico que busca la legitimación del Estado y el consenso, pues la Iglesia parece cumplir con un papel mucho más profundo que la ideología burguesa le había imputado en su etapa heroica.

La búsqueda de esta integración se dio en un proceso histórico bastante largo y con resultados bastante importantes. Como en América Latina, en Brasil el carácter laico de Estado se definió con mucha claridad. También es muy importante examinar cómo, a pesar de las intervenciones de las Fuerzas Armadas en el funcionamiento del Estado o en la solución de las crisis políticas en América Latina, éstas fueron consideradas tradicionalmente por nuestras constituciones como independientes, apolíticas, etc., con restricciones muy grandes en cuanto a su participación en el campo político.

Esto parece indicar que existe una cierta contradicción entre el marco constitucional y la práctica política. En el caso brasileño, esta separación de Iglesia y Estado se dio fundamentalmente con la instalación de la República en 1889 cuando termina el Imperio que aún mantenía el vínculo entre Iglesia y Estado, pero también de una forma muy particular, puesto que sobre todo D. Pedro II era un emperador de tradición iluminista y no poseía un vínculo tan privilegiado con la Iglesia. Desde la República hasta 1930, la Iglesia



adquiere un papel importante en relación al Estado, pero ya separada de éste. Indudablemente el campo donde ésta separación se mostró más difícil fue el de la educación donde la Iglesia resistía en perder su hegemonía sobre lo ideológico.

Hay una lucha bastante amplia que, tras la Revolución de 1930, termina con la victoria de las corrientes laicas en la educación y la imposición de las corrientes de la Educación Democrática del Estado brasileño. El vínculo de la Iglesia con la educación permanece restringido al campo de la educación privada y también de una cierta educación religiosa "optativa". Opción que no existía realmente. Recuerdo que me negué a estudiar religión en mi curso de secundaria y esta actitud me costó la expulsión de la escuela. La educación religiosa fue un campo bastante importante y debatido y uno de los últimos puntos de resistencia fue la enseñanza obligatoria del latín que acabó en la década de los 60 y que era considerado por la Iglesia como una cuestión de honra.

Fuera del campo religioso y educacional, la influencia de la Iglesia en la esfera ideológica es evidentemente muy fuerte porque gran parte de la elaboración del pensamiento ideológico del país está profundamente influenciado por los pensadores religiosos. En Brasil, estos fueron pensadores de vanguardia, o digamos, por lo menos de élite, que se desarrollaron en la lucha contra los positivistas que formaban el otro grupo que tuvo su propia colaboración y fundamentación teórica. También crearon su propia Iglesia.

La existencia de una Iglesia positivista demuestra la influencia del pensamiento religioso ya que, de alguna forma, sus figuras eran las más importantes del país. Incluso, uno de los momentos de elaboración del pensamiento de los sectores importantes de la intelectualidad cristiana en Brasil estuvo asociado al movimiento fascista, al integrismo. Gran parte de los teóricos del integrismo eran grandes figuras cristianas formadas en torno a una revista que, me parece, se llamaba *La Orden*, en los años 20, no sé si sería desagradable citar aquí, entre los cuales estaba Hélder Câmara. Esta expresión ideológica cristiana que asume el fascismo brasileño tuvo hasta hace poco un teórico de mucha influencia: Gustavo Corção.

Es interesante, por otro lado, el desarrollo de inspiración francesa de Maritain, que se desarrolla con el pensamiento de Tristão de Ataíde y que va abriendo toda una línea de crítica social dentro de la Iglesia. Esta corriente se desarrolla sobre todo después de los años 40 y dentro del movimiento democrático contra Vargas, etc., formando la Unión Democrática Nacional, las corrientes Democráticas de posguerra, etc. Se fortalece, así, este pensamiento Social-Cristiano en Brasil, pero no aliado precisamente con la izquierda brasileña. La izquierda brasileña, el PCB, estaba con Vargas en 1944-1945. Con Vargas, por ejemplo, nace el Partido Laborista Brasileño, una corriente de izquierda. El Partido Socialista Brasileño estuvo más ligado a la Unión Democrática Nacional, pero termina en los años 60 incorporándose a una línea próxima a las corrientes getulistas, populistas.

El pensamiento social de la Iglesia aparecía como un pensamiento ligado a la Unión Democrática, al antivarguismo, al antipeleguismo como se llamaba el poder sindical brasileño creado por Vargas. De hecho, este pensamiento no está con la izquierda, a pesar de su contenido social amplio que , incluso va a inspirar a ciertas figuras representativas de un fascismo moderno, como es el caso de Carlos Lacerda, hombre que tenía muchos vínculos con esta corriente y que va a desarrollar exactamente un tipo de movilización de derecha popular, donde el moralismo y un cierto contenido social del pensamiento de Lacerda, se unieron para atacar el varguismo como expresión de la corrupción, de la instrumentalización popular, etc., en nombre de un cierto purismo ideológico. Fue Guerrero Ramos quien criticó esta corriente de manera muy interesante en un artículo sobre la "Juventud Dorada", sin pecados, que nunca se había buscado ningún problema social concreto, que no había tenido que trabajar y que nunca había tenido nada que ver con las masas y que, por lo tanto, podía defender una posición ideológica muy pura, en oposición a un movimiento popular real que no se comportaba según los patrones inspirados por esta "Juventud Dorada", que exhibía tanto expresiones de derecha como de izquierda. Creo que, a pesar de este carácter elitista e idealista del pensamiento de Tristão de Ataíde y de todo el grupo neotomista y social-reformista, éste abrió de alguna forma el camino para la entrada a Brasil, en los años 60, de un pensamiento cristiano revolucionario.

Este pensamiento se va a manifestar, básicamente, en torno a la influencia de Teillard de Chardin, tendiendo a un cierto hegelianismo de izquierda, donde la figura de peso era Yves Calvez en su interpretación del pensamiento de Marx. Hay una figura poco conocida en el exterior, el padre Luis Henrique de Lima Vaz, que fue el hombre que realmente creó una estructura teórica que estaría basada en esta orientación hegeliana, y después figuras más populares entre las cuales está Paulo Freire, que vinculó mucho la cuestión pedagógica al contenido social del cristianismo, etcétera.

El surgimiento de la Acción Popular, en 1961, es parte de un proceso de desarrollo muy veloz según el cual, la filosofía neotomista no permitía responder a los cuestionamientos concretos que vivía la sociedad brasileña. Es entonces cuando se produce, por parte de la juventud cristiana, un rechazo de estos postulados ideológicos. En la década de 1950 esta juventud inicia la lectura de Marx, buscando una estructura más lógica para explicar el drama teórico, humano, social y político que estaba viviendo. La formación de la Acción Popular, en 1961, como fórmula de cristianismo de izquierda, establece un debate muy grande sobre cómo los marxistas, estaban buscando "crear" su ideología, la nueva ideología popular, en oposición al marxismo ortodoxo.

Evidentemente fracasan en la "creación" de una ideología y la Acción Popular tuvo una evolución muy rápida. Ya en 1964, se declara marxista-leninista, en 1967, maoísta, y en los 70, dividiéndose en una fracción que pasa a ser maoísta y otra que entra en el Partido Comunista de Brasil, de tendencia pro-china ortodoxa en

esta época. Es muy interesante observar como esta juventud tuvo una fuerte influencia dentro de la Iglesia y llega a penetrar su jerarquía de manera muy especial.

Creo que el golpe de 1964 cumple una función muy importante porque la Iglesia como institución fue profundamente instrumentalizada para el golpe. La gran movilización de masas de 1964 fue una movilización provocada por la Iglesia, que propició el golpe de Estado en Brasil. También actuaron los movimientos de Dios, Patria y Familia que llegaron a tener una cierta importancia y movilización en el país, aunque menor, ya que la gran movilización fue orquestada por la propia Iglesia. También es interesante observar que al frente de la movilización estaba Ademar de Barros, el hombre más corrupto de Brasil, por lo menos públicamente. Su lema era "robo, pero hago"

Desde el punto de vista de la Iglesia era muy difícil justificar, con su pensamiento tan moralista, estas movilizaciones. Posteriormente, debido al carácter adquirido por el golpe de Estado, represivo y violento, en que una parte de los reprimidos era exactamente la izquierda de la Iglesia, se tornó muy difícil mantener el papel político e ideológico que la dictadura pretendía desligarle. Como la izquierda de la Iglesia de alguna manera mantenía vínculos con la jerarquía, ésta comienza a actuar en defensa de sus "corderos" atacados por los militares.

Creo que esta unidad, defensiva en un primer momento, permitió a este grupo influenciar seriamente la estructura de la Iglesia y así, se fue gestando un proceso de maduración interna de la política de la estructura de la Iglesia. Existe otro factor muy importante que es el hecho de que Brasil sea el mayor país católico del mundo, lo que hace que el Vaticano tenga un interés muy grande en él. Es evidente que se preocupó mucho por la identificación de la Iglesia brasileña con la dictadura antipopular.

Es un fenómeno que debe ser tomado en cuenta para comprender por qué la jerarquía evolucionó de una posición de defensa de los derechos humanos en general hacia una posición realmente militante, de contenido social que supera la defensa de una transformación dentro de los límites del régimen capitalista y que presenta propuestas socialistas, asumidas por sectores muy importantes de la jerarquía. Si en 1961, la Acción Popular tuvo gran influencia en el inicio de la transformación de la Iglesia en América Latina, luego después del golpe de 1964, por primera vez, la jerarquía católica asumió una postura ideológica antidictatorial, antiimperialista y popular.

Creo que es la primera vez que este fenómeno surge y que aún es necesario estudiar mucho cómo y por qué fue posible y qué significa este avance tan importante vivido por la Iglesia brasileña que la lleva, hoy en día,

a impedir la formación de un partido demócrata cristiano en Brasil y a asumir una postura de que el partido que debe surgir sea realmente un partido popular, nacional y de horizonte socialista, o con perspectiva socialista. Esta es la posición de la mayoría, o por lo menos de los sectores más representativos de la Iglesia en Brasil, y abre la posibilidad de que la Iglesia se incorpore a un partido de masas y popular que tenga un sector cristiano muy significativo. Tal vez se pueda explicar parcialmente esta evolución tan rápida y radical en razón de un cierto desfase entre la evolución teórica de la juventud urbana, que se incorporó a la Iglesia, asociada muy directamente con la estructura latifundista tradicional durante largos periodos, hasta la década de 1960.

La posición de la Iglesia sobre la Reforma Agraria hasta 1954 fue de un reaccionarismo realmente impresionante. La Iglesia estaba totalmente contra la Reforma Agraria y se mantuvo así hasta la década de 1960 con pronunciamientos muy claros en este sentido. Un gran sector de la Iglesia estuvo muy directamente ligado a los caciques locales pero, desde la década de 1950, hubo una destrucción muy rápida de las relaciones pre-capitalistas de producción en el campo. Como consecuencia, las nuevas generaciones de la Iglesia no pueden sustituir en sus funciones al viejo cura y, cuando llegan al campo, sienten directamente la opresión latifundista, pues viene de una estructura urbana completamente diferente, en la cual el latifundio es considerado normalmente como una institución reaccionaria independientemente de que se tenga o no una posición política avanzada. En estas circunstancias, la juventud entra en choque con la Iglesia tradicional que no puede resistir, con su arcaísmo, el embate modernizador.

El otro aspecto a considerar es el gran desarrollo de las zonas urbanas y de las religiones populares en Brasil. La Iglesia se siente profundamente preocupada con los problemas de las religiones populares, pero el hecho es que la religiosidad popular, sobre todo en las zonas urbanas del país, es cada vez menos católica.

El desarrollo de la religión de la Umbanda de tipo popular, es muy fuerte y su peso sobre la clase media es incluso, realmente impresionante. Es un fenómeno que preocupa a la Iglesia como estructura, el no perder esta base popular que la limitaría. Hoy en día, la Iglesia se aproxima a la religión popular, buscando formas de vínculo y de interpretación religiosa etc., que permitan, de alguna forma, integrar la religión popular a una concepción cristiana.

Y, por otro lado, la Iglesia busca realmente instrumentar un vínculo más movilizador, más político, más real, con estas masas desposeídas del país, porque, de lo contrario, la Iglesia se transformaría en una estructura completamente separada de las masas, y creo que este proceso de encuentro con estas masas la radicalizó enormemente y tal vez también sea uno de los factores que expliquen la importancia que asumieron las corrientes de izquierda dentro de la Iglesia brasileña.

## **Parte III**

# **Capiapitalismo dependiente, democracia y socialismo**

## I. La viabilidad del capitalismo dependiente y la democracia

### 1. El sentido del dilema socialismo o fascismo

A partir de 1966 venimos defendiendo la tesis de que el patrón de desarrollo económico dominante en América Latina, de carácter dependiente, sobreexplotador, monopolista, concentrador, excluyente y marginador, no es compatible con una democracia burguesa.<sup>12</sup> Consecuentemente debería aparecer en el continente una tendencia creciente para la formación de gobiernos autocráticos y autoritarios que tenderían hacia un tipo de fascismo dependiente (sin fuertes bases pequeño-burguesas, ideológicamente débil y sin el poder de crear un jefe carismático), basado en un Estado de excepción, de carácter burocrático y centralizado, que instrumentaría una política económica de gran capital internacional, con el objetivo de destruir a través del terror y formas radicales de represión, el movimiento popular, así como las bases clientelistas de la fase de movilización política de tipo populista y sus concesiones al movimiento obrero y popular. En seguida, correspondería a estos regímenes instaurar una política económica cuyo objetivo central sería la modernización del aparato productivo, la concentración y la monopolización de la economía con base en el capital multinacional.<sup>13</sup> Es necesario mencionar, sin embargo, tres condiciones para el triunfo de aquella tendencia.

---

<sup>12</sup> El libro *Socialismo o Fascismo: El Nuevo Carácter de la Dependencia y el Dilema Latinoamericano*, Edicol, México, 1978, fue publicado en una primera versión en mimeógrafo en 1966, con el título "Crisis Económica y Crisis Política en Brasil". En 1965 ya habíamos publicado un artículo con las ideas centrales del libro, con el título "La ideología fascista en Brasil", Revista Civilización Brasileña, n.3

<sup>13</sup> Así proponemos en el libro citado: "está claro el fracaso de una solución que busque de alguna forma preservar el actual compromiso entre los distintos ordenes y fuerzas sociales que se entrecruzan o complementan antes del rompimiento definitivo del equilibrio entre ellos. Ya que el desarrollo del gran capital multinacional conduce inevitablemente a la necesidad de un enfrentamiento entre estas fuerzas, enfrentamiento para el cual los latinoamericanos, formados en tantos años de compromisos, entre fuerzas tan dispares, estructuras tan contradictorias y superestructuras ideológicas tan difícilmente compatibles, están siendo arrastrados", p. 63 de la edición mexicana.

1) La primera es la necesidad de una radicalización popular que tiende a acentuarse por las dificultades crecientes del modelo de acumulación de estilo popular democrático. Solamente esta radicalización y sus debilidades, debido al fracaso de su dirección política y de la definición ideológica y estratégico-táctica de las bases populares, podrían empujar a la gran burguesía hacia una política tan extrema, cuyas consecuencias, a largo plazo, pueden ser negativas a sus intereses de clase;

2) La segunda, la unidad de clase dominante y su voluntad política, a nivel nacional e internacional, en el sentido de realizar ese paso político. Esta unidad depende en buena medida del temor que despierta el radicalismo y la movilización popular, pero también de consideraciones de orden internacional, así como de su capacidad económica para realizar concesiones a las reivindicaciones populares, y de su capacidad política para contener y limitar el radicalismo mencionado antes. Este último aspecto tiende a ser deteriorado por la crisis general capitalista iniciada en 1967;

3) La tercera, la disposición psicológica de la pequeña burguesía que, por un lado, se siente amenazada por el radicalismo popular, pero por otro, tiene contradicciones con el gran capital internacional y nacional.

Si por un lado debemos considerar estas limitaciones históricas para que la tendencia fascista consiga una solución golpista de derecha, por otro lado debemos considerar también las limitaciones económicas, sociales y políticas que revelan los regímenes derechistas parafascistas o abiertamente racistas generados en estas condiciones históricas.

Si bien estos regímenes consiguieron consolidarse por un cierto periodo, al obtener victorias económicas en la lucha antiinflacionaria (y aquí se produce una polémica inevitable sobre las concepciones estructuralistas de la inflación que nunca consiguieron entender la eficiencia capitalista de los programas de estabilización monetaria<sup>14</sup>, patrocinados por el gran capital internacional), éstos entran en una gran crisis cuando se aplican los planes de acumulación capitalista dependiente, que son la conclusión lógica de su política económica. Sólo

---

<sup>14</sup> Así proponíamos en 1966: "en las actuales condiciones, la perspectiva de desarrollo de la crisis brasileña lleva inevitablemente a la opción entre socialismo o política de estabilización burguesa. Todas las otras alternativas son utópicas". "Pero la burguesía puede superar la actual crisis y, como veremos, la actual política económica se encamina hacia esto, apoyada sobre todo en los errores de la oposición de izquierda, que procuró lanzar contra el gobierno enemigos ficticios, dejándolo con las manos libres para actuar frente a una oposición que nunca lo amenazaré definitivamente. Sin embargo, la superación de la crisis de coyuntura no les garantizará tranquilamente el poder, pues para realizar una política de desarrollo a la altura de las necesidades de la economía brasileña, tendrá que enfrentar el sector atrasado de la economía nacional, por un lado, y los obstáculos representados por el capital extranjero y por el dominio del mercado externo por parte del imperialismo por otro". Vea edición mexicana p.92

entonces, como consecuencia de su éxito económico, se evidencian las debilidades básicas de la estructura económica resultante de esa política. Agobiados por la violenta tensión de las fuerzas económicas, movilizadas en una tentativa de modernización restringida a sectores limitados de la economía, estos regímenes vuelven a enfrentar las presiones inflacionarias que pretendían superar, al mismo tiempo que la situación económica viene a agravarse a causa de una creciente debilidad de su balanza de pagos y de la revuelta social de los inmensos sectores y clases perjudicados por su política económica.

La conclusión es obvia: las dictaduras militares serán conducidas a una nueva crisis económica, política y social que tenderá a reproducir los orígenes de la aventura dictatorial. Esto es, una situación de radicalización político-social creciente y un reaparecimiento a nivel superior, del dilema gobierno popular- gobierno del gran capital, que tiende a desglosarse en la contradicción socialismo-fascismo como evolución de la contradicción inicial.

Consecuentemente, al contrario de lo que sugería una lectura apresurada de título del libro *Socialismo o Fascismo: El Dilema Latinoamericano y El Nuevo Carácter de la Dependencia*, nuestro objetivo no era limitar el espacio político a este dilema, ni afirmar la existencia de las condiciones para un triunfo absoluto del fascismo en el subcontinente. Por el contrario, observábamos, por un lado, el carácter esencialmente paradigmático del dilema que aparece siempre como un horizonte político sobre una realidad mucho más compleja, y por otro, era nuestro objetivo demostrar la debilidad y las contradicciones de un fascismo dependiente.<sup>15</sup>

Estas observaciones se hacen muy necesarias en el periodo actual, cuando maduran las condiciones de una crisis generalizada de los regímenes fascistas en el subcontinente. Una lectura mecánica del dilema socialismo/fascismo lleva muchas veces a ciertos autores y militantes de izquierda a concluir que contra el fascismo no hay otra opción a no ser el socialismo. De ahí la tendencia, aún más sectaria, de considerar la lucha democrática contra el fascismo una maniobra burguesa y una concesión del movimiento popular para la burguesía, que llevaría incluso a una imposibilidad de destruir los regímenes fascistas, ya que la burguesía dependiente no tiene otro destino de no ser el fascismo.

---

<sup>15</sup> Así concluíamos en 1966, nuestro análisis sobre las dificultades del fascismo en Brasil: "Como conclusión, podemos decir que sí existe una amenaza fascista creciente, pero está limitada por poderosas contradicciones internas que desorientan su estrategia y su táctica políticas. Vimos también que una unión de intereses tan contradictorios (nos referíamos a las contradicciones entre la base pequeño-burguesa del movimiento fascista y el contenido gran-burgués internacional de su objetivo político) abortaría un régimen monstruosamente incapaz, que solo sobreviviría en la incubadora del imperialismo" misma edición. P. 314.



El objetivo de este capítulo es intentar criticar esta visión equivocada, que puede conducir a un sector de movimiento popular al aislamiento de las masas, y a una peligrosa falta de comunicación entre las vanguardias intelectuales y el pueblo, en el caso de estas tesis sectarias y equivocadas prevalezcan en el pensamiento político de la izquierda latinoamericana.

## **2. Economía y política**

Es siempre un peligroso error metodológico, “derivar” directamente de lo económico una propuesta política. Lo económico propone los marcos y las condiciones de lo político. En seguida, lo político actúa sobre lo económico resolviendo siempre de manera incompleta los problemas propuestos por el movimiento de la economía.

En este sentido, la “inviabilidad” de la democracia burguesa en las condiciones de nuevo modelo de acumulación funciona como un desafío para la clase dominante, no como un límite final. Esa “inviabilidad” no existe en sí más que como un problema a ser resuelto en lo político. La inviabilidad económica de la democracia sólo es propuesta como vimos, a medida que ésta “estimula” ciertos comportamientos políticos tales como: la radicalización popular, que surge de las propias contradicciones del desarrollo concentrado y excluyente; las contradicciones entre el capital y la pequeña burguesía, que rompen las condiciones de hegemonía ideológica del gran capital, o las contradicciones con el imperialismo, que generan contraofensivas nacionalistas y democráticas. No hay un pasaje directo de lo económico hacia lo político, sino una interacción entre los dos niveles.

Es de este modo que la hegemonía política conquistada por el gran capital bajo una dictadura puede generar (y de hecho lo hace) un frente antidictatorial muy amplio. Así también las aspiraciones hegemónicas de la élite militar y tecnocrática que gerencia el Estado centralizado creado por la dictadura, pueden transformarse en un cierto momento (como en el caso de Brasil a partir de 1973-1974) en una amenaza a los intereses del gran capital y ampliar aún más el frente antidictatorial.

Está claro que situaciones de este tipo pueden generar peligrosas ilusiones de clase. Es el caso de los que creen que estas contradicciones interburguesas pueden llevar a una posición democrática del gran capital y a un régimen político permanente de carácter democrático-burgués. Esta conclusión pecaría al negar los problemas económicos que generaron la aventura dictatorial y que no fueron superados por ésta.

Pero, por otro lado, sería absolutamente intransigente no entender que el desarrollo de las contradicciones antes mencionadas permite la ampliación y hasta el éxito de un movimiento democrático, que está condicionado no solamente por intereses del gran capital, sino por el conjunto de fuerzas que componen este movimiento. En estas circunstancias, la capacidad de los trabajadores en dar impulso a las medidas democráticas y ampliar su espacio de acción política pasa a ser un factor político esencial, que debe generar fuertes tensiones en el conjunto del movimiento democrático. Al mismo tiempo, sería un enorme error político creer que el sector popular de la resistencia democrática deba mantenerse pasivo para no asustar a sus aliados burgueses. Esa posición sólo puede conducir a falsas salidas democráticas y a una política de oposición conciliadora. Todo depende, entonces, de la capacidad de la clase trabajadora para medir la correlación de fuerzas y escoger los momentos más adecuados para lanzar las ofensivas o retirarse políticamente, manteniendo su flexibilidad táctica y su independencia ideológica y política, dentro de la lucha inmediata por la democracia.

Pero, ¿qué es lo que significa esta independencia? Sería un error denso y definitivo confundir la independencia de la clase trabajadora con su omisión de la lucha democrática y antiimperialista. Es así como se comportan los que oponen estas luchas al objetivo socialista. Este tema merece una discusión aparte.

### **3. Lucha democrática, lucha antiimperialista y socialismo**

Los procesos revolucionarios no son producto de una confrontación entre clases. Esta visión "sociologizante" de la lucha de clases es totalmente errónea. Las clases se enfrentan entre sí en función del dominio de la sociedad global, de la lucha por el poder y por determinar los caminos de la "nación" como expresión concreta de la sociedad global. Las luchas entre clases solo pueden asumir un carácter de enfrentamiento directo entre grupos sociales organizados entre sí, cuando una de ellas (la clase dominada) acepta el contexto económico-social y político impuesto por la clase dominante. Es el caso de una lucha económica de carácter sindical, por ejemplo. En esta circunstancia, al aceptar el Estado existente, la clase obrera enfrenta a la clase dominante para obtener mejores condiciones salariales, de trabajo, etc., dentro del capitalismo. Esto no quiere decir que una lucha económica no tenga implicaciones políticas. Claro que las tiene: la lucha contra los techos salariales impuestos por las medidas antiinflacionarias, como lo hace el FMI, ponen en cuestión toda una política económica, los objetivos de clase dominante y su capacidad de gobernar la economía. Pero no por ello esa lucha tendrá inevitablemente consecuencias revolucionarias. Dependiendo del contexto político en que se desarrolla, esta puede implicar solamente objetivos reformistas que no son en sí mismos equivocados, sino que no tienen porqué terminar necesariamente en situaciones revolucionarias. Todo depende del grado de

flexibilidad del cual la clase dominante dispone para atender a esas reivindicaciones y de la fuerza del movimiento sindical para obtenerlas, para destruir el programa de gobierno e imponer un programa alternativo, proponiendo una alternativa de poder para aplicarlo. Solo a partir de ese momento es que se crea una dinámica que transforma la confrontación "entre" las clases en una lucha sobre la conducción global de la sociedad que afecta a "todas" las clases en ella integradas.

En este sentido, el obrerismo, al acrecentar la autopercepción de la clase obrera de sí misma como grupo social autocentrado, es una tendencia política que debilita la capacidad de conciencia política de la clase, su definición ideológica y su capacidad revolucionaria como vanguardia social.

Es esto ciertamente lo que acontece cuando algunos sectores de la izquierda proponen la lucha por el socialismo como una "alternativa" para las luchas por la democracia, el desarrollo económico independiente y la liberación de la dependencia del imperialismo. No hay socialismo posible en ningún país si este no es la culminación de la lucha democrática. Solo hay socialismo como el resultado de la ampliación de "poder" de las masas populares, de su capacidad de organización para dirigir la sociedad. Este poder puede desarrollarse dentro de un proceso de conquistas en el interior de una democracia burguesa o en el contexto de un enfrentamiento nacional armado "clandestino" contra una dictadura, o aún en el enfrentamiento de masas, de carácter pacífico o insurreccional, contra un régimen determinado. La preferencia por una u otra forma no es cuestión de principios ni es una elección subjetiva de liderazgo político, sino un resultado de desarrollo concreto de la lucha democrática. Pero, sea cual fuere la "forma" que la lucha adopte, esta solo tiene sentido a medida que el movimiento popular encarne la dinámica de la lucha democrática, la ampliación de las bases de poder popular, a medida que el poder creado por los trabajadores y por las demás fuerzas democráticas se oponga, como "alternativa de poder", al régimen político existente, sea éste una dictadura o un gobierno democrático burgués, o una dictadura civil burguesa, o una oposición burguesa derechista contra un gobierno popular electo democráticamente.

No se puede pensar entonces en un pasaje directo al socialismo sin una fase intermediaria de democracia avanzada en la cual la crisis de Estado burgués se desarrolle hasta sus últimas consecuencias y emerja en un poder popular alternativo que tome el poder como fase final de su desarrollo. No existiría la revolución de octubre en Rusia sin la revolución de febrero, y la creación de poder alternativo de los soviets dentro de la democracia avanzada creada en la revolución de febrero. No existiría la revolución china sin la derrota japonesa, y la crisis nacional de Kuomintang incapaz de asimilar el victorioso ejército rojo y sus zonas liberadas. No existiría la fase socialista de la revolución cubana sin la derrota de Batista por el ejército revolucionario, la crisis del gobierno de Urrutia y la imposición de ese poder revolucionario armado, aliado a

los sindicatos, los Comités de Defensa de la Revolución y los partidos democráticos revolucionarios y populares fortalecidos en la lucha contra la tiranía de Batista y consolidados en las condiciones de democracia creadas por la caída del dictador. Y los ejemplos se dieron indefinidamente.

Los mismos principios que se aplican a la lucha democrática en toda situación revolucionaria se aplican también a la lucha antiimperialista en los países dependientes. No hay victoria socialista posible a no ser como una culminación de las medidas antiimperialistas y democráticas en estos países.

Pero, entonces, ¿qué decir de la discusión sobre el carácter nacional democrático o socialista de la revolución en los países dependientes contemporáneos? Aquí es necesario distinguir tres posiciones.

1) Aquella que afirma equivocadamente que es posible en las condiciones actuales de integración imperialista mundial una revolución democrática burguesa victoriosa que sea capaz de desarrollar una economía nacional independiente del imperialismo. Esta posición entra en choque con las características esenciales del capitalismo mundial en la etapa contemporánea: el grado de concentración tecnológica y económica, de la centralización del capital, de desarrollo del capitalismo de Estado y de la internacionalización del capital, alcanzado por el capitalismo en su etapa actual, vuelven altamente improbable la realización de esta revolución democrático-burguesa, su solidez, su permanencia, su equilibrio.

2) Pero también están equivocados los que pretenden que la revolución socialista podrá ser propuesta en un país dependiente como "alternativa" a la revolución nacional democrática, como el resultado de una confrontación de clase contra clase que ignora la existencia de una lucha por la independencia nacional y por la democracia como condiciones de revolución socialista.

3) Consecuentemente, el carácter socialista de la revolución en los países dependientes solo puede ser entendido como una culminación o una resolución de las tareas democráticas y nacionales que la burguesía no puede realizar. Esto no significa un fraccionamiento en el sentido de separar una etapa de otra como dos momentos históricos autónomos. Significa solo que el proceso histórico sigue una dinámica condicionada por las tareas globales que la sociedad propone. Y aunque exista una comprensión teórica y programática de los objetivos finales de un mismo proceso revolucionario, no se pueden sustituir las fases "determinadas" de lucha concreta por esa comprensión teórica. Sin revolución socialista no habrá democracia ni independencia: esa es la culminación necesaria de las tareas nacionales, antiimperialistas y democráticas, en la época actual del desarrollo del imperialismo. Paralelamente, sin democracia e independencia no habrá revolución socialista, ya que esas son precondiciones del socialismo. El grado de proximidad en el tiempo y en el espacio en que se articulen estas dos fases de la revolución socialista en los países dependientes dependerá de varias circunstancias concretas, de las correlaciones de fuerza, de desarrollo de la conciencia de clase del proletariado y de otros factores históricos muy concretos.

#### **4. Socialismo, democracia e independencia nacional**

Pero ¿las luchas por la democracia y por la independencia nacional deben ser vistas simplemente como etapas tácticas de la lucha por el socialismo? ¿O el hecho es que hay una relación más profunda y doctrinaria entre estos tres aspectos centrales de la transformación social contemporánea?

Debemos estudiar el problema por partes:

El socialismo es una formación socio-económica nueva en la historia, que tiene por objetivo central destruir la contradicción entre la socialización de la producción y la propiedad privada de los medios de producción que impide llevar a esa socialización hasta su fin último, esto es, a la automatización de la producción y a la liberación de la humanidad de la esclavitud del trabajo manual, de la explotación del hombre por el hombre, así como de la escasez de los bienes esenciales para la reproducción y ampliación del género humano y sus condiciones de vida. El socialismo deberá ser alcanzado internacionalmente por la acción revolucionaria del proletariado, particularmente del proletariado industrial, en alianza con las otras fuerzas y clases sociales no propietarias del capital, explotadas, o simplemente subyugadas socialmente, que se vean en la necesidad de apoyar esa nueva formación social como camino de su liberación. En este sentido, la revolución socialista es al mismo tiempo, una culminación y un rompimiento radical con la revolución democrática iniciada por la burguesía en el siglo XVIII.

Es una culminación porque solamente el socialismo puede transformar en realidad los ideales que la burguesía despertó en el inicio de su revolución, pero que ella solo puede realizar como un derecho abstracto y formal. Fue de esta manera como la igualdad de todos los hombres ante la ley no pudo traer la igualdad de oportunidades económicas y sociales, ante la monopolización, concentración y centralización de los medios de producción por el capital. La libertad política e individual no puede traer a la humanidad el medio concreto de autogestión del Estado a favor de las mayorías, porque el Estado democrático burgués estaba sometido al control del poder económico y transformado en un aparato de ejecución de los intereses del capital, que apartan cada vez más la representación de la voluntad ciudadana del real poder de decisión. El voto universal se mostró incapaz de garantizar el control del ciudadano sobre la política y el Estado, al separar la representación política de la participación auténtica de la ciudadanía organizada. La manipulación de la cultura y de los medios de información por el capital, impidió el pleno desarrollo de la conciencia y del conocimiento indispensable para la participación política y la verdadera libertad de información que la democracia burguesa prometió.

Los ideales de igualdad, fraternidad, libertad del ciudadano, representación popular, control del Estado por el pueblo, libertad de información y otros elementos de la democracia burguesa solo podrán desarrollarse en su plenitud con la abolición de la propiedad de los medios de producción y asociación libre del trabajo, esto es, con el socialismo. En este sentido, el socialismo es la culminación, la única históricamente posible de la revolución democrático-burguesa.

Pero, al mismo tiempo, el socialismo es un rompimiento con esa democracia. Primero, porque separa radicalmente el derecho político del individuo del derecho a la propiedad privada de los medios de producción, oponiéndose a la falsa unidad teórica entre esos dos términos tal como éstos se presentan en la ideología burguesa. Segundo, porque instituye la representación de clase y su organización política como principio de ordenamiento de Estado, superando la fantasía sin clases propuesta por la democracia burguesa y su falso concepto de ciudadano como individuo totalmente independiente de su condición social. Tercero, porque cambia radicalmente las relaciones de producción al permitir la remuneración del trabajo según el principio de la participación en la producción e instituye la planificación global y obligatoria de la producción. Con esto se destruye el derecho de libre contratación que es uno de los pilares del liberalismo. El socialismo rompe aún más con la democracia burguesa al tener por objetivo la superación histórica de la escasez, de la contradicción entre campo y ciudad, de la existencia de las clases sociales, y al pretender instituir una sociedad basada en la remuneración del individuo según su necesidad y de pedirle su contribución a la sociedad conforme su capacidad. Esos principios, que darán origen a un modo de producción nuevo (o comunismo) rompen absoluta y radicalmente con la propia idea de Estado, que representa el gobierno del hombre sobre el hombre, y con la necesidad de cualquier forma de gobierno, supera la democracia como realidad y como objetivo.

No obstante, para alcanzar esos objetivos históricos es necesario asegurar, por el propio camino de dominación que otras clases utilizaron en el pasado, la transición hacia esta nueva sociedad. El Estado, basado en una democracia que asegura la hegemonía de la clase revolucionaria, el proletariado, será una necesidad inevitable de la etapa socialista. Y al hablar de Estado, los marxistas (como los liberales) hablan de la hegemonía de la fuerza, de la soberanía y de la violencia organizada, por lo tanto, de lo que se llamaba en el siglo XIX la dictadura de clase.

Y al aceptar la existencia del Estado tenemos que aceptar necesariamente la soberanía nacional como principio elemental de este periodo histórico. El Estado es eminentemente nacional y en este sentido el socialismo no supera esta etapa de desarrollo democrático burgués: la soberanía nacional. Por el contrario,

a medida que el desarrollo internacional del capitalismo se transforma en colonialismo e imperialismo, en subyugación de los estados nacionales por la dominación directa o indirecta del imperialismo, solamente el socialismo puede asegurar la liberación nacional de las naciones dependientes de la dominación imperialista. El socialismo cumple así, en escala internacional, con ese ideal burgués: la soberanía nacional, que el desarrollo del imperialismo no permite realizar dentro del capitalismo.

Ello muestra bien las limitaciones del socialismo como formación socioeconómica de transición y nos explica cómo en este periodo bajo la presión del imperialismo internacional, se acentúan las dificultades para cumplir en su plenitud las tareas de transición y, mucho más aún, el paso a un modo de producción superior. Esto es, sobre todo más difícil a medida que el socialismo se instaló primero, por contingencias históricas que no cabe analizar aquí, en países de menor desarrollo de las fuerzas productivas y de la revolución democrático-burguesa.

¿Qué conclusiones debemos obtener de este análisis?

En primer lugar, queda claro que la relación entre el socialismo, la democracia y la emancipación nacional no es de orden puramente táctico. El socialismo es, en un cierto sentido, la realización práctica del ideal democrático y nacional.

En segundo lugar, está claro también que esa realización práctica no es de ninguna manera una continuación, una evolución ininterrumpida de los objetivos democráticos y nacionales. Por el contrario, es un rompimiento cualitativo con la concepción burguesa de la democracia y de la soberanía nacional.

En tercer lugar, está claro que el carácter de transición de la formación socialista le impide, no obstante, la realización de los ideales finales que ésta pretende cumplir, que solo podrá realizarse con la creación de un modo de producción nuevo, que se delinea dentro del socialismo pero exige cambios cualitativos para instalarse totalmente. Este modo de producción es el comunismo.

En cuarto lugar, es necesario mencionar las limitaciones del pleno desarrollo de las formaciones socialistas en la etapa histórica en que subsiste el imperialismo y toda su agresividad a escala internacional y donde las naciones socialistas tienen aún un desarrollo insuficiente de sus fuerzas productivas.

En quinto lugar, es necesario mencionar las limitaciones del socialismo en lo que dice respecto al pleno desarrollo de sus plenitudes democráticas y emancipadoras de las naciones, en un mundo de lucha antiimperialista global, donde se sacrifican muchas veces los ideales socialistas en función de presiones geopolíticas, sociales y económicas concretas, asociadas a la propia sobrevivencia de los Estados socialistas.

No fue entonces, sin motivo, que Marx en la "Crítica del Programa de Gotha", dijera que el socialismo es un simple progreso de la humanidad. Solamente el comunismo, cuyo surgimiento no está tan lejos en la historia, significará este rompimiento radical con las debilidades de la etapa preliminar de la historia humana. Solo entonces el reino de la necesidad será sustituido por el reino de la libertad tal como el hombre es capaz de crearlo, esto es, históricamente, como culminación de las etapas más atrasadas de su desarrollo.

## **II. Socialismo o fascismo: 20 años después**

El golpe de Estado de 1964 en Brasil representa un momento crucial en las Ciencias Sociales latinoamericanas. Las versiones tradicionales del desarrollo en las diferentes modalidades, vieron en este golpe más un "cuartelazo" militar al servicio de la oligarquía latifundista y del imperialismo o de las fuerzas tradicionales del continente. Luego, en seguida, la aplicación de la política de estabilización por los ministros de la Granja y del Planeamiento del régimen militar llevaron incluso a algunos autores a hablar de una "pastorización" o "desindustrialización" de Brasil.

Desde su primer momento, iniciamos una crítica de esta interpretación del golpe de 1964.<sup>16</sup> Veíamos en él no una expresión de fuerzas arcaicas y precapitalistas, sino un resultado del proceso de acumulación capitalista dependiente, concentrador y marginador, realizado bajo la hegemonía del gran capital internacional, que asumió el poder político a través del golpe militar. Dentro de esta interpretación, podríamos esperar un régimen político modernizado que tendía a permanecer en el poder por muchos años, basado en la industrialización dependiente subordinada al capital internacional y a la modernización del sector agrícola.

Lo que buscábamos demostrar, desde el punto de vista de la teoría de Estado, era la necesidad del gran capital internacional a fijar su política económica en un Estado fuerte, de excepción basado en el terror y en la represión, esto es, en un régimen fascista.

Esta situación histórica anunciaba una radicalización inevitable del ambiente político latinoamericano. Para responder al avance de las fuerzas populares en el continente latinoamericano (que se radicalizaban, abandonando el antiguo populismo nacional-democrático para asumir una postura nacional revolucionaria y

---

<sup>16</sup> Ya en 1965 publicamos en los *Cuadernos de la Civilización Brasileña* un artículo sobre el fascismo en Brasil defendiendo estas tesis. Este artículo fue publicado después en seguida en *Marcha*, en Uruguay. Ya nuestro libro *Cuáles son los Enemigos del Pueblo*, de 1963, planteábamos la inevitabilidad del golpe y del régimen de fuerza para servir de sustento al modelo de acumulación capitalista brasileño.



socialista), las fuerzas del gran capital internacional y nacional, se unían a las sobrevivencias del poder oligárquico tradicional, a las clases medias asustadas por esta radicalización y que buscaban crear un escenario de élites económicas, políticas y militares capaces de sostener su programa de crecimiento económico dependiente y subordinado.

En estos análisis levantamos por primera vez en América Latina la cuestión de la evolución de los viejos *trusts* mineros y agrícolas hacia las modernas corporaciones transnacionales, ligadas al sector industrial y al mercado interno de las economías dependientes. Mostrábamos también cómo esa nueva fase del capital internacional, anulaba la resistencia antiimperialista del capital nacional, que serviría de fundamento al nacionalismo y al populismo. Al integrarse en el mercado interno, las corporaciones multinacionales abrían camino a una asociación con las burguesías locales y se asomaban al debate sobre las políticas industrial, financiera y comercial de los países capitalistas dependientes.

La bandera de la lucha antiimperialista, de la reforma agraria y de otras reformas democráticas era abandonada definitivamente por el capital nacional y pasaba a las manos de los movimientos populares. Como consecuencia –y bajo el impacto de la revolución cubana, que avanzaba al socialismo para poder enfrentar esas cuestiones –surgía el socialismo como objetivo histórico inmediato en América Latina. Este nuevo programa socialista se desarrollaba en el seno del propio movimiento populista llevando a sus primeras escisiones revolucionarias (el APRA rebelde, con De la Puente Uceda, dio origen al MIR peruano; la escisión de la Acción Democrática dio origen al MIR venezolano; William Cook creó la izquierda peronista y, posteriormente, los Montoneros se originaron a raíz del peronismo; el MIR chileno surgió de una escisión del Partido Socialista Chileno; los Tupamaros, del Partido Socialista Uruguayo, etc.). Como parte de este mismo movimiento de radicalización, surgían nuevas corrientes marxistas inspiradas en varias experiencias internacionales. Maoísmo, guevarismo, castrismo y nuevas modalidades de un marxismo independiente se agregaban a las corrientes tradicionales estalinistas, trotskistas, luxemburguesitas y titoístas que prevalecieron hasta los años 60.

El dilema socialismo o fascismo se presentaba así como un horizonte histórico concreto y como resultado político de las contradicciones desatadas por el nuevo carácter de la dependencia económica de América Latina.<sup>17</sup> Nuestro libro que sintetizó por primera vez este dilema fue publicado en 1969 por PLA en Chile.<sup>18</sup> En 1971, unificamos ambos libros y publicamos *Socialismo o Fascismo: el Dilema Latinoamericano y El Nuevo Carácter de la Dependencia*.<sup>19</sup>

---

<sup>17</sup> “El Nuevo Carácter de la Dependencia” en *Cuadernos del CESO*, Santiago, 1968.

<sup>18</sup> *Socialismo o Fascismo: el Dilema Latinoamericano*. PLA. Santiago, 1969.

<sup>19</sup> PLA, Santiago, 1972; Periferia, Buenos Aires, 1972; Jaka Book, Milán 1972. Edición revista: Edicol, México, 1976

La experiencia de la unidad Popular chilena vio después del golpe militar argentino, en 1966, y de la experiencia Barrientos en Bolivia, la radicalización de la lucha guerrillera en el continente, el surgimiento de la experiencia de la "Revolución Peruana" de Velazco Alvarado, la radicalización derechista y fascista del régimen militar brasileño con el Acto Institucional n.5, la política de gran potencia y el "milagro económico". Todo esto confirmaba dramáticamente el escenario que nuestros análisis esbozaban.

El golpe contra Torres en Bolivia en 1971, el golpe uruguayo de 1973, el chileno en septiembre de 1973 y el golpe argentino de 1976 vieron reafirmar aún más dramáticamente el contenido fascista de la derecha latinoamericana y de los regímenes que ésta intentaba instaurar.

No obstante, el auge del fascismo latinoamericano rebelaba también sus limitaciones y contradicciones. Como habíamos planteado en 1966 y en 1969, los fascismos en países de capitalismo dependiente encerraban una profunda contradicción. El fascismo, al ser por naturaleza un régimen de terror y represión de gran capital asume un carácter nacionalista que arrastra a su lado masas importantes de la pequeña burguesía, sectores del subproletariado y hasta proletariado industrial. El fascismo se articula también contra el internacionalismo de los partidos obreros, socialistas y comunistas, y el "cosmopolitismo" del liberalismo proimperialista inglés o norteamericano. De esta forma, la cuestión nacional fue el gran factor de unificación social y consenso ideológico en los regímenes fascistas europeos de los años 20 y 30.

Ahora, por definición, el fascismo de gran capital internacional no podría asumir esa bandera nacional. Al contrario, el gran capital internacional se vuelve contra las bases nacionales del Estado para ponerlo a su servicio. Esta contradicción llevaría como planteábamos, al fascismo en los países dependientes a enfrentarse con sus propias bases sociales de origen pequeño-burguesa. Al percibir este peligro de que una fascistización occidental tendiera a desglosarse en un militarismo nacionalista de derecha, el gran capital internacional comenzó a abandonar a sus aliados militares y buscó poco a poco un camino de restauración democrática en el continente.<sup>20</sup> Esta política, iniciada en el gobierno de Ford, se fue madurando hasta convertirse en la política de los Derechos Humanos de Jimmy Carter, que contó con amplio apoyo del "establishment" norteamericano.<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> La primera expresión teórica de esta fase se dio en el trabajo de Huntington para la Trilateral, en el inicio de la década de 1970, sobre internacionalización versus nacionalización e internacionalización promovida por las Empresas Multinacionales.

<sup>21</sup> En 1976 analizamos estas tendencias en el opúsculo: *Cómo entender a Jimmy Carter*, Editorial Fundamentos, México.

Desde 1973-1974 para acá, la lucha antidictatorial pasó a ser compartida entre los movimientos revolucionarios y los movimientos liberales, con un creciente apoyo internacional hacia estos últimos. En el final de la década, la caída de Somoza en Nicaragua mostraba la extraña mezcla de esas tendencias. La hegemonía asumida en este proceso por los revolucionarios sandinistas mostraba la necesidad de que los movimientos liberales fueran más radicales y definidos por su liderazgo.

Al apoyo consensual norteamericano las luchas por los Derechos Humanos se sumaban a la evolución de la Social-Democracia europea y del movimiento sindical internacional. Víctimas de la crisis internacional capitalista iniciada en 1967-1968, los obreros de los países desarrollados veían acabar las perspectivas de ampliar el Estado de Bienestar, en tanto que aumentaba el desempleo y se iniciaba la desindustrialización o “exportación de empleos” de los países desarrollados en beneficio de las inversiones en los países capitalistas dependientes de desarrollo medio. En éstos, los regímenes militares fascistas sostenían la política de bajos salarios para atraer a los capitales de las empresas multinacionales.

Al percibir esta situación, los movimientos obreros desde el fin de la década de 1960 presionaban a los partidos socialistas, social-demócratas y liberales a intervenir en el Tercer Mundo contra las dictaduras militares. El caso chileno volvió aún más dramática esta situación: allá el fascismo derrumbaría por la fuerza un régimen socialista, con fuerte apoyo del socialismo y de la social-democracia mundial, para instituir el reino de las multinacionales y de los bajos salarios. Era imposible mantener la calma ante esta situación.

En esta escena política nueva, el liberalismo de origen demócrata, norteamericano, social-cristiano y social-demócrata encontraba incluso apoyo en sectores conservadores para una política antidictatorial en el Tercer Mundo y en América Latina en particular. Parecía así encerrada la oposición drástica entre socialismo o fascismo. El gran capital internacional se unía a las fuerzas antidictatoriales y abandonaba de inmediato una perspectiva totalitaria. El fascismo se aislaba en una derecha arcaica. Arcaicos pasaban a ser también los socialistas que lucharon contra ésta sacrificando sus vidas. El camino de la democratización pasaba a ser un lecho de rosas y no más una espinosa vereda.

La confusión ideológica resultante de esa nueva forma ofensiva conservadora-liberal comenzó a cooptar una buena parte de la intelectualidad de izquierda, y sobre el bombardeo de los medios de comunicación, se firmaron nuevas tesis que parecían ser comprobadas por los hechos políticos posteriores:

- La cuestión de la dependencia pierde su relevancia en un mundo interdependiente. El capitalismo de los países dependientes puede ser compatible con la democracia liberal y pueden abrirse nuevos caminos de desarrollo dependiente negociado que excluyan la dictadura, la concentración y la marginación. La tarea más importante era entonces retirar el poder del autoritarismo estatal y abrir camino a la sociedad civil, a la libre iniciativa, etc. Se establece así la ecuación:

*Sociedad Civil + libre iniciativa – Estado = Democracia.*

- El autoritarismo latinoamericano es fruto, no de los intereses concentradores y marginadores del gran capital internacional, sino de los intereses corporativos dentro de las sociedades subdesarrolladas. Se vuelve así a la visión que asociaba los problemas de la región a su atraso y no a su inserción dependiente en la economía mundial. Se establece así una cínica ecuación:

*atraso económico–social + intereses corporativos y oligárquicos + autoritarismo de los líderes obreros + nacionalismo = dictadura militar*

Esta ecuación encuentra su solución en la anterior:

liberalismo económico=liberalismo político

que a su vez es igual a democracia. Se trata de una gran confusión teórica y práctica, cuya expresión política será la formación de grandes frentes democrático-liberales, que pretenden no solo dirigir el proceso de transición democrática en el continente sino también gobernarla históricamente.

En la fase de transición democrática, estos frentes podían cumplir un papel importante, retardando, sin embargo, la plena democratización al imponer los métodos de cúpula y las composiciones con el viejo establecimiento autoritario (a los cuales están ligados los intereses del gran capital, que fue el gran articulador de las aperturas políticas liberales).

No obstante, a medida que avanza el proceso democrático, van emergiendo los intereses populares y se divide inevitablemente el frente democrático, entre su ala liberal burguesa y pro-capitalista y su ala democrático-popular y pro-socialista. Se va diseñando nítidamente el contenido reaccionario de la apertura liberal, su miedo a la prueba de las urnas, su incapacidad de resolver las grandes cuestiones sociales de las masas. El capitalismo dependiente reaparece sin máscaras, con su contenido concentrador y marginador a través de la crisis de la deuda externa en todo el continente. Y lleva consigo, de paso, a todos los que se comprometieron con su manutención en nombre de una liberación por la mitad.

Como siempre, en el centro de esta nueva política, encontraremos el contenido reaccionario y autoritario del liberalismo de nuestras oligarquías, antes propietarios de tierra y exportadores, hoy capitalistas industriales y financieros y funcionarios de gran capital internacional. Al verse amenazados por la victoria electoral de los partidos de origen popular, identificados con los intereses de las grandes masas, nos acusan de antidemocráticos (¿?!), corporativistas, atrasados, superados, etcétera.

Queda claro una vez más que la vocación democrática de nuestro liberalismo se extingue cuando las elecciones revelan su carácter minoritario. ¿No fueron los liberales quienes recurrieron al golpe militar para derrumbar líderes populares electos? ¿No fueron los liberales quienes aceptaron ir a elecciones donde se excluían los partidos representantes de la mayoría de la población? Y ¿no fueron ellos quienes conspiraron por los golpes militares y a ellos sirvieron incondicionalmente?

Y sin embargo ellos son los liberales y demócratas, ellos son los modernos, ellos son los antiautoritarios, etc. ¿Y los golpeados? ¿Los torturados? ¿Los desaparecidos? ¿Los exiliados? ¿Los que ganan elecciones cuando hay condiciones democráticas plenas? ¡Estos son los deshonestos, los antidemocráticos, los superados, los atrasados, los autoritarios, etc.! ¿Por cuánto tiempo será posible mantener dicho engaño histórico? ¿Cuándo estos sectores abandonaron definitivamente sus blancos trajes liberales para asumir su verdadero contenido antidemocrático, antipopular, antisocial?

La coyuntura latinoamericana vuelve a establecer las viejas cuestiones que los liberales conservadores pretendían superar como por arte de magia.

¿Es posible alcanzar el desarrollo económico de un pueblo sin consolidar sus intereses nacionales ante la penetración anárquica de los intereses internacionales y la descapitalización que ellos provocan? ¿Es posible integrar una economía nacional en la economía mundial sin integrarla internamente, marginando en consecuencia a la mayor parte de su población?

¿Es posible alcanzar una situación democrática avanzada en una sociedad basada en la violenta concentración de la propiedad de los medios de producción y de renta? ¿Es posible obtener estabilidad política en el contexto de una sociedad compuesta de grandes masas marginadas sin excluirlas de la vida pública por la fuerza o algún mecanismo antidemocrático?

¿Es posible gobernar estas sociedades con frentes ineficaces que no se definen ante los grandes problemas nacionales? ¿Que no toman partido a favor de la soberanía nacional, de la justicia social, del desarrollo? ¿Que no afirman la integridad del Estado nacional, como base y condición para una inserción en el sistema económico y político mundial?

Se tiene como objetivo, el invalidar esas preocupaciones, hoy retomadas por las propias masas del continente que están eligiendo y deberán elegir a varios gobiernos populares<sup>22</sup> en sustitución a las propuestas liberales y pro-imperialistas. Vuelve así a la orden del día el dilema que señalábamos en 1966: o los gobiernos populares son consecuentes con las aspiraciones sociales que los colocaron en el poder y siguen un camino de reformas profundas que los llevarán inevitablemente al socialismo, o a su fracaso, al no defender consecuentemente sus objetivos democráticos y populares, llevará a gobiernos de derecha que sólo alcanzarán el poder por la fuerza y el golpe de mano. Para afirmarse, estos gobiernos tendrán que recurrir de nuevo al terror del Estado, aún más fuerte, en la búsqueda de consolidación de los intereses antipopulares del gran capital. Para esto, podrán contar con el apoyo de los sectores beneficiados por las nuevas fases de crecimiento económico, basado en la exportación y una integración subordinada y dependiente en la economía mundial. Esta integración, apoyada en el gran capital internacional, continuará basada en un estricto sector social, integrado a un sistema productivo cada vez más automatizado y no generador de empleos. El aumento de desempleo abierto o disfrazado, bajo la forma de mercados informales o marginalidad más o menos ostensiva, el aumento de la inseguridad de los sectores medios, la falta de perspectivas humanas creadoras en estas condiciones infrasociales y culturales harán el caldo de cultura de un radicalismo aún más profundo donde fascismo y socialismo serán los términos inevitables de la confrontación.

---

<sup>22</sup> Para desesperación de las propuestas de centro-derecha, América Latina tiende a diseñar, a fin de la década de 1980, un escenario de centro-izquierda y popular nítido: la victoria del peronismo en Argentina a pesar del vuelco de la política económica de Menem, del MIR boliviano, de los gobiernos de la social-democracia en Ecuador, de la Acción Democrática en Venezuela, la vuelta del Partido del Trabajo de Manley en Jamaica, etc. La urgencia de un partido de izquierda en México, el crecimiento del MNR en El Salvador, la consolidación de la revolución nicaragüense con el fracaso de la guerra financiada por los Estados Unidos, la consolidación de gobiernos electos en Guatemala y Honduras, la sobrevivencia de las fuerzas populares en el poder en Panamá que obligan a los Estados Unidos a la intervención militar abierta para imponer sus intereses, el éxito de la candidatura Lula con su alta votación y el inicio de un posible frente PT-PTD, la sobrevivencia de la Izquierda Unida en Perú como segunda fuerza a pesar de la victoria de un candidato sin pasado político, la elección del prefecto de Montevideo por el Frente Popular. Todos estos y otros hechos similares muestran que los años 90 presentaron a una América Latina democrática de fuerte contenido popular y antiimperialista, pues las fórmulas políticas actuales son nítidamente de transición.

Quién sabe, ¿no será un nuevo fundamentalismo religioso que abrigará espiritualmente a estas masas de desposeídos latinoamericanos? En Asia y Oriente Medio, la rebelión de las masas contra una modernización que las margina y despoja busca estos caminos oscuros en los cuales nacionalismo, irracionalismo y fascismo se cruzan, pudiendo generar movimientos reaccionarios o respuestas progresistas como la teología de la liberación y otras propuestas revolucionarias extremadamente sorprendentes.

Los caminos de la sociología latinoamericana deben pues, seguir estas huellas y abandonar un mimetismo colonialista que la apartan de su evolución tan creadora de las décadas de 1940 a 1970, cuando se liberó a duras penas de los esquemas funcionalista, culturalista y de su versión de izquierda de tipo estalinista.

En estos años, avanzamos enormemente en la comprensión de nuestros problemas específicos, al asumir la situación de dependencia como fenómeno interno, articulador de nuestras estructuras socioeconómicas. Pero avanzamos también en la comprensión de la economía política del sistema mundial y global que termina de madurar en la década de 1980. En este periodo, nuestros estudios sobre *el Imperialismo y la Dependencia* publicados en México<sup>23</sup>, nuestras investigaciones sobre la revolución científico-técnica, editadas en Brasil<sup>24</sup>, y sobre el capitalismo contemporáneo y su crisis<sup>25</sup>, así como sobre los movimientos sociales contemporáneos<sup>26</sup> hacen parte de un esfuerzo mucho más amplio del pensamiento sociológico latinoamericano y del Tercer Mundo, que se une a las reflexiones de izquierda europea y norteamericana, así como a la intelectualidad del este europeo.

---

<sup>23</sup> *Imperialismo y Dependencia*, Ed. Era, México, 1976

<sup>24</sup> *Revolución Científico-Técnica y Capitalismo Contemporáneo*, Vozes, Petropolis, 1983, *Fuerzas Productivas y Relaciones de Producción*. Vozes, Petrópolis, 1985; *Revolución Científico-Técnica y Acumulación del Capital*, Vozes, Petropolis 1987.

<sup>25</sup> *Teorías del Capitalismo Contemporáneo*, Ed. Vega, 1982; *La Crisis Internacional del Capitalismo y los nuevos Modelos de Desarrollo*, Ed. UnB y Ed. Dois Pontos, 1990 (también publicado en Argentina en 1987, Editorial Contrapunto).

<sup>26</sup> Ver nuestro *La Estrategia y Táctica Socialista de Marx y Engels a Lenin* (2 vols.), Ed. Era, México, 1979, y los estudios sobre los Movimientos Sociales en Brasil publicados en *Política y Administración* n.2, FESP, Río de Janeiro, 1986. Ambos estudios fueron realizados en colaboración con Vânia Bambilra, que avanzó también en el estudio del pensamiento marxista sobre el sistema económico-social y político-socialista.

Este enorme esfuerzo<sup>27</sup> para repensar el mundo contemporáneo ante la emergencia de una civilización planetaria, donde las cuestiones de orden global tienden a superar los limitados horizontes internacionales, tiende a encontrarse con esta nueva fase de nuestra historia. La vuelta de las fuerzas populares que ahora se realiza no puede ser una vuelta al pasado, lo que haría de ésta una ridícula farsa histórica. Las masas latinoamericanas deben retomar su camino de lucha por la soberanía nacional, la justicia social y la democracia en el contexto de esa nueva situación mundial. Éstas deberán impulsar sus movimientos y partidos políticos para asumir con plenitud la verdadera modernidad que se diseña en el horizonte en el siglo XXI: la construcción de una civilización planetaria, basada en el respeto a la diversidad cultural del mundo, en la integración de las estructuras nacionales y locales al contexto internacional, en la construcción de un mundo de paz administrado por una nueva humanidad, basada en un hombre nuevo, en una etapa superior del individuo. En este mundo, y solo en él, el fascismo habrá sido una pesadilla superada por la humanidad. Estas conclusiones nos llevan a una reflexión más sistemática sobre el socialismo en el límite del siglo XXI.

### **III. El socialismo como movimiento social**

La palabra socialismo se refiere a tres fenómenos diferentes más entrelazados entre sí:

- a) El socialismo es un *movimiento social* que encuentra sus orígenes desde la Antigüedad pero que se convirtió en una realidad permanente y estructurada a partir de la mitad del siglo XIX.
- b) El socialismo es un *ideal* de convivencia humana y la propuesta de un régimen económico-social que es objeto histórico de ese movimiento social.

---

<sup>27</sup> Sobre esta fase llamamos la atención sobre cuatro proyectos en los cuales participamos; el de Abdel Malek, junto con la Universidad de las Naciones Unidas, sobre las nuevas fases del pensamiento social contemporáneo; el de Pablo González Casanova, sobre las nuevas perspectivas de América Latina, también bajo los auspicios de la ONU; el de Amilcar Herrera sobre Perspectivas Tecnológicas para América Latina, también de la ONU; el de Ngo Man Lan sobre "Las perspectivas de Asia". Destacamos aún los Coloquios Internacionales sobre la Economía Mundial, teniendo a la cabeza a Immanuel Wallerstein, las mesas redondas sobre el socialismo en el mundo, en Cavtat en Yugoslavia, todos proyectos a los cuales estamos o estuvimos profundamente ligados.



c) El socialismo es una experiencia histórica concreta de organización y funcionamiento de un régimen socioeconómico. Desde la revolución rusa de 1917 esta experiencia se convirtió en una realidad nacional que cuenta ya con 73 años de vida y que creció, se amplió y se diversificó después de la Segunda Guerra Mundial con el surgimiento de nuevas naciones socialistas. El socialismo es también una experiencia de gobiernos dirigidos por partidos socialistas en sociedades donde aún sobrevive hegemónicamente el modo de producción capitalista, pero donde se impusieron importantes cambios sociales. Estas tres dimensiones del socialismo siempre se interconectaron, pero disponen de cierta particularidad. Por ello, debemos analizarlas separadamente para evitar el peligro de confusiones que ocurren frecuentemente y terminan por causar una gran diversidad de interpretaciones sobre el pasado.

## **1. El movimiento socialista**

El movimiento socialista tomado en sentido amplio es tan antiguo como la historia humana. Desde la comunidad primitiva el hombre se organizó para defender objetivos sociales comunitarios. Los proyectos de los esclavos egipcios, griegos y romanos ya formaban un sustrato histórico para lo que sería muchos años después un movimiento organizado en partidos modernos.

En la Edad Media, las comunidades rurales y urbanas fueron centros de organización y lucha por una sociedad comunitaria, basada en la propiedad colectiva. En las sociedades orientales y americanas había también movimientos más o menos articulados que buscaban defender los principios de una organización social colectiva.

El movimiento socialista moderno surgió en Europa donde el obrero, creado por la revolución industrial, se rebeló progresivamente contra las condiciones de vida y trabajo miserables en que se encontraba y luchó por su participación política en el Estado, que conquistó a través de un largo proceso de reformas. Este movimiento práctico se unió a las corrientes de pensamiento que abogaban una solución final para los problemas vividos por el movimiento obrero, dando origen a las siguientes tendencias:

a) El *socialismo utópico* que, a través de varios autores, proponía formas de sociedad ideales basadas en la propiedad social. Los socialistas utópicos no pretendían organizar el movimiento obrero dentro de la sociedad capitalista. Ellos buscaron trasladarse a regiones distantes como los Estados Unidos para crear colonias que vivieran según sus principios. Creían también que sería posible convencer a los ricos y a los reyes de las ventajas del socialismo. Esta tendencia fue siendo superada a medida en que se percibían las limitaciones de sus propuestas, basadas en la voluntad y en las fantasías de sus inspiradores que estimulaban grupos de obreros y trabajadores a la búsqueda de una especie de paraíso terrestre. Sus principales figuras fueron Saint-Simon, Fourier y Owen.

- b) El *igualitarismo* heredero de la revolución francesa, que pensaba alcanzar la igualdad social a través de la lucha revolucionaria que establecería la división de la propiedad y el voto universal. Se destacan en esta corriente Babeuf y Blanqui.
- c) El *anarquismo* que identificaba la explotación y la opresión con la existencia del Estado y de la religión y proponía la extinción revolucionaria de los mismos. Sus principales figuras fueron Proudhon, con restricciones en las formas de lucha revolucionaria, y sobre todo Bakunin.
- d) El *reformismo* que pretendía transformar el capitalismo a través de la garantía de trabajo y otras medidas económicas y políticas de contenido democrático. Sus principales expresiones fueron Louis Blanc y los líderes del movimiento cartista inglés.
- e) El *socialismo* científico que analizaba el capitalismo como una formación socioeconómica transitoria destinada a imponerse universalmente y a ser superada por sus propias contradicciones internas, dando origen a un nuevo modo de producción que suprimiría las clases sociales. Este modo de producción sería alcanzado históricamente a través de un régimen de transición: el socialismo. Los fundadores de esta corriente fueron Marx y Engels.

La lucha entre estas tendencias se dio primeramente en la Asociación Internacional de los Trabajadores (Primera Internacional – 1864/1873) inspirada por Karl Marx (1822-1883). El socialismo utópico y el igualitarismo sucumbirían ante el fracaso de la Comuna de París (1871) en que tuvieron un papel activo. El anarquismo se debilitó drásticamente con el fracaso de la Revolución Española (1873) en la cual los anarquistas ejercieron un papel extremadamente negativo. La acentuación de esas luchas partidistas llevó a la extinción de la Primera Internacional.

El movimiento socialista se reagrupó en seguida en la Segunda Internacional de los Trabajadores fundada en 1876 bajo la influencia determinante de Marx y sobre todo de Engels, que se convirtieron en sus patrones teóricos y en sus principales inspiradores.

En el interior de la Segunda Internacional, formada básicamente por los principales partidos socialistas o social-demócratas europeos, norteamericano, argentino, cubano y japonés, sobrevivía, no obstante una lucha sorda entre reformismo y socialismo científico de Marx y Engels.

De hecho, el reformismo renació dentro del marxismo bajo la forma de revisionismo de Edwars Bernstein, cuyo libro *Socialismo Evolucionario* (1899) provocó una gran polémica en el movimiento socialista. Kautsky, Rosa Luxemburgo y posteriormente Lenin respondieron al revisionismo con distintos enfoques y las tesis revisionistas fueron rechazadas en el Congreso de la Internacional Socialista de 1900.

Durante la Primera Guerra Mundial de 1914-1918 la Internacional se disolvió en la práctica, pues los varios partidos socialistas apoyaron sus respectivos gobiernos nacionales lanzando a la clase obrera a una lucha fratricida contra la cual se había pronunciado la Internacional en sucesivos congresos.

Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Paul Liebcknecht y otros dirigentes socialistas consideraron tal actitud una traición al socialismo y fundaron un movimiento por la paz en Zimmewald, en Suiza en 1916.

Con la victoria de la revolución rusa en 1917, la facción bolchevique del Partido Social Demócrata Ruso llegó al poder en Octubre (con el apoyo solamente de la izquierda del Partido Socialista Revolucionario de origen populista y sostén agrario).

Los bolcheviques renegaron el nombre de social-demócratas que los identificaba con la Segunda Internacional y adoptaron el nombre de Partido Comunista Ruso. Fundaron en 1919 la Segunda Internacional Comunista que rompió con los partidos socialistas y social-demócratas fundando las sesiones nacionales de la nueva Internacional.

La Tercera Internacional se diferenció de las anteriores por su expansión en el mundo extra-europeo. Rusia era también una potencia asiática y la influencia de su revolución se extendió por China, India, Japón, Indochina, etcétera.

En América Latina la Tercera Internacional consiguió adhesiones importantes como Recabarrem en Chile, Prestes en Brasil, Mariátegui en Perú. Mesa en Cuba, Farabundo Martí en El Salvador.

La Primera Internacional tenía su sede en Inglaterra donde el movimiento obrero crecía y se fortalecía; la Segunda se basaba en la fuerza de la social-democracia alemana; la Tercera se apoyaba en una revolución socialista victoriosa en un país predominantemente feudal, la URSS.

Era fatal que se provocara una relación compleja y conflictiva entre las necesidades de un Estado revolucionario y el movimiento político que lo apoyaba.

La Tercera Internacional resolvió esas contradicciones por la vía de la expulsión sumaria de las corrientes opuestas a la interpretación estratégica y táctica de los sectores hegemónicos en el Estado soviético. Con Stalin, esa ortodoxia fue llevada al extremo bajo la forma de una doctrina marxista leninista que pretendía transformar la aportación de Lenin en un conjunto de dogmas intocables.

La oposición contra los bolcheviques era enorme en el movimiento socialista europeo y norteamericano. Kautsky y otros teóricos centristas consideraban que no sería posible instaurar el socialismo en una Rusia agraria y feudal y que en este país los bolcheviques se negaban a restaurar la Constituyente electa en 1917 (que significaría el fin del poder revolucionario por ellos instaurado, pues la Constituyente se elegiría antes de la toma de poder, constituyendo los bolcheviques minoría de la misma), Kautsky y los "centristas" consideraban que los comunistas ejercían ilegítimamente el poder y que harían degenerar la revolución rusa en una dictadura cada vez más cruel.

La derecha de la social-democracia estaba en el poder en Alemania y en Austria y se rehusaba a colaborar con el gobierno bolchevique. En general apoyaban las fuerzas insurreccionales ligadas a la facción menchevique del Partido Social-Demócrata Ruso y estimulaban la guerra civil con la invasión de 14 países.

El cisma fue definitivo y se separaron ideológica y orgánicamente los comunistas de los social-demócratas y socialistas. Hubo, no obstante, una confrontación brutal que facilitó el advenimiento del nazismo en Alemania.

Entre 1922 y 1927 hubo una mayor colaboración entre la Tercera y la Segunda Internacional, ya reconstruida. De 1927 a 1934 se dio, con todo, una confrontación brutal que facilitó el advenimiento del nazismo en Alemania.

Desde 1934 hasta 1947 hubo otro periodo de colaboración en torno a los Frentes Populares y posteriormente en las Resistencias antinazistas que incluyeron incluso las fuerzas social-cristianas. La composición de esos movimientos antinazistas fue aún más amplia en los países del Tercer Mundo y muchos de ellos se conservaron después de la guerra bajo la forma de movimientos de liberación nacional.

A partir de 1947, se inició la "guerra fría" entre Estados Unidos y la URSS que llevó a un nuevo y profundo cisma entre comunistas y socialistas, asistido por los liberales norteamericanos, incrustados sobre todo en la CIA. Incitados por las persecuciones de Mc Carthy a los demócratas norteamericanos, por el cierre de los Partidos Comunistas en varios países occidentales, por el montaje de aparatos de espionaje y operaciones insurreccionales en países del este, la mayor parte de los partidos socialistas y social-demócratas se incorporaron al movimiento de agresión anticomunista que culminó con la guerra de Corea.

Estos ataques fueron respondidos por las corrientes comunistas a través de la fase más sectaria del estalinismo. Se dividieron las centrales sindicales, los movimientos de intelectuales y otras organizaciones entre comunistas, socialistas y social-cristianas. Los países que salieron de la guerra bajo la órbita de influencia soviética

tomaron iniciativas económicas y políticas en la dirección de una socialización rápida que muchas veces no tenía una base económica real y un respaldo social. El conflicto con Yugoslavia revelaba ya la intransigencia de la ortodoxia estalinista ante la diversificación inevitable de las formaciones socialistas, a medida que el nuevo régimen de producción se adaptaba a realidades socio-económicas y culturales distintas. La figura de Stalin fue elevada a un nivel casi divino. El marxismo-leninismo fue convertido en una doctrina absolutamente contrapuesta con el "pensamiento burgués decadente, imperialista e irracionalista". El "realismo socialista" pretendía someter el arte a cánones estéticos y contenidos morales preestablecidos. Esta fase duró de 1947 hasta las denuncias de Kruschev contra los crímenes de Stalin y el "culto de la personalidad", realizados en el XX Congreso de PCUS, en 1954.

El surgimiento, en este periodo, del conflicto entre los PCs chinos y soviéticos abrió un hueco infranqueable dentro de los partidos comunistas divididos en las tendencias soviética y china. El auge de la revolución cubana dio origen al "guevarismo", al "castrismo" y al "foquismo" que influenciaron fuertemente el Tercer Mundo. La aparición de un "marxismo académico" que inundó las universidades del mundo, sobre todo después de los movimientos de 1968, aumentó la diversificación de corrientes dentro del campo comunista. Ellos anunciaron, no obstante, el fin del estalinismo que hegemonizaría el movimiento socialista por tantos años.

Solamente en la década de 1960, con el fin de la "guerra fría" y el inicio de una disminución de la tensión internacional, aunque precaria, comenzaron a reagruparse las Centrales Sindicales comunistas y socialistas, incluso las democrático-cristianas.

También en este periodo Willy Brandt iniciaba la "política hacia el Este" que reabrió las relaciones entre una Europa dividida en dos regiones enemigas militar y económicamente.

Ya De Gaulle había llamado la atención del mundo hacia este anacronismo, clamando por una Europa del Atlántico a los Urales. En las naciones socialistas de Europa Oriental había un constante llamado al comercio y a las relaciones entre las dos Europas.

La "guerra fría" llegó a su fin con el fracaso de la Guerra de Corea y de la represión colonial francesa en Indochina y en Argelia. De Gaulle abandonaba la OTAN y declaraba la independencia francesa ante los Estados Unidos.

La Comunidad Económica Europea y Japón crecían económicamente y comenzaban un movimiento de autonomía relativa de los Estados Unidos.

La crisis del dólar y su desvinculación del oro a fines de los años 60 desarticulaban el universo capitalista integrado bajo la hegemonía norteamericana, creado en Bretton Woods, y que reflejaba la correlación de fuerzas que existía al final de la Segunda Guerra Mundial, ya profundamente alterada.

La social-democracia, que solo se conservaba en el poder en los países escandinavos y pasaba por la fugaz experiencia del gobierno laborista inglés, en 1924-1926, volvía al gobierno en Europa Central y en Inglaterra en la década de 1960, y se daban las condiciones para una colaboración más o menos bien sucedida socialista-comunista en Francia, en España, en Italia y en Grecia. Solamente en Portugal, el país más tradicional de Europa, persiste un clima de guerra fría entre socialistas y comunistas, como si la historia no hubiese avanzado desde la guerra fría para acá. Se reorganiza en consecuencia la Segunda Internacional con bases más progresistas. A partir de 1966 ésta se dirige hacia el Tercer Mundo y apoya a los movimientos de liberación nacional. Al contrario, la Tercera Internacional se diluye y los partidos comunistas comienzan a desarrollar líneas políticas nacionales a veces hasta opuestas entre sí.

En estos años de posguerra el movimiento socialista fue enriquecido con la expansión de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo que fueron aproximándose cada vez más al ideal y práctica socialistas. Muchos de ellos asumieron el poder en sus países e iniciaron experiencias innovadoras de transición al socialismo.

La unificación de las fuerzas progresistas del Tercer Mundo creó también el movimiento de los no-alineados que, a pesar de su carácter pluri-ideológico, tiende cada vez más a aproximarse al movimiento socialista mundial.

De esta manera, el movimiento socialista contemporáneo tiende cada vez más a un proceso contradictorio de diversificación de experiencias, doctrinas y valores. A pesar o a causa de esa diversidad se hace necesario elevar a un nivel superior la colaboración y solidaridad entre las diversas corrientes que forman ese movimiento, a pesar de las graves divergencias históricas que lo dividen aún. El socialismo superó el eurocentrismo y se convirtió en un movimiento universal y complejo. Como todo organismo que crece y se diversifica, deberá dar origen a una nueva síntesis en un futuro no muy distante. Esta síntesis tendrá inevitablemente que asimilar críticamente las experiencias históricas de socialistas, comunistas y movimientos de liberación nacional.

Todo indica, por ejemplo, que la idea de una internacional obrera se encuentra superada, por lo menos en su forma estricta y dogmática. La Internacional Socialista, que pretende ser la heredera de la Segunda Internacional, fue obligada a diversificarse y aceptar en su seno movimientos y partidos populistas del Tercer Mundo, de liberación nacional y revolucionarios que no se identifican con sus partidos europeos. A medida en que algunas fuerzas en su interior pretendan imponer una pureza doctrinaria, la reducirán nuevamente a su expresión europea. La fuerza que adquirió en los últimos años la Internacional Socialista fue resultado ciertamente de su postura pragmática y su aproximación a las fuerzas sociales progresistas más poderosas en cada país. Tuvo que perder en rigor doctrinario para ganar en influencia política.

Algo similar pasó en el campo comunista. La Tercera Internacional, en sus dos versiones (El Komintern, de 1919 hasta 1943 y el Kominform de 1946 a 1958), fue dando lugar a las reuniones de los partidos comunistas que fueron perdiendo su rigor partidario permitiendo la participación de socialistas en movimientos de liberación nacional. Paradójicamente, las contradicciones entre los partidos comunistas, nacidos de la adopción de los rigurosos 23 principios y rígidamente jerarquizados hasta 1954, son hoy mayores y más difíciles de conjurar que los dos partidos socialistas y social-demócratas. Con el surgimiento de la *perestroika*, en la URSS y de la "nueva mentalidad" en su política exterior aumentan aún más las divergencias dentro de los antiguos PCs y se puede observar una tendencia de esos partidos a aproximarse a la Segunda Internacional.

Al mismo tiempo, se organizaron las internacionales liberal, social-cristiana y conservadora, dando la impresión de que el mundo tiende a dividirse en cinco grandes movimientos políticos e ideológicos.

Paradójicamente, la clase obrera, que inició el proceso de organización partidaria internacional, se encuentra hoy dividida en una Internacional Socialista más pragmática que doctrinaria, y en una tentativa, cada vez menos sistemática, de reunión de los partidos comunistas, que no consigue más representar ni siquiera a los partidos que históricamente configuraron esa corriente. Quedan fuera de esas internacionales varios partidos socialistas y comunistas tan importantes como el PC yugoslavo y el Frente de Liberación Nacional de Argelia, para citar dos ejemplos bastante significativos.

Es por esta razón que el movimiento de no-alineados a pesar de ser una organización intergubernamental, termina siendo también un foro de esas expresiones partidarias hoy desgarradas de una internacional partidaria.

A pesar de situarse más en el plano de las ideas, las “mesas redondas” de Cavtat<sup>28</sup> han sido también una oportunidad para el debate y la congregación de fuerzas políticas progresistas que tienen o tuvieron ahí casi uno de sus únicos foros para el encuentro y la confrontación de estrategias y tácticas.

En el campo sindical, de las organizaciones clasistas por empresas, de las organizaciones de mujeres y de jóvenes, de los intelectuales, de los movimientos por la paz, etc., lo que percibimos es una diversificación creciente de asociaciones y foros internacionales. Estos movimientos vienen agrupándose como organizaciones no gubernamentales en torno a los diversos órganos de las Naciones Unidas. Políticamente tienden a reunirse también en torno a los partidos verdes.

La humanidad busca desesperadamente los medios para su organización global como consecuencia del avance de las fuerzas productivas, de las comunicaciones y de las instituciones internacionales.

El movimiento socialista que fue el precursor de ese proceso de solidaridad y organización internacional, se vio arrastrado por la diversificación y complejidad creciente de la civilización global que emerge en nuestro siglo. Al expandirse, éste debe adaptarse a la gran diversidad de experiencias históricas y socioeconómicas, de realidades étnicas y culturales. Esa adaptación exige un rompimiento con las síntesis y ortodoxias anteriores y su elevación a un nivel más alto de síntesis teórica y de fórmulas institucionales y organizativas.

El movimiento socialista es hoy pues, un proceso en transición que presenta niveles de organización totalmente distintos, compromisos nacionales, bases culturales y políticas altamente diversificadas. Es imposible pues, encuadrarlo en los modelos de los partidos socialistas europeos, de los partidos comunistas que siguieron la experiencia del PCUS, de las fórmulas de movimientos de liberación nacional, etcétera.

El movimiento socialista es pues, un laboratorio en expansión que necesita articularse internacionalmente a partir del respeto a sus diferencias nacionales y regionales.

El mayor ejemplo de esta tendencia es el proceso de democratización de Europa Oriental. A medida que la “nueva mentalidad” pase a regir la política exterior soviética decidida a eliminar incluso, unilateralmente, los vestigios de la guerra fría y a alejarse definitivamente de la herencia estalinista, se abre en estos países un

---

<sup>28</sup> Las “mesas redondas” sobre el Socialismo en el Mundo se realizan anualmente en Cavtat, Yugoslavia, desde 1975 y editan una revista trimestral *Socialism in the World* en inglés y francés y en servo-croata, de cuyo Consejo Editorial participo



amplio proceso de reorganización partidaria, donde cuentan mucho sus raíces históricas. Países como Checoslovaquia y Alemania Democrática, donde predominaron los partidos socialistas y social-demócratas antes de la imposición estalinista, tienden a cambiar estas formas partidarias. En otros, varias formas de populismo buscan adaptarse a las nuevas condiciones económico-sociales creadas por las transformaciones estructurales de carácter socialista.

#### **IV. El ideal socialista**

Los ideales preceden, de cierta forma, a los movimientos políticos. Éstos están latentes en la constitución misma de las clases, naciones o grupos sociales, y solo se convierten en movimientos conscientes, con objetivos definitivos, después de definir sus líneas generales en las cabezas más lúcidas del grupo o clase social que los porta.

El proletariado industrial naciente, del siglo XVIII, buscaba responder a sus miserables condiciones de vida imaginando una sociedad distinta, a modo de las utopías rurales que florecieron en el Renacimiento europeo.

Estas utopías rebelaban ya el ideal de una vida colectiva, igualitaria y justa donde el acceso a la riqueza social se diera a través del trabajo y de la participación de cada uno.

Con el desarrollo de la conciencia política del proletariado europeo, esos ideales fueron perfeccionándose y encarnándose en la historia real.

La internacionalización del movimiento socialista, y sobre todo su expansión fuera de Europa, ampliaron en mucho los elementos básicos que forman el ideario de una nueva civilización basada en la propiedad colectiva de los medios de producción, en el desarrollo planificado de las fuerzas productivas y circulación y distribución racional de los frutos del trabajo humano.

El movimiento socialista, en su fase utópica y anarquista, no se identificaba necesariamente con la democracia, pero las internacionales obreras, sobre todo la Segunda Internacional, que se constituyó de partidos socialistas legales, asumió definitivamente los ideales democráticos y republicanos como fundamento del socialismo contemporáneo.

El socialismo científico mostraba los orígenes de clase y las limitaciones de la democracia burguesa y proclamaba la necesidad de una democracia económica, social y política de nuevo orden hacia el socialismo. El voto universal, la representación parlamentaria (con el agregado fundamental establecido por la Comuna de París, que es la revocabilidad de los diputados, con los cuales el pueblo pudiera estar descontento), la precedencia del parlamento sobre el ejecutivo y su vinculación estrecha y la determinación de la justicia por los objetivos históricos de la clase revolucionaria formaron un cuerpo de ideales que se incorporó en la concepción del "Estado Común".

Este concepto fue revisado posteriormente con el surgimiento del Estado soviético en Rusia. Una forma de Estado apoyada en el poder de los consejos locales (los soviets). Este nuevo tipo de Estado generó una amplia polémica en el movimiento socialista y fue rechazado por la social-democracia y en parte por los partidos socialistas.

De hecho, la experiencia ulterior demostró que esa forma de Estado fue un fenómeno específicamente ruso. Ésta no se repitió ni siquiera en los países bajo influencia directa de la URSS.

La expansión del movimiento socialista al mundo exterior a Europa trajo nuevos elementos a esta doctrina. La cuestión del imperialismo, planteada científicamente por Lenin, fue desarrollada por Mao Tse Tung y por otros teóricos y dirigentes, sobre todo del Tercer Mundo. Ésta alcanzó un nivel elevado con la teoría de la dependencia, de inspiración latinoamericana, elaborada en la segunda mitad de la década de 1960, que buscó sistematizar los efectos del imperialismo en los países que son objeto de expansión europea-norteamericana. Esto fue un resultado de las experiencias revolucionarias de las décadas de 1950 y 1960, como la revolución cubana y la argelina.

Fue pues inevitable que la doctrina y el ideal socialista avanzaran en estas décadas de desarrollo del movimiento y como efecto de las primeras experiencias socialistas.

Hoy, el ideal democrático socialista pasa por una amplia revisión en el sentido de adecuar las más diversas formas de Estado y de gobierno. Ni el parlamentarismo ortodoxo a que tanto se apega la social-democracia, reflejando la experiencia europea, ni el Estado soviético de la experiencia rusa son formas definitivas. Debemos admitir la posibilidad de nuevas e imprevisibles formas estatales.

Sabemos hoy que el Estado socialista debe apoyarse en una movilización constante de las masas populares, en sistemas de representación que permitan el máximo de participación popular, la revocabilidad de los

representantes y la obligación de que den cuentas a sus electores. Debe caracterizarse también por una interacción amplia entre los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, construida a partir de los hogares hasta las altas esferas nacionales.

El socialismo científico no puede, sin embargo, abandonar su crítica de toda forma de Estado, ni siquiera del democrático. El Estado es necesariamente un instrumento de dominación que impone la voluntad de una clase sobre el resto de la sociedad, utilizándose la fuerza del consenso y de la violencia organizada. Así, todo Estado, por más democrático que sea, es una dictadura de clase y sólo habrá libertad real cuando la humanidad prescinda de esa forma de dominación.

Sin embargo, los anarquistas decretaban ficticiamente la abolición del Estado por la revolución anarquista, el socialismo científico proponía la extinción progresiva del Estado como resultado de la superación de las clases sociales, realizada por la acción persistente del estado socialista. Para eliminar las clases sería necesario que la clase desposeída –o proletariado- instituyera su poder estatal y, a través de éste, eliminara la resistencia de las antiguas clases dominantes a la implantación de una forma económico-social que suprimiera la propiedad privada de los medios de producción, que da origen a las clases sociales.

En este sentido, el ideal socialista-científico rebasa el ideal democrático y aspira a una sociedad sin dominación estatal de ningún tipo. Y éste ideal se separa incluso del anarquismo porque cree que el ideal libertario solo será alcanzado en un futuro aún remoto, como consecuencia de la evolución de la economía y de la sociedad socialista universal que superará las clases sociales y, por lo tanto, la necesidad del Estado.

La libertad es pues, el ideal supremo del socialismo. Por libertad debe entenderse el pleno desarrollo del individuo a través de su colectividad. O más bien, la organización colectiva poniendo al servicio del individuo el acervo cultural, moral, técnico y científico de la humanidad para que él mismo pueda desarrollar al máximo todas sus potencialidades.

Se trata así, de superar la concepción pasiva de libertad en que se fundamenta la ideología burguesa del mundo. Para la ideología liberal, la libertad es un derecho abstracto. Ésta se ejerce en general contra las coerciones sociales y no como un resultado de la potencia social del hombre.

Para el liberalismo, el hombre nació libre y fue presionado a restringir su libertad para vivir en sociedad con los demás hombres. El contrato social establecido entre esos individuos debería ser, con todo, lo más limitado posible para reprimir el mínimo de libertades.

Para Marx, todavía el hombre primitivo vivía subyugado por potencias a él extrañas y la organización social fue permitiendo que él se liberara de esas limitantes. El avance del poder productivo del hombre generó el concepto de individuo y la idea de que el hombre cuenta con una conciencia autónoma y con libertad moral y material. La especie humana fue la única capaz de llegar al individuo y separarlo de la comunidad primitiva en que él estaba inmerso.

El individuo es así, un resultado de la historia y no su punto de partida como lo concibe la ideología liberal. Fue la potencia productora de la humanidad que generó, al principio, algunos sectores sociales privilegiados, que pudieron desarrollar las potencialidades presentes en todos los hombres. Potencialidades que existían latentes desde su forma primitiva, pero que solamente se transformaron en realidad cuando su dominio de la naturaleza permitió la creación de un excedente económico permanente, que dio origen al ocio y a la acumulación cultural.

Los individuos libres eran pocos, pues su desarrollo dependía del trabajo y de la esclavitud o servidumbre de muchos. Las bellas construcciones teóricas, los conocimientos científicos y tecnológicos de los griegos antiguos estaban asentados en los excedentes creados por los esclavos, que sostenían a esta minoría.

No habrá pues libertad hasta que los seres humanos sean liberados de las tareas rutinarias y desgastantes del trabajo material obligatorio, que consume la mayor parte de su vida. Solamente el desarrollo de las fuerzas productivas, iniciado con la moderna industria y desarrollado con la revolución científico-técnica, podrá liberar al hombre de esa subyugación e instituir una era de libertad para la humanidad en su conjunto.

Por ello, el socialismo científico de Marx y Engels considera que hasta el momento estamos en la prehistoria de la humanidad. Nuestra historia comenzará realmente cuando como resultado de la universalización del socialismo, tengamos superadas la explotación del hombre por el hombre, la separación entre el trabajo manual y el intelectual y las contradicciones entre el campo y la ciudad.

Solamente cuando la eliminación de las clases sociales supere todas las formas de dominación que tienen en el Estado su manifestación suprema, podremos comenzar a construir la verdadera libertad.

La lucha contra los determinismos sociales, culturales y morales, impuestos por la escasez de desarrollo de la capacidad productiva de la humanidad, es la verdadera lucha por la libertad que se dificulta en el plano económico, social, cultural y político.

Vemos así, que los conceptos de democracia, libertad y progreso se encuentran profundamente relacionados en el ideario socialista. Fue el pensamiento socialista también el que desarrolló el ideal de los derechos humanos, superando la estrechez de las libertades democráticas liberales y desarrollando un derecho del trabajo, un derecho social y, hoy en día, proponiendo el "derecho de los pueblos" a la emancipación, al desarrollo y a la libertad.

En la actualidad no hay más un solo liberal que se aprecie que no se vea obligado a aceptar esas nociones de participación y responsabilidad del estado para garantizar el pleno empleo, la justicia social, la asociación del trabajo, el sufragio universal, las formas de organización popular, la intervención estatal en la economía y hasta la planificación.

No obstante, hace pocas décadas esto sería inconcebible. Es la economía política del proletariado la que se impone a la economía política de la burguesía.

Por otro lado, en nuestros días, las potencias capitalistas colonialistas son obligadas a aceptar, cada vez más, el principio de la autodeterminación de los pueblos, la recomendación de un comercio equitativo, el derecho a la intervención de las empresas extranjeras, el monopolio estatal sobre las riquezas naturales, el principio de desarrollo independiente, de la transferencia y creación propia de tecnología, la defensa de sus valores culturales, etc. Finalmente, el ideal de un orden internacional regido por la razón humana y no por las fuerzas ciegas del mercado y de la competencia. El movimiento neoliberal que se impuso en los medios publicitarios durante la década de 1980 no pasa de un canto final del liberalismo ahogado por un capitalismo monopólico y estatista y por un movimiento socialista en renovación, cada vez más libertario y antiestatista.

Son los pueblos liberados de la dominación colonial los que se organizan para imponer sus principios, sus valores y sus derechos en la arena internacional. Son los movimientos de liberación nacional, los no alineados, las asociaciones económicas, políticas y culturales de los más pobres y dependientes erguiéndose ante los ricos colonizadores.

Los ideales del socialismo están profundamente ligados al nuevo derecho de los pueblos. Fueron fuerzas comunistas y socialistas las que comandaron muchas de aquellas luchas al lado o incluso unidas a los movimientos de liberación nacional.

Fue el movimiento obrero también el que extendió, ya en el siglo XIX, la bandera de la paz como principio de las relaciones entre los pueblos. La lucha por la paz asume hoy un carácter universal y se extiende mucho más

allá del movimiento obrero para convertirse en parte de la conciencia universal del hombre. El surgimiento de la perestroika y de la nueva mentalidad en la política exterior soviética reveló la fuerza de esos ideales como principio organizador del mundo contemporáneo. El contenido ofensivo de aquella política desarmó en gran parte la violencia imperialista, perseguida y sin propuestas alternativas.

Se intensificó también, en nuestro tiempo, la lucha contra el racismo, la conciencia de igualdad de derecho de las mujeres, el respeto a las minorías nacionales, étnicas, religiosas, sexuales.

Esas luchas se ligan cada vez más profundamente al ideal socialista, como expresión del pleno desarrollo de la humanidad como una colectividad global. Esto se muestra en la práctica en la experiencia de la *perestroika* en la URSS. El PC de la URSS se ve impotente ante la onda nacionalista que sacude el antiguo imperio ruso y será obligado a adoptar una legislación que legitime la autodeterminación de las naciones sometidas a la federación soviética. En vez de debilitar a la federación, esto deberá fortalecerla política y moralmente.

La defensa de la naturaleza, violentada por el desarrollo capitalista; la articulación entre el desarrollo científico y tecnológico y la creación de un ambiente dispuesto a ver por la atención del ser humano fueron también parte de la conciencia socialista contemporánea.

No se puede comprender el socialismo de nuestros días fuera de dicho conjunto de movimientos que asimilen e integren cada vez más el ideal colectivo como base de la convivencia social.

Justicia social, democracia, libertad, emancipación de los pueblos, paz, derechos de las minorías, superación del racismo, defensa del ambiente, racionalización y planificación humana de la convivencia entre los hombres y los pueblos; estos elementos claves de la doctrina socialista se convierten día a día en valores universales que superan y sustituyen a los ideales individualistas del liberalismo. En ese sentido, así como el movimiento socialista se agiganta y se convierte en centro de articulación de la vida contemporánea, el ideal socialista se implanta en las conciencias humanas y se impone como normatividad de las relaciones entre individuos, clases y pueblos. La profunda revisión del estalinismo que se opera en la URSS representa un movimiento clave de ese proceso y coloca el ideal socialista en el centro del debate contemporáneo.

Más allá de lo que nunca podremos afirmar, por lo tanto, es que el mundo camina hacia el socialismo.

## V. Las experiencias socialistas

Así como el movimiento socialista se enriqueció al superar las fronteras del proletariado europeo y al asimilar los movimientos de liberación de los pueblos del Tercer Mundo, así como el ideal socialista se amplió al absorber los principios de la lucha de emancipación de los pueblos; así también la experiencia socialista se viene haciendo cada vez más compleja y plena con la sistematización de varias realidades históricas que componen hoy el acervo de una posible teoría de transición socialista.

Según Marx y Engels, el socialismo sería una formación social de transición caracterizada por: a) propiedad colectiva de los medios de producción; b) planificación de la producción y del consumo para atender las necesidades humanas y c) sobrevivencia del Estado al servicio de una democracia proletaria que se impondría sobre las resistencias de las clases contrarrevolucionarias.

El socialismo, como vimos, no elimina totalmente la propiedad privada ni la relación salarial que sobreviven junto con las relaciones mercantiles y de dinero. Pero, en la transición socialista, estos fenómenos se encuentran bajo control, mientras se desarrollan las formas de propiedad social y la planificación y atención directa de las necesidades de los trabajadores a través de los servicios sociales.

Al mismo tiempo, el socialismo, como forma de transición, no elimina la lucha de clases en el plano nacional e internacional. Subsisten en el plano interno amplios sectores de pequeños y medianos propietarios, sobre todo en la agricultura y en los servicios donde la pequeña y mediana propiedad son aún tecnológicamente racionales. En el plano externo, sobrevive el capitalismo, en una amplia fase de transición, comportándose de manera cada vez más agresiva, ante las experiencias socialistas en desarrollo.

En consecuencia, el proletariado necesita mantener y hasta fortalecer el Estado en el periodo de transición socialista. El Estado es, por principio, un aparato coercitivo al servicio de una clase o una "dictadura de clase" como se expresa Marx, utilizando la terminología de la época. Este concepto ha dado origen a muchas confusiones que es necesario esclarecer. Para Marx, el Estado es por principio una dictadura al servicio de una clase, misma que exista en un régimen democrático de gestión de ese Estado.

Marx no confundía el Estado con los regímenes políticos por él adoptados. La dictadura de la burguesía asumía la forma de una democracia liberal. La dictadura del proletariado debería asumir la forma de una república democrática del proletariado.

Pero Marx y Engels esperaban que las primeras experiencias socialistas ocurriesen en los países capitalistas más desarrollados. Marx llegó a admitir el paso directo de la comunidad rusa al socialismo –tal como lo pretendían los populistas rusos. Pero solo admitía esta posibilidad con el apoyo de regímenes socialistas ya instituidos en Europa.

No obstante la realidad histórica determinó otro curso para el advenimiento del socialismo. El paso del capitalismo a la fase imperialista determinó por un lado, la formación de una aristocracia obrera en Europa y en Estados Unidos que, beneficiada con las ganancias obtenidas por la dominación colonial y semicolonial, se alió a la gran burguesía nacional para neutralizar y condicionar las aspiraciones socialistas del proletariado.

Por otro lado, la dominación imperialista hizo que se agigantaran las contradicciones en los países menos desarrollados, dependientes y coloniales, debilitando la capacidad gestora y el liderazgo político de sus burguesías locales.

Por ello, la primera experiencia socialista ocurrió en un país aún predominantemente feudal, donde un importante auge industrial diera origen a un proletariado concentrado, muy organizado y extremadamente consciente políticamente.

En Rusia, las sobrevivencias feudales se sostenían a través del enorme poderío del Estado zarista. La lucha por la democracia y el desarrollo industrial se ubicaba así en el centro de vida política, movilizándolo a todas las clases insatisfechas con el estado de cosas feudal-autoritarias.

Grandes masas de campesinos ricos y pobres; sectores de la nobleza decadente y de la intelectualidad emergente, que se veían sin futuro en un mundo feudal estancado; la burguesía naciente, que aspiraba a los mismos niveles de poder económico y político que sus similares clases europeas; un proletariado joven cuyas características ya señalamos, formaban un ambiente social y político adecuado para un gran movimiento revolucionario.

Pero ya había pasado la época de las revoluciones burguesas. Las vacilaciones de la burguesía rusa reflejaban su temor de romper con el zarismo, único poder capaz de canalizar los sentimientos religiosos de los campesinos rusos. Sus uniones con la burguesía francesa e inglesa la comprometían también con intereses europeos, que la llevaron a participar en la Primera Guerra Mundial, con enorme costo para su agricultura atrasada.



La burguesía rusa no tenía tampoco por qué oponerse seriamente a las ambiciones imperiales de la aristocracia zarista, que la llevaron a la guerra con Japón en 1905 (que dio origen al primer brote revolucionario) y a la Primera Guerra Mundial de 1914-1918.

La revolución rusa de 1917 comenzó como una revolución democrático-burguesa, en febrero, y se completó en octubre, con la revolución socialista, dirigida por los bolcheviques, que rompieron con las vacilaciones de los liberales, social-revolucionarios y social-demócratas mencheviques e impusieron un poder obrero y campesino, expresado en los consejos o *soviets* de toda Rusia.

¿Cómo practicar el socialismo en un país atrasado, feudal en su mayor parte, y con solamente algunas puntas de desarrollo capitalista industrial, que recién comenzaban a penetrar en el campo en los últimos veinte años, provocando sin embargo una importante disgregación de la economía feudal?

Las tareas eran gigantescas y no tenían mucho que ver con las características de una transición socialista en un país económicamente avanzado. Era necesario, por ejemplo, conceder la tierra a los campesinos, con el riesgo de desarrollar una clase campesina rica contrarrevolucionaria. De hecho, crecieron los grupos que mantuvieron una constante y activa hostilidad al gobierno bolchevique hasta 1927-1929, cuando fueron masacrados por el ejército rojo bajo el comando de Stalin.

La experiencia socialista soviética fue caracterizada también por un conjunto de factores externos, propios a sus características originales.

Podemos enumerar así los aspectos históricos específicos que condicionaron la primera experiencia histórica de una formación social socialista:

- 1º) Fue la única experiencia socialista victoriosa durante 30 años;
- 2º) Contaba en consecuencia, con una oposición extremadamente poderosa y activa de las potencias capitalistas internacionales, sin disponer de otro contrapeso que no fuese su propio poder económico y militar;
- 3º) Pasó por situaciones extremadamente catastróficas: después de una guerra de 1914 a 1918, que eliminó mitad de su producción, se siguió una guerra civil de 1918 a 1921, que liquidó a la mayor parte de su vanguardia política; luego, una resistencia campesina que llevó a una verdadera segunda guerra civil del ejército rojo entre 1927 y 1929; posteriormente, la invasión nazista de 1941 a 1945 que eliminó a veinte millones de ciudadanos y devastó zonas urbanas y rurales enteras; en seguida la guerra fría de 1947 a 1954, que la obligó a efectuar enormes gastos militares para neutralizar el monopolio norteamericano e inglés de la bomba atómica; finalmente, la continuación de la carrera armamentista implicó enormes costos sociales.

4º) Debía organizar la producción de una enorme masa de campesinos que significaba cerca del ochenta por ciento de su población y llevar los excedentes hacia un gigantesco esfuerzo de industrialización y urbanización.

5º) Necesitaba elevar rápidamente la gran masa de alfabetos a dirigentes y ejecutivos. Estos campesinos y obreros era la única elite con que contaban para realizar y dirigir un gigantesco proceso de transferencia de tecnologías, su adaptación y la creación de nuevas, a pesar de los enormes obstáculos al intercambio comercial, implantados por las potencias capitalistas.

En estas condiciones la experiencia del socialismo soviético no podría representar un modelo de equilibrio, racionalidad y liberalismo. Se hizo a tropezones, aprendiendo con los errores y pasando por periodos de verdadero obscurantismo político y hasta cultural, como lo fueron las purgas de los viejos bolcheviques por Stalin, la exacerbación del nacionalismo ruso durante la Segunda Guerra Mundial, la imposición de un verticalismo grotesco dictador en la fase final de su vida.

Pero nada de eso fue consecuencia de las necesidades impuestas por la transición socialista. Fueron -al contrario- consecuencia de la oposición activa del imperialismo internacional; de la resistencia del oscurantismo feudal sobreviviente en el campo; del oportunismo y del necesario peso de la burocracia sobreviviente del zarismo; de la inexperiencia de los nuevos escenarios revolucionarios; de las dificultades nacidas de la aniquilación física y del hambre provocadas por los invasores.

Es pues cínico y cruel atribuir las dificultades vividas por el pueblo soviético a su definición histórica y heroica por el socialismo y no a la violencia y a la resistencia que le opusieron los capitalistas.

A pesar de todo esto, fueron inmensos los avances alcanzados por el pueblo soviético; la población analfabeta fue sustituida por una ciudadanía que alcanza hoy unánimemente el segundo grado completo y se encuentra ampliamente integrada en la universidad; los niveles de alimentación saltaron de las situaciones de hambre aguda a los más altos niveles de consumo energético y proteínico del mundo; el sistema de salud soviético también alcanza los más altos niveles internacionales; de país importador de tecnología saltó a uno de los pioneros de la tecnología de punta con una de las mayores concentraciones de científicos de la tierra; de un país rural, se convirtió en una concentración urbana sin los desequilibrios violentos que se encuentran en el mundo capitalista.

Finalmente, en setenta años, la URSS saltó de un país feudal, bajo el dominio de la autocracia zarista, a una nación moderna, con una enorme experiencia de participación popular y democrática y a la condición de gran potencia económica y tal vez a la de primer potencia militar y científica.

La experiencia de construir una sociedad moderna con base en la propiedad colectiva, en la planificación y en una organización estatal asentada sobre los consejos obreros y campesinos presenta pues, un balance mucho más positivo que negativo, a pesar de las dificultades históricas que experimentó.

Sin embargo, esta experiencia dejó marcas profundas de amargura y decepción en grandes sectores de la intelectualidad occidental. El estalinismo quiso convertir las dificultades y características de la construcción socialista de la URSS en modelo para toda la humanidad. Y muchos intelectuales y políticos incurrieron en ese equívoco y se dejaron llevar por las pretensiones hegemónicas del estalinismo.

Hoy destilan la hiel de sus decepciones, producto de su ingenuidad (u oportunismo) intelectual y político.

La experiencia soviética no se repitió en ninguna parte. Cada nueva revolución socialista que surgió, después de que la onda revolucionaria fuera retomada después de la Segunda Guerra Mundial, siguió su propio camino. Yugoslavia, China, Corea del Norte, Vietnam, Cuba, Argelia, Angola, Mozambique, etc., fueron experiencias extremadamente originales.

Los países que ingresaron al socialismo bajo la protección de la ocupación soviética, después de la Segunda Guerra, pasaron por un intento –durante la guerra fría- de seguir un modelo único de transición socialista basado en la versión estalinista de la experiencia soviética, que había llevado a la victoria en la Segunda Guerra Mundial.

No obstante, la madurez de esos países y sus relaciones mutuas y con la URSS los llevó a una diversidad de modelos económicos, sociales y políticos muy importantes. Esta realidad, ocultada por el estilo burocrático de gestión y comunicación heredados de la fase estalinista, terminó en una amplia y definitiva explosión a fines de la década de 1980. A pesar de la confusión establecida por la prensa en torno a los cambios que venían ocurriendo en estos países, se trataba de una nueva fase de un doloroso proceso de afirmación nacional y democrática de las sociedades de Europa Central, en la cual el episodio de la integración a la URSS fue una etapa sobresaliente pero pasajera.

Hoy sabemos que cada experiencia socialista es una realidad propia, que depende de su propio punto de partida y de las condiciones históricas concretas encontradas cuando se inicia la revolución socialista.

Sabemos también que cada paso que da el socialismo en el mundo a través de nuevas revoluciones, del desarrollo económico de los países en transición socialista, de los movimientos y partidos socialistas, comunistas y de los movimientos de liberación nacional, aumentan las posibilidades de realizar nuevas experiencias socialistas cada vez más democráticas, libertarias y avanzadas.

En este sentido, la exigencia estalinista de una fidelidad al modelo soviético, la pretensión de repetir el modelo chino, las tentativas de los imitadores de la experiencia cubana, etc. se encuentran totalmente superadas.

El socialismo debe nacer estando profundamente ligado a las realidades nacionales. Solamente a través del vínculo con esas realidades será posible articularse a un movimiento auténtico y enraizado en las masas. Y solamente a través de ese enraizamiento será posible crear un internacionalismo proletario auténtico donde todos sus componentes sean respetados.

Con el desarrollo de la experiencia socialista a nivel planetario, se volvían obsoletos los centros hegemónicos del movimiento. Lo correcto hoy en día es establecer un fórum abierto de los movimientos que luchan por el poder, de los partidos que se encuentran en los gobiernos, pero que no pudieron iniciar la transición al socialismo, y de aquellos que ya la iniciaron. Esta constatación inspira en gran medida “la nueva mentalidad” que rige la política exterior soviética.

Se hace necesario analizar también las experiencias de gobiernos socialistas que no propusieron o no lograron modificar el régimen socioeconómico capitalista pero que imprimieron profundas modificaciones en su funcionamiento.

Ya en el discurso inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores, Marx llamaba la atención de que la victoria de la lucha sindical por la jornada de diez horas representaba un factor dinamizador del funcionamiento del capitalismo que obligaba al capital a recurrir a las formas de explotación menos violentas. Por otro lado, esa conquista, más allá de su papel de redención y protección de la clase trabajadora, introducía principios y relaciones socioeconómicas que entraban en contradicción con el funcionamiento de las relaciones mercantiles entre capital y trabajo. Se trataba, decía Marx, de la victoria de la economía política proletaria sobre la economía política burguesa.

De hecho, las victorias de los partidos obreros y la instalación de gobiernos socialistas en los marcos de economías capitalistas tienen impuestos principios nuevos de funcionamiento económico que obligan al capitalismo a elevarse a niveles superiores de relaciones económicas. En verdad, el capitalismo se ha mostrado capaz de soportar y adaptarse a niveles de socialización cada vez más altos de las relaciones socioeconómicas.

La nacionalización de empresas, la intervención estatal en los mecanismos de mercado, la planificación cada vez más amplia de la economía, la introducción del Estado de Bienestar, el Capitalismo de Estado, en fin, son

mecanismos de socialización creciente de las relaciones macroeconómicas a los cuales el capitalismo se viene adaptando, reestructurándolos para que funcionen a su favor. Es así como se implantó, después de la Segunda Guerra Mundial, el Capitalismo Monopolista de Estado, en el cual, el Estado llega a ser un momento necesario dentro del proceso de acumulación capitalista monopolista.

En el plano microeconómico, la concentración, la monopolización, la centralización de los capitales, la conglomeración y la internacionalización permiten al capitalismo responder a las exigencias de fuerzas productivas cada vez más socializadas.

La llegada al poder de gobiernos socialistas y social-demócratas se dio primeramente después de la Primera Guerra Mundial. No obstante, fue solamente a través de colisiones que los socialdemócratas alemanes y austriacos, los laboristas ingleses y posteriormente los socialdemócratas suecos pudieron constituir gobiernos. Así ocurrió también, en la década de 1930 con los frentes populares en España, en Francia y en Chile, en los cuales participaron socialistas, comunistas y socialcristianos o radicales.

Estos gobiernos de coalición realizaron obras importantes en lo que respecta a la democratización política, a la imposición de un derecho del trabajo y de una economía social. La práctica mostró, sin embargo, que la introducción de mecanismos sociales en la economía capitalista terminaba por hallar fuertes resistencias en el aparato económico, causando una baja acentuada de la tasa media de ganancia. El capital necesitaba pues, reorientar la intervención estatal a favor de un crecimiento de la tasa de ganancia y una reanudación de las inversiones privadas, que aún son el eje de la economía capitalista, precisamente en la fase del Capitalismo Monopolista de Estado.

En las fases de crecimiento económico, estas contradicciones no vienen al caso debido a las ganancias creadas por la expansión general de los negocios. Otro es el comportamiento del capital cuando se contrae la tasa de crecimiento. La lucha por la distribución de los recursos escasos y de los excedentes económicos en disminución pasa a ser fundamental. Se tienden pues, a restringir y expulsar las conquistas de la economía política de la clase trabajadora obtenida en los periodos de ascenso. Para esto, se hicieron necesarios gobiernos de presión de los cuales el fascismo fue la expresión máxima, en las décadas de 1920 y 1930.

En la década de 1960 a 1970, vimos un cambio importante de orientación de los gobiernos socialistas y socialdemócratas. Éstos se vieron cada vez más obligados a tocar fondo contra el capital privado, se pretendió atender las demandas populares. Después de la experiencia chilena, en la cual se intentó, por primera vez, la transición del capitalismo al socialismo a través del sistema institucional democrático-burgués,

se vieron las experiencias del socialismo francés (a pesar de sus retrocesos posteriores) y griego, que realizaron masivos procesos de nacionalización. El socialismo sueco presenta también un programa cada vez más profundo de transformaciones socio-económicas, en la dirección de una economía mayoritariamente pública o colectivizada. En Inglaterra sobre todo, pero también en Alemania, los sindicatos y los partidos socialistas se radicalizan en sus propuestas de cogestión y de nacionalización. En España, Portugal e Italia, los partidos socialistas se separan de cualquier política de nacionalización y buscan limitar al máximo la intervención estatal. Es necesario recordar, sin embargo, que en Portugal la nacionalización de la economía avanzó enormemente en el periodo revolucionario de 1973-1979. También en España y en Italia el sector estatal dispone de un enorme peso económico.

Las décadas de 1970 y 1980 se muestran cada vez más ricas en nuevas experiencias de socialización, o por lo menos de nacionalización, estatización y cooperativismo.

Lo dramático de esas nuevas experiencias es que éstas chocan cada vez más con los principios de funcionamiento del capitalismo, afectando seriamente a la tasa de ganancia media de estas economías y desestimulando la inversión. Se crean también fuertes resistencias a la modernización tecnológica y económica, temiendo sus efectos de desempleo.

El socialismo se convierte así, en una extraña mezcla de propuestas avanzadas de organización productiva, de convivencia social y política y de la lucha contra la destrucción impiadosa y salvaje de las formas pre-capitalistas o capitalistas más atrasadas. La pequeña y media propiedades, y la economía llamada informal forman verdaderos colchones sociales que impiden los efectos últimos y desmoralizantes de depresión económica, de desempleo y de desamparo social.

Por ello, estos gobiernos socialistas terminan llegando como en los años de 1920 y 1930 –excepto el caso sueco- al enfrentamiento con las fuerzas ideológicas más salvajes de la clase dominante. Esta recurre al fascismo y a los diversos tipos de regímenes de excepción como forma de resguardar sus condiciones de explotación.

De ahí la fragilidad de estos gobiernos si no se disponen a avanzar decidida y radicalmente, en el camino de una socialización hegemónica que pase a orientar el resto de la economía. Hasta ahora no ha ocurrido con éxito ese cambio revolucionario a partir de un gobierno electo. Sin embargo, la historia no está cerrada y es necesario aceptar la viabilidad de que tales tipos de transformaciones puedan hacerse por esta vía.

El cambio de correlación de fuerzas mundiales favorece estas transformaciones, a medida en que el movimiento obrero internacional se unifique, las fuerzas políticas socialistas encontrarán un terreno común de acción y los gobiernos socialistas de uno u otro lugar podrán superar la estrechez de los intereses nacionales para crear las condiciones de una civilización planetaria.

A estas potencialidades se oponen las contradicciones inherentes a la expansión mundial del capitalismo, la tendencia a la confrontación entre el capitalismo en defensiva y la expansión permanente del socialismo, la amenaza del holocausto nuclear como forma final de enfrentamiento entre las grandes potencias contemporáneas, la carrera armamentista, no solo como desvío masivo de recursos científicos, tecnológicos y económicos, sino también como motivación a la confrontación permanente entre los seres humanos, a la violencia y al irracionalismo.

De esta forma, la democracia burguesa se encuentra bajo constante presión de las fuerzas sociales de la sociedad capitalista. Por un lado, el movimiento obrero y los nuevos grupos de trabajadores técnicos y profesionales universitarios, ampliados por la revolución científico-técnica, presionan por una racionalidad económica cada vez más socializante, basada en la atención a las necesidades humanas. Por otro lado, las clases dominantes insertas en poderosos aparatos económicos (corporaciones multinacionales, conglomerados financieros y entrecruzamientos financiero-empresariales) se ven obligadas a recurrir a la violencia y al poder discrecional para sostener los mecanismos económicos del capital, que se sintetizan cada vez más en el principio de lucro como articulador de la racionalidad económica.

Entre las presiones por la ampliación de su contenido democrático y social, y las necesidades de manipulación autoritaria de gran capital, la democracia se paraliza y abre camino a soluciones autoritarias en una peligrosa oscilación entre democracias imponentes y autoritarismos estériles.

Fue en ese caldo de cultura que el fascismo clavó sus bases prometiendo romper la inmovilidad y conquistar los cielos, a través de la eliminación pura y simple de los adversarios de la sociedad tradicional.

## **VI. El socialismo en el umbral del siglo XXI**

Este rápido balance del socialismo como movimiento ideal y experiencia de gobierno nos indica la existencia de algunas tendencias que deberán persistir en la configuración del socialismo en el umbral del siglo XXI.

A la diversificación de las experiencias socialistas y su articulación con la realidad mundial; el avance de la revolución científico-técnica y la experiencia de gestión de esas nuevas realidades en los países socialistas más avanzados; los cambios en la composición de la clase trabajadora y de las demás clases sociales en los países capitalistas desarrollados; las exigencias de adaptación a la diversidad cultural y de situaciones socioeconómicas y políticas del Tercer Mundo obligan al pensamiento socialista a la búsqueda de nuevas síntesis superiores.

Estas síntesis tienen que apoyarse en los avances de las ciencias contemporáneas que se encuentran en un proceso de diversificación y de cambio conceptual y metodológico, en el sentido de una comprensión más dialéctica del universo.

Éstas tendrán, no obstante, que ser capaces de enriquecerse con la contribución cultural de civilizaciones extremadamente poderosas como las que florecieron en Asia, África y América y que resistieron, de una forma o de otra, al racionalismo ingenuo de la modernización capitalista.

La modernización socialista deberá completar la integración nacional y cultural de las regiones que están aún por incorporarse completamente al Estado moderno. Su vocación universal pasa, por lo tanto, por una fuerte capacidad de penetración vertical en el mundo cultural y social de las masas empobrecidas del Tercer Mundo. Y solamente a partir de esa penetración será posible elevarlas culturalmente, en el plano organizativo y práctico a la sociedad moderna.

Esta tarea redentora tiene entonces implicaciones enormes sobre el limitado marco teórico del socialismo de la Segunda Internacional, y comenzó a ser esbozada por las reflexiones de un Mao Tsé-Tung, de un Ho Chi Min, de un Gramsci, de un Mariátegui, de un Togliatti, a partir de los años 20 y vivió nuevas modificaciones como las reflexiones de un Fanon, de un Fidel Castro, de un Che Guevara, de un Amilcar Cabral, en los años 50 y 60.

El pensamiento académico marxista tuvo también un enorme desarrollo en las décadas de 1960 y 1970 y sería ocioso analizar aquí todas las contribuciones teóricas que se realizaron en los últimos años con el movimiento de retorno a Marx y al Capital, principalmente. El marxismo se amplió y se hizo más complejo. El reestudio de Marx y de Engels, de Lenin, Trotsky, Bukarin se amplió con las relecturas de Kautsky, Plekanov, Hilferding, Rosa Luxemburgo y muchos otros marxistas olvidados durante la hegemonía estalinista. El desarrollo del pensamiento marxista en Estados Unidos, en Japón, en América Latina, en Asia y en África traería nuevas dimensiones a un pensamiento otrora respecto al mundo europeo.



Todo esto indica que, a pesar de las oscilaciones del pensamiento contemporáneo, el marxismo se convertirá cada vez más en el centro de referencia del pensamiento del siglo XXI, correspondiéndole entre otras tareas, estudiar prioritariamente las siguientes cuestiones:

- 1- Deslindar el efecto de la revolución científico-técnica, ahora en marcha, sobre la diversificación conceptual y metodológica de la ciencia, el funcionamiento de la economía, de la sociedad, de la política y de la superestructura cultural.
- 2- Analizar la evolución específica y diferenciada de las 3 grandes formaciones sociales contemporáneas:
  - 2.1- El socialismo bajo sus diversas formas, desde el socialismo avanzado hasta las experiencias de transmisión de economías rurales y hasta tribales para el socialismo.
  - 2.2- El capitalismo desarrollado, con sus distintos matices y contradicciones internas, la evolución del imperialismo y del capitalismo monopolista de estado.
  - 2.3- Las economías dependientes y subdesarrolladas con su amplia gama de diversificación y de etapas de desarrollo.
- 3- Establecer los caminos de la democratización y liberalización de las sociedades socialistas por un lado, y las posibilidades de una socialización de las economías capitalistas avanzadas por otro, donde predominen partidos de orientación socialista, colocando en bases prácticas y teóricas las posibilidades de una transición pacífica al socialismo en estas sociedades.
- 4- Asegurar las condiciones para evitar el holocausto nuclear y el armamentismo, evitando una confrontación final entre las naciones que expresan formaciones sociales contradictorias.
- 5- Abrir un amplio espacio a las cuestiones ligadas a la libertad y realización individual, a través del pleno desarrollo de las capacidades humanas. En este plano, incorporar las demandas de los movimientos sociales contemporáneos por la libertad de la mujer, por la defensa del medio ambiente, por la superación de la discriminación contra las minorías sexuales y de todo tipo, por la superación definitiva de la discriminación racial, étnica y cultural.

En el umbral del siglo XXI el socialismo deberá pues, orientar tareas extremadamente complejas. A él corresponderá elevar a las masas empobrecidas del Tercer Mundo a la civilización contemporánea. A él le tocará la recuperación moral y cultural de las culturas, razas y etnias hoy oprimidas para integrarlas a una civilización planetaria. A él corresponderá asegurar los medios por los cuales la sociedad moderna asimilará, desarrollará y proyectará la revolución científico-técnica en una nueva realidad planetaria y cósmica. A él corresponderá garantizar la paz para la humanidad y los caminos de liberación de los hombres como colectividad

y como individuos. A él corresponderá, en fin, establecer sobre la Tierra una nueva escala y dimensión de lo humano, construyendo así los cimientos del comienzo de la historia humana.

En el umbral del siglo XXI, los hombres comenzarán a entender su destino humano, elevando a una tarea consciente el acto de sobrevivir, nacer, crecer y avanzar infinitamente en la historia y en el universo.

## **VII. La Perestroika y el nuevo estadio del movimiento socialista**

En sus ideas centrales, los capítulos anteriores fueron escritos en 1984<sup>29</sup>, antes que la *perestroika*, la *glasnost* y la nueva mentalidad de la política exterior soviética cambiaran radicalmente el panorama del socialismo como fenómeno planetario. Es necesario, por lo tanto, agregar algunas consideraciones nuevas a las reflexiones anteriores. No en el sentido de criticarlas, sino de encontrar en estos cambios la realización histórica de algunas de las tesis que ubicamos anteriormente.

El desarrollo de las fuerzas productivas en la Unión Soviética y en algunos países de Europa Oriental (Alemania Democrática y Checoslovaquia, sobre todo Hungría y Polonia, en parte) entró definitivamente en contradicción con las posibilidades de desarrollo del “socialismo en un solo país” o del “socialismo en una sola región”. La evolución de la revolución científico-técnica a escala mundial rompió los límites nacionales y las posibilidades del capitalismo de mantener el cerco sistemático a los países socialistas excluyéndolos del circuito económico mundial. Por otro lado la recuperación económica de Alemania y de Japón cuestionó definitivamente el sistema económico y financiero de la posguerra basado en la supremacía norteamericana. La crisis de largo plazo del capitalismo internacional, iniciada en 1967, llegó a su punto más bajo.

El mundo estaba listo para cambios sustanciales:

El capitalismo contemporáneo se ve en la necesidad de expandir su base material a escala universal y de abrirse al campo socialista, ya que las fronteras de su expansión al Tercer Mundo, se ven limitadas por el atraso económico en que se ven atacados los países capitalistas dependientes.

---

<sup>29</sup> En realidad, los capítulos III, IV, V y VI mantienen casi intacta la redacción de nuestro artículo escrito en 1984 sobre “El Socialismo: Movimiento, Ideal y Práctica Histórica en el Umbral del Siglo XXI”, *Ensayo*. N. 15-16, São Paulo, 1986, ediciones en inglés, serbo-croata, alemán, español y francés, como parte del libro sobre las mesas redondas Socialismo en el Mundo de 1985, Cavtat.

Los países socialistas más desarrollados se ven limitados a una dimensión económica contradictoria con la vocación universal de ese modo de producción, pero la crisis internacional del capitalismo les abre una oportunidad definitiva para romper el bloqueo histórico al que fueron confinados<sup>30</sup> e ingresar a la economía mundial a partir de un alto grado de desarrollo de sus fuerzas productivas internas, en relación con su punto de partida semifeudal y agrario (excepto Checoslovaquia y parte de Alemania Democrática).

A pesar de que la prensa mundial presente la historia al revés, pretendiendo que la apertura de los países socialistas sea una derrota del socialismo y una imposición del capitalismo, la situación histórica es exactamente lo inverso: el crecimiento y la afirmación de la viabilidad (aunque estrecha y limitada) del desarrollo del socialismo relativamente marginal a la economía capitalista obligó al mundo capitalista a aceptar su existencia y negociar con los países socialistas. A pesar de las restricciones que los Estados Unidos aún pretenden mantener a la exportación de tecnología de punta a la URSS, de las imposiciones que se pretenden realizar a los países socialistas para en ellos invertir, la realidad es que las barreras vienen siendo quebradas desde la década de los 60. El coraje político de Gorbachov y del nuevo liderazgo soviético está por reconocer este hecho histórico y asumir la iniciativa diplomática y política para concretar estas tendencias.

Para hacerlo, era necesario, sin embargo, romper definitiva y radicalmente con la ideología estalinista que consistió exactamente en la tentativa de *congelar* esta situación histórica insostenible y transformarla en la única vía al socialismo. El estalinismo pretendió convertir en cualidades del socialismo las sobrevivencias autoritarias del zarismo en la URSS, la ausencia de tradición liberal y partidaria y de desarrollo capitalista, la sobrevivencia de la burocracia zarista y la recreación de ese grupo social debido a las condiciones de atraso de la URSS, el aislamiento económico y las necesidades de extraer excedentes de la economía campesina para la industrialización. En fin, el estalinismo buscó cristalizar y exaltar los aspectos atrasados de Rusia como parte integrante del socialismo, cuando se trataba de contingencias históricas extremadamente negativas para el desarrollo socialista de la URSS y que jamás podrían formar parte de un modelo de evolución socialista mundial.

---

<sup>30</sup> Se volvió una “verdad” incontestable la afirmación de que los países socialistas se *cerraron* al resto del mundo (llegó a ser lugar común la expresión de la guerra fría –cortina de hierro) cuando históricamente fueron los países imperialistas los que invadieron la URSS en 1919-1921 apoyando los rusos blancos que se rehusaron a invertir en la URSS cuando la NEP buscó atraer los capitales del mundo entero, se rehusó a ayudar a la URSS después de la Segunda Guerra Mundial cuando Stalin solicitó los beneficios del plan Marshall, fueron objeto de un cerco sistemático de las revoluciones victoriosas, etc. La idea de los beneficios de una economía cerrada es extraña al socialismo y solo fue adoptada en la URSS como consecuencia del cerco internacional a la Revolución Rusa. Uno de los aspectos más espurios del estalinismo fue la tentativa de convertir en virtud este aspecto negativo de la historia intentando elaborar una economía política de la construcción del socialismo en bases nacionales, como forma universal de la construcción socialista

El problema del estalinismo no reside pues, en la violencia y en el barbarismo de que fue revestido, pues estas fueron contingencias históricas a las que estuvieron sometidos todos los procesos de modernización de una u otra forma (hoy está de moda querer una Inglaterra liberal sin revolución inglesa y sin el exterminio de su proletariado en la revolución industrial, sin imperialismo y los genocidios que practicó, un Estados Unidos democrático sin guerra civil, sin aniquilación de las naciones indígenas, sin su revolución francesa, sin Napoleón, etc. Finalmente el formalismo estructuralista tomó cuenta de tal manera la mente de ciertos sectores, que ellos piensan que pueden reconstruir la historia con los elementos puros de sus esquemas mentales). El problema del estalinismo fue y es su capacidad de transformar en un sistema coherente y universal las miserias históricas de la construcción del socialismo en un país atrasado y su capacidad de colocar un vasto sector del movimiento obrero al servicio de estos intereses subalternos.

Por ello su superación es tan difícil y necesaria para liberar el pensamiento socialista de esas manifestaciones de atraso que limitan su desarrollo, sectorizan grupos del movimiento obrero y dificultan su evolución. Por ello también tiene que ser tan radical la *glasnost*, la transparencia con que se pretende abrir el camino a la evolución democrática de la URSS.

Se trata de desarrollar una nueva mentalidad, una nueva etapa de pensamiento socialista, una renovación del marxismo a partir de la enorme experiencia acumulada en todos estos años y del enorme avance del conocimiento humano en su conjunto. Se trata de asimilar los avances de la humanidad no sólo en el sentido de la paz mundial, de la liberación de la mujer, de la superación del racismo, sino sobre todo de los derechos humanos, del derecho de los pueblos, de las conquistas sociales y de los individuos, se trata de crear las bases de una civilización planetaria.

Por ello es tan ridículo y mezquino el intento de la prensa y de gran parte del pensamiento liberal de transformar esos cambios tan fundamentales en un movimiento de regreso al capitalismo. Cada quien interpreta los hechos dentro de su capacidad conceptual y moral. El liberalismo burgués, basado en el utilitarismo más estricto, cree que la humanidad no se modificó en nada después de tantos años de lucha social, de procesos revolucionarios, de enormes y heroicos esfuerzos por la creación de un hombre nuevo. Los nobles no podían creer que los principios democráticos de la burguesía se impondrían definitivamente en el mundo. Pero se impusieron. Y así ocurrió con todos los procesos de cambio revolucionario.

El encuentro del socialismo aún en construcción con el capitalismo mundial ya en decadencia no será una celebración pero no será tampoco un proceso unilateral de sumisión al sistema económico mundial tal como fue instaurado por el capitalismo. Después de años de lucha contra las sobrevivencias feudales, después de

las experiencias imperialista y colonialista, de dos guerras mundiales, de la tentativa contrarrevolucionaria, del nazi-fascismo, de los intentos fallidos de preservar el mundo colonial bajo su dominio, de las innumerables y fracasadas pretensiones de cerco al mundo socialista en expansión, después de innumerables ilusiones de exterminar la oposición obrera y su poder sindical y político, el pensamiento liberal-burgués ya debía haber aprendido que su campo es el de la derrota permanente y de estrechamiento de sus bases de apoyo.

Sus ilusiones en esta nueva fase de la economía mundial deberán disiparse a continuación:

1º) Al descubrir que la integración de la URSS y de los países de Europa Oriental en el mundo europeo dando origen a la Casa Europea reforzará drásticamente y radicalmente el movimiento obrero y socialista europeo. Europa unificada será comandada por los partidos social-demócratas, socialistas y comunistas y partidos liberales, conservadores y demócrata-cristianos deberán retroceder a posiciones de oposición y cada vez más defensivas.

2º) Al descubrir también que una Europa integrada podrá combinar el desarrollo tecnológico de una Alemania Federal y de una Italia en vísperas de profundizar cambios ideológicos, de una Francia bajo hegemonía socialista con las investigaciones de punta soviéticas en la conquista del espacio, en la alta ciencia y en los campos más revolucionarios del conocimiento humano.

3º) Al descubrir que la problemática de una gestión europea se encontrará al lado de una necesidad creciente de constituir los mecanismos de una gestión mundial que supere los límites de Yaltz y Bretton Woods y que sea capaz de incorporar la problemática de un mundo pos-colonial, al borde del holocausto nuclear y enfrentando la realidad de una amenaza definitiva al medio ambiente, unido por una problemática global que rebasa los límites de las soluciones liberales, mercantiles, desiguales y anárquicas.

4º) Que las condiciones de una nueva civilización planetaria están maduras y que esta civilización tendrá que reforzar los mecanismos de planificación global, de administración de los cambios, de combinación de diversas experiencias culturales y de civilización que rompan con el eurocentrismo e instituyan el pluralismo como principio ordenador de la cultura.

5º) Que en este contexto la diplomacia liberal tiene poco o nada que ofrecer, así como la economía y la ideología liberales tienen un campo extremadamente estricto de aplicación. En este mundo, el capitalismo solo podrá sobrevivir bajo la gestión de los partidos socialistas, para preparar su desaparición definitiva del planeta en un horizonte histórico bien delimitado.

Escribir estas cosas cuando el pensamiento neoliberal se encuentra en una fuerte ofensiva mundial puede parecer ir contra la corriente, pero la historia nos dará razón dentro de poco tiempo, cuando se comience a avalar el verdadero contenido de los cambios que están en curso en los países socialistas y en la economía mundial.

De esta forma, al contrario de lo que pretendían los desvaríos pos-modernos, la historia no termina en este fin de siglo. Como previó Marx, la historia humana recién se va a iniciar con el advenimiento de una civilización planetaria, en la cual la humanidad se identificará por primera vez con un destino común y se verá a sí misma en sus metas conscientes para la construcción del futuro, que será cada vez más un resultado de la libertad humana y no el producto de un determinismo ciego, alejado del propio hombre.

## Apéndices

### 1. El debate sobre el fascismo en América latina<sup>31</sup>

Me gustaría hacer algunas consideraciones de carácter más abstracto ya que en las intervenciones hechas se llegó a un nivel de exposición teórica y de detalle bastante grande. Por ello, me detendré en algunos aspectos que me parecen centrales y que deberían ser tomados en cuenta para la discusión del problema. Me refiero a algunas observaciones sobre todo en relación al problema del fascismo como tal, el problema de la particularidad del fascismo latinoamericano y del papel del imperialismo en este fascismo y sus alternativas.

En primer lugar, me gustaría retomar un aspecto que ya señalé en otras ocasiones, la distinción entre el fascismo como movimiento político y como régimen político. Como movimiento político, el fascismo corresponde a un movimiento político muy específico de la Europa de los años 20-30, muy apoyado en la pequeña burguesía con ciertos matices ideológicos muy específicos. Como régimen político, el fascismo adoptó formas bastante diversificadas y creo que sería muy difícil establecer propiamente una definición clara al respecto de las formas particulares que el Estado asumió en los diferentes regímenes fascistas. Creo que la definición del fascismo como régimen político, que es el aspecto que nos interesa aquí, debe apoyarse en el carácter histórico y de clases de este fenómeno, y en este sentido, buscaría definir el fascismo como un régimen de excepción del gran capital, utilizando métodos terroristas como principal forma de actuación.

Esto quiere decir que daría una definición bastante general del fascismo, ligada a su condición de clase y ligada también a su época histórica. Incluso, algunos autores soviéticos, como Maidanik, intentaron definir el fascismo como una forma de transición al capitalismo monopolista de Estado, buscando justificar, de esta manera, la hegemonía del gran capital y la utilización del régimen de excepción y la vía del terror como una forma de conseguir la instauración del capitalismo monopolista de Estado.

---

<sup>31</sup> Este debate fue promovido por el Seminario Permanente Latinoamericano, SEPLA, en México y publicado por la revista Cuadernos Políticos, n.18, México, octubre-diciembre de 1978. Publicamos aquí solamente nuestra participación

Considero esta ubicación importante, pero no me gustaría limitar el fascismo a esta forma de transición al capitalismo monopolista de Estado por las razones que expongo enseguida.

Creo que, cuando decimos que el fascismo es un régimen de excepción del gran capital, lo situamos en una época histórica muy determinada, esto es, en la época del surgimiento de gran capital financiero, particularmente, en la época del imperialismo. Diría que el fascismo es un régimen de excepción, una forma contrarrevolucionaria propia de la época del imperialismo y por lo tanto, podemos comprender por qué este fenómeno surge exactamente después de la Primera Guerra Mundial, que es la primera gran crisis del imperialismo.

En este sentido, haría la segunda vinculación histórica, el fascismo no solo es propio de la época del imperialismo, también lo es específicamente de la época de la crisis del imperialismo.

Particularmente, situaría como primera manifestación fascista mundial al periodo de la gran onda depresiva que va de 1918 a 1945 y que tuvo su movimiento de depresión más violento en el periodo de 1929-1933. Considero que estas situaciones de crisis son las que obligan a la clase dominante, y en el caso específico de la época imperialista, el capital financiero, a buscar un régimen de excepción para impedir las consecuencias del desequilibrio de coyunturas revolucionarias que las crisis establecen. Al mismo tiempo, se aprovecha del debilitamiento que la crisis provoca en las clases populares, a partir del momento en que transforma la situación de las clases trabajadoras en general, y obrera, en particular, en una situación totalmente defensiva, sobre todo con las altas tasas de desempleo que llevan a gran competitividad de las clases y facilita, por lo tanto, el triunfo de las políticas contrarrevolucionarias.

En este sentido, también me gustaría señalar que las tendencias contrarrevolucionarias del capital financiero tienden a ocurrir mucho más en los países de desarrollo medio o capitalismo tardío que en los países más avanzados del imperialismo, porque es en estos países donde se combina esta situación revolucionaria con situaciones de lucha nacional que obligan a la clase dominante a un gran esfuerzo de identificación nacional y de unificación de su poder a nivel nacional para poder responder a las tendencias revolucionarias y, por otro lado, a buscar una estrategia económica que les permita responder a las exigencias de acumulación de capital para superar la crisis.

En este sentido, pienso que si situamos el fascismo históricamente, deberíamos retomar el periodo actual. Si aceptamos, y esto sería un debate bastante amplio, que el periodo actual es un periodo de crisis del imperialismo, de una gran onda depresiva del imperialismo que, según nuestros estudios, comenzó en 1966



pero que tuvo su primer momento de manifestación entre 1958-1961, para entrar en una etapa de largo plazo más definida a partir de 1966-1967, variando en diferentes países, y que llegó a su punto máximo en el periodo que va de 1973-1975, periodo que, según creo, no es aún el periodo depresivo más grave, si se compara al de la crisis de 1929-1933, que aún va a ocurrir y estaría relativamente próximo, entonces, situando el periodo actual como un periodo de este tipo, podríamos aceptar que las mismas fuerzas que obligaron al capital monopolista a buscar los regímenes de excepción y utilización del terror renacen desde el punto de vista internacional.

En este sentido descartaría cualquier visión que considere el problema del fascismo como problema simplemente nacional. A pesar de su manifestación nacional, veo el fascismo fundamentalmente como un fenómeno internacional y creo que lo fue desde el periodo que va de 1920 a 1940, a través de ondas sucesivas de irradiación de regímenes fascistas. Mantendría esta visión sobre todo para entender que el periodo actual no es solo el periodo de manifestaciones contrarrevolucionarias aisladas, sino un periodo que tiende a ampliar las ondas contrarrevolucionarias internacionales. Sin embargo, evidentemente, la ampliación de estas ondas contrarrevolucionarias depende también de las respuestas dadas por el momento revolucionario internacional, que se encuentra a nivel muy diferente de lo que se encontraba en los años 20-30-40, mucho más elevado como fuerza internacional.

Estos planteamientos generales nos llevan, por lo tanto, a la consideración del fascismo como fenómeno de clase y como una forma muy general de Estado, que es simplemente régimen de excepción y la utilización del terror para llegar a formas particulares de regímenes bastante diferentes de los llamados regímenes fascistas. En este sentido, estaría de acuerdo con lo planteado anteriormente, en que se reconocía dentro de la Tercera Internacional este carácter diversificado del fascismo ya en 1934-1935 (creo que fue en el Congreso de 1935), en que ya estaba bastante claro que el fascismo alemán, el fascismo italiano, el búlgaro, etc. no eran la misma cosa.

Pienso que realmente estos planteamientos teóricos, a pesar de darnos algunas luces de sentido muy general, al conferir al fenómeno un contenido de clases, le otorgan un carácter internacional. Pero evitar cualquier tipo de identificación particular del fenómeno evidentemente nos hará penetrar realmente en la intensidad del fenómeno del fascismo latinoamericano. Estoy de acuerdo en que la cuestión de la definición general de fascismo no es un problema solo escolástico, sino también se complementa con un análisis efectivo de la particularidad de este fascismo latinoamericano. Se trata de puntos sobre los cuales hay mucho más concordancia que discordancia, cuando hacemos las caracterizaciones concretas de la situación.

Para no detenernos en estos aspectos generales, es evidente que el fascismo latinoamericano concuerda con lo anterior en la hegemonía del capital monopólico (como se trataba en los periodos de los años 20-30-40), pero es evidente también que este capital monopólico se modificó desde el punto de vista de la estructura internacional. Entró en una fase de integración internacional mucho más amplia, en una etapa de concentración y centralización mucho más alta, en la etapa de intervención del Estado mucho más profunda y de internacionalización. Por lo tanto, este capital monopólico asume, hoy en día una forma diferente en los países de desarrollo medio, en países que se sitúan no solo en una posición de lucha antiimperialista, como el caso de Alemania, Italia, España, etc., sino que se sitúa en una posición dependiente y que por lo tanto, tiene una situación muy especial en lo que concierne a la relación entre las burguesías monopólicas locales y la burguesía monopólica internacional, conforme a lo aquí referido en las dos intervenciones anteriores.

En este sentido, generalizaría el fenómeno, no solo de América Latina, sino también incluiría ciertos países de Asia, como Indonesia, países como África del Sur, países con un desarrollo dependiente que ya alcanzaron un cierto nivel de industrialización, pero que no consiguen y no pueden superar estas características que tienden a ser resueltas a través de un Estado de excepción con la utilización sistemática del terror.

Por otro lado, evidentemente, este desarrollo de capital monopólico también modifica la relación del capital monopólico con la pequeña burguesía. Si la pequeña burguesía aún subsistía en los años 20 como un sector importante de movilización de masas y como un sector aún poderoso desde el punto de vista social, la pequeña burguesía en los países de desarrollo medio, donde se habían producido los fenómenos fascistas, son pequeñas burguesías con mucho menos poder para resistir al gran capital y con una dependencia mucho más fuerte al gran capital. Diría, entonces, que esto implica una dificultad para que el fascismo se desarrolle como movimiento, puesto que el fascismo se desarrolló como un movimiento exactamente en la pequeña burguesía para después ser dominado por el gran capital. Hoy en día la tendencia es diferente. Es el propio gran capital el que movilizó sectores de la pequeña burguesía en el sentido fascista, utilizando a la pequeña burguesía como instrumento de masas del gran capital y rápidamente, cumplidos los objetivos del gran capital, estos movimientos pequeñoburgueses se inmovilizaron, tal como ocurrió con la movilización de masas en Brasil en 1964, con los movimientos de la pequeña burguesía más nítidamente fascistas en Chile y como también en Argentina se busca actualmente inmovilizar mediante la Triple Alianza y otras formas de represión nítidamente fascistas. Desde el punto de vista del movimiento político, no desde el punto de vista del régimen, porque cabe recordar el ejemplo histórico de las tropas de choque de Mussolini y de la SS de Hitler.

La primera exigencia del gran capital, cuando Mussolini y Hitler llegaron al poder, fue la de destruir sus tropas de choque, más allá de aniquilarlas físicamente. Esto es, que el sector pequeño burgués es aniquilado cuando se llega al poder. En el caso de Mussolini, la aniquilación tuvo que ser muy violenta porque el fascismo se había desarrollado mucho como movimiento; en el caso latinoamericano, esto ocurrió con mucho menos fuerza y por lo tanto, fue posible liquidarlos con mecanismos mucho menos violentos.

En tercer lugar, la nueva etapa en que se está produciendo esta onda fascista internacional plantea la cuestión nacional en términos muy diferentes a la de los años 20 puesto que, tratándose de burguesías nacionales dependientes que ya están asociadas al capital internacional, la posibilidad de movilizar a la pequeña burguesía y a otros sectores en una política nacional consecuente es mucho menor, por tratarse nítidamente de una política pro imperialista, aquella que tiene que defender el régimen fascista, a medida que la burguesía internacional sea un sector hegemónico dentro del bloque de poder.

Así, la cuestión nacional asume una forma muy diferente. Pero no diría que la cuestión nacional está liquidada simplemente por la afirmación del monopolio, aunque sea monopolio internacional en un mercado nacional, aunque este mercado esté altamente internacionalizado en un sector, esto siempre implica un cierto grado de afirmación nacional, un cierto grado de integración de la economía a nivel nacional, un cierto grado de intervención del Estado en el sentido de fortalecer esta base nacional.

En este sentido me gustaría señalar las contradicciones que me parecen encerrar este fascismo específico de la época actual. Resaltaría estas contradicciones en los siguientes términos: en primer lugar, en lo que se refiere a la relación entre fascismo y la razón que la burguesía internacional tiene en relación a su forma de dominación en los países centrales y la forma de dominación a la que recurrió en los países dependientes. Se vuelve muy difícil compatibilizar un régimen democrático y la defensa de la democracia en los países dominantes, junto a la defensa de formas fascistas en los países dependientes. Me gustaría resaltar que hay un sector de la burguesía de los países dominantes que asume cada vez más una perspectiva fascista; en este sentido, me parece muy importante llevar a consideración este carácter internacional del fenómeno.

Considero que la democracia cristiana de Alemania, sobre todo determinado sector de la DCA, está mucho más próxima a una concepción fascista que sectores de ciertas burguesías de nuestros países. Creo que hay una separación dentro de la burguesía a nivel internacional que se está transformando en una tendencia pro-fascista a nivel internacional, en posición de enfrentamiento con la tendencia liberal conservadora y la tendencia socialdemócrata. Esto es, del sector de la burguesía que está dispuesto a arriesgarse en este juego de dominación del movimiento obrero por una ideología tan burguesa.

Diría que esta contradicción tiende a presentarse en varias etapas del desarrollo del fascismo. Se trata de una contradicción que también se presentó en los años 20-30 entre sectores de la burguesía inglesa y norteamericana nítidamente pro-hitleristas y sectores anti-hitleristas o pro-Mussolini.

Esta alternativa también se presentó a la burguesía a nivel internacional en los años 20-30 y evidentemente, solo podrá ser resuelta en el momento en que el fascismo se convierta en una amenaza para los Estados nacionales de Inglaterra y de los EUA.

Esta contradicción que aparece hoy en día, pero tiende a asumir una nueva forma a partir del momento en que hay una falta de correlación entre las tendencias que aún se presentan en el capitalismo dominante y en el capitalismo dependiente, así como en la responsabilidad directa del capitalismo dominante sobre lo que acontece en los países dependientes, EUA e Inglaterra podrían haber dicho que no tenían ninguna responsabilidad por lo que estaba aconteciendo en Alemania o en Italia, a pesar de que ciertos sectores de la burguesía en los EUA e Inglaterra apoyaban los movimientos fascistas de estos países. Sin embargo, como Estado y como aparato burgués internacional no parecía tan clara, como parece hoy en día, la relación de responsabilidad de los EUA con la instalación de los regímenes fascistas en América Latina, exactamente con el alto grado de dependencia de las burguesías locales, de la burguesía internacional y también de sus Estados. Esto, evidentemente, aumenta la contradicción entre el apoyo que puede dar la burguesía dominante, su necesidad de recurrir a regímenes fascistas y su base social interna.

El segundo aspecto, la segunda contradicción es aquella que me parece existir entre el fortalecimiento de Estado en los países dependientes como instrumento necesario de acumulación del capital, a medida que la acumulación del capital internacional necesita de la creación de una gran infraestructura que permita esta expansión del capital internacional. La contradicción entre este Estado fuerte es la propia situación de dependencia que tiende a fortalecer las ilusiones de la pequeña burguesía y las ilusiones del capital nacional y del sector tecnocrático civil-militar en la capacidad del Estado de asumir una cierta autonomía frente al capital internacional. De aquí se deriva el peligro que representa esta situación en la creación de cierto nacionalismo militar.

Recordemos que justamente en los textos de la Comisión Trilateral sobre la situación internacional hay una insistencia muy grande sobre este problema nacional como el problema más importante que la política trilateral ha de enfrentar en los países dependientes.

La cuestión del nacionalismo militar representa un desafío muy grande para un capital internacional que se apoyó tan firmemente en los militares como instrumento de poder, como instrumento de dirección de Estado. Aquí, creo que es necesario hacer un planteamiento con respecto a la tendencia de caracterizar la cuestión del Estado de Seguridad Nacional como el problema central de la particularidad del periodo actual. Esta caracterización me parece altamente peligrosa porque nos desvía hacia un aspecto secundario; para mí, el aspecto central es la lucha del gran capital para imponer su hegemonía y la necesidad de recurrir al Estado de excepción y de terror.

Las formas que el gran capital utiliza para conseguirlo me parece un aspecto secundario, importante en ciertos periodos históricos que tienen que ser analizados, pero secundario porque evidentemente, esto va a tener repercusión en el desarrollo del aspecto político del problema, etc., los problemas que la burguesía comienza a enfrentar en relación a la utilización de los militares como instrumento principal del gobierno son mucho más profundos de lo que parece. Igualmente, sectores importantes de la burocracia internacional, del Departamento de Estado, etc. ven hoy en día, con profunda desconfianza el papel central que dieron a los militares en estos regímenes de excepción a los cuales se vieron obligados a recurrir.

Creo que aquí la maniobra es mucho más profunda. Creo que realmente hay una búsqueda de los medios para liberarse de la importancia relativa de este sector y que la situación brasileña, por ejemplo, es una situación que está profundizando enormemente este enfrentamiento con este sector nacional. El surgimiento, en el contexto político brasileño actual, de una candidatura alternativa de un militar que presenta posturas nacionalistas significa para los EUA una situación difícil de controlar y provoca en el Departamento de Estado, y en sectores de la burguesía norteamericana, incluso según el testimonio de personas que estuvieron en contacto con estos sectores, una reacción altamente temerosa y una búsqueda de medios para evitar definitivamente que esta situación se produzca.

Creo que esto entraría incluso dentro de la lógica del planteamiento aquí hecho anteriormente en lo que concierne a la división dentro de la burguesía: es bastante evidente que el grupo militar tienda mucho más a apoyar una salida a la crisis basada en el desarrollo de la industria pesada que a una salida a través del desarrollo de la industria de consumo de lujo.

Esto es mucho más lógico para la posición militar para quien es casi natural que una industria de base tenga que apoyarse en un desarrollo importante del sector militar. Así, es muy lógico que la ciudadanía militar esté

abriendo una brecha muy fuerte, con el imperialismo norteamericano en particular, y buscando una fuerte aproximación con el imperialismo europeo-japonés, si aceptáramos la existencia de esta confrontación, con la cual estoy de acuerdo. Por lo tanto, el problema militar es un problema mucho más profundo para el imperialismo que simplemente una cuestión de legitimidad de control político frente a los movimientos populares, etc.; ya es un problema incluso de relación del imperialismo norteamericano con el sector militar en particular. Es preciso estar atento al desarrollo de esta situación que es producto de la contradicción, que mencioné al inicio, entre la necesidad de fortalecer el Estado para permitir la acumulación del capital en estos países dependientes y, por otro lado, el carácter dependiente de esta acumulación de capital del capital internacional.

Esta situación lleva a que un grupo de fuerzas estadistas adquiera una gran importancia dentro del proceso de acumulación generado por el gran capital y que lo haga incluso a través de una política antiestadista en sus principios, pero estadista en los hechos, porque la acumulación capitalista exige esta participación creciente del Estado. De este modo, el problema del capitalismo monopolista de Estado comienza a presentarse realmente como un problema importante y la idea del fascismo como forma de transición al capitalismo monopolista de Estado también debe ser analizada por lo menos, en algunos casos como el brasileño, por ejemplo.

Creo que estos ejemplos podrían afectar a la cuestión de las alternativas que es la cuestión fundamental que nos interesa. Me parece evidente que el imperialismo, en sus más variadas versiones y aceptando este creciente enfrentamiento interimperialista a nivel internacional, estará siempre restringido por alguna forma de democracia, a pesar del problema de la gobernabilidad de esta democracia ya analizado por Huntigton, el teórico de la Trilateral, quien también ve el problema nacional como otro gran problema para el capital trasnacional.

Aquí se da evidentemente, la búsqueda de algún tipo de régimen democrático que restrinja la participación de las masas o que permita un cierto grado de manipulación de las masas de tal forma que su manifestación no se convierta en una manifestación autónoma propia. Ahora es evidente que aquí hay un matiz importante que va desde un régimen militar con apertura política hasta un régimen civil con tutela militar (con los peligros que esta tutela militar está representando hoy en día para el imperialismo norteamericano en particular) hasta un régimen típicamente civil, pero con ciertas restricciones en lo que concierne a la participación del movimiento de izquierda, particularmente las tendencias revolucionarias de izquierda.

Pero la limitación de la democracia es un fenómeno bastante complejo. Creo que la capacidad de limitar una democracia es bastante estricta, porque la democracia genera una dinámica que pone a la sociedad civil en primer lugar y todo depende, entonces, de la existencia en la sociedad civil de un sector pequeño burgués, de un sector intermediario suficientemente fuerte para garantizar un cierto equilibrio de la democracia para que no se convierta en una democracia revolucionaria.

El problema es que esta acumulación del capital en los últimos años, en América Latina, en regiones como Brasil sobre todo, pero también muy violentamente en Chile y en otros países, está debilitando este sector intermediario. Creo que aquí hay un problema en la propia sociedad civil.

Como he mencionado anteriormente, son las transformaciones económicas generadas por el fascismo las que están limitando la viabilidad de estas salidas democráticas y evidentemente, la rapidez con que deben generarse presiones populares para romper las limitaciones impuestas por la burguesía nacional o internacional a la democracia se va convirtiendo en el factor dinámico del proceso. Creo que ya entre 1977-1978, cuando comienzan a delinearse estas formas de participación popular, éstas demostraron su carácter problemático, como quedó evidenciado en Perú, donde se impuso como una necesidad inevitable el funcionamiento democrático de la Asamblea Constitutiva, porque están hablando las tentativas de mediatización. En el caso de Bolivia, se llega a un fraude electoral y se tiene que retroceder; en el caso de Nicaragua se llega a un cierto acuerdo, pensando que con esto se puede controlar la situación por más de dos años y la situación vuelve a salirse de control. El factor realmente dinámico comienza a ser el movimiento democrático, movimiento de masas y, evidentemente, a medida que suceden estos movimientos de masas, hubo un cambio muy importante en la composición de los movimientos populares en los últimos años con el desarrollo de la industrialización. Particularmente el movimiento obrero se presentó como una fuerza que tiende cada vez más a polarizar la cena en disputa creando una cierta estructura mucho más orgánica, mucho más fuerte que la que se consiguió en algunos movimientos de masas en el pasado. La tendencia, por lo tanto, es que este movimiento popular asuma una forma cada vez más orgánica, más firme y que pueda crear una situación democrática avanzada que no tenga condiciones de sobrevivir dentro de los marcos del capitalismo y que, por lo tanto, plantee el problema del socialismo. De ahí el porqué de la cuestión de las relaciones entre democracia y socialismo sea una de las más importantes para la izquierda en América Latina.

## 2. La punta del iceberg<sup>32</sup>

### a) La crisis capitalista mundial

Desde 1967, la economía capitalista, que había encontrado los caminos de una recuperación y crecimiento económicos continuos después de la Segunda Guerra Mundial, entró en una crisis económica gravísima. A partir de aquel año, cuando aconteció la primera devaluación del dólar, las economías capitalistas centrales (EUA, Europa y Japón) entraron en un periodo caracterizado por un descenso general de la tasa de crecimiento anual de la economía, desempleo creciente, debilitamiento del comercio mundial, inestabilidad monetaria e inflación. El surgimiento de esta crisis produjo efectos que fueron cruciales para la economía y la política internacionales.

Las contradicciones se tornaron agudas entre los capitalistas y los asalariados; entre los principales países imperialistas (principalmente entre Estados Unidos Japón y Alemania); entre los países capitalistas dominantes y desarrollados y los países capitalistas dependientes y subdesarrollados. Consecuentemente, aumentó la combatividad del movimiento obrero en los países capitalistas y los trabajadores comenzaron a exigir soluciones políticas cada vez más radicales y anticapitalistas; muchos sectores de las clases medias abandonaron su confianza en el capitalismo y se aproximaron al movimiento obrero. En el plano internacional, aumentó la combatividad de los movimientos de liberación nacional en los países dependientes y coloniales, y éstos se fueron aproximando cada vez más al campo socialista en la búsqueda de proyectos de desarrollo económico no capitalistas, o más claramente socialistas.

En este marco político y económico, el imperialismo intentó mantener su dominación recurriendo, o a la represión más feroz, o a tentativas reformistas que procuraran moderar el ansia creciente de liberación de masas. La elección de Jimmy Carter representa un momento en el cual el sector más lúcido del gran capital norteamericano intenta desesperadamente encontrar un camino que permita a los Estados Unidos mantenerse en el control de la situación internacional.

---

<sup>1</sup> Publicado originalmente en los *Cuadernos del Tercer Mundo*, México, marco de 1978



La Comisión Trilateral, formada por David Rockefeller, en 1937, tenía por objeto unificar los criterios de los dirigentes económicos y políticos de Estados Unidos, Europa y Japón, para juntos enfrentar el debilitamiento del orden social capitalista en cada país, recuperar la imagen de los gobiernos burgueses, fortalecer a las autoridades centrales, restablecer la hegemonía norteamericana, enfrentar conjuntamente el desafío del Tercer Mundo por un orden internacional más favorable.

Finalmente, con esa renovación del capitalismo en el plano económico, político, ideológico, se pretendió enfrentar al campo socialista cada vez más poderoso. Para dar autoridad moral a este plan, el gobierno norteamericano necesitaba agitar una palabra de orden que atrajera el respeto y la autoridad de los gobernantes capitalistas. Para ello, intervino la bandera de los derechos humanos, que habían sido violentamente pisoteados por los Estados Unidos al apoyar y articular la onda golpista, militarista y fascista en el Tercer Mundo; sin hablar de los crímenes de guerra que cometieron en Vietnam y en otros países, en que las tropas americanas y sus aliados lucharon conjuntamente con mercenarios, contra los movimientos de liberación nacional.

Sin embargo, los planes de Carter se ven amenazados por la imposibilidad de superar la crisis capitalista. En 1974 y comienzos de 1975, la crisis capitalista internacional llegó a su punto más alto. En el segundo semestre de 1975, se inició una recuperación económica que despertó muchas esperanzas sin fundamento. Pero ya en la segunda mitad de 1977, quedaba totalmente claro que esta recuperación económica llegaba a su fin y que en 1978 y 1979 la economía pasaría por la más grave depresión económica de la posguerra.

Como consecuencia de esto, la producción debería caer en casi todos los sectores económicos, manteniendo una tasa de crecimiento muy baja, a duras penas. El desempleo debería atender un porcentaje muy alto de la fuerza de trabajo. La inflación cedería apenas al fin de un largo periodo de depresión de la economía. La lucha entre las potencias capitalistas se intensificaría con medidas proteccionistas por parte de cada país, que procuraría vender más al exterior y comprar menos, llevando consecuentemente a una grave crisis en el comercio mundial.

En este contexto, el sistema financiero internacional debería atender a un momento agudo de incertidumbre, con violentas luchas entre el dólar, el marco alemán y el yen japonés. Al mismo tiempo, la enorme deuda internacional de los países del Tercer Mundo los llevaría a una crisis violenta en los sistemas de pago actuales y también afectaría al comercio mundial.

A saber de esta nueva crisis de dimensiones mundiales, los Estados Unidos hallaron difícil aventurarse a actuar por la fuerza y arriesgarse a asumir compromisos militares que no podrían cumplir, pues en primer lugar,

su déficit fiscal no permitiría aumentar más sus gastos militares, y en segundo lugar, el gigantesco déficit de su balanza de pagos les impediría realizar mayores gastos militares en el exterior.

El gobierno norteamericano debe procurar una política conciliadora, que evite situaciones de crisis política aguda, procurar esquemas políticos con un mínimo de legitimidad popular, que evite explosiones revolucionarias incontrolables. De ahí deriva la presión para que las actuales dictaduras militares procuren fórmulas de adaptación a esta situación, proponiendo esquemas de liberación progresiva que permitan desahogar la crisis política en que viven los regímenes fuertes, sin perder el control político de la situación.

América Latina fue siempre un continente inestable e inquieto. En nuestros países la liberación colonial no pudo asegurarnos una libertad económica que permitiera la creación de una economía capitalista independiente y desarrollada. Las burguesías criollas volvieron a oligarquías dedicadas a la producción agrícola y minera para la exportación, y a comerciantes y especuladores locales e internacionales. Nuestra industrialización fue postergada al siglo XX y en algunos países hasta la segunda mitad de este siglo, aconteciendo en una época en que la economía mundial ya estaba bajo el dominio del gran capital internacional. Como consecuencia de ello, las burguesías industriales locales cayeron bajo el dominio de ese capital, y en la década de 1950 y años posteriores, tuvieron que ceder el espacio económico a las corporaciones multinacionales, que hoy son responsables de las principales inversiones industriales en nuestros países.

Por lo tanto, después de 150 años de historia independiente, América Latina no puede aún alcanzar su independencia nacional, decidir su destino económico, superar las economías rurales atrasadas, elevar sustancialmente el nivel de vida de sus masas de campesinos, obreros, asalariados urbanos y agrícolas y pequeños propietarios.

## **b) Revolución y contrarrevolución**

Ni los gobiernos burgueses reformistas ni los gobiernos militares de derecha, ni los gobiernos militares de corte progresista, ninguno de ellos consiguió dar una respuesta a los problemas fundamentales de nuestros pueblos. Y siempre que la lucha popular superara los límites aceptables para el imperialismo, la respuesta fue el golpe de Estado y la destrucción de todas las conquistas populares. Sin embargo, cabe resaltar que la ola de movilizaciones populares es cada vez más radical que las anteriores y de la misma forma, las respuestas del imperialismo son más violentas. En la década de 1950 presenciamos no solamente el apogeo de los gobiernos populistas de clara definición nacional democrática, dentro de una economía capitalista, sino

también los procesos revolucionarios bajo el mismo signo, tales como la revolución boliviana y guatemalteca, la primera fase de la revolución cubana, así como la liberación de Venezuela, al final de la década. Pero el golpe fue la manera de responder a los desafíos lanzados por un Perón, un Vargas, un Chjeddi Jagan, un Arbenz, etc. En la década de 1960 tuvimos nuevas olas reformistas, con bases sociales cada vez más radicales en dirección al socialismo, tales como la experiencia de Goulart en Brasil y de República Dominicana, en 1965. Los golpes acontecieron no solamente en estos países, sino también en Argentina en 1966, y en otros lugares, donde se procuraba controlar una ofensiva popular de dimensiones continentales. Pero también se utilizó el reformismo de Frei en Chile, de Belaunde en Perú, de Lopes Michelsein en Colombia, etc. Todos gravados con enormes gastos de la CIA, AID, y otros organismos internacionales.

Nada de esto pudo contener definitivamente a las aspiraciones libertarias de las masas latinoamericanas. Después de las grandes manifestaciones populares de 1968, no solo se formaron gobiernos militares progresistas en Perú, Ecuador, Panamá, Honduras, y Bolivia, sino también fueron generados grandes frentes de masas con fuertes raíces populares, como la Unidad Popular en Chile, el Frente Amplio en Uruguay, la UNO en Salvador, el Movimiento Peronista en Argentina, que ahora tenía un ala izquierda de gran peso. Y más aún, en Bolivia, la Asamblea Popular desafiaba los límites del orden capitalista y generaba las bases de un poder popular alternativo al estado burgués. En Chile, el gobierno popular llegaba al poder con un programa socialista y desencadenaba un proceso social de profundidad y dimensiones revolucionarias inéditas. El golpismo militar de la década de 1970 tuvo un contenido desesperado, que procuró contener ese ascenso social que desbordaba por todos lados. Bolivia en 1971, Uruguay en 1973, Chile en el mismo año, Argentina en 1976 fueron momentos culminantes de esa ola fascista continental.

Así, conseguían postergar las aspiraciones populares del continente por el camino de la más cruel represión, sin ninguna legitimidad social y sin ninguna bandera reformista, como la Alianza para el Progreso.

### **c) Los grandes problemas continúan**

En los años posteriores a la Revolución Cubana, el reformismo burgués perdió días después su fuerza ideológica en nuestro continente. Las experiencias realizadas no eran capaces de resolver ninguno de nuestros problemas fundamentales.

Nuestra dependencia económica no disminuyó. Al contrario, aumentó de manera angustiante. No solamente nuestras economías fueron masivamente invadidas por las corporaciones multinacionales –que hoy disponen de un porcentaje vital de nuestros recursos industriales- sino también las balanzas comerciales y de servicios

de nuestros países presentaron un déficit creciente que llevó a un endeudamiento internacional por lo menos diez veces mayor al de las enormes deudas de los años 60.

El crecimiento industrial que ocurrió, teniendo como base la penetración del capital extranjero, apoyado en el subsidio estatal directo o indirecto, tuvo causas ampliamente negativas para nuestros pueblos. En primer lugar, quedó concentrado en los sectores del consumo de productos de tecnología sofisticada, cuyo mercado fundamental son los sectores de altas rentas, que monopolizaron en proporción creciente la mayor parte de la renta nacional. Esas inversiones fueron concentradas y fundamentadas en comportamientos de monopolios y consecuentemente no ampliaron significativamente el empleo, aumentando el número de marginalidad social y produciendo impacto muy reducido en la reacción de un mercado interno. Al mismo tiempo, el carácter monopólico de estas inversiones favoreció un sistema de precios elevados que provocó, entre otras cosas, constantes presiones inflacionarias.

Las limitaciones de esa forma de industrialización se reflejaron en problemas crónicos de nuestra economía: distribución de la renta cada vez más desigual, concentración económica, monopolización y restricciones en el mercado interno, ausencia de industria nacional de base y aumento de importaciones de maquinarias e insumos industriales. Esto para permitir las nuevas inversiones, con sus consecuencias altamente negativas para nuestra balanza comercial. Las insuficiencias del mercado interno y la tendencia creciente en dirección al déficit de la balanza comercial obligaron a poner en primer plano la necesidad de intensificar las exportaciones de los productos manufacturados, principalmente a partir del fin de la década pasada. El aumento de esas exportaciones no significó, sin embargo, una mejora en la balanza comercial, pues muchos de esos productos no eran más que una elaboración de materias primas importadas. El aumento de exportación significaba un aumento de las importaciones.

También debe señalarse que un mayor volumen de comercio externo significaba también mayores pagos en fletes a empresas exportadoras, filiales de las multinacionales en la mayoría de los casos. Las exportaciones producían una enorme evasión de nuestras divisas por la vía de la remesa de ganancias y el pago de regalías por el uso de tecnologías, marcas y patentes. Estos y otros factores explican el déficit creciente de nuestra balanza de pagos y el haber recurrido inevitablemente al crédito externo que llevó a nuevas evasiones de divisas para el pago de las amortizaciones e intereses, a un total que llegó a alcanzar el equivalente a 30-50% del volumen global de nuestras exportaciones.

Los intentos reformistas de transformación agrícola que se realizaron en la década de 60 alteraron favorablemente la situación del campo. En nuestros días, una reforma agraria del tipo tradicional, con el objetivo de formar

una pequeña burguesía rural, tiene pocas perspectivas. Nuestra agricultura fue modernizada en parte, no por la vía de la pequeña propiedad agrícola sino por la “racionalización” del latifundio y por la penetración masiva en el campo, de las corporaciones multinacionales dedicadas a la agroindustria. Como consecuencia, la mano de obra agrícola fue expulsada masivamente en dirección a la ciudad, formándose grandes masas de asalariados agrícolas –en la mayor parte de los casos de carácter temporal- que trabajaban pequeños periodos durante el año (en las cosechas) y viven muchas veces en las pequeñas ciudades cerca de las zonas rurales. Otros campesinos fueron directamente a las grandes ciudades, aumentando la explosión urbana y formando las grandes masas marginales, abarrotadas en chozas y favelas de nuestras capitales. De esta forma se hace más profunda la crisis de las grandes ciudades, el descontento social y la miseria de las masas urbanas.

La juventud de nuestros países se vio imposibilitada para trabajar debido a la escasez en el mercado del trabajo creado por el estilo de industrialización señalado. Su presión sobre el sistema escolar y sobre las universidades generó grandes concentraciones escolares, donde un margen social ilustrado creó un foco de inquietud y rebelión social. La oposición al régimen capitalista encontró ahí una de sus principales fuentes, afectando agudamente a la estructura ideológica de nuestros países y creando el escenario para una cultura de clase media de protesta social y política.

#### **d) El pueblo retoma la ofensiva**

Ni las dictaduras de derecha, ni los regímenes militares progresistas, ni los regímenes liberales de carácter reformista conseguirán pues, abrir un canal hacia las aspiraciones sociales de nuestros pueblos. Cada vez más, se va configurando una situación socioeconómica y política más explosiva en América Latina. La postergación de las aspiraciones populares se convierte en el punto de partida de un movimiento social creciente y radicalizado.

En el plano popular, se desarrolla la organización del movimiento obrero, procurando defenderse de los programas de los gobiernos que procuran limitar sus conquistas, o como en el caso de las dictaduras militares, que destruyen violentamente derechos y garantías conseguidas en años y años de lucha. Dentro de un contexto internacional de crisis, en que los movimientos sindicales retoman el camino de la unificación, se crean importantes movimientos unitarios en América Latina. Estos se transforman en el centro de una movilización social y política con metas cada vez más profundas, a medida que va quedando clara la imposibilidad de resolver los problemas de los trabajadores dentro de un plano estrictamente sindical. Se crean las bases

de una unidad de clase que da origen a un proyecto social bajo una hegemonía, y que se refleja también en el plano político, a través de un creciente desarrollo de los partidos obreros y populares.

Este movimiento obrero tiende a motivar a amplios sectores de trabajadores de clase media y de un subproletariado urbano en crecimiento. También tiende a liderar a los asalariados rurales, cuyo peso crece, y a las masas campesinas aún en lucha contra las relaciones sociales pre-capitalistas. Al mismo tiempo, la radicalización del movimiento estudiantil y de los nuevos grupos de profesores universitarios confiere dimensiones impresionantes a una intelectualidad cada vez más sensible a un pensamiento revolucionario. Finalmente, los grupos de la burguesía duramente afectada por el proceso de concentración económica, monopolización y desnacionalización de la economía, se ven atraídos por ese movimiento popular. O por lo menos, pierden sus aspiraciones de hegemonía política e ideológica, protegiéndose con una crítica económica cada vez más sin perspectiva ante el actual estado de cosas. En dicho ambiente social, es posible entender que en América Latina se está desarrollando actualmente una serie de acontecimientos que forman el punto de partida de una nueva ola de luchas populares de gran porte histórico.

Tampoco es de sorprender que estas luchas encuentren algunos puntos motivadores que correspondan exactamente a las aspiraciones postergadas secularmente. Pero hay un cambio evidente en relación al pasado. Lo que antes eran reivindicaciones limitadas por la hegemonía de las élites sociales y de sectores de las clases burguesas nacionales, hoy son cada vez más la base de una transformación social mucho más profunda.

La lucha por la soberanía nacional, la independencia económica y la democracia en nuestros países huyeron del círculo limitado del pasado. Para nuestros países es cada vez más claro que estas demandas básicas no podrán ser atendidas dentro del orden económico–social capitalista. Una palabra básica comienza a dar fundamento y sentido a estas luchas: el socialismo.

Este es el comienzo de una nueva etapa de luchas populares en el continente. La experiencia cubana y la realidad internacional comienzan a consolidarse en la conciencia de las grandes masas. Los acontecimientos que describimos aquí son apenas la punta del iceberg. Cuando este bloque de hielo emerja, tendrá un color resplandeciente y anunciará una era de independencia y justicia social y paz para nuestros pueblos.

## **Parte IV**

# **Transición democrática y movimientos sociales**

## **I. La transición democrática y el pensamiento social latinoamericano**

El proceso de democratización en curso en los países del Cono Sur es parte de un fenómeno más amplio que abarca al subcontinente latinoamericano en su conjunto. También en América Central y en el Caribe resuenan los clarines democráticos y a veces de forma sorprendente, como en el caso de Guatemala, florecen repentinamente regímenes democráticos donde la dictadura y la violencia represora reinaron durante años.

La ciencia social latinoamericana evolucionó en los últimos años hasta alcanzar un grado bastante alto de madurez. Nuestro subcontinente inició su pensamiento social bajo la defensa de la lucha anticolonial. En el siglo XIX los debates sobre la civilización y barbarie y sobre el liberalismo y nacionalismo tomaban cuenta de nuestro ambiente intelectual. La cuestión étnica y su relación con nuestro atraso histórico fue también muy “estudiada” por antropólogos e historiadores, bajo la influencia del etnocentrismo europeo.

Después de la Segunda Guerra Mundial llegó a predominar la preocupación por el concepto de desarrollo económico, social y político. La crítica al desarrollo dio origen a la teoría de la dependencia que determinó la imposibilidad de un desarrollo capitalista autónomo en la etapa de la empresa transnacional. Concentrado y marginado, este capitalismo dependiente tiende a acumular sus mecanismos depresivos y a buscar regímenes de fuerza como compensación a su carácter antipopular.

En los últimos años, América Latina estuvo totalmente zambullida en dictaduras de “seguridad nacional”. El gran debate de ese periodo se concentró en el carácter fascista o no fascista de estos gobiernos. Muchos creían que era una condición necesaria para orientar el retorno a la democracia, el definir el carácter de los mismos.

Dentro de esa misma discusión, surgió el gran debate sobre democracia en sus variadas dimensiones que vienen entusiasmando a la ciencia social del subcontinente en los últimos años.

Por un lado, se encuentran las corrientes democráticas asentadas en las tradiciones del radicalismo nacionalista, antiimperialista y antioligarca, enraizadas en la región hace muchas décadas. El ambiente intelectual europeo antisocialista y pro-liberal comenzó, sin embargo, a asentar raíces en algunas corrientes del pensamiento social latinoamericano. La creciente influencia ideológica de la Internacional Socialista retoma algunos temas propios del liberalismo. Por otro lado, se asciende a una polémica sobre el papel de las empresas públicas del Estado como fuerzas autoritarias. De esta manera, el debate ideológico sobre la democracia asume una forma amplia alcanzando casi todos sus matices.



Se intenta asociar el concepto de democracia a la llamada libre empresa. No obstante, en el mundo moderno, bajo el impacto de la informática y de la automatización, la idea de democracia se encarna cada vez más en el concepto de participación, cogestión y autogestión de los trabajadores y de los movimientos sociales. El concepto tradicional de empresa entra en crisis ante el proceso de internacionalización y centralización de capitales, que rompe con la asociación entre la empresa y la llamada "libre iniciativa". Esta se convierte en un enorme centro burocrático que nada tiene que ver con sus formas iniciales en el siglo XVIII y XIX.

Al mismo tiempo, como resultado de la complejidad creciente de las sociedades contemporáneas, el concepto político de democracia se asocia con las formas de organización de la sociedad civil y con los movimientos sociales emergentes y levanta cuestiones ligadas a las minorías étnicas, religiosas, sexuales.

No se pueden ignorar tampoco las bases materiales de la democracia, en una sociedad donde la soberanía nacional se encuentra amenazada permanentemente por la dependencia; donde la concentración de la riqueza no solamente entrega al poder total de unos pocos, la vida de las grandes mayorías, y al mismo tiempo, la marginalización de grandes masas sociales las excluyen de los bienes básicos y de la participación ciudadana mínima, donde los derechos humanos de estas masas de desempleados, marginados, oprimidos son violados cada día. En una sociedad donde estas grandes cuestiones continúan sin resolución, generando una permanente crisis de legitimidad y de poder del Estado, no se puede esperar la existencia de una democracia sólida.

La cuestión democrática es pues la síntesis de nuestros dramas y esperanzas. América Latina fue una de las regiones del mundo más permeable a la influencia del pensamiento sociológico europeo. Desde el siglo pasado, bajo el impacto de la filosofía positivista, se crearon cátedras de sociología en nuestras universidades. En aquella época, nuestras élites oligárquicas u originadas en nuestras clases medias buscaban los caminos de una modernización a la europea.

Después de importantes luchas entre proteccionistas y partidarios de libre cambio, nuestras oligarquías siguieron el camino de la exportación de productos básicos y materias primas para aprovechar el *boom* del mercado mundial capitalista. Como consecuencia, nos convertimos no solo en importadores de productos manufacturados sino también de los modelos de comportamiento y culturales a ellos asociados.

La dependencia económica, tecnológica y cultural creó agudos problemas para nuestra conciencia social. Indios, negros, mulatos y trigueños, rechazábamos nuestras raíces étnicas y culturales. Asociábamos a la barbarie nuestras íntimas inclinaciones e identificábamos con la civilización los modelos exógenos a los cuales buscábamos aplicar nuestras posibilidades de desarrollo. Barbarie o civilización, proteccionismo o libre

cambio, tradicional o moderno, subdesarrollo o desarrollo; los términos de esa dicotomía se fueron modificando con el tiempo, pero su núcleo central continúa siendo el mismo.

De hecho la ciencia social europea, desde el fin del siglo XVIII, se constituyó en torno a esta cuestión básica: cómo y por qué el capitalismo europeo *podía* y *debía* subyugar a los demás pueblos de la tierra. La superioridad del sistema productivo basado en la división del trabajo y en las relaciones libres de la fuerza de trabajo, según Adam Smith y Ricardo, la superioridad intelectual y política de la clase industrial, según Saint-Simon, el imperio de la razón absoluta, según Hegel, el dominio de la ciencia y del conocimiento empírico, según Comte, la evolución de lo orgánico a lo social, según Durkheim, el pasaje de las conductas tradicionales a las racionales según Weber, etc. Todas esas versiones y otras menos "científicas", como la defensa de la superioridad racial europea, marcan los modelos de análisis de las ciencias sociales, que encontraron siempre sus seguidores en el mundo dependiente y desarrollado.

A mediados del siglo XIX, Marx ya había agotado todo este boceto teórico-ideológico. Conjuntamente con Engels ubicó tres cuestiones básicas que cuestionaban las pretensiones "científicas" de las ciencias sociales emergentes.

En primer lugar, criticó el carácter eterno del régimen capitalista naciente, mostrando sus contradicciones internas, particularmente entre sus clases básicas, y su necesaria superación histórica. Esta se realizaría a través de un sujeto histórico creado por el propio capitalismo que era el proletariado industrial, clase que implementaría las bases objetivas y subjetivas para construir el socialismo y posteriormente el comunismo. De esa forma, la superioridad histórica del capitalismo europeo se presentaba como un fenómeno pasajero o provisorio.

En segundo lugar, Marx desvinculó el análisis del capitalismo de su génesis histórica, mostrando que sus principios de funcionamiento podían realizarse en cualquier país o región del mundo. Más aún: Marx demostró que el capitalismo tendía a convertirse en un sistema económico-social universal asimilable por todas las razas, culturas y pueblos.

En tercer lugar, los discípulos de Marx, particularmente Lenin, demostraron posteriormente que ese proceso de expansión mundial del capitalismo ya había alcanzado su punto máximo durante la Primera Gran Guerra de 1914-1918, bajo la forma del imperialismo, dando lugar a la posibilidad histórica de aparición de un nuevo régimen económico-social de vocación universal –el socialismo– que con el conviviría y tendería a superarlo en un largo proceso revolucionario mundial.

Este nuevo objeto de análisis reiteraba el problema de atraso y subdesarrollo de los escenarios estrictos de un determinismo cultural, racial, geográfico, etc. y lo ubicaba dentro de una perspectiva histórica concreta.

A partir de esos planteamientos y de las realidades históricas nuevas que las sostenían, las ciencias sociales fueron siendo obligadas a adaptarse a la temática del desarrollo y del cambio o transformación social, aceptados ya como hechos históricos indiscutibles, tales como: el surgimiento de regímenes socioeconómicos de nuevo tipo en Europa Oriental y en África, la revolución anticolonial en África y en Asia y la inesperada aparición de la Revolución Cubana en América Latina.

Dichos acontecimientos terminaron por influenciar profundamente a las ciencias sociales. En América Latina, la reflexión y el estudio sobre la cuestión del desarrollo y subdesarrollo había alcanzado un nivel bastante elevado a fines de la Segunda Guerra Mundial. El desarrollo socioeconómico fue asumido como valor histórico y según esa teoría, encontraba barreras en la sociedad feudal, en la monocultura exportadora, en el intercambio desigual, en el comportamiento tradicional, etc. Se trataban de localizar esas barreras y de instrumentar el Estado y las fuerzas sociales y políticas identificadas como el desarrollo para organizar la voluntad nacional, planearla y ejecutarla.

Ya en el Segundo Congreso Latinoamericano de Sociología, realizado en Rio de Janeiro, Guerreiro Ramos criticaba a la sociología y a la antropología académicas, de origen norteamericano, enfocadas al análisis de comunidades, y clamaba por una "sociología en mangas de camisa" que asumiera esta tarea crítica y estableciera claramente su relación con las luchas nacionales y democráticas. Guerreiro Ramos demandaba una sociología que partiese de la problemática del subdesarrollo y se sometiese a la producción extranjera al tamiz de la "reducción sociológica". Él, con Álvaro Vieira Pinto en el plano filosófico, Paulo de Castro en la cuestión internacional, Nelson Werneck Sodre en el nivel histórico, el pensamiento económico de la CEPAL, expresado en Brasil por Celso Furtado, vinieron a influenciar –junto con las reflexiones políticas de Hélio Jaguaribe- la ideología desarrollista del ISEB.

Contra estos planteamientos se levantaba, de la izquierda y de la derecha, la bandera de la "universalidad de la ciencia". En nombre de ésta se garantizaba la continuidad entre la ciencia social del Tercer Mundo y la de los países desarrollados, ya sea a través de un marxismo cristalizado y formalizado, o a través de un funcional estructuralismo que traducía a nuestra problemática los preconceptos del liberalismo europeo.

Los hechos posteriores revelaban, sin embargo, la limitación de ambos puntos de vista. Ni la sociología del Tercer Mundo, ni su versión desarrollista fue capaz de dar cuenta del análisis de su problemática y de la

formación de una conciencia crítica suficientemente sólida, ni la ciencia “universal” consiguió abrir caminos profundos para la comprensión de nuestra realidad.

Tal vez el paso dialéctico más nítido se haya dado con la llamada teoría de la dependencia. A partir de una crítica del nacionalismo democrático y sus limitaciones históricas y de las tendencias funcional-estructuralistas de la sociología norteamericana del periodo, esta corriente fue capaz de articular una nueva comprensión del subdesarrollo y del desarrollo. Esto fue posible al conseguir explicar la historia y las estructuras de nuestros países como resultado de un proceso universal de expansión del capitalismo que entraba en choque y en combinación con poblaciones y estructuras sociales locales o reubicaba pueblos enteros, así como procesos productivos y relaciones sociales. Lógicamente, las estructuras locales resultantes de ese proceso no podrían ser estudiados fuera de ese contexto dependiente que condicionaba sus elementos integradores y su desarrollo.

No se trataba pues, de analizar los obstáculos feudales, arcaicos, precapitalistas, tradicionales, etc. al desarrollo. Se trataba de estudiar la forma específica que asumiera el desarrollo capitalista en condiciones de dependencia.

Este nuevo enfoque viene haciendo incluso una revisión de la teoría del desarrollo capitalista a escala internacional, invirtiendo la dirección tradicional en que se entendía la universalidad de la ciencia social. Al rescatar la universalidad de nuestra particularidad histórica, identificándola con un modo de producción y una relación estructural, llegamos a influenciar el pensamiento norteamericano y europeo. Por ello, la teoría de la dependencia tuvo tanta repercusión internacional. Para algunos de los analistas, como Bjorn Hethe, ésta representó “el más formidable desafío que los conceptos y teorías del desarrollo eurocentristas jamás enfrentaron”.

Algunos de los responsables de la teoría de la dependencia iniciaban, sin embargo, una precoz autocrítica, desde el comienzo de la década de 1970. André Gunder Franck, Francisco Weffort y Fernando Henrique Cardoso fueron los primeros en establecer una serie de confusas “autocríticas” que eran en la mayor parte de las veces acusaciones a otros pensadores o separaciones de las líneas de pensamiento que llegaron a repudiar por razones sobre todo políticas e ideológicas.

El debate llegó a su punto máximo en el Congreso Latinoamericano de Sociología realizado en Costa Rica, en 1974, dedicado exclusivamente al análisis de la teoría de la dependencia. No obstante, a pesar de ser atacada por varios lados, esta teoría continuó siendo un punto de referencia necesario en círculos cada vez mayores del pensamiento académico y político norteamericano, europeo, soviético, etcétera.<sup>33</sup>

El debate de los años 70 estuvo muy marcado por la derrota de la experiencia de la Unidad Popular Chilena y por el avance de la OPEP y del diálogo norte-sur. En el primer caso, se atribuía el fracaso de Allende a la radicalización de sus medidas económicas socialistas, bajo la influencia de la teoría de la dependencia. En el segundo caso, se atribuía el aumento del precio del petróleo a la urgencia de un nuevo poder mundial capaz de generar países capitalistas independientes en el Tercer Mundo y se llegó a prever la posibilidad de una dependencia a la inversa: de los EUA y de Europa en relación a los subdesarrollados productores de petróleo. El diálogo norte-sur, a su vez, ubicaba la posibilidad de un nuevo orden económico internacional que superaría la dependencia por la vía de la simple negociación.

Los hechos posteriores no confirmaron esas esperanzas. El camino socialista fue el sostenimiento de las revoluciones africanas de Angola, Mozambique y Cabo Verde. En Europa incluso, mientras el “compromiso histórico” italiano entre el Partido Comunista y la Democracia Cristiana fracasaba, los partidos socialistas, solos o en alianza con los comunistas, llegaban al poder en varios países. El eurocomunismo, por su parte, entró en naufragio, con derrotas electorales arrasadoras. En América Latina, el triunfo de los sandinistas en Nicaragua volvió a reivindicar la teoría de la dependencia junto con los revolucionarios salvadoreños y guatemaltecos. En Perú, Alan García y gran parte de la Izquierda Unida retomarían esa pista teórico-metodológica como fundamento de su programa. Al mismo tiempo, la importancia que asumió la cuestión de la deuda externa en los últimos años confirma las tesis de la teoría de la dependencia que atribuía a esta crisis el carácter de “síntesis de la dependencia”. Los análisis latinoamericanos de la crisis internacional del capitalismo confluyen en un movimiento teórico mundial de análisis del capitalismo como sistema internacional.

La sociología latinoamericana vivió en los últimos años bajo el impacto de estos acontecimientos. Esta intentó develar el carácter de los regímenes de excepción establecidos en el continente durante la segunda mitad de 1960 y los años 70. El largo debate sobre los conceptos de fascismo, gobiernos de seguridad

---

<sup>33</sup> Tal vez sea por esta razón que, en entrevista para la revista *Lea Libros*, Fernando Henríquez Cardoso reivindica la autoría de la teoría de la dependencia y me acusa a mí y a Ruy Mauro Marino de habernos apropiado de la misma.

nacional, dictaduras militares o autoritarismo corporativista intentaba definir estos regímenes y esclarecer la forma de su posible derrocamiento, caída o superación pacífica.

En la década de 1980 comenzaron a caer los gobiernos de excepción y a restablecerse las democracias liberales en el Cono Sur. Este movimiento fue precedido, sin embargo, por la derrota revolucionaria de la dictadura somosista y del régimen autocrático del Shah de Irán. Se hacía prudente apoyar salidas moderadas ante la evidencia de una onda democrática revolucionaria.

A consecuencia de estas nuevas perspectivas, la cuestión de la democracia pasó al centro de la preocupación teórica latinoamericana. Esta desviación teórica se expresó claramente en el XVI Congreso Latinoamericano de Sociología que se realizó en Río de Janeiro, del 2 al 7 de marzo de 1966, y que fue enteramente dedicado al tema de la democracia en América Latina, con la participación de 1,500 congresistas y la presentación de cerca de 160 *papers*.

Los debates del congreso indicaron donde está el núcleo de los próximos debates. Los seminarios que presentaron mayor número de trabajos fueron exactamente aquellos ligados a la relación entre democracia, clases y grupos sociales y sobre todo a los movimientos populares y sociales. A lo que todo indica que, la cuestión de la participación de los sectores populares en la gestión de la empresa, de la ciudad y del poder central, se convierte en el elemento central de la disputa y el debate. Es muy interesante también la preocupación por las cuestiones de la cultura popular, de los derechos humanos y de la violencia en el contexto de la formación de un sujeto histórico capaz de conducir el proceso de democratización.

Después de años de estudio sobre nuestras clases dominantes y su evidente fracaso histórico, las clases populares saltan al primer plano de la preocupación de las ciencias sociales. Su subjetividad comienza a ser respetada y estudiada, no como una manifestación folclórica sino como una manifestación civilizatoria, como un proyecto histórico y como la definición de una voluntad política.

Negros, indios, mujeres, favelados, vecinos, al lado de los movimientos obreros y campesinos y de los asalariados agrícolas analizados en su articulación con el proceso de trabajo y la revolución científico-técnica en marcha comenzaron a ser estudiados a detalle, no como objetos neutros y sin base histórica sino como una fuerza emergente y creciente. Una teoría de los movimientos sociales y populares y de la democracia, en las condiciones de un capitalismo dependiente, promete constituirse en la próxima etapa de reflexión de la sociología latinoamericana.

Los estudios empíricos, la definición de los objetos de estudio y la creatividad metodológica que demandan estos estudios parecen estar en camino.

La evolución de las ciencias sociales latinoamericanas deberá ofrecer nuevas sorpresas al pensamiento social contemporáneo. Basadas en una fuerte red de instituciones de investigación, en un creciente número de profesionales competentes y en un vínculo cada vez más nítido con movimientos sociales que vienen haciéndose más activos en el contexto de los procesos de transición democrática, apoyadas también por un debate ideológico en madurez, enriquecidas por una experiencia histórica rica y motivadora, las ciencias sociales de América Latina maduran su poder explicativo, de prospectiva, de planificación y de definición estratégica y táctica.

## **II. Crisis, conflicto social y cambios políticos en América latina hoy**

América Latina es una región en permanente crisis. Por lo menos así es percibida desde fuera, cuando es observada en su conjunto. Si penetramos en cada país, las imágenes se modifican. Al contrario de un sentimiento de crisis, encontramos un escepticismo sobre los cambios, un sentimiento de relativo estancamiento, la idea de que “no acontece nada”, un cierto “conformismo”, una aceptación pasiva de las dificultades.

Tal vez por eso mismo sea difícil percibir la extensión y la profundidad de las verdaderas crisis del subcontinente, o de cada país en particular.

Esta reflexión es importante cuando hablamos, una vez más, de la crisis latinoamericana y sus consecuencias político-sociales. Parece que hablamos lo mismo de siempre. Que se trata de simples repeticiones de los mismos problemas.

Y de hecho es así. Desde la independencia, nuestros países luchan para superar sus grandes dramas: la dependencia, el autoritarismo, la desigualdad social y la marginalidad de las grandes mayorías. Desde entonces, nos acostumbramos a ver la rebeldía popular y los levantamientos patrióticos. Las tentativas de reforma social se ven sucesivamente vencidas por una oligarquía económico-política que se renueva en su base material pero nunca abandona su comportamiento autoritario, su sumisión al colonizador, su odio al pueblo y a sus raíces étnicas y culturales.

Pero, a pesar de estas meras repeticiones, tenemos que reconocer la permanencia de grandes cuestiones relacionadas con la soberanía nacional, con la democracia y con la justicia social como los grandes temas de nuestros pueblos.

De esta forma, la crisis estructural y las crisis coyunturales se mezclan en periodos sucesivos, creando este clima de crisis permanente y este sentimiento de repetición de la misma película.

Sin embargo, nuestra historia se caracteriza por grandes acontecimientos políticos y escenarios revolucionarios. En el siglo XX presenciamos la revolución mexicana, en la segunda década del siglo; grandes luchas sociales y huelgas generales de los años 20 y 30 (desde Sandino, Prestes y Farabundo Martí); la revolución de los 30 en Brasil; la ascensión del peronismo en Argentina, la obra del cardenismo en México, las rebeliones de Figueres en Costa Rica y de Betancourt en Venezuela; la revolución boliviana en 1952; el gobierno de Arbens en Guatemala, la victoria democrática en Venezuela y la revolución cubana a finales de la década de 1950; al movimiento guerrillero de los años 60; a la revolución peruana de Velasco Alvarado; a la victoria de la Unidad Popular en Chile; a la constitución de la Asamblea Popular en Bolivia; a la victoria de los sandinistas en Nicaragua; a la ascensión de las guerrillas salvadoreñas; al movimiento de democratización del Cono Sur.

Esta sucesión de eventos históricos altamente significativos en nuestro siglo revela la inquietud social de la región, su rebeldía permanente, la inestabilidad de los avances populares y la constante utilización de la violencia y de la represión como arma principal de las clases dominantes, incapaces de ganar la legitimidad de su dominación por la vía del avance real y profundo en la solución de los grandes problemas sufridos por el pueblo.

Sin embargo es necesario llamar la atención a algunas cuestiones básicas:

- 1º) En este periodo ocurrieron cambios importantes que cerraron etapas históricas enteras y dieron origen a nuevas fases del sistema económico y político social en la región.
- 2º) Algunos de estos cambios fueron victorias definitivas como la revolución cubana y de gran alcance histórico como las revoluciones nicaragüenses, mexicana y boliviana. Ocurrieron también varias conquistas económicas y sociales efectuadas a través de procesos sociopolíticos menos radicales.

De esta manera, esta historia no es una sucesión indiferente y cíclica de revoluciones, insurrecciones y golpes de Estado, sino que ofrece un contenido progresista en el cual se puede percibir una capacidad creciente de las fuerzas populares, a pesar de los retrocesos parciales, de condicionar la vida económica, social y política de la región.



La crisis actual debe ser vista en este contexto. Los años 60 al 70 fueron marcados por ofensivas revolucionarias o reformas radicales que resultaron en regímenes militares represivos como en Brasil, (1964), Argentina (1966-1975), Bolivia (1971), Chile (1973), Uruguay (1973) y el Salvador (1971-1973), que se sumaban a dictaduras históricas como Paraguay, Haití y Guatemala.

En este clima, se presentaron las experiencias de golpes militares con contenido progresista en Perú, Panamá y Ecuador, Así, en la década de 1970, solo quedaban en América Latina, regímenes civiles en México, Venezuela, Costa Rica, Colombia, República Dominicana (recién salida de una intervención militar patrocinada por los Estados Unidos) y Puerto Rico (bajo la ocupación colonial de los Estados Unidos).

Este balance, a pesar de referirse a hechos conocidos, debe alertarnos sobre la gravedad de la crisis cultural de la región. La existencia de regímenes de fuerza de forma tan generalizada expresa las dificultades e inestabilidades del sistema económico-social y político vigente.

Sin embargo, lo que parece más interesante, es la transformación casi sincrónica de esta situación en la última década. La reinstauración de regímenes civiles y constitucionales en casi toda la región y el derrocamiento de dictaduras históricas como en Haití y Paraguay parecían indicar, al contrario del caso anterior, un fortalecimiento del sistema económico social y un horizonte de salida de la crisis estructural en el camino de una afirmación histórica del capitalismo, aunque dependiente y subdesarrollado.

En el caso chileno, triunfan finalmente, los esfuerzos generales por una liberación del régimen dictatorial de Pinochet -donde se desarrollaron acciones de masas y acciones armadas- al mismo tiempo que se buscaron caminos de negociación nunca cerrados por las fuerzas opositoras, incluso las que estaban o están armadas. ¿Qué mejor confirmación necesitamos de esta vocación democratizadora en el escenario institucional de regímenes constitucionales que parece caracterizar a la región en los últimos años?

Podríamos señalar tendencias semejantes en El Salvador donde las fuerzas insurreccionales populares no dejan de frenar un dialogo con el gobierno conservador, que a pesar de las limitaciones del proceso electoral, fue instaurado por las urnas.

Restaría la resistencia armada guatemalteca que aún no acepta el diálogo con el gobierno civil; la compleja situación colombiana donde el diálogo iniciado resultó en una trampa para los revolucionarios y en la inescrutable e irracional oposición armada del Sendero Luminoso en Perú.

¿Qué es entonces lo que nos espera?

¿Una América Latina convertida al liberalismo político, asentada en una sólida realidad constitucional y democrática?

Sería muy ingenuo creer que dichas realidades políticas puedan ser compatibles con una infraestructura económica basada en la dependencia, en la desigualdad y en la miseria generalizada.

Por lo tanto, el capitalismo latinoamericano se encuentra en un dilema de difícil solución. O consigue completarse el esfuerzo democratizador de la región, con profundos cambios sociales y económicos o la base aún tenue de la democracia será otra vez vencida por la violencia y por la dictadura abierta.

¿Por qué la preocupación de las clases dominantes con tal amenaza? ¿De casualidad participaron en este profundo sentimiento democrático?

Es necesario detenernos en este punto.

Sería un error suponer que la onda democratizadora de los últimos años haya sido consecuencia apenas del esfuerzo de las fuerzas populares. Sería ingenuo negar el papel de la política de derechos humanos de Carter y de la actitud por lo menos discreta hasta incluso de gobiernos conservadores como el de Reagan. Sería ingenuo, pues, no entender el papel del propio liderazgo empresarial en el apoyo a la apertura política de Brasil y a los procesos liberalizadores de otros países.

Existen así, razones profundas que impulsan a los sectores hegemónicos de nuestras clases dominantes a apoyar una instauración liberal, civilizada y constitucionalista en la región. Tal vez sea importante constatar una actitud semejante en otras regiones del planeta, como Filipinas, Corea del Sur, o como la oposición al Apartheid en África del Sur y otros movimientos de contenido liberal.

¿Cuan profundas son las convicciones liberales de estas clases dominantes que, hace diez años, no vacilaron un segundo en recurrir a la masacre y en violar las constituciones y los sistemas legales?

Tendríamos que entender, sobre todo, las razones profundas de estos cambios de actitud ideológica y política.

En la década de 1960, la acción contrarrevolucionaria y contra insurreccional de algunas burguesías asustadas con el avance revolucionario del Tercer Mundo se inspiró en la idea del papel de sus élites ilustradas. Según

autores como Johnson, las élites militares, sobre todo técnicas, empresariales, sindicales, estudiantiles e intelectuales serían los agentes privilegiados de la modernización de la región.

Bajo esta inspiración se armaron los golpes militares institucionales apoyados en la doctrina de seguridad nacional que identificaba la acción contrainsurgente con las tareas de desarrollo económico y modernización sociopolítica, con la ayuda de la Alianza para el Progreso y con reformas sociales instituidas bajo control militar. La reforma agraria y otras reformas modernizadoras eran concebidas como acciones comunitarias o sociales de un proceso global de contrainsurgencia.

En los inicios de la década de 1970 comenzaba a cambiar esta concepción bajo el impacto de fenómenos como la revolución peruana de Velasco Alvarado (y otras expresiones próximas como Ecuador y Panamá) y el Acto Institucional No.5 en Brasil que dio origen al gobierno de Garrastazu Médici y a sus veleidades de "Brasil- Gran Potencia".

Vencidas las insurrecciones guerrilleras de los años 60, comenzaba a configurarse la amenaza del propio instrumento contrarrevolucionario. Los militares comenzaban a desarrollar sus aspiraciones propias. Comenzaban a soñar con su poder nacional, con apoyar al fortalecimiento del Estado y de las empresas estatales y al mismo tiempo, se apoyaban en su fortalecimiento para aspirar a un nacionalismo cada vez más inoportuno.

Los estudios de la Rand Corporation sobre las experiencias de Perú y de Brasil indicaban la necesidad de oponer un movimiento civilizador y liberal a este nacionalismo militar creciente, fuese de izquierda, o de derecha. Huntington escribía para la Trilateral su importante ensayo sobre Internacionalismo *versus* Nacionalismo, donde señalaba a este último como el principal enemigo de la acción civilizadora del proceso de transnacionalización en curso bajo la hegemonía de las corporaciones multinacionales.

Restaban, sin embargo, tareas importantes para los militares. Eran necesarios para derrotar la amenaza de la Asamblea Popular articulada por un gobierno militar progresista en Bolivia, de la unidad Popular en Chile, del peronismo de izquierda en Argentina y de los tupamaros y del Frente Amplio en Uruguay.

Se necesitaba aún de los militares brasileños para acabar con las guerrillas urbanas en Brasil.

Pero los hechos se precipitaron. Brasil iniciaba un acuerdo nuclear con Alemania que daría a ese país uranio suficiente para volver a ser una potencia atómica. El Brasil fascista de Médici articulaba con Israel Sionista la construcción de la bomba nuclear y la fabricación de aviones cazas supersónicos en Brasil. Con África del Sur,

el fascismo portugués y Argentina fascista preparaban el Tratado del Atlántico Sur que pretendía cambiar la correlación de fuerzas regional y que contaba con el apoyo de Israel, mientras que Brasil se convertía en el heredero del colonialismo portugués en África. Si analizamos, años después, la aventura de los militares argentinos en las Malvinas, podemos entender las preocupaciones del Pentágono y del consejo de seguridad norteamericano con esa peligrosa autonomía del militarismo nacionalista de derecha en América Latina y sus ramificaciones africanas.

Estos hechos demostraban la corrección del posicionamiento de autores como Huntington y obligaron a orientarse en dirección a una política de carácter civil y liberal. La tarea máxima inmediata, superadas las amenazas revolucionarias más radicales, era la marginalización de los militares del poder y un proceso de reconversión ideológica de los mismos a largo plazo. La experiencia venezolana de la contrainsurgencia ya había sido un excelente ejemplo de las ventajas de esta estrategia. Y hay que prestar atención apenas en lo que se convertirían sus aguerridas fuerzas de izquierda, hoy en día lanzadas a la más anárquica confusión política e ideológica, al anticomunismo más feroz, para entender las virtudes (por lo menos inmediatas) de esta estrategia.

Es evidente, pues, que esta estrategia tiene una explicación aún más profunda. El capitalismo fundó su carta liberal conservadora con Reagan, Thatcher, Chirac, Kohl. Era preciso llevar a las últimas consecuencias la liberalización controlada de la economía para abrir camino a una nueva ola de innovaciones y a una nueva fase de crecimiento sostenido.

No hay duda de que todo nacionalismo de izquierda o de derecha llega a ser un límite inaceptable para estos cambios en profundidad. Era preciso establecer un nuevo estilo de articulación entre el Estado y el capital monopolista. ¡El estado tiene que aumentar su poder de intervención para asegurar el "libre" juego del mercado! De esta manera, los ultraliberales patrocinan los mayores déficits estatales de la historia, la intervención del Estado en las tasas de ganancia, en las más diversas formas de mercado, en todos los aspectos de la vida social. En nombre del liberalismo se refuerza de manera alarmante el capitalismo monopolista de Estado en oposición a las expresiones localistas y nacionalistas de las burguesías aún dependientes de los mercados locales.

Se acentúa la lucha entre el sector local proteccionista y las multinacionales "libre-cambiarias". Se acentúa el choque entre los conglomerados trasnacionales apoyados en los gastos militares y la investigación y desarrollo de tecnología de punta (agrupados en torno de la "Guerra de las Estrellas") y las oligarquías financieras e industriales tradicionales que se ven amenazadas por una disminución de su poder político y de una economía

cada vez más dependiente del gasto público. Se puede asistir, consecuentemente, a súbitos sentimientos antimilitaristas y antiamenaza nuclear de los "Rockfellers" y de los medios de comunicación que aún forman la opinión pública mundial. Tampoco nos debe extrañar el súbito cambio de actitud en relación a la Unión Soviética y a la política de desarme nuclear de un amplio sector de la clase dominante norteamericana.

En este nuevo contexto ideológico hay poco espacio para experiencias fascistas que solo reforzarían las tendencias militaristas, los nacionalismos, el proteccionismo, la autonomía de los estados nacionales, la desintegración del capitalismo internacional.

No se trata pues, de una lucha fácil. Las tendencias al reforzamiento del Estado son necesarias en un proceso de internacionalización. Al mismo tiempo, una ampliación significativa del mercado mundial depende de una expansión de los mercados locales y de una cierta articulación con los crecientes mercados del campo socialista.

La contradicción entre la internacionalización del capital y su inevitable base nacional, ya referida por Bujarin, continúa como una contradicción básica del capital y de su expansión mundial especialmente cuando el crecimiento del campo socialista es un constante horizonte alternativo para los procesos de afirmación nacional que pueden articularse alternativamente con este nuevo campo en expansión.

Debemos pues, analizar dialécticamente estas tendencias liberales del momento actual. Estas tendrán que enfrentarse a la práctica histórica, con la expansión del movimiento democrático en el interior de las limitadas concesiones liberales, con las aspiraciones de cambio socioeconómico y de justicia social de las masas. Pero también se enfrentarán a la defensa de las hegemonías de las burguesías locales sobre sus mercados y con el proteccionismo de los estados nacionales, bajo la acción de estas fuerzas y de los beneficiarios del capitalismo de estado nacional.

Se debería pues, recurrir a la dialéctica más que a una linealidad analítica en el momento actual. Apuntamos aquí algunas razones para que el análisis concreto de situaciones concretas sea nuestra mejor guía en una realidad tan inconstante. Para que este análisis sea completo y necesario, verifiquemos mientras el ángulo opuesto: la formación de un sujeto social alternativo a estos planes de gran capital y también a sus opositores en las clases dominantes. Este sujeto social tiene su base en un conjunto de movimientos sociales que gana una expresión nueva en la región.

NOTA BIBLIOGRÁFICA: gran parte de las ideas aquí expuestas se encuentran más desarrolladas en varios artículos e, inicialmente, en nuestros libros: *Socialismo o fascismo*, Edicol, 1976; *Imperialismo y dependencia*,

Era, 1976; *Cómo entender a Jimmy Carter*, Fondo de Cultura Popular. Su desarrollo posterior se encuentra en los libros sobre la revolución técnico-científica publicados apenas en portugués: *Fuerzas productivas y relaciones de producción*, Vozes, 1985; *Revolución técnico-científica y capitalismo contemporáneo*, Vozes, 1983 *Revolución técnico-científica y acumulación del capital*, Vozes 1987. Mi versión más global se encuentra en el libro publicado en Argentina por la Editorial Contrapunto: *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo* y a ser publicado en portugués por la editora de la Universidad de Brasilia.

### **III. Hacia una teoría de los movimientos sociales**

#### **1. Ubicación del tema**

Los movimientos sociales no son un fenómeno nuevo en la historia. Desde la antigüedad podemos encontrar tentativas más o menos profundas de reclutar a determinados sectores sociales en actividades permanentes o eventuales para alcanzar los objetivos derivados de su propia condición.

De esta forma, los enfrentamientos clasicistas entre patricios y plebeyos en Roma, los movimientos religiosos y nacionales y las rebeliones campesinas en la Edad Media, el propio bandidaje organizado medieval y moderno, las huelgas y la organización permanente de los movimientos sindicales, son todos fenómenos que se inscribirían dentro de un concepto amplio de movimientos sociales.

Sin embargo, con el amplio desarrollo de las sociedades urbanas contemporáneas, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, se fueron creando las condiciones para un nuevo tipo de movimientos sociales que dieron origen a un conjunto de reflexiones más o menos originales, intentando rescatar la particularidad de tales movimientos que se distinguirían por las formas más clásicas y cristalizadas de movimientos sociales.

No hay duda de que el gran desarrollo de los servicios sociales, de las tareas de planificación y de las informaciones creó un vasto mundo social con nuevos tipos de demandas y objetivos.

No podemos, sin embargo, dejarnos llevar por esa ideología expresada en la idea de una sociedad de abundancia.

Al contrario, la creciente dependencia del conjunto de la población de los servicios y actividades realizadas por el Estado o grandes empresas "privadas" transformó segmentos enteros de la sociedad en carentes y marginados.

Sería pues, un claro desvío teórico y analítico restringir los movimientos sociales a aquellas expresiones de las nuevas formaciones sociales derivadas del avance de las fuerzas productivas en el capitalismo y en el socialismo. Es preciso ver que un enorme factor de movilización y organización de los movimientos sociales deriva exactamente de las carencias y de la marginación provocada por este desarrollo.

No hay duda de que el enorme avance científico y tecnológico de la humanidad transforma esas carencias y marginalizaciones en fenómenos históricamente obsoletos.

Es exactamente por esta razón que estos movimientos se intensifican, al descubrirse la inutilidad de sus limitaciones y la posibilidad histórica de eliminar los obstáculos de su superación.

La actual crisis económica internacional viene a acentuar la contradicción entre las enormes posibilidades científicas y tecnológicas de que dispone la humanidad para elevarse a un nuevo panorama civilizatorio y los obstáculos socio-económicos y políticos que impiden estos cambios. Se acentúan los problemas sociales y en consecuencia se amplía el área de acción y se cambia el aspecto de los movimientos sociales emergentes.

Para analizar la relación entre la crisis y los movimientos sociales en Brasil se hace necesario establecer por lo tanto, un conjunto de premisas conceptuales que nos guíen en el análisis del fenómeno de los movimientos sociales en Brasil ya que disponemos de un conjunto de trabajos extremadamente interesantes de donde podemos partir y que serán citados en el transcurso de este capítulo. Haremos esta tarea intentando determinar los niveles principales en que debe desglosarse nuestra marcha analítica.

## **2. Los niveles de análisis**

El primer nivel que nos corresponde analizar es el relativo a la teoría de los movimientos sociales. Desde este punto de vista, se plantea como premisa conceptual el análisis de la relación entre clases y movimientos sociales. Los movimientos obrero y de los trabajadores agrícolas son, entre los que analizamos, los más próximos a las clases sociales. Sin embargo, aún en estos casos, los movimientos sociales no se identifican directamente con las clases. A pesar de nacer de las relaciones de trabajo establecidas por esas clases, como el sindicalismo, y de estar influenciadas por su revolución y su estructura, no se confunden con ellas. Existen

otros elementos que merecen un tratamiento teórico mayor como la memoria histórica, las tradiciones, el proceso subjetivo de formación y desarrollo de los movimientos sociales, sus organizaciones propias, que no permiten a su reducción el fenómeno de la clase social.

Al mismo tiempo, integran a los movimientos sociales estratos<sup>34</sup> derivados de diferentes orígenes, como sería el caso de las mujeres y de los grupos étnicos. Por otro lado, existen movimientos más permanentes como el de vivienda, favelados, etc. o más circunstanciales, como el caso de los desempleados, de manifestaciones de violencia urbana y otros. Estos últimos reflejan sujetos sociales que están relacionados con ciertos sectores más permanentes de la producción, pero que también tienen, de alguna forma, su propia dinámica, su propia realidad y que exigen por lo tanto un análisis específico.

Esto trae un segundo nivel de análisis, que sería la relación entre los movimientos sociales y la identidad y permanencia de las clases o de los estratos. Estas cuestiones de identidad y de permanencia no se limitan a la conciencia de las clases, porque la condición de ser mujer es mucho más permanente que pertenecer a una clase social. Y la condición étnica, a pesar de poder ser históricamente más circunstancial, también puede tener un contenido histórico secular más profundo que la condición de clase, sobre todo si pensamos en pueblos de culturas y civilizaciones más antiguas que fueron reducidos a la condición de grupos étnicos. Esto se manifiesta fuertemente en la cuestión del negro y de la cultura africana. Se trata de una cultura secular que, a pesar del aplastamiento que sufrió en el proceso de esclavitud y de traslado de esas masas negras a otras regiones, mantiene su identidad cultural. Esta se manifiesta como algo que rebasa en mucho un segmento social producido por un sistema social específico. Y por lo tanto, cuando Joel Rufino dos Santos<sup>35</sup> reivindica que la cuestión negra sobrepasa incluso el problema civilizatorio de nuestra sociedad occidental contemporánea, está ubicando cuestiones de orden emocional, cultural, de sensibilidad humana, de plástica, sensibilidad con el cuerpo, sensibilidad en relación a varios elementos culturales que abarcan desde el nacimiento hasta la muerte, elementos rituales y religiosos. La reivindicación por el reconocimiento de las religiones negras, por ejemplo, es algo muy serio, en un país como Brasil, donde la recuperación y revitalización de esas religiones populares demuestran que el problema no puede ser puesto en ecuación por una discusión específica sobre el capitalismo como sistema económico.

---

<sup>34</sup> La noción de estamento busca designar aquellos grupos sociales cuya pertinencia no sea adscrita sino dada.

<sup>35</sup> Joel Rufino dos Santos, "El Movimiento Negro y la Crisis Brasileña", *Política y Administración*, revista de la FESP, Río de Janeiro, n.2, p. 285, julio-septiembre de 1985.



Hay un problema de identidad, de permanencia histórica, un problema cultural que no puede ser tratado simplemente desde el punto de vista de un sistema socioeconómico específico, que no puede ser agotado en el análisis del modo de producción capitalista.

Se plantea en consecuencia el tema de la posibilidad de reorganización o de ciertas formas que rebasen el modo de producción capitalista en particular, para servir a los intereses y necesidades de su funcionamiento. Es un hecho constatable la capacidad de este sistema de reorganizar otras culturas y otras situaciones históricas para atender sus intereses. Otros modos de producción de carácter universal, como es actualmente el caso del socialismo, tiene esa misma capacidad. El modo de producción asiático y el propio feudalismo que ocuparon vastas regiones muy diferenciadas culturalmente entre si también tuvieron que convivir –y de alguna forma, articularse- con elementos que superan sus necesidades internas de funcionamiento, su dinámica específica como modo de producción.

Tal vez los casos de la mujer y de los grupos étnicos, tales como el movimiento negro, se coloquen en esa dimensión supra-modo de producción. Jamás podrán ser absorbidos totalmente por un modo de producción particular. Pero, al mismo tiempo, todos los modos de producción han convivido y atribuido papeles y funciones a la mujer y a los grupos étnicos distintos.

Incluso el socialismo, como forma de transición histórica, no tiene condiciones de absorber totalmente esas situaciones estamentales, culturales o civiles. Esta absorción puede hasta ser facilitada por las formaciones sociales socialistas que ayuden al proceso de entrecruzamiento de esas culturas y su articulación, su enriquecimiento y su universalización. Los soviéticos discuten mucho el ideal del hombre soviético, que es una figura en proceso de creación en un país donde existen muchas culturas y muchas naciones.

Los yugoslavos permiten que sus ciudadanos escojan la nacionalidad con la cual se identifican, incluso la nacionalidad yugoslava, que existió históricamente con el surgimiento de la "nación" yugoslava, con la instauración, en 1945, del nuevo Estado socialista. ¿Cuándo se podría escoger la identidad planetaria? Existe jurídicamente la figura del "apátrida" y no del "ciudadano del mundo" como Trotsky se calificó cierta vez, en el auge del romanticismo internacionalista. Dicha calificación parece aún ridícula para un mundo donde las naciones son una realidad demasiado fuerte. La identidad del ciudadano en el mundo aún es extremadamente abstracta en el mundo concreto en que vivimos.

En resumen, los movimientos sociales tienen una dimensión que supera, en muchos casos, a la condición subordinada a procesos sociales concretos y a la dinámica a que están sujetos en un país, en una región o una época histórica. Existen, en su identificación y permanencia, elementos más profundos que deben ser llevados a consideración.

Llegamos así a un tercer nivel de análisis que está ligado a los anteriores. Se trata de situar a los movimientos sociales en el contexto del desarrollo del capitalismo, en general, y del capitalismo brasileño, en particular, que determinan fuertemente su carácter y funcionamiento. A pesar de su identidad y permanencia se anteponen a los regímenes y modos de producción concretos, dichos movimientos no pueden existir fuera de un contexto de determinaciones más concretas, es decir, del desarrollo del capitalismo en general en cada país.

Al mismo tiempo que pueden expresar tendencias y necesidades que no se agotan y no se agotarán jamás dentro del modo de producción capitalista, estas existen solamente en las condiciones particulares de desarrollo de un determinado modo de producción y de varias formaciones sociales en que se expresen.

La cuestión de los movimientos sociales asume relevancia en la actualidad particularmente porque el desarrollo del capitalismo adquiere el carácter de un capitalismo monopolista de Estado. El capitalismo no existe más sin el Estado, sin éste no puede funcionar. Y a medida que funciona a través del Estado, ubica a todas las categorías sociales (desde las clases, los estratos, grupos sociales, etc.) en una relación directa con el Estado. En este sentido, la postura identificada en los movimientos sociales urbanos, y a veces incorporada al trabajo de Jacobi<sup>36</sup>, de pensar una sociedad civil autoregulada, dentro del capitalismo monopolista de Estado, tiene una gran dificultad para sostenerse en las condiciones contemporáneas. No es posible analizar ninguna realidad fuera del fenómeno estatal.

El trabajo de Heleieth Saffioti<sup>37</sup> nos muestra que hay regiones históricamente privadas, como la familia, que ya fueron incorporadas casi completamente en el ámbito legal, estatal. Ante el papel cada vez más completo del capitalismo monopolista de Estado, los proyectos y la acción de los movimientos sociales tienden a ser reorganizados por el Estado capitalista.

---

<sup>36</sup> Pedro Jacobi, "Movimientos Urbanos y las Crisis de la Explosión Social a la Participación Popular Autónoma", *Política y Administración*, n.2, p. 223.

<sup>37</sup> Heleieth Saffioti. "Formas de Participación de la Mujer en Movimientos Sociales", *Política y Administración*, n.2, p. 255.

Si se plantea una cuestión habitacional, ésta se convierte de inmediato en un ítem de la política habitacional, de la política industrial, de la construcción civil, envuelve la propiedad de la tierra, el sistema financiero, etc., todo está inevitablemente relacionado con las políticas estatales.

En la literatura sociológica y económica latinoamericana hay una tendencia inicial por analizar los movimientos sociales a la luz del desarrollo del capitalismo, como un resultado y una respuesta a sus leyes y tendencias de desarrollo, que condicionan la evolución de las clases, segmentos y grupos y su organización en movimientos sociales, políticos e ideológicos.

### **3. Movimientos sociales y sujeto histórico**

Las investigaciones de los últimos tiempos, particularmente las que se desarrollaron en torno al proyecto dirigido por Pablo González Casanova<sup>38</sup> sobre las perspectivas de América Latina, intentan, sin embargo, un cambio de óptica que entiende a los movimientos sociales desde el punto de vista de la formación de un sujeto social nuevo. O más bien, se busca repasar el problema del desarrollo del capitalismo y del Estado desde el punto de vista de los movimientos sociales. En consecuencia, la cuestión de la independencia de los movimientos sociales ante el Estado y del desarrollo del capitalismo no puede ser pensada en el sentido de un aislamiento e independencia absoluta, sino como un proceso de desarrollo de esos movimientos en el sentido de reorganizar el desarrollo del capitalismo y del Estado, sometiéndolo a sus propios objetivos y asumiendo, por lo tanto, el papel de los sujetos sociales.

En el seminario sobre la primera fase del proyecto dedicado al análisis de los movimientos sociales, realizado en Costa Rica, después de estudiar los variados casos latinoamericanos, se concluyó que todos ellos apuntan a la formación de un sujeto social nuevo en América Latina a partir de la relación de los movimientos sociales con los partidos, sindicatos y organizaciones. Esta constatación justifica una investigación de amplias dimensiones que permite la profundización del tema, porque ese sujeto social emergente comienza a tener un movimiento y una dinámica suficientemente rica para determinar una línea de investigación que nos permite anticipar incluso un proceso de transformación social profundo.

---

<sup>38</sup> Pablo González Casanova, “Los Movimientos Sociales en América Latina”, PAL-UNU

En este sentido, se puede concluir que existe una relación entre varios sujetos particulares, que se van desarrollando en varios momentos sociales concretos, en el sentido de la formación de un sujeto social más global, que en América Latina asume el nombre de “movimientos populares”. Movimientos que reúnen a sectores sociales muy distintos y diversificados que van desde el movimiento obrero y de trabajadores agrícolas, una presencia permanente en este tipo de movimiento popular, hasta formas nuevas como las asociaciones de barrio, o movimientos étnicos, estudiantiles, de mujeres, etcétera.

En Ecuador, por ejemplo, existe una central sindical que incluye los movimientos de barrio, de clase media y de empresarios de clase media. En Brasil precisamente, así como está destacado en el trabajo de Ruy Mauro Marini<sup>39</sup> se formó entre 1962 y 1964 un movimiento importante a pesar de ser poco estudiado. Se trata del Frente de Movilización Popular, que partía de la conquista de una central sindical, la CGT, para buscar una articulación social más amplia. En torno a la CGT se agruparon en el Frente, organizaciones y movimientos que formaban el esbozo de un nuevo sujeto social. La FMP estaba compuesta, más allá de la CGT, por las Ligas Campesinas, la Unión Nacional de Estudiantes, la CONTAG<sup>40</sup>, la UBES<sup>41</sup>, el Movimiento de Sargentos, los Oficiales Nacionalistas, el Frente Parlamentario Nacionalista e incluía también los partidos de izquierda.

La Asamblea Popular de Bolivia fue una unidad de representación de diversos sectores sociales como fuerzas populares obreras, estudiantiles, campesinas que se unían con la intención de expresar el poder estatal, llegando al punto de enfrentarse con el poder central debido a las particularidades del proceso y del pensamiento político boliviano, marcado por la presencia constante de la tesis de la dualidad de poderes, desde la insurrección revolucionaria de 1952.<sup>42</sup> Esa tendencia vuelve una vez más cuando la COB (Confederación Obrera Boliviana) se plantea nuevamente como un poder estatal en Bolivia, intentando asumir la dirección de los transportes, de la distribución de alimentos, etcétera.

---

<sup>39</sup> Ruy Mauro Marini, “El movimiento Obrero en Brasil”, *Política y Administración*, n.2, p171.

<sup>40</sup> CONTAG- Confederación Nacional de Trabajadores de la Agricultura.

<sup>41</sup> UBES- Unión Brasileña de Estudiantes Secundaristas.

<sup>42</sup> En este sentido, fue el pensamiento político boliviano, el que produjo una de las reflexiones más sistemáticas sobre el poder dual en América Latina. Véase, de René Zavaleta Mercado. *El Poder Dual*. Siglo XXI, 1977, 24ª edición.

En el caso chileno, las formas de participación llegaron a asumir una dimensión legal, cuando el gobierno de la Unidad Popular creó por ley el sistema de participación popular. Pero, en la práctica, esos organismos superaron la propuesta legal. Fue así cuando, por ejemplo, se evolucionó de un sistema de representación por empresa a formas enteramente inesperadas. Según el esquema legal, cada empresa estatal tendría un consejo electo por sus trabajadores que la dirigirían junto con el representante del Estado. Pero, de repente, ante las amenazas y sabotajes de la derecha, los órganos de representación se articularon y se convirtieron en los "cordones industriales". Ellos unificaban las direcciones obreras de varias empresas, formando una dirección política de defensa de las conquistas en el barrio. Se produjo una simbiosis compleja entre la gestión empresarial y la de los barrios. Al mismo tiempo, se crearon en el sector agrícola los "comandos comunales", contra la orientación legal que pretendía mantener la diferenciación formal entre los gobiernos locales y los órganos de representación sindical, de las asociaciones de pequeños campesinos, etc. Sin embargo, ante la amenaza de la contrarrevolución, los sindicatos se unieron con los campesinos que llegaron a dirigir las regiones donde se localizaban sus tierras y crearon los comandos comunales.

Este tipo de comportamiento social no puede ser aleatorio. Tiende a repetirse y a presentar elementos permanentes en situaciones históricas de democracia avanzada, en las cuales el poder de represión de la derecha se desestructura por alguna razón, sea debido al avance del movimiento popular, sea debido a una crisis interna de la derecha. En esos momentos, este sujeto en formación se perfila con gran fuerza en la historia de nuestro continente. No se trata, por lo tanto, de cuestiones locales; debe haber una causa más profunda, común a esas experiencias distintas que anuncian una presencia creciente del "pueblo", como sujeto del proceso político continental. Y ésta causa se explica en el avance de la industrialización y de la urbanización, formadoras de nuevas clases y grupos sociales. Esta modernización se realiza sin embargo, en realidades históricas que exigen un análisis específico.

Es el caso del fenómeno indígena, sobre todo en las regiones ligadas a los imperios azteca, maya e inca. Estos pueblos indígenas transformados en trabajadores agrícolas o en trabajadores urbanos proyectan sus cualidades étnicas y culturales en la formación de la subjetividad popular. Lengua, religión, cultura, costumbres indígenas se asocian a una nueva cultura popular latinoamericana. El problema indígena es una cuestión histórica de grandes dimensiones, que reaparece en todas las circunstancias en que ese sujeto histórico, social, cultural y político de carácter global se desarrolle y se manifieste explorando las oportunidades democráticas. El tiene un contenido de resistencia y tiende a constituir un proyecto propio.

#### 4. Movimientos sociales y proyectos históricos

La idea de un proyecto propio nos aproxima a una cuestión ideológica en general. El proyecto de una fuerza social, como lo destaca Joel Rufino dos Santos<sup>43</sup> al referirse a una visión histórica de Brasil, se plantea también al nivel de América Latina exactamente por ese carácter inconcluso de nuestras sociedades. Cada nueva generación debe estar constantemente proyectándose, buscando encontrarse como nación. Ocurre, sin embargo, que las clases dominantes locales se pierden en la sumisión al colonizador y al neocolonizador y van cediendo espacio progresivamente a las nuevas clases revolucionarias que asumen la tarea de constituir las naciones que las oligarquías y las burguesías no consiguieron forjar.

Como consecuencia, es posible detectar la voluntad de esos sujetos históricos de constituir un nivel de elaboración teórico-doctrinario capaz de generar un proyecto global nacional y latinoamericano. Esta pretensión supera incluso los límites de los partidos políticos, porque un proyecto de ese tipo puede expresarse en varios partidos. Si analizáramos, por ejemplo, lo que pasó en Rusia en el siglo XIX hasta la Revolución Rusa, y estudiáramos las obras de un Danielson, un Plekanov, un Lenin, un Bukarin, un Trotsky y otros más, encontraremos una profunda reubicación permanente de la problemática teórica del marxismo en el contexto concreto del destino ruso, del problema ruso en particular. Nada estaba suelto, y muchas cosas que podían parecer sueltas se reorganizaban en torno a un proyecto. ¿Cómo fue que la clase obrera rusa dio origen a una visión de este tipo? Tal vez fue la propia nobleza rusa la que en sus sectores decadentes pensaba en Rusia desde ese punto de vista, aliándose a la clase obrera.

En Brasil, la cuestión de ese proyecto nacional se reubica en cada generación. Sin embargo es necesario entender la relación entre cualquier proyecto nacional viable y la idea de un proyecto latinoamericano. En los procesos de redemocratización avanzada en varios países hay siempre un fuerte contenido latinoamericano. Desde Bolívar, pasando por Martí, Sandino, los populistas, Fidel, la experiencia china y la revolución Nicaragüense, etc. siempre que un liderazgo popular se proyecta y hay un movimiento popular fuerte en América Latina, éste asume un carácter latinoamericano. La cuestión de la identidad latinoamericana surge inmediatamente en esas situaciones.

---

<sup>43</sup> Joel Rufino dos Santos, op. cit.

Es por lo tanto, muy difícil pensar en Brasil desde un punto de vista popular, solo como un proyecto nacional. Este asume el carácter de un proyecto más amplio, con una dimensión mucho más profunda que los límites nacionales.

La cuestión de lo indígena, de lo negro, se destaca en este contexto pues, cuando se habla en América Latina, inmediatamente se plantea la cuestión de los orígenes ibéricos (el portugués y el español) pero en gran parte son las poblaciones indígenas y negras las que forman el elemento popular identificado con las grandes masas de la región. La transformación de esos sujetos en un sujeto global, capaz de formular un proyecto de transformación social es una tendencia histórica concreta, y es muy difícil analizar los movimientos sociales sin tener en consideración ese acto étnico-cultural.

## **5. Movimientos sociales, sociedad civil, ciudadanía**

Por otro lado, la formación de los movimientos sociales latinoamericanos se asocia también con la formación de la ciudadanía y la constitución de nuestra democracia que lucha por afirmarse y consolidarse. En Brasil, en 1984, vimos como todos los movimientos sociales convergieron en la campaña por las "elecciones directas ya". El aspecto esencial de ese movimiento, que movilizó a millones de personas en las calles de todo el país, era la búsqueda del reconocimiento del derecho del ciudadano a elegir a la autoridad máxima de su país.<sup>44</sup>

Es pues, necesario, integrar los elementos culturales y étnicos a los proyectos de transformaciones económicas y estructurales del país. En su conjunto, la cuestión ideológica y los partidos políticos aparecen como momentos tal vez más particulares de este proceso más global. De esta forma, en los países de América Latina es casi imposible aislar los movimientos sociales de su dimensión política explícita o implícita.

Es en este contexto que la relación entre los movimientos sociales y el Estado asumen un carácter aún más complejo. No se trata solo de la necesaria intervención estatal en los aspectos particulares llevados a cabo por cada movimiento. Se trata del contenido mismo del Estado, que lleva a implementar la relación entre

---

<sup>44</sup> Sobre el papel del Movimiento por las "Directas ya" en la articulación de los distintos movimientos sociales brasileños sería necesario un trabajo aparte con mucha mayor investigación y perspectiva temporal. Véase de Alberto Noé, "Movimientos Sociales en Brasil-1970-1983" *Nuevos Actores en el Escenario Político*. Proyecto UNU-FLACSO, San José, Costa Rica, 1984.

liberalismo y democracia. Un liberalismo tradicional de origen europeo o norteamericano, en las condiciones de Brasil y de América Latina en general (excepto los casos atípicos de Argentina, Chile y Uruguay que son países de formación pos-colonial), es una ideología oligárquica. Fueron las élites coloniales, las oligarquías exportadoras y las clases medias quienes defendieron una concepción liberal de la economía. La burguesía industrial, formada en la lucha por el proteccionismo cambiario, y el proletariado urbano estuvieron en permanente choque con el liberalismo oligárquico y elitista que intentaba imponer una sociedad política europea por sobre sus tradiciones culturales propias. Esas fuerzas estuvieron siempre en una línea democrático-sindical, donde la noción de ciudadanía se completaba con la idea de la participación popular en el Estado. Y a pesar de toda la modernización realizada por el avance del capitalismo monopolista de Estado, dependiente, excluyente y marginador, la vocación de una democracia participativa y de masas continuará siendo la marca identificadora del movimiento popular latinoamericano.

La primera cuestión que se plantea es hasta qué punto las clases dominantes tienen condiciones de realizar concesiones reales a las demandas exigidas por las clases y grupos sociales que formaban ese movimiento popular. Esta es la verdadera llave para saber si estamos ante una época de reforma o de un proceso revolucionario.

En su famoso prólogo de *“Contribución a la Crítica de la Economía Política”*, Marx ya planteaba que mientras las fuerzas productivas puedan desarrollarse dentro de un modo de producción dado, éste no puede ser superado. Es necesario recordar, sin embargo, que para Marx las fuerzas productivas no se reducen al fenómeno tecnológico como muchos lo creen. Para él, la principal fuerza productiva es el hombre, el productor, el trabajador, quien comanda y organiza los medios de producción. Por lo tanto, podemos afirmar que mientras el sistema vigente sea capaz de absorber productivamente una parte significativa de la población y atender sus presiones, es inviable crearse una situación revolucionaria. La situación revolucionaria se crea cuando el sistema se opone a estas demandas, cuando por alguna razón, no se tiene más capacidad de atender las aspiraciones sociales derivadas de los avances alcanzados.

La relación histórica entre reforma y revolución, tal como fue discutida a fin de siglo XIX, por Rosa Luxemburgo, Kautsky y Bernstein, muestra la imposibilidad de pensar una cosa separada de la otra. El marxismo rompió con la idea de una revolución que venía de fuera del sistema. La revolución, tal como el marxismo la concibió, era un proceso interno, un resultado de los avances que ya se habían dado dentro del sistema. Es imposible, de esta forma, pensar en América Latina la cuestión de los movimientos sociales fuera del contexto del viejo debate que ha sido detenido en los últimos veinte a treinta años en torno al problema de la reforma o revolución. Después de la revolución boliviana, de la revolución guatemalteca y de la revolución cubana, que



dio el salto cualitativo al socialismo, se fue replanteando constantemente la cuestión de la revolución en América Latina hasta alcanzar su punto más alto en el proceso de la Unidad Popular en Chile. El capitalismo latinoamericano, a pesar de tener un dinamismo importante y conseguir avanzar en el desarrollo de las fuerzas productivas, lo hace siempre de una manera excluyente, incapaz de resolver el problema de la revolución. Por ello, es imposible pensar los movimientos sociales en América Latina fuera de ese contexto.

No se trata del contenido específico de los movimientos porque es evidente que ni el movimiento de mujeres, ni el movimiento indígena, ni el movimiento por vivienda, ni el movimiento de reforma agraria son revolucionarios aisladamente. Pero en un contexto de desarrollo capitalista que no tiene condiciones de integrar las demandas más elementales de esos sectores, llegan a tener un contenido revolucionario. Y esto se hace más evidente cuando se aceleran estas demandas, en circunstancias concretas, particularmente en las situaciones de democracia avanzada en que el sistema no tiene condiciones para controlarlas. En esos momentos las clases dominantes han recurrido a las formas de represión más brutales para poder sobrevivir a través de regímenes que contienen las manifestaciones populares y reprimen por largos periodos las expresiones de los movimientos sociales, como ocurrió en Brasil de 1964 a 1979.

Desde 1974, el propio régimen de excepción brasileño se viene autoreformando, manteniendo la iniciativa política y el control ideológico de un proceso que viene, sin embargo, radicalizándose permanentemente. Al inicio, se trataba de una "descompresión controlada". En seguida, se pasó al concepto de "apertura" liberal, con el objeto de reformar el régimen sin modificar sus principios básicos. Después de una sucesión de derrotas electorales se fue aceptando la necesidad de una "transición democrática" que llevara a un nuevo régimen constitucional. Después de ser votada la Constitución se postergó al máximo el encuentro electoral para la presidencia y se llegó a éste con el país dividido a la mitad entre izquierda y derecha.

De esta manera, las fuerzas populares fueron adquiriendo progresivamente una mayor capacidad de organización. En este contexto, los distintos movimientos sociales van adquiriendo una capacidad de autoreproducción de iniciativa y de auto organización. De acuerdo con el breve análisis que hicimos de la revolución del capitalismo latinoamericano y brasileño en particular, cabe formular la siguiente hipótesis; si el sistema actual no fuera capaz de autoreformar y erradicar esa acumulación de demandas de los diversos movimientos sociales, esto podrá llevar a una situación de democracia avanzada y hará resurgir las dificultades del sistema para controlar el conjunto de demandas y mantenerse en una perspectiva democratizante. Así, el proceso de acumulación de demandas va a replantear otra vez la cuestión del poder. El carácter abierto del proceso supera nuestra capacidad de anticipación analítica. Las fuerzas políticas que orientan o expresan estos movimientos serán la llave de su destino. Si son capaces de utilizar esa acumulación en un sentido transformador y revolucionario,

ubicarán la realidad socioeconómica del país en un nuevo aterrizaje, el camino del socialismo, o sufrirán nuevas y cada vez peores derrotas contrarrevolucionarias, si no consiguen adaptarse a las nuevas circunstancias.

Por el análisis y por el conocimiento de las relaciones entre los movimientos sociales y el desarrollo del capitalismo es posible situar estos movimientos sociales en renacimiento ante problemáticas más amplias y esto podrá resultar en una contribución a la lucha social y política concreta. Para alcanzar ese propósito tenemos que ser extremadamente rigurosos no solamente en el análisis de determinaciones más generales, sino también en el estudio de las articulaciones entre los diversos fenómenos particulares y esos procesos más globales del desarrollo del capitalismo.

## **6. Crisis y movimientos sociales**

Al mismo tiempo, tenemos que resaltar la irreductibilidad de esos movimientos sociales al estudio del desarrollo del capitalismo. Nos corresponde ahora aproximarnos a un nuevo nivel de análisis y hacer algunas consideraciones sobre la relación de los movimientos sociales con la coyuntura actual. Ésta se caracteriza, por un lado, por una profunda crisis económica y por otro, por la superación de un régimen político de excepción y la transición a una etapa democrática. Situar nuestros estudios dentro de ese contexto fue bastante positivo porque los desgloses de los movimientos sociales en Brasil y en otros países del continente estarán condicionados profundamente por esa coyuntura política y por la crisis económica y sus desgloses sociales.

La crisis actual tiene una dimensión internacional. En el Primer Congreso Internacional sobre Política Económica, patrocinado por la FESP en agosto de 1984, sobre *Alternativas para la Crisis*, con la participación de invitados del mundo entero, podemos consolidar algunas tesis centrales sobre la crisis actual. Entre otras, la idea de que estamos viviendo una depresión económica de largo plazo. En general, existe un consenso en situar la crisis desde 1967 hacia nuestros días, entendiéndola como una onda larga de Kondratiev. Se concluye, en este debate, que tendríamos posibilidad de una recuperación, a largo plazo en la economía internacional, a partir del comienzo de la década de 1990. Pero no podemos confiar que la recuperación, iniciada en la década de los 80, pueda continuar sin pasar por un periodo recesivo, ya que estuvo apoyada en una política económica basada en los gigantescos déficits presupuestarios y de la balanza de pagos de los Estados Unidos. Ya se acepta como un hecho el inicio de una recesión en 1990. La política económica brasileña intentó adaptarse a la recuperación de 1983-1989, buscando ajustarse a aquella perspectiva de recuperación de la economía mundial, a través de la reorientación de las exportaciones en dirección a los Estados Unidos, aprovechándose del aumento de la demanda internacional norteamericana, considerada elemento clave para la recuperación económica interna del país.

Esto permitió que se produjera a corto plazo una coyuntura de crecimiento de las exportaciones que tornaran posible aliar una caída en la demanda interna con una recuperación de la producción, vuelta al sector exportador. Esta política tiene, sin embargo, piernas cortas y nos lleva nuevamente a una tensión social extremadamente profunda y a un cuestionamiento brutal de las políticas económicas que viene orientando al país. Esto nos lleva nuevamente a reubicar cuestiones de fondo, que están siendo de alguna forma pasadas por encima del periodo actual. El contexto de democratización ha servido incluso como una fórmula de escape de la ubicación de los grandes problemas nacionales, puestos de lado en nombre de ciertas transformaciones institucionales, que no abordan las cuestiones sustanciales que se ubican en el pueblo brasileño.

Este contexto de crisis en que se da la transición democrática deberá afectar muy profundamente a los movimientos sociales, por lo menos en dos aspectos que se reflejan en los trabajos que citamos. El primer elemento que se puede resaltar, dentro de ese contexto, es la nueva relación entre movimientos sociales y el Estado. En los trabajos que componen la investigación que sirvió de fundamento a este capítulo, se siente una presencia de esos elementos nuevos: los movimientos sociales avanzaron en Brasil en un contexto de confrontación con el régimen autoritario que les excluía de la participación y hasta incluso les negaba el diálogo. Después de las elecciones de 1982 para gobernadores y alcaldes, se abrió una nueva expectativa de diálogo y participación de los movimientos sociales.

Algunos trabajos que citamos en seguida reflejan una frustración de las expectativas por parte de los sujetos sociales, las cuales no han sido suficientemente atendidas. Esto se refleja mucho, por ejemplo, en el trabajo de Pedro Jacobi sobre los movimientos sociales urbanos de São Paulo y en el trabajo sobre los *bóias-frias*<sup>45</sup>, de María Concepción d'Incao.<sup>46</sup> En otros casos, como aquellos sobre los movimientos de las mujeres y el movimiento negro, encontramos la idea de que la apertura política, de cierta forma, provoca una especie de pérdida de intensidad de estos movimientos. Es decir, la apertura genera, de cierta manera, una decepción en el interior del movimiento, no tanto en función de la expectativa de comportamiento de los propios movimientos estatales, sino en el comportamiento de los propios movimientos. Es posible pensar que, ante la apertura, concretamente a partir de las elecciones de 1982, estos pierden su capacidad de articulación y entran en una cierta crisis ante las nuevas condiciones políticas y sociales en que se encuentran.

---

<sup>45</sup> Bóias-frias: trabajadores agrícolas temporales.

<sup>46</sup> María Concepción D'Incao, "El Movimiento de Guariba- el papel acelerador de la Crisis Económica", *Política y Administración*, n.2, p. 201.

En el caso del movimiento obrero, se observa también que, ante la apertura, se produce una gran división interna entre la CUT<sup>47</sup> y la CONCLAT<sup>48</sup>, después transformada en CGT, y una baja de su militancia y actividad.

Otra problemática a ser resuelta dentro de los movimientos es la vuelta en torno a la manera como éstos se relacionaron con el Estado en gobiernos democráticos. Acostumbrados a ver los gobiernos dictatoriales favorecieron el patronato e intervinieron en los sindicatos impidiendo su movilización, los movimientos tendían a recibir con cierta perplejidad una acción más neutra y a veces favorable a los trabajadores. En el trabajo de Vânia Bambirra<sup>49</sup>, sobre los movimientos de los favelados en el Estado de Río de Janeiro, se buscó mostrar una cierta crisis del propio Estado y del propio gobierno en la medida en que éste se abre a un diálogo mayor con el movimiento de favelados y con otros sectores sociales. No siempre éste está suficientemente preparado y tiene una política social elaborada para articularse con esa realidad nueva, que entra en contradicción con el propio sistema institucional existente y plantea una serie de problemas nuevos extremadamente ricos para el debate y para la gestión de las políticas públicas.

Al mismo tiempo, existen las implicaciones internas de esa situación para los movimientos sociales. Ante esta relación nueva con el Estado, los movimientos se sienten paralizados ante una amenaza de cooptación, y se plantea a ellos la necesidad de desarrollar una línea independiente, un proyecto propio ante el Estado, que no se confunda con una posición de confrontación permanente y definitiva con éste.

Otro tema que marca esa coyuntura y se refleja en los trabajos en estudio es el efecto de la crisis sobre los movimientos sociales. En el trabajo de Pedro Jacobi hay una referencia constante a la hipótesis de que la crisis debería haber provocado mayor dinámica en los movimientos sociales. Incluso el movimiento de los desempleados aparece como una consecuencia directa de la crisis, que habría llevado a una movilización mayor. Sin embargo, si examináramos por ejemplo, los trabajos sobre el movimiento obrero, el propio movimiento de mujeres, de negros, etc., el contexto de la crisis parece haber sido mucho más inmovilizador que movilizador. Históricamente, las crisis tienden mucho más a inmovilizar los movimientos organizados. Éstas aumentan la

---

<sup>47</sup> CUT-Central Única de los Trabajadores con una fuerte influencia del Partido de los Trabajadores, direcciones comprometidas con la dictadura, militantes del PCB, PC de Brasil y MR-8.

<sup>48</sup> CONCLAT-Confederación Nacional de las Clases Trabajadoras, direcciones comprometidas con la dictadura, militantes del PCB, PC de Brasil y MR-8.

<sup>49</sup> Vânia Bambirra, "Favelas y Movimientos de Favelados en el Estado de Río de Janeiro", *Política y Administración*, n.2, p.239.

actuación de los movimientos no orgánicos como los desempleados, que no están ligados al funcionamiento permanente del sistema económico. En estos, sin embargo, la tendencia de la crisis es inmovilizadora. Incluso si aceptamos los datos que han sido presentados, en el sentido de que hubiera habido una cierta recuperación de los mismos en algunos años, habríamos podido analizar las manifestaciones más bien sucedidas por el movimiento obrero, sobre todo en el caso de los trabajadores agrícolas, como un resultado de una cierta recuperación económica basada en la manutención de las exportaciones. Ciertamente sería necesario profundizar más ese análisis sobre la relación entre la crisis, la movilización social y la dinámica de los movimientos sociales.

Restan algunas cuestiones teóricas mucho más amplias como la relación entre los dos grandes movimientos sociales (el obrero y el de trabajadores agrícolas) con el de los nuevos movimientos sociales. Si bien los movimientos de los favelados y de habitantes ya existían históricamente, es importante resaltar que adquirieron un dinamismo muy grande en los últimos tiempos. La cuestión fundamental es investigar si esos movimientos tienden a permanecer dentro de la estructura de funcionamiento de una democracia o si son movimientos circunstanciales. Con el rápido desarrollo del capitalismo en Brasil en los últimos treinta años, ya se cristalizaron en la estructura económico-social los elementos de un vasto sector de servicios dedicado a la circulación, a la complementación de la producción y a la reproducción de la población.

Como ya destacamos, en una sociedad cada vez más integrada en un sistema productivo nacional e internacional corresponde un papel creciente a las instituciones privadas o estatales en la atención a las necesidades de la población. De esa manera, las condiciones de vivienda, educación, salud, alimentación, dependen de una estructura de servicios públicos y dejan de estar basadas en el presupuesto familiar, incapaz de cubrir la organización de servicios tan vastos y complejos. En consecuencia, los movimientos sociales urbanos adquieren nuevas formas de actuación para canalizar las demandas de esos servicios y presionar al Estado para una mejor atención de esas necesidades.

La crisis, como vimos, altera y deprime de cierta manera los centros productivos que forman el núcleo del movimiento. La transición democrática los canaliza en gran parte a la lucha por la democracia y por las libertades públicas, como las grandes campañas por la amnistía, las elecciones, la campaña por las "directas ya", la movilización en torno a la Constituyente, etcétera.

A medida que se detiene el proceso recesivo y se recupera la organización del movimiento obrero y de trabajadores urbanos y rurales, todo el conjunto anárquico descrito anteriormente encuentra una columna vertebral en dirección a la formación de un sujeto colectivo nacional. Si dichas tendencias fuesen acompañadas

por una evolución doctrinaria, estratégica y táctica similar en el campo político, veríamos brevemente levantarse un enorme gigante sociopolítico en el país. Sus pasos, aunque vacilantes, harían temblar las estructuras tradicionales de nuestro continente.

#### **IV. De cómo las clases dominadas cuestionaron a la dictadura<sup>50</sup>**

Ya al final de los años 60, más especialmente en la década de 1970, los movimientos sociales comienzan a conformarse o a rearticularse en Brasil. Esto no es casualidad. Representa una respuesta por parte de los sectores populares a los resultados del desarrollo del capitalismo dependiente en el país que acentuó las desigualdades, las carencias y la marginalización de más del cincuenta por ciento de la población. Y esto estuvo patente aún en el periodo del llamado "milagro brasileño", cuando el proceso de acumulación de capital alcanzó su ápice y ocurría una gran expansión de la industrialización, cada vez más concentrada, centralizada y monopolizada, enfocada a la conquista de mercados externos y a la satisfacción de las necesidades de las altas esferas de consumo.

El supuesto de tal desarrollo fue la aplicación ortodoxa de la política económica del FMI desde 1964, basada en la estabilización monetaria vía contención de salarios –"reducción salarial"-, restricción del crédito a las pequeñas y medianas empresas, contención del gasto fiscal y la apertura, sin restricciones, a la penetración del capital extranjero.<sup>51</sup> Su resultado fue la acentuación de la desnacionalización de los medios de producción, el crecimiento extraordinario de la deuda externa y la intensificación de la concentración de la renta, cuya contrapartida fue el empobrecimiento de la gran mayoría de la población.

---

<sup>50</sup> Este capítulo fue escrito originalmente en colaboración con Vânia Bambirra; fueron realizados cambios posteriores sobre los cuales la coautoría no tiene responsabilidad.

<sup>51</sup> Entre los materiales del Proyecto sobre los Movimientos Sociales en Brasil, patrocinado por la ONU, se encuentran referencias muy sugestivas en relación a la apertura de la "nueva frontera" a inversiones extranjeras en el estado de Minas Gerais, en el trabajo de Michel Marie Le Ven. "El Movimiento Obrero y Sindical en Minas Gerais (1972-1985)". Sobre la "acción expropiatoria de los recursos naturales" en Amazonia, véase Carlos Alberto F. Lima y Aluísio Lins Leni, "El complejo Industrial de Barcelona y su impacto en la Economía Tradicional". Movimientos Sociales en Brasil, PAL, UNU.

Las clases medias y los segmentos de sectores populares que de alguna manera habían disfrutado del “milagro” (debido al aumento de empleos y al acceso a bienes de consumo durables a través de la expansión del sistema de crédito) se frustran en seguida, debido al agotamiento del periodo de expansión del sistema a mediados de la década de 1970 y al estancamiento que caracterizó a la década de 1980.

Estos grupos se transformaron, al decir de Ruy Mauro Marini, en “proletariado de servicios” y su proletarización los condujo inexorablemente a la pauperización durante la crisis.<sup>52</sup>

En este sentido, tuvieron indiscutiblemente un liderazgo típico de clases medias los movimientos de mujeres y los movimientos negros, por lo menos en el periodo al cual nos referimos. Con todo, vale la pena recordar que el movimiento negro tiene un origen bastante anterior, sobre todo el “movimiento negro implícito”- de acuerdo con la conceptualización de Joel Rufino dos Santos. Esos orígenes son sin duda populares pues brotan de los sectores más explotados y marginados de la población negra.<sup>53</sup>

De la misma forma, el movimiento de mujeres se atribuyó a sus bisabuelas, pues data de la época de las sufragistas, a inicios de siglo, a sus primeras apariciones en el escenario político. Es necesario, sin embargo, no perder de vista que, en este caso, desde sus inicios, el primer grito de alerta y el primer gateo partió también de las clase medias.

Existen varios denominadores comunes entre los dos movimientos: ambos luchan por la conquista de un respeto social, por la preservación de su dignidad y contra la discriminación; ambos luchan por el acceso al mercado de trabajo y contra las discriminaciones funcionales y salariales; en suma, ambos luchan contra la marginación social a que históricamente fueron sometidos y que tienden a agravarse en épocas de crisis.

Ya los movimientos sociales, según Pedro Jacobi<sup>54</sup> están compuestos de una base nítidamente popular, pues sus activistas vienen de aquellos sectores de la población que se sienten directamente afectados por la pésima calidad de los servicios, los enfermos desatendidos, los que se sienten amenazados por la violencia

---

<sup>52</sup> Ruy Mauro Marini “El Movimiento Obrero en Brasil”, Política y Administración. V.1, n.2, FESP-RI, 1985.

<sup>53</sup> Véase a este respecto Heleieth Iara Bongiovani Saffioti, “Feminismo y sus frutos en Brasil”, Cedec, mimeo, 1986; “Caminos del Feminismo en Contexto Socioeconómico Subdesarrollado”, proyecto Movimientos Sociales de Brasil, PAL, UNU, mimeo.; y Joel Rufino dos Santos “INPC y Cacique de Ramos: dos ejemplos de movimiento-negro en la ciudad de Río de Janeiro”; proyecto Movimientos Sociales en Brasil PAL, UNU.

<sup>54</sup> Pedro Jacobi, “Movimientos Sociales Urbanos en una época de transición: límites y potencialidad”, proyecto “Movimientos Sociales en Brasil, PAL., UNU.

urbana, los desalojados o, en otras palabras, los que no tienen siquiera garantizado un techo para descansar, una estera para morir.

Al lado de la lucha de estos sectores excluidos y marginados, especialmente después de la quiebra del “modelo económico”, se destaca el surgimiento de un liderazgo ágil de clases medias que centraba sus reivindicaciones en torno a la cuestión de la casa propia, en la lucha contra los reajustes de las prestaciones del Banco Nacional de Vivienda (BNH). Dicho Banco tenía por objetivo financiar la adquisición del inmueble a través de todo un sistema de prestaciones reajustables de acuerdo a un patrón correlacionado con el aumento del costo de vida. Pero, poco a poco, los reajustes se fueron volviendo cada vez más exorbitantes e inaccesibles para los asalariados. Tal situación dio origen a un intenso cuestionamiento y resistencia por parte de los deudores que utilizaban como infraestructura las combativas Asociaciones de Vecinos que se constituirían desde la zona sur hasta los suburbios, sobre todo de las ciudades grandes.<sup>55</sup>

El movimiento de los favelados es un movimiento típicamente popular, en vista de que los vecinos de las favelas componen el extracto más marginado de la sociedad. Está compuesto por ex-campesinos expulsados del campo; inmigrantes que huían de las regiones de sequía; trabajadores desempleados o que ganan salario mínimo; la mujer abandonada; el “temporal” o empleado ocasional del sector de servicios; la empleada doméstica, etcétera.

A pesar de tener un origen más antiguo, el movimiento de favelas se activa en la última década. Hasta el fin de la década de 1970 se mantiene en una actitud de defensa, centrado principalmente en la lucha contra las retiradas y orientado aún por una concepción paternalista de que la sobrevivencia dependía de protectores, ya fueran los padres, los políticos, los banqueros o los bandidos.<sup>56</sup>

Ya en los años 80, el fantasma de las retiradas había desaparecido, pues los gobiernos locales tuvieron que aceptar, como una situación real, el fenómeno de favelización. A partir de 1982-1983, durante la campaña

---

<sup>55</sup> La más combativa de estas asociaciones es, sin duda, la FAMERI (Federación de las Asociaciones de Vecinos del Estado de Rio de Janeiro) liderada, durante un largo periodo, por Jó Rezende, un técnico de nivel medio que, debido al liderazgo junto con las comunidades, terminó siendo electo vice-alcalde del importante municipio de Rio de Janeiro.

<sup>56</sup> Véase Vânia Bambirra. “Favelas y Movimientos de Favelados en el Estado de Rio de Janeiro”, *Política y Administración*, vol. I, n.2 (FESP R) -1985



electoral y, en seguida, con la posesión de los nuevos gobiernos democráticamente electos, dicho movimiento intentó adquirir una postura más reivindicativa. Esa postura se condensó en una aspiración básica: que el poder público legalizara la posesión de la tierra y urbanizara las favelas, dotándolas de servicios básicos (luz, drenaje, pavimentación, módulos médicos, escuelas, guarderías, etcétera.).

Los movimientos obrero y campesino, típicos de las clases dominadas –cuyo origen es antiguo e histórico, pues marcaron varios momentos cruciales de luchas por las reformas sociales- también vuelven a despuntar en el escenario político de los años 70.

El movimiento obrero renació a través de sucesivas e importantes huelgas, sobre todo en São Paulo y Minas Gerais.

En el ABC<sup>57</sup>, la primera ola huelguista en 1978 tuvo, a decir de Marino, características sui generis: “La propia forma de movilización constituía un hecho nuevo en Brasil (...), los obreros no abandonaron el trabajo, limitándose a permanecer de brazos cruzados al lado de las máquinas paradas, en una ocupación real, durante el tiempo necesario”. Los sindicatos, según el mismo autor, “mostraron contar con un apoyo efectivo de las bases y reforzaron su unión con ellas, mediante la utilización de delegados, núcleos de acción y comisiones coordinadoras”. La gran vanguardia del movimiento huelguista fue el sector obrero metalúrgico<sup>58</sup>.

Las huelgas de 1979 marcaron el auge del movimiento y se esparcieron en varias categorías y por varios estados del país, Pero es en São Paulo donde ocurren 50% de las huelgas que llegan a movilizar, solamente en el ABC, a 210 mil trabajadores. El movimiento cuenta con un apoyo de la Iglesia Católica y de la oposición

---

<sup>57</sup> Así llamadas las ciudades de Santo André, São Bernardo y São Caetano en São Paulo, donde se encuentran las grandes industrias modernas, sobre todo las metalúrgicas, de autopiezas y montadoras de automóviles.

<sup>58</sup> Ruy Mauro Marini. Op.cit., p. 185. Lucía Oliveira cita datos que explican el peso de la economía paulista en el contexto de la economía nacional y la importancia especial de los obreros metalúrgicos: “São Paulo (...) concentra la parcela más significativa del conjunto de la actividad económica, tendió su población activa de 6.3 en 1970 a 11.2 millones de personas representando 23.5 de la PEA nacional. Están concentrados en el Estado más de 35% de la fuerza de trabajo industrial, (...) En 1974 (...) la metalurgia y particularmente los sectores de material de transporte electrónico, autopiezas, absorbía 29.6% de aquel porcentaje. Esta proporción se amplía posteriormente, encontrándose actualmente en la metalurgia cerca de 50% del proletariado industrial, más de la mitad de estos en los municipios de São Paulo y del ABC, siendo que un 70% de los trabajadores en las montadoras se encuentran en este último”. “El movimiento Obrero en São

democrática. Son reunidas más de 30 entidades sindicales y se aprueba una pauta común de reivindicaciones que incluya aumento y unificación nacional del salario mínimo, garantía y estabilidad de empleo, reajustes trimestrales, libertad y autonomía sindical, derecho de huelga, delegado sindical, libertad de organización y manifestación, constituyente, elección directa para presidente de la República y todos los cargos ejecutivos, cambio de la política económica.<sup>59</sup>

Sin duda, el movimiento obrero en los últimos años de la década de 1970 vive un intenso periodo de ascenso que se demuestra en el avance de sus organizaciones clasistas, en su combatividad y en el carácter de sus reivindicaciones que no se circunscriben siquiera al terreno de la lucha económica, pero avanzan hacia el campo político.

El movimiento campesino que existió hasta los primeros años de la década de 1970 -por ejemplo las Ligas Campesinas y la experiencia de Formoso en Goiás- no logró reconstituirse en los años 70. El movimiento luchaba por la posesión y permanencia de la tierra, lucha tal que se hizo más difícil tras el triunfo del golpe de 1964. El fenómeno nuevo que ocurre en el campo brasileño es el surgimiento y la proliferación intensa del trabajador agrícola temporal, el llamado "jornalero" en general, o ex-campesino pequeño productor expulsado de su tierra. Llegan a habitar en las "ciudades dormitorios" y son contratados por las grandes empresas agrícolas en las épocas de cosecha y plantío.

Ya al final de los años 70 comienzan a ocurrir las primeras movilizaciones de resistencia de estos trabajadores, como en Ribeirão Preto y en seguida en el Noreste.<sup>60</sup>

Gran porcentaje de los trabajadores temporales se concentró en el sector azucarero debido al Programa Nacional del Alcohol, que busca sustituir la importación de petróleo.

Las primeras luchas se dieron contra los abusos de los contratistas y reivindicaban un aumento del pago por la caña cortada y mayor seguridad en el transporte. Posteriormente, ya en la década de 1980, sus reivindicaciones serían más elaboradas y sus luchas más violentas: "estabilidad en el empleo, mayores salarios, descanso

---

<sup>59</sup> Lucia Oliveira, op. cit., p. 8 y 12

<sup>60</sup> Véase Maria Conceição D'Incao y Moaeyr Rodríguez Botelho. "Movimiento Social y Movimiento Sindical entre los Asalariados Temporales de la Agroindustria Canavieira en el Estado de São Paulo". *Movimientos Sociales en Brasil*". UNU-PAL.

remunerado, derecho a remuneración por enfermedades, control del trabajador sobre lo que produce, eliminación de la explotación adicional realizada por el "gato" o contratista, etcétera..."<sup>61</sup>

Se desarrolló también la tendencia a la organización sindical y a la vinculación al movimiento sindical ya organizado. En 1979 surgen, en el Tercer Congreso de Trabajadores Rurales, las primeras movilizaciones organizadas de estos trabajadores. Desde entonces hasta ahora, se presencia, como dice Ruy Mauro Marini, " la transformación de la mano de obra semi-asalariada del campo en auténtico proletariado, cada vez más urbano (...) y que emerge, en esta primera mitad de la década de 1980, dispuesto a –luchando por sus derechos- ocupar el lugar que le corresponde dentro del movimiento obrero".<sup>62</sup>

Finalmente, los movimientos religiosos tuvieron un significativo ascenso en los años 70. Es difícil precisar el origen de la clase de sus dirigentes. En la Iglesia Católica la mayoría de aquellos que llegan a ocupar los más altos cargos de su jerarquía provienen de las clases dominantes, pero existen muchos sacerdotes que provienen de las clases medias y hasta incluso de sectores populares. Sin embargo, la gran base social católica está compuesta por las clases medias y los sectores populares. Fue sobre todo entre ellos que el trabajo de las CEBs (Comunidades Eclesiásticas de Bases) fue más intenso, perseverante y fructífero, no sólo limitando a las ciudades, sino penetrando también en el medio rural.

El trabajo de las CEBs extrapuló los límites de la religión y se enfocó notoriamente a las cuestiones políticas y sociales, desde la lucha por la amnistía, pasando por el apoyo a movimientos huelguistas hasta la lucha por las elecciones directas para presidente. Esto porque las CEBs en general fueron dirigidas, a partir de los años 60, por los sectores más progresistas de la Iglesia. Su contribución al avance de los movimientos sociales en su conjunto fue altamente positiva y estimulante a medida que apoyaron las reformas sociales, las reivindicaciones populares y el proceso de democratización del país. Pero, en cierto sentido, tiene razón Helleieth Saffioti cuando destaca la duplicidad de la función social de la Iglesia. Debido al interés que posee su análisis, vamos a citarlo ampliamente:

"Las CEBs que ya sobrepasan tres millares en el país, no actúan solamente en el medio urbano, sino también en el medio rural, organizando a los agricultores sin tierra para luchar por la legalización de la posesión del

---

<sup>61</sup> Maria Conceição D'Incao y Moaeyr R. Botelho, op cit., p.17s.

<sup>62</sup> Ruy Mauro Marini, op. Cit., p. 195.

suelo en que plantarán sus medios de subsistencia. En consecuencia principalmente de la actuación de las CEBs en la lucha por la posesión de la tierra, se han registrado conflictos entre la Iglesia Católica y el Estado brasileño. Al fin y al cabo, las relaciones entre el poder político instituido en varios niveles (municipal y federal) y la Iglesia llegan siempre a buen término, una vez que la Iglesia, al conducir los movimientos sociales a través de las CEBs, regula la profundidad de los cambios socioeconómicos pretendidos por los menos favorecidos. No es pues, correcta la afirmación de que la Iglesia hizo su opción por los pobres. Es cierto que defiende intereses de estos últimos, pero lo hace en un escenario político en cuya estructura de poder le está reservado un determinado espacio que ella intenta no solo preservar, sino también ampliar, sin, siquiera romper las reglas del juego. La función social de la Iglesia ha sido, por lo tanto, en los últimos 20 años, doble, en tanto que es interlocutora legítima ante el Estado, y expresa las aspiraciones populares, como detentora de una buena parcela del poder político, y dificulta la emergencia de rebeliones populares con potencial revolucionario”.<sup>63</sup> Vale la pena, sin embargo, recordar que tal duplicidad no debe ser imputada a la Iglesia en su conjunto pues en su interior están presentes las contradicciones sociales. Es decir, por lo tanto, que no hay una “opción por los pobres” es una media verdad, pues existen sectores religiosos que realmente hicieron esta opción. El caso de Nicaragua ilustra, de forma contundente, dicha observación.

Paralelamente, a la influencia de la Iglesia Católica, siempre entró en vigor, con mucha fuerza, la de las religiones de origen africano. Naturalmente, en Brasil adquirieron sus propios matices y algunas intentaron incluso asimilar algunos aspectos del catolicismo, dando origen a todo un sincretismo de cultos. Estas religiones, que muchas veces fueron reprimidas y perseguidas, se afirman y se expanden, de manera vigorosa, a partir de la década de 1970, en el círculo del movimiento negro. Existe incluso una tendencia al “emblanquecimiento” de las creencias y de los rituales. Comienza a estar de moda, entre las clases medias y hasta entre las élites blancas, la frecuencia a las “plazas”, a los locales de los cultos, a las casas de los jefes religiosos. Pero lo relevante en toda esa apertura es que las religiones afrobrasileñas llegan, paulatinamente, a ser cada vez más respetadas, no solo por sus seguidores, sino por la sociedad en su conjunto.

Pero, si estas son tan antiguas en cuanto a la llegada del primer africano a Brasil, lo mismo no ocurre con la serie de cultos relativamente nuevos y que llegaron a proliferar a partir de la década de 1960. Son creencias que poseen un carácter muy conservador y que se preocupan en ejercer su dominación entre las clases medias

---

<sup>63</sup> Saffiotti. “Caminos del feminismo en un contexto socio-económico subdesarrollado”, Movimientos sociales en Brasil, UNU, PAL, p.17 y 18.

bajas, sobre todo entre los sectores populares más carentes. La proliferación de estas sectas a través de construcciones rústicas, pero bien cuidadas, ya es un elemento del paisaje típico de las favelas. Son las llamadas Iglesias Pentecostalistas (Asamblea de Dios).<sup>64</sup>

Aparentemente, predicán un moralismo fanático y reaccionario y tienden a apoyar los partidos más conservadores. La expansión de estas religiones es muy funcional al sistema, a medida que tienden a neutralizar la actuación de los sectores católicos progresistas y de los partidos de izquierda. En general, están vinculadas a organizaciones internacionales –principalmente norteamericanas- y reciben de éstas alguna ayuda financiera.

Estas religiones encuentran un caldo de cultivo en la precaria formación cultural del pueblo, en su abandono, en su desesperación ante sus condiciones miserables de existencia. Además, estas saben desarrollar con maestría –como lo hace también la Iglesia Católica- formas de socialización entre las personas, que van de las fiestas y rituales a los vínculos de solidaridad y fidelidad y finalmente, a la perspectiva de una vida no más allá que compense y justifique los sufrimientos de la vida terrenal.

En los procesos revolucionarios, estas creencias actúan como base efectiva para la contrarrevolución como fue, por ejemplo, el caso de los “Testigos de Jehová”, durante los primeros años de la revolución cubana, instrumentada directamente por la CIA.

Su actitud ante los movimientos sociales tiende a ser francamente reaccionaria teniendo en vista predicar el pacifismo, el conservadurismo, el inmovilismo, siendo por lo tanto verdaderos agentes del *status quo*. El comunismo es el síntoma de la presencia del diablo en la Tierra, y por lo tanto, los políticos y partidos de izquierda son su encarnación; el feminismo es la destrucción de los valores morales de familia, pues pretende retirar de la mujer sus atribuciones naturales concedidas por Dios; la clase obrera y el campesinado deben resignarse, pues estos son los designios divinos.

Sin embargo es bueno recordar que, a pesar de todo esto, muchos “pastores” carismáticos han asumido liderazgos efectivos en el ambiente campesino, favelado, femenino y hasta obrero. Muchos miembros y hasta dirigentes de estas sectas escuchan de forma más nítida el llamado de clase que el de la religión y llegan a

---

<sup>64</sup> Véase por ejemplo, Lia Zanota, Machado y Custódia Selma S. do Amaral. “Movimientos Religiosos en el Centro Oeste”, *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU.

incorporarse activamente a los movimientos de resistencias a la dictadura, a la lucha por la amnistía, por las elecciones directas y hasta incluso a la lucha por la victoria electoral de candidatos realmente comprometidos con la causa popular.<sup>65</sup>

## **V. Los movimientos sociales en el momento de la "Apertura política"**

Tratamos de mostrar como no fue aleatorio el ascenso de los movimientos sociales en los años 70. Resaltamos como estos fueron la respuesta a la quiebra del modelo económico y político que la dictadura trató de imponer al país y que resultó en una aguda crisis en todos los aspectos de la vida nacional. A la crisis estructural del capitalismo dependiente se antepone la crisis económica coyuntural, agravada por la crisis del capitalismo a nivel internacional.

El avance de la revolución científico-técnica en este sistema, particularmente la aplicación creciente de la automatización, tuvo sus efectos en los países dependientes, agravando la cuestión ya aparentemente inexplicable del desempleo.

El sistema autoritario brasileño no fue capaz de encontrar mínimamente respuesta a los agudos problemas sociales que se extendieron con sus secuelas de incultura, marginación, desesperación y protesta.

Es sabido que los momentos agudos de crisis no son los adecuados para el ascenso de los movimientos sociales y por ello no es nada casual que éstos crezcan paulatinamente en el curso de la década de 1970, para alcanzar el auge en su final. Ya en el inicio de la década de 1980, entre 1979 y 1983, la recesión abierta crea las condiciones para un retroceso de los mismos que sólo volvían a despertar a partir de la recuperación aún precaria de 1984-1986. Ésta al apoyarse en gran medida del sector exportador y al contraer las importaciones para crear un superávit de divisas que son usadas para pagar la deuda externa, produce una combinación de plena ocupación de factores, con alta inflación y bajos salarios, de efectos explosivos. Durante la década de 1980 los salarios caen de un 60% a menos de un 40% en su participación en la renta nacional.

Los movimientos sociales son permeables entre si y ello explica por qué el ascenso de uno estimula los otros. Esta es una cuestión elemental: un ciudadano puede participar de varios movimientos sociales. Así, por

---

<sup>65</sup> Sobre la influencia de las Iglesias en el medio rural, se veía Ilse Scherer-Warren, "El Movimiento de los Trabajadores Rurales en el Sur de Brasil", Movimientos Sociales en Brasil, PAL, UNU.

ejemplo, una mujer de la clase obrera, negra, residente en una favela o en un barrio carente y religiosa puede optar por múltiples alternativas de participación.

O sea, un mismo actor puede desempeñar simultáneamente varios papeles. Es por ello que, aunque las experiencias sean distintas, los movimientos sociales poseen entre sí, muchos elementos comunes. Fueron esos elementos comunes los que convergieron en aquel periodo, sintetizando el repudio al régimen autoritario. Ese repudio se manifestó de la manera más concentrada en la campaña por las "directas ya".<sup>66</sup>

En este periodo histórico, los movimientos sociales se afirman como un nuevo sujeto social<sup>67</sup>, dando origen a los nuevos sindicatos en la ciudad y en el campo, asociaciones de barrios, movimientos femeninos, proliferación de CEBs, organizaciones de negros, etc., que se relacionan y se interrelacionan.

Este nuevo sujeto social revela el ansia de participación y de democracia del pueblo brasileño relegado en sus derechos básicos de ciudadanía, durante los veinte años de la dictadura militar-empresarial.<sup>68</sup>

Presionada por este nuevo sujeto social, la dictadura es obligada a hacer concesiones, pero las hace de manera que garantice la continuidad en el poder de los mismos representantes de los intereses del gran capital, asociados a los monopolios extranjeros.

Ello explica la mezquina y lenta reforma del sistema electoral y partidario.

Los nuevos partidos, como el PDT y el PT, surgen y se desarrollan a pesar de las enormes dificultades por la legislación electoral, pero consiguen atraer significativos sectores de los movimientos sociales, aunque el PMDB continúa siendo el partido hegemónico de la oposición hasta las elecciones de 1989.

En 1982 se realizan las elecciones directas para gobernadores, diputados, alcaldes (excepto en las capitales de los estados y en las ciudades consideradas de seguridad nacional y en las estancias hidrominerales) y concejales. La crisis económica durante ese año de campaña electoral intensa había recrudecido. Los

---

<sup>66</sup> Cabe mencionar, la elección directa e inmediata del presidente de la República.

<sup>67</sup> Theotonio dos Santos. "La Crisis y los Movimientos Sociales en Brasil". *Política y Administración*, n. 2. FESP-RJ, 1985.

<sup>68</sup> Nos referimos a la tesis de que el golpe militar de 1964 fue articulado y el poder pasó a ser ejercido personalmente por grandes empresarios asociados a las multinacionales. Véase René A. Dreyfuss. 1964: *La Conquista del Estado*. Vozes. Petrópolis. 1982: Vânia Bambirra. "El Estado en Brasil: de João Goulart a João Figueredo", *Tierra Firme*, n.1, Rio de Janeiro, 1985

movimientos sociales que habían sido los agentes del proceso de la apertura tienden a dividirse, en función de las distintas opciones partidarias. Cada individuo tiende a identificarse, con mayor o menor fuerza, con una propuesta de democratización de la sociedad. La experiencia de la ciudadanía de organización política es muy estricta. Las personas ni siquiera conocen los programas partidarios. Las opciones de militancia y electorales son hechas en función de la confiabilidad personal de los candidatos –el caso del gobernador Leonel Brizola, en Rio-, o en función de la innovación y ortodoxia del partido- el caso del PT-, o del pragmatismo, cabe mencionar el partido que puede derrotar al gobierno, en el caso del PMDB; o finalmente, en función del oportunismo personal. La existencia de partidos introdujo o permitió que se expresaran posiciones diversas en los movimientos sociales. A largo plazo, sin duda, esta diversidad funcionará para bien, pues la democracia se ejerce a partir de partidos organizados. Las definiciones partidarias cuestionaron momentáneamente en esta coyuntura específica, la unidad de los movimientos sociales. <sup>69</sup>

El embrión de la discordia, ya sembrado, proliferó en el seno del movimiento obrero y de muchas organizaciones de mujeres; sobre todo aquellas lideradas por las clases medias, se dividieron, lucharon y desaparecieron del mapa social; las organizaciones, al definirse por una u otra asociación, perdieron su unidad, y así sucesivamente. Eran sin duda, opciones transitorias, pues no se basaban –vale la pena insistir en esta tesis- en el análisis programático de los partidos y reflejaban una dificultad para asimilar correctamente las leyes del funcionamiento de una democracia moderna en lo que respecta a la relación entre movimientos sociales y partidos políticos. El descenso persistió durante los nuevos gobiernos estatales.

Posteriormente, como se frustró la lucha por las “directas ya”, los movimientos sociales resurgieron no propiamente en su particularidad, sino en su fusión en torno al consenso de detener la última gran batalla contra la dictadura. Al frustrarse el objetivo de ese inmenso proceso de movilización, el movimiento se proyectó sobre el ambiente político y las negociaciones para una sucesión aunque indirecta, pues sería hecho a través de un colegio electoral espurio. La expresión mayor, la cara más fea del régimen, que condensaba todo su simbolismo de corrupción y perversidad, se concentraba en la figura de Paulo Maluf. Ese fue tal vez el mayor “chivo-expiatorio” de nuestra historia. La opinión pública, por cierto, no apoyó a Tancredo Neves por sus méritos, por su obra pública inexistente, en cincuenta años de vida política jamás elaboró siquiera un proyecto de reforma social-, sino exclusivamente por ser el opositor del representante oficial del sistema, el

---

<sup>69</sup> Véase a este respecto Jorge Zaverucha, “Movimiento Obrero en Pernambuco (1970-1985)”, *Movimientos Sociales en Brasil*. PAL, UNU. p. 14; Maria Noemi Castilhos Brito. “Mujeres en el Sur: Movimiento y Acción”, *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU. P 15 y 16. Heleieth Saffietti: op.cit. Carlos Alberto F. Lima. “La Lucha por el Espacio Urbano en Belen”. Ídem., p. 5. Varios otros autores citados concuerdan con esta tesis.



conciliador de la conciliación posible –“amplia, general e irrestricta”, como el lema de las “directas”- entre todos (conservadores, liberales, izquierdistas). El balance de las “directas ya” era pues, positivo. A pesar de no haber alcanzado su objetivo final de lograr la sucesión presidencial a través del voto directo, había conseguido dividir el partido de la dictadura y “elegir”, aunque con mecanismos autoritarios, un presidente liberal.

Pero Tancredo murió y la era de la llamada “Nueva República” quedó huérfana. Durante un año, el gobierno de José Sarney se caracterizó por la inmovilización, por el estancamiento de la crisis social, a pesar de que la economía registraba los primeros y débiles síntomas de recuperación.

En los estados, donde los gobernadores fueron electos por la oposición, algunas medidas reformistas, y sin duda, modernizadoras fueron insuficientes para movilizar los movimientos sociales que, cuando mucho, se manifestaron en torno a reivindicaciones muy específicas y sectoriales. La gran excepción fue el movimiento de los “jornaleros”, particularmente en São Paulo, que mucho avanzó en su organización, expandiéndose a través de la realización de combativas huelgas, afirmando un nuevo liderazgo y tendiendo a estrechar sus vínculos con el movimiento sindical urbano.<sup>70</sup> Dichos vínculos si bien representan una evolución del movimiento, como bien destacan M.C. D’Incao y M. R. Botelho, generan al mismo tiempo, un factor que complica su desarrollo, pues atraen la disputa de los partidos políticos y de las centrales sindicales (CUT y CGT) de tendencias opuestas y contrapuestas “creando situaciones delicadas para el movimiento de trabajadores y para el movimiento sindical rural”<sup>71</sup> debido a posturas sectarias que estimulan disidencias y divisiones.

El fortalecimiento del sindicalismo rural que se afirma en el círculo de estas luchas tiene, por lo tanto, sus dificultades y problemas, pues intensifica la codicia por su control, por parte de las más diversas tendencias políticas, muchas veces a través de la instrumentación de la corrupción de liderazgos que se transforman en

---

<sup>70</sup> Maria Conceição D’Incao y Moaeyr Rodrigues Botelho muestran como el movimiento huelguista generado en Guariba se generalizaba “por toda la región de tal manera que hasta el 31 de junio (1985), 46 días tras el inicio del movimiento, 24 conflictos habían sido informados por la gran prensa, involucrando a 48.350 trabajadores, entre saqueos, depredaciones y huelgas. Estos en número de 19. A estas alturas, la FETAESP (Federación de los Trabajadores Agrícolas del Estado de São Paulo) informaba la realización de 25 acuerdos, involucrando a 27 municipios”. Op. cit., p. 23.

<sup>71</sup> Op. cit. p., 26.

“costras”. A nivel nacional es posible percibir una intensa movilización de campesinos sin tierra, en buena medida organizados por la Iglesia Católica, y que están luchando desde hace años por una reforma agraria. Padres y obispos han denunciado insistentemente la gravedad de las tensiones de la zona rural, que ha dado como resultado el asesinato de centenares de campesinos.<sup>72</sup>

El movimiento obrero realiza una gran cantidad de huelgas en los estados donde su presencia es marcada, como en São Paulo y Minas Gerais.<sup>73</sup> Se realizan también importantes huelgas nacionales de categoría profesional como profesores, bancarios, empleados de correos, etc. Pero son huelgas sectoriales, aisladas unas de otras, y que tienen como reivindicación básica, el aumento de salario, y no llegan a adquirir connotaciones más avanzadas que signifiquen propiamente un avance orgánico y político del movimiento en sí.

Además, en general, las huelgas en este periodo no son victoriosas (excepto la de los bancarios en 1985) y no logran cuestionar la política económica del gobierno central que “aprobó su nueva política salarial sin que el movimiento sindical alcanzara a imponerle por lo menos modificaciones”.<sup>74</sup>

El movimiento sindical tiende a consolidar su división, polarizado por la conducción de los partidos, y la tentativa de huelga general patrocinada por la CUT resulta en un rotundo fracaso.

A su vez, los movimientos sociales urbanos, se manifiestan de manera impactante. Primero en São Paulo y enseguida en Rio, a través de acciones de protesta de desempleados por medio de asaltos a tiendas y supermercados.

A pesar de su carácter espectacular y de la amplia cobertura informativa nacional e internacional, dichos movimientos, como todo indica, fueron estimulados por fuerzas del antiguo régimen con el objetivo de desestabilizar los nuevos gobiernos de São Paulo y Rio de Janeiro. Demostrados sus límites y prontamente

---

<sup>72</sup> Véase, por ejemplo, Aurilea Abelem, Op.cit.

<sup>73</sup> Véase Lúcia Oliveira. “El Movimiento Obrero en São Paulo”, *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU. La autora destaca el aumento progresivo de la realización de huelgas, pues en 1984 son el doble de las que ocurren en el año anterior, p.19.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 19.

reprimidos o políticamente combatidos, desaparecieron tan súbitamente como habían surgido. En seguida, sus formas de manifestación tienden a menguar.<sup>75</sup>

Es verdad que continúan llevándose a cabo movimientos de barrios, reivindicando atención a la salud, a la seguridad, al problema de los transportes, etc. Sin embargo, son manifestaciones menores en comparación a las ocurridas a fines del gobierno autoritario.

El movimiento de favelados no registró mayores avances a nivel nacional y no logró satisfacer siquiera partes significativas de sus reivindicaciones. No existen evidencias que comprueben lo contrario; los análisis revelan la existencia de una gran inmovilidad.<sup>76</sup> La gran excepción es la del movimiento de Rio de Janeiro. Esto porque durante el gobierno de Brizola se dio prioridad efectivamente a la atención a las reivindicaciones de los sectores carentes. Su meta fue el cumplimiento de un programa social de gran porte, concentrado fundamentalmente en la atención a los niños y jóvenes. En este sentido, fueron construidos 180 y contratada la construcción de otros 320 CIEPs (Centros Integrados de Educación Pública) con capacidad de atender a 500 mil estudiantes en los niveles básico y medio, en jornada completa. Los CIEPs abastecen todas las comidas, deportes, formación artística, asistencia medico-odontológica. Funcionan incluso en época de vacaciones, de manera que no interrumpen la asistencia de los alumnos.

Este programa, además de aliviar el presupuesto de las familias pobres, creaba condiciones para que la mujer pudiese trabajar fuera de casa y sobre todo, ofrecía al niño la posibilidad de una formación integral que lo volviera apto, en el futuro para ejercer una actividad a nivel técnico o profesional, esencial para el ejercicio de su ciudadanía.

Existen muchos otros programas que fueron cumplidos en Rio de Janeiro. Uno de los más relevantes fue el de urbanización de las favelas y la legislación de la posesión de la tierra urbana por medio del proyecto "cada familia un lote", que incidió prioritariamente sobre la mujer favelada. Es importante recordar que, apenas en

---

<sup>75</sup> Pedro Jacobi, op.cit.

<sup>76</sup> Véase por ejemplo, el excelente trabajo de Maritza Rezende Afonso y Sergio de Azevedo. "Ciudad, Poder Público y Movimiento de Favelados", *Movimientos Sociales en Brasil*. PAL, UNU, donde se muestra cómo las expectativas del movimiento de favelados fueron defraudadas por el gobierno de Tanerredo Neves y, en seguida de Hélio Garcia, en Minas Gerais. Véase también el trabajo de Maria do Céu Cezar donde se muestra que, en una ciudad favelada como Recife (Pernambuco), el "Movimiento de Defensa de los Favelados solo surge el 1985". *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU.

el municipio de Rio de Janeiro, existen más de 400 favelas cuya población total se calcula en cerca de dos millones, o sea, casi un tercio de los habitantes de la ciudad.

La política del gobierno estatal, al apuntar en dirección de una efectiva resolución de los graves problemas sociales de esos amplios sectores, tuvo como consecuencia el fortalecimiento del movimiento de los favelados, pues, son las favelas más organizadas las que poseen mayor capacidad de reivindicación y de obtener mejoramientos por parte del poder público. De ahí proviene el crecimiento y mayor respetabilidad de la FAFERJ (Federación de las Asociaciones de Favelas de Rio de Janeiro).

El resultado de ese extenso programa social se manifiesta en las elecciones presidenciales de 1989 cuando Leonel Brizola alcanzó 70% de la votación del Estado de Rio de Janeiro.

En São Paulo y en Minas Gerais fueron creados por los gobiernos del PMDB, los CECF (Consejo Estatal de la Condición Femenina), compuesto por mujeres de este partido. En seguida se creó ese Consejo a nivel federal. A lo que todo indica que sus resultados fueron muy limitados (ni siquiera dispusieron de presupuesto propio y poder deliberante), excepto en el municipio de São Paulo, donde, por su influencia, se elevó el número de guarderías de 80 a 400; se creó la Comisaría de la Mujer en casos de violencia, divorcios, etc.).<sup>77</sup> En 1988, el PMDB perdió el control del Consejo Nacional de los Derechos de la Mujer, mostrando su carácter de cúpula al depender de los caprichos del ministro de la Justicia en función.

En otras regiones como las del sur, desgastadas por inundaciones y sequías, los propios gobiernos reconocen que poco pudieron hacer para atender las reivindicaciones sociales.<sup>78</sup> En las regiones norte y noreste –esta última también afectada por sequías y, luego por inundaciones, prácticamente nada fue hecho sustancialmente para enfrentar los gravísimos problemas de las poblaciones carentes.<sup>79</sup>

---

<sup>77</sup> H. Saffiotti, *Feminismo y sus frutos en Brasil*, p. 28s

<sup>78</sup> El gobernador Jaur Soares dijo que se daría nota cinco. "Yo fui un gobernador que tuvo calamidades terribles en la administración: dos inundaciones, una sequía, los problemas de la Caldas Junior, el problema de la Habitasul, el problema del Sur Brasileño. (...) Yo no estoy haciendo nada y quien venga después de mi va a hacer la misma cosa, a no ser que retrase el pago del funcionalismo". *Periódico de Brasil*, p.6 1" cuaderno 4/5/86.

<sup>79</sup> Carlos Alberto F. Lima, comentando las obras del nuevo gobierno peemedebista en el Pará, tras 1983, dijo que este "atiende prioritariamente, las reivindicaciones de los Centros, Comisiones y Asociaciones de Barrios. A las inversiones megalomaniacas. (se refiere al periodo de la dictadura), el nuevo gobierno contrapone inversiones de menor envergadura como: construcción de estibas, recuperación de brazos de arroyos, posibilitando el desagüe de de las aguas que había sido perjudicado con el terraplén, etc." "La lucha por el espacio urbano en Belén". *Movimientos Sociales en Brasil*. PAL, UNU.P.5. Este caso es ilustrativo – en general las realizaciones son mediocres a pesar de que, muchas veces, son acompañadas de costosas campañas publicitarias como en el caso del gobierno Hélio

Esta frustración de expectativas llegó a impulsar un nuevo auge de los movimientos sociales a partir de 1986, pero éste se dio en un contexto bastante distinto al de los años 70, como veremos en el próximo subtema. Sin embargo, vale la pena mencionar que fue en el movimiento negro y en el de mujeres donde el descenso y la desestructuración se manifestaron de forma más nítida.

Es verdad que, como destacamos anteriormente, el descenso crea condiciones para el avance de la conciencia crítica. Así, por ejemplo, aunque los movimientos femeninos sean astillados y dejado de ser percibidos en su conjunto por la sociedad civil, existen demostraciones de que la conciencia femenina continuó avanzando. Ilustra tal aseveración el hecho de que entre los libros más vendidos semanalmente en las mayores capitales siempre se destaquen las obras que discuten la situación de la mujer, constituyéndose en verdaderos *best-sellers*.<sup>80</sup>

Es importante recordar pero que, como bien destaca H. Saffiotti, a pesar del reflejo del movimiento, las mujeres se organizan. El liderazgo femenino de clase media hiberna, pero las mujeres del pueblo tienden a superar los estrictos ambientes privados y a actuar en los espacios públicos<sup>81</sup> participando en múltiples movimientos sociales, ya sean los de los barrios, los de favelas (hay una interesante tendencia a que los presidentes de las Asociaciones de Habitantes sean mujeres), de los sindicatos, de las invasiones de tierras, etcétera.

El movimiento negro "explícito" se avergüenza y se divide, pero el movimiento "implícito" continúa su curso por la demanda de una cultura milenaria. Lo interesante es que la conciencia del liderazgo negro tiende a dar un salto cualitativo, en el plano teórico, y a plantear la cuestión de la necesidad de una "creciente consolidación de una nueva identidad racial y cultural para el negro y, en cierta medida, también para los blancos brasileños- encauzando para las parcelas más proletarizadas del mundo blanco, desviadas con el régimen militar que debería ser el mundo de los blancos, al sector más explotado de la sociedad -el mundo de los negros".<sup>82</sup>

---

<sup>80</sup> Autoras como Rose Marie Muraro. Marina Colussanti, Marta Suplicy fueron y continúan siendo muy leídas.

<sup>81</sup> Op.cit., p 21. El análisis de Maria Noemi C. Brito. Op.cit., también va en la misma dirección.

<sup>82</sup> Véanse los excelentes trabajos de Hamilton B. Cardoso, "Límites del Enfrentamiento Racial y Aspectos de la Experiencia Negra de Brasil: Reflexiones". *Movimientos Sociales en Brasil*. PAL, UNU. P 24; Joel Ruffino dos Santos. "IPCN y Cacique de Ramos: Dos ejemplos de Movimiento Negro y Ciudadanía", Ídem.

En este sentido, es como la conciencia negra comienza a percibir, con toda nitidez, que la cuestión del negro se entronca con la cuestión de la clase social oprimida, de los proletarizados, sin tener que abdicar a la afirmación de sus tradiciones culturales específicas. Como bien destacó Joel Rufino, para el proletariado negro “es indiscutiblemente más fácil llegar a la conciencia de clase que a la de la raza”, pero una no debe oponerse a la otra, sino complementarse.

La energía peculiar que se manifiesta en los movimientos negros implícitos, según el mismo autor, contiene en su interior un potencial político-ideológico que puede ser, al mismo tiempo, un instrumento de lucha contra el racismo y contra el capitalismo.

Esta aguda conciencia crítica de las limitaciones de la etapa anterior al movimiento negro, dirigido por sus élites de clases medias, tiende a transformarse en consenso entre los nuevos analistas de este movimiento social. Ésta pronuncia, sin duda, un salto de calidad en la orientación del movimiento y la perspectiva de que, finalmente, éste logrará enraizarse en el seno de los sectores oprimidos.

### **Perspectivas de los movimientos sociales**

Como vimos, los movimientos sociales en Brasil, en el momento en que se comienza a efectuar el proceso de apertura política, se expanden, se interrelacionan y fortalecen a sus organizaciones.

Durante la lucha electoral de 1982, seguida por la lucha por las “directas” y luego con el advenimiento de la llamada “Nueva República”, se crean nuevas perspectivas de relación con el Estado y los gobiernos estatales. Dichas perspectivas se desarrollan en el sentido de que es posible refuncionalizar el capitalismo de Estado, sometiéndolo, por lo menos de una manera más progresista, a los objetivos sociales reformistas.

Pero, el objeto estratégico implícito, revela que, en última instancia, el pueblo, a través de varias formas de movimiento, lucha por un nuevo proyecto histórico. Este consiste en la construcción de una nación soberana y efectivamente democrática (política, económica y socialmente) lo que las clases dominantes, oligárquicas y burguesas, no fueron capaces de crear.

La lucha por las reformas se inserta pues, en el contexto de una lucha más amplia, como una de las formas de manifestación de una lucha de clases, que afecta a sectores mucho más amplios.

A medida que el Estado no tiene condiciones de implementar, de manera sustantiva, una política de efectivas reformas sociales, comienza a manifestarse, en el seno de los movimientos sociales, la tendencia a constituir un proyecto social y político más global que pasa por la alianza de las fuerzas populares en torno a un programa de gobierno y a una estructura de poder donde el Estado y los movimientos sociales pueden colaborar entre sí, respetando sus diferentes funciones sociales.

Una importante oportunidad para el diseño de ese proyecto, fue la campaña por la Constituyente en 1986 y las luchas que se desarrollaron en su seno por las demandas populares. En esta oportunidad se formó un amplio frente entre los movimientos sociales, las entidades de clase, las instituciones democráticas y progresistas y los parlamentos de izquierda. Este frente, se iría a deshacer en las elecciones de 1987 para las alcaldías de las capitales en nombre del fortalecimiento de los partidos por separado. Sin embargo, en 1989, la elección presidencial vio reubicar las bases de esa alianza en el segundo turno de las elecciones cuando se unieron al PT (y los demás miembros del Frente Popular que con él se presentaron en las elecciones del primer turno), el PDT y sectores del PMDB y del PSDB.

Este amplio frente solo fue quebrado por el CGT, dominado por el llamado "sindicalismo de resultados" que recibió un enorme apoyo del *stablishment* para dividir el movimiento obrero. También fue un factor de debilidad la vacilación del PSDB cuyo apoyo a la candidatura de Lula fue extremadamente condicionado y frágil.

Pero al lado de esa unificación aún precaria de las fuerzas populares, se desarrolló también un proceso de unificación de la derecha, que a pesar de no disponer de un mensaje realmente popular, defendió a los candidatos con ella identificados con mayores oportunidades electorales. En este caso, los candidatos tuvieron plena libertad para atacar a todos los individuos e instituciones que suscitaban el odio popular. El candidato que la derecha terminó por apoyar por su posibilidad electoral<sup>83</sup>, Fernando Collor, pudo así atacar a la dictadura a la cual sirvió el gobierno Sarney, bajo cuya sombra se eligió, las Fuerzas Armadas y particularmente el SIN, sin cuyo aval no podría ser indicado por el presidente Figueiredo como alcalde nombrado de Maceió, los empresarios de la FIESP, sin cuyo apoyo financiero no podría sostener su campaña.

Es importante resaltar que la campaña de Lula se hizo en nombre del socialismo, no como meta inmediata de gobierno, sino como objetivo final del movimiento que se unía a su alrededor. Esto es el resultado de un

---

<sup>83</sup> Ver René Dreifus. *El juego de la Derecha*. Ed. Vozes. Petrópolis, 1989

proceso de creciente definición ideológica de los propios movimientos sociales, particularmente de la CUT que se posicionó como socialista desde 1986.

De esta forma, el escenario político nacional tiende a configurarse entre dos grandes bloques de fuerza, la izquierda y la derecha. El grueso de los movimientos sociales tiende a sostener a la izquierda y solamente algunos sectores más pragmáticos siguen aún el llamado "sindicalismo de resultados". Este, sin embargo, después de definirse como pragmático y apolítico terminó por desenmascarar sus objetivos comprometiéndose definitivamente con la candidatura y posteriormente con el gobierno de centro-derecha. Con la evolución de ese gobierno y el fracaso de sus propuestas de conciliar los intereses de los trabajadores con un programa de reformas liberales deberá ampliarse el frente de fuerzas populares que se diseñó en las elecciones presidenciales y deberá desglosarse en el próximo parlamento y en las luchas por los gobiernos estatales y principales alcaldías.

## **VI. Movimientos sociales y democracia emergente**

De lo que analizamos hasta ahora surge una temática definitoria de los demás pasos de nuestro raciocinio. ¿Cuál es el papel de los movimientos sociales en la determinación de las democracias emergentes dentro de los procesos de la apertura política que caracterizan la evolución reciente de la región latinoamericana?

Para analizar los movimientos sociales y su relación con la democracia emergente en Brasil es necesario situarlos en un proceso político global. La clase dominante brasileña elaboró un proyecto de apertura política a partir de 1973 que buscaba crear un modelo político liberal capaz de expresar más coherentemente los intereses de la base económica capitalista-industrial, implantada en el país en un contexto del proceso de internacionalización de la producción y el capital.

Esta propuesta sufrió a lo largo del tiempo, varias mutaciones. La primera idea que presidió las acciones del gobierno de Geisel tenía por objetivo lo que se llamó entonces una "descompensación controlada". Ésta buscaba restablecer los parámetros constitucionales que el régimen establecería en 1967, en el sentido de tolerar un cierto grado de oposición y de cuestionamiento los cuales fueron desfigurados por el Acto Institucional n.5 y varias medidas de excepción durante el gobierno de Garrastazu Médici. Con este espíritu se convocaron las elecciones de 1974, Hasta entonces, gran parte de la oposición votaba en blanco o nulo y no reconocía en el MDB, partido entonces llamado de "oposición consentida", una verdadera expresión de la lucha antidictatorial.



Sin embargo, a medida que la “descompresión controlada” volvía más viable el juego electoral, esas fuerzas fueron, con mayor o menor claridad, incorporándose al proceso electoral y el resultado fue una inesperada victoria electoral del MDB. Esta victoria fue ensuciada sin embargo por las artimañas del proceso electoral, que reducían el impacto del voto urbano, y por las medidas de represión y revocación de mandatos de parlamentarios más a la izquierda para restablecer la mayoría gubernamental. Sin embargo, esta demostración de la viabilidad de una victoria electoral opositora fue llevando a las fuerzas políticas y a los movimientos sociales a pensar no más en términos de una “descompresión”, sino de una apertura política que permitiese llevar más lejos el proceso de liberalización. El propio régimen comenzó a absorber esa terminología.

Sin embargo, las derrotas del partido del gobierno en las elecciones de 1976 y 1978, el desarrollo del movimiento de mujeres por la amnistía, la reaparición del movimiento obrero en São Paulo, su evolución en el sentido del cuestionamiento del régimen y de una creciente autonomía y la urgencia de un amplio sentimiento de la clase media del país a favor de una democratización real y más profunda, comenzaron a cuestionar los límites de una simple *apertura política*. Las concesiones del régimen siempre aparecían como insuficientes: la extinción del Acto n.5 el restablecimiento de las elecciones para gobernadores, la amnistía y la reacción de los partidos políticos.

Todavía sería solamente con el movimiento por las elecciones directas, en 1982-1984, que se configuraría la idea de una transición democrática. No bastaba con abrir el régimen, era necesario generar un nuevo régimen y la idea de la Constituyente era, para muchos sectores, la expresión de ese objetivo. Esta nueva concepción fue bien condensada en la fórmula de Tancredo Neves cuando propuso la creación de la Nueva República, que representaría una nueva institucionalidad para el país.

La burguesía fue obligada a redefinir rápidamente su proyecto, restablecer fórmulas de alianza, y buscar mecanismos de hegemonía más agresivos. Se vio abandonar el campo puramente tecnocrático y administrativo, en el cual se movía en general, para disputar en el plano de la lucha política y en las calles el apoyo de las masas, asumiendo en consecuencia, una postura ideológica más definida. Para poder conducir la fase de transición democrática y garantizar que la nueva institucionalidad sea, en el fondo, la vieja institucionalidad liberalizada, necesita readaptarse a la lucha en este nuevo contexto.

Por otro lado, el movimiento popular estuvo en todos estos años de dictadura en gran parte sometido a las propuestas de la clase dominante. Su iniciativa se restringía a acciones de radicalización de las propuestas de la clase dominante, rompiéndolas, haciéndolas ir más lejos.

Cuando la burguesía propone una simple incompreensión, el movimiento popular provoca una apertura. Cuando la burguesía asume la apertura política, el movimiento popular reivindica la transición democrática. Cuando la burguesía asume la transición democrática, se contempla en el movimiento popular un horizonte político e ideológico mucho más difícil de ser llevado porque, en realidad, en las fases anteriores, el movimiento se comportó de una forma pragmática, aceptando la hegemonía de las clases dominantes e intentando radicalizar los proyectos por ésta propuestos. Tuvimos así una situación en que la hegemonía burguesa nunca fue perdida en el proceso, sino que fue constantemente desequilibrada. Ahora, cuando surge la propuesta de una transición democrática y cuando esa propuesta es asumida por la burguesía y por toda la clase dominante, el movimiento popular ya no puede ofrecer una alternativa simplemente pragmática. Ésta necesita ir más lejos porque si la transición democrática fuera realmente realizada, si se estableciese una institucionalidad efectivamente democrática en el país, se inauguraría un proceso de contenido mucho más profundo en que el movimiento popular tienda a ser la fuerza hegemónica y determinante.

Desde el punto de vista de la burguesía latinoamericana y de la brasileña en particular, en las condiciones de nuestro país, donde se realiza un proceso democrático solo en el plano formal e institucional, manteniendo las condiciones del capitalismo dependiente, se hace imposible una real democratización sin transformaciones estructurales. Por ello, la clase dominante crea una serie de restricciones al proyecto democrático, asumiéndolo formalmente, pero negándolo en la práctica. Su posicionamiento a favor del proceso democrático procuró siempre evitar que se realizara una efectiva transición democrática. La prueba de ello fueron todas las restricciones impuestas a la Asamblea Nacional Constituyente, con el objetivo de reducir su soberanía, a través de la propuesta de un anteproyecto producido por una comisión de notables, indicada por el presidente; los límites a la participación y a la influencia de las fuerzas sociales populares en sus resultados; su subordinación a un presidente no electo. El mismo carácter proletario tuvo la cuestión de la elección directa para presidente, que no fue asumida por la Nueva República a pesar de haber nacido del movimiento por las Elecciones Directas. La Asamblea Constituyente, nacida de las aspiraciones de elecciones inmediatas para presidente, aumenta de cuatro a cinco años el mandato del presidente no electo.

Por detrás de esas luchas institucionales y políticas reside, pues, la esencia de las grandes contradicciones en perspectiva. Por detrás del consenso democrático establecido en el país, está la preparación de las clases sociales para el gran choque en torno al destino del capitalismo brasileño y norteamericano. El comportamiento de la clase dominante ha sido fundamentalmente en el sentido de evitar el cambio del actual modelo económico. La clase dominante cambió ciertos patrones de comportamiento de la economía en algunos sectores, con el objetivo de aumentar la eficacia del sistema, pero también con una clara postura demagógica para dar la impresión de estar tocando las cuestiones fundamentales. Sin embargo, hasta ahora se mantiene intacta la estructura básica del modelo económico de la dictadura.

Presenciamos así, un proceso de ilusionismo político, en que se asume una propuesta de transición democrática, al mismo tiempo en que se excluyen los mecanismos que podrían conducir realmente al país a una efectiva democratización. En ese contexto, el movimiento popular para responder a esta situación puede recurrir a elementos pragmáticos, como en el pasado reciente, pero se torna evidente la necesidad de desarrollar una propuesta mucho más ideológica, mucho más pragmática, para poder resistir a esos mecanismos y para poder desarrollar una oposición permanente y socialmente enraizada. El movimiento popular ha sentido esa necesidad. Por ejemplo: la necesidad de la CUT de tener una definición ideológica sería inaceptable hace poco tiempo atrás. No obstante, en su Congreso de 1986, su definición por el socialismo se hace necesaria como instrumento de forjar una propuesta coherente para ofrecer resistencia al Plan Cruzado, a la burguesía y al gobierno.

Su avance se reflejó también en el plano estratégico. Es el caso de la sobriedad alcanzada por la CUT en relación a la huelga general. En principio la huelga general fue una propuesta vaga y sin efectos; posteriormente ésta aparece como un instrumento de lucha contra la política económica del gobierno de la nueva República. Desde 1986 la CUT comenzó a tomar más en serio esta cuestión y a sentir que la huelga general era un enfrentamiento con la clase dominante, con su proyecto de gobierno y con la política económica. El movimiento sindical comienza a sentir la profundidad de la confrontación que está siendo propuesta en el país, pero los otros movimientos sociales están confusos dentro de esta nueva situación. El movimiento campesino, por ejemplo, aún no define su relación inmediata y su papel en una huelga general. Lo mismo ocurre con amplios sectores de las clases medias y de los movimientos sociales de nuevo tipo.

Sin embargo, en el sector sindical urbano es más clara la necesidad de un gran movimiento de enfrentamiento con las políticas antipopulares. Debido a su composición partidaria gubernista la CGT evitaba la crítica al congelamiento de los salarios, negándose sin embargo, a dar un apoyo activo al plan de estabilización del gobierno de Sarney. Posteriormente, en una lucha desesperada por su sobrevivencia como fuerza laborista, la CGT se vio arrastrada a las huelgas e incluso a una alianza con la CUT. Es por esta razón que surge una propuesta de movimiento sindical de derecha, disfrazado de apolítico y pragmático. Bajo la influencia de Medeiros y Magri la CGT cae en el "sindicalismo de resultados" que termina siendo un instrumento electoral. Se ve pues, que avanzamos hacia una gran confrontación ideológica, hacia una creciente definición estratégica y táctica. Estamos saliendo de una fase en que el pragmatismo fue modelo principal de comportamiento del movimiento popular brasileño, hacia una fase en que éste va a tener que pasar por un gran debate de ideas y de propuestas.

Los temas de fondo, oscurecidos en estos años, van a volver a la orden del día y vamos a ingresar posiblemente a una etapa de gran debate ideológico y programático nacional que se inició realmente con las elecciones

presidenciales. De cierta forma, los estudios sobre los movimientos sociales se extendieron y profundizaron el análisis de lo micro social, penetraron en la realidad familiar y de los pequeños grupos. Esta penetración fue una consecuencia necesaria de la dictadura. Como resultado de esa especie de retroceso táctico, estuvo oscurecida la confrontación ideológica fundamental para privilegiar el enfrentamiento. En la medida que el proceso de liberalización política estaba liderado por la burguesía y por el gran capital, éste asumió la forma de una confrontación con el Estado, con la autoridad y no con las fuerzas sociales que creaban y apoyaban la dictadura.

Desapareció del debate el hecho de que la dictadura fuese una expresión de los intereses del gran capital. En este sentido, la maniobra ideológica del gran capital fue muy bien hecha. Éste ha desarrollado un aparato ideológico bastante fuerte y ha conseguido la cooperación de sectores vinculados al movimiento popular que han ayudado a quitar carácter al contenido de clase de la dictadura. Esta pasó a ser una simple secuela de nuestro autoritarismo, una derivación del corporativismo atávico de nuestras sociedades. El enemigo pasó a ser el Estado autoritario y no el dominio de clase ejercido sobre él. La dictadura dejó de ser resultado de necesidades específicas de la dominación de clase. El hecho de que la gran burguesía se opusiera ahora a ella, demostraba que no había una relación de determinación entre dominación imperialista, gran capital, sobreexplotación y dictadura. La irradiación de esas ideas para el movimiento popular puso en condición de oposición al autoritarismo. De ahí su confusión respecto del carácter del Estado. La dictadura llegó a ser vista como un estatismo. Llegó a aceptar la idea de que la dictadura se establecería también y hasta prioritariamente *sobre la burguesía*, el capital privado, los intereses privados, la iniciativa privada.

Se llega así a la conclusión de que la iniciativa privada luchó para terminar con la dictadura para que se restableciera la verdadera democracia, que llega a confundirse con la iniciativa privada. Se trata pues de un discurso ideológicamente bien armado. Ocurre, sin embargo, que ese discurso no tiene condiciones materiales de sustentación.

¿Cómo podrá la burguesía brasileña proponer un desarrollo capitalista no estatal? ¿Qué desarrollo capitalista es viable para Brasil, sino el capitalismo monopolista de Estado?

Por lo tanto, este discurso puede funcionar en términos de mistificación ideológica, buscando crear una confusión en el movimiento popular. Pero es un discurso sin contenido práctico en términos de política económica. Porque al contrario del discurso, es la burguesía que está haciendo el ultra estatismo y que actúa constantemente en el sentido de aumentar la intervención de Estado en la economía. El intervencionismo asume formas extremadamente fuertes y hasta inusitadas para proteger los intereses monopólicos del capital nacional e internacional.

Se trata de una inconsistencia muy seria que revela las dificultades prácticas del capitalismo dependiente, concentrador y marginador. Es necesario pues, generar, de alguna forma, condiciones para un discurso de izquierda suficientemente amplio, suficientemente global, suficientemente integrado, capaz de denunciar incluso los límites y las contradicciones de la clase dominante. Se vuelve necesario entregar al movimiento popular las armas teóricas e ideológicas para pasar a una nueva etapa de articulación de su potencial que se desarrolla particularmente en esta coyuntura.

La meta de la democratización y de la transición democrática pertenece mucho más al movimiento popular que a la clase dominante. Ésta al verse obligada a asumir una propuesta que radicaliza en gran parte sus objetivos políticos, se ve obligada a usar cartas ajenas para poder mantener una posición ofensiva.

La burguesía había establecido como meta solamente una reforma constitucional que permitiera ampliar las libertades públicas y personales en el interior del antiguo régimen. Una vez más el movimiento popular consiguió radicalizar su propuesta y estableció como meta una Asamblea Constituyente que permitiera llevar a cabo la transformación más definitiva del régimen autoritario para el régimen democrático.

Sin embargo, los mecanismos creados por la clase dominante para condicionar a la Constituyente pusieron al movimiento popular en defensiva y limitaron su capacidad de producir una mayoría democrática y progresista. Las fuerzas de izquierda y progresistas, conformadas como minoría en la Constituyente, solo pudieron asegurar su consecuencia en la afirmación de un Estado liberal, en la defensa de algunos intereses del capital nacional y en la reglamentación de algunos derechos sociales de las clases trabajadoras. Esta condición minoritaria vuelve a presentarse en las elecciones de 1989 para presidente de la República, cuando, en el segundo turno de la votación, las izquierdas enfrentaron solas a una derecha anclada en el populismo de su candidato.

Existen, sin embargo, factores más profundos, desde el punto de vista económico y social, que pueden facilitar la rearticulación de los intereses burgueses en el país. En ese momento, el sistema económico internacional se encuentra en el límite de su rearticulación, a través de una nueva división internacional del trabajo, en la cual Brasil ocupará un papel importante. Deberán transferirse a Brasil, algunas de las principales industrias que representaron un papel de punta hasta la década de 1950 y 1960, pero que hoy se vuelven obsoletas como consecuencia de la revolución científico-técnica. El desarrollo de esas industrias podrá traer un cierto auge económico que permitirá a la clase dominante aumentar, durante un cierto periodo, su legitimidad económica y política. Es importante plantear también las posibilidades representadas por las reservas minerales, sobre todo en la región amazónica, como insumos de una nueva fase de expansión de la economía mundial.

Al lado de la implantación de nuevas actividades industriales, mineras y agrícolas ligadas a una nueva expansión del comercio mundial, que deberá ocurrir a mediados de la década de 1990, se ubica también la destrucción de aquellas que no pueden mantener una competitividad en esta fase. Se debe esperar, por lo tanto, un periodo intermediario de liquidación de algunos sectores económicos implantados en el país al lado de la creación de otras inversiones.

En realidad, se trata del ajuste del país a la ley de los costos comparados, que rige la ideología liberal de las relaciones económicas internacionales. Son esas supuestas leyes económicas que justifican la idea de un libre comercio mundial en que todas las partes serán beneficiadas.

Según esas leyes, la alta competitividad de la agroindustria europea y norteamericana justifica y aconseja el abandono creciente de esas actividades en los países del Tercer Mundo, donde una agricultura tradicional resiste a los cambios tecnológicos en la producción agrícola. El resultado histórico es que estos países se convierten de exportadores agrícolas netos (muy especializados, en general, a través de mono culturas exportadoras) en importadoras agrícolas netas.

No hay duda de que el avance de la revolución científico-técnica cambió sustancialmente la actividad agrícola aumentando drásticamente su productividad, su dependencia del sector industrial, y hoy, de la investigación científica y del desarrollo de nuevos productos.

Pero es un hecho también que estos sectores económicos son altamente subsidiados por el gasto público en EUA y en Europa. Sólo así se explica su capacidad de financiar su avance tecnológico, su capitalización y su productividad actual.

En la nueva división internacional del trabajo, los centros hegemónicos se reservan las actividades de mayor intensidad en investigación y desarrollo, transfiriendo a los países más avanzados del Tercer Mundo las industrias y otras actividades tradicionales.

¿Cuál será el efecto de estos cambios sobre los movimientos sociales?

Es necesario señalar que la fuente de nuevos empleos en la etapa tecnológica que se desarrolla serán cada vez más las actividades de servicio (terciario), particularmente aquellas ligadas a la información, a la investigación, a la cultura y al ocio (que se reúnen bajo el concepto del sector cuaternario).

El empleo agrícola e industrial tradicional tiende a disminuir drásticamente a medida que avanza la automatización de los procesos productivos y los efectos de los descubrimientos biogenéticos en la tecnología de la producción alimenticia y de nuevas materias primas.

De esta forma, el Tercer Mundo, al industrializarse en una fase posindustrial del desarrollo de las fuerzas productivas, lo hace de una forma subordinada, dependiente y reflexiva, aumentando su concentración económica y su incapacidad de generar empleos y absorber productivamente a su población. Deben reproducirse y hasta ampliarse en esos países, las masas de desempleados y subdesempleados que forman la mayoría de sus poblaciones.

En el proyecto de las oligarquías brasileñas para situarse en la nueva división internacional del trabajo, se incluye pues, una dosis creciente de marginalización y miseria para nuestro pueblo.

Pero, al mismo tiempo, se abren perspectivas para sectores de la clase media, sobre todo profesionales y empresarios ligados a la nueva fase de dependencia.<sup>84</sup>

Esa oligarquía pretende asentar su dominio en un liberalismo conservador, pero esclarecido. Debe respetar más las libertades personales de esas clases medias y sus derechos políticos, tolerando incluso una cierta presencia política de los grupos de la clase media más avanzados técnicamente.

¿Hasta qué punto es compatible un modelo político de ese tipo, asentado sobre relaciones económicas tan desiguales e injustas?

¿Hasta qué punto conseguirá anteponer las cooptaciones que puede ofrecer a las élites sobre la rebelión de las grandes masas de marginales y de sobreexplotados?

En estas interrogantes se condensa el destino de los movimientos sociales en esta fase histórica de su desarrollo. Una efectiva democratización del país dará voz e instrumento de acción a esas grandes masas que no encuentran un lugar en el capitalismo dependiente.

---

<sup>84</sup> Venimos estudiando esta problemática en nuestros libros: *Revolución Científico-Técnica y Capitalismo Contemporáneo*, *Revolución Científico-Técnica y Acumulación de Capital*, ambos editados por Vozes, y *La Crisis Actual del Capitalismo y los Nuevos Modelos de Desarrollo*, editada por Contrapunto en Argentina y a publicarse en Brasil por la Editora de la UnB.

¿Es posible, para la clase dominante limitar la democratización a los sectores sociales a los cuales puede beneficiar? ¿Se contentará a las grandes masas marginadas del proceso de crecimiento económico y modernizador con los limitados beneficios caritativos que el gran capital les puede ofrecer?

Este debate ideológico, político y económico será la fuerza de nuestra vida política en el futuro próximo. ¿Qué es democracia, quien la efectúa y para qué y a quién se la hace?

Los movimientos sociales se preparan práctica e intelectualmente para ese debate, empujados por la propia dinámica de los acontecimientos.

## **VII. Movimientos sociales y movimiento político: Los caminos de la izquierda brasileña**

### **1. La izquierda brasileña en la encrucijada**

La izquierda brasileña pasa en este momento por profundas transformaciones, bajo el impacto de poderosos acontecimientos históricos.

El golpe de Estado de 1964 extinguió un importante movimiento de masas que crecía desde la democratización de 1945 hasta convertirse, a partir de 1961, en un amplio y vasto desafío al sistema económico-social y al régimen político vigentes.

El triunfo de la contrarrevolución, que irónicamente se autodenominó "Revolución Gloriosa", dio origen a un penoso proceso de luchas democráticas, que pasó de la resistencia armada y clandestina después de 1964 a la guerrilla urbana de 1968-1974, para culminar en la rearticulación de la lucha legal a partir de las elecciones de 1974. Esta reanudación de las luchas legales, que, con el tiempo se convirtió en una posición consensual de izquierda, se hace en el interior de la política de apertura, iniciada en 1973 por el propio régimen. De esta forma, las fuerzas económicas y sociales que realizaron el golpe de 1964 consiguieron mantenerse en el poder y hegemonizar la propia liberalización del régimen, sin romper totalmente con él y sin amenazar sus intereses básicos de clase.



En este contexto, las fuerzas conservadoras, en su versión liberal, mantuvieron la iniciativa política y consiguieron usar, muchas veces, la izquierda dividida y atónita como masa de maniobra de su estrategia de liberalización controlada del Estado autoritario.

Ya decía Marx en la *Ideología Alemana* que la ideología de la clase dominante tiende a ser la ideología socialmente dominante. Las clases subordinadas económica y socialmente tienden a serlo también ideológicamente.

Desmoralizadas por la derrota de 1964, divididas por el efecto de las disputas intersocialistas a nivel internacional, aisladas de las masas por el sectarismo alimentado por la clandestinidad forzada e intimidadas por la represión selectiva, técnica y brutal de 1968-1973, las fuerzas de izquierda se encontraron desunidas y confusas ante la apertura política y solo poco a poco se fueron adaptando a las nuevas circunstancias. Esto explica, en buena medida, por qué en la mayor parte del proceso de transición democrática, éstas ocuparon, en general, posiciones subordinadas en los diversos partidos existentes, y se vieron incapacitadas para construir una alternativa propia al régimen existente.

## **2. La diferenciación partidaria**

Las fuerzas tradicionalmente ligadas al Partido Comunista Brasileño, que ejercía una clara hegemonía estratégica sobre el conjunto de la izquierda, sufrieron un amplio proceso de escisiones desde el inicio de la desestalinización. Este se inició por la derecha con la corriente nacionalista de Agildo Barata en 1955-1956 y con la adopción, en la Conferencia de 1958 del PCB, de la línea kruchevista de lucha legal y de alianza con la burguesía nacional democrática. El proceso continuó con una escisión por la izquierda con la salida de Pomar, Grabois y Amazonas en 1961 y la formación del PC del B, de tendencia pro-china. Debido a la línea de derecha asumida por el Congreso del PCB en 1966 surgieron las escisiones de Carlos Mariguela (para formar la ALN, de contenido "foquista"<sup>85</sup>, con énfasis en el militarismo urbano), la de Gorender y Mario Alves (para formar el PCBR que intentaba combinar la organización partidaria y el "foquismo"), el de MR-8 (de tendencia claramente foquista), las disidencias de Rio Grande do Sul (que se unieron a las sobrevivencias de la POLOP para formar el Partido Obrero Comunista (POC), que sufre varias subdivisiones posteriores).

Las escisiones alcanzaron también a la nueva corriente marxista iniciada en 1961 bajo el impacto de la revolución cubana y del cuestionamiento del marxismo tradicional, de origen estalinista, expresada en Brasil

por la Organización Revolucionaria Marxista Política Obrera, más conocida como POLOP. Iniciándose con una crítica al "foquismo", esta organización terminó influenciada por éste y sufrió varios desprendimientos que adoptaron esa línea. Así surgieron, en alianza con los sargentos y oficiales revolucionarios (desarticulados por el fracaso de la guerrilla de Caparaó, que había sido organizada por el Comando Revolucionario instalado en Uruguay), las organizaciones nítidamente foquistas de la VPR (Vanguardia Popular Revolucionaria) en Sao Paulo y la COLINA en Minas Gerais. La unión de ambas dio origen posteriormente a la Vanguardia Armada Revolucionaria- VAR- Palmares, en 1969, que luego sufrió una escisión más ortodoxamente militarista que retomó el nombre de VPR.

Las corrientes de la izquierda cristiana, que se habían unido en 1961-1962 en torno a la Acción Popular (AP), sufrieron también los embates del fracaso de 1964, de la clandestinidad, del sectarismo y de las divisiones internacionales. La AP se inclinó rápidamente para el maoísmo y una parte de sus grupos se pasó al PC del B, otra parte conservó el nombre de la AP-marxista-leninista, otra se convirtió en foquismo y otras mantuvieron la orientación cristiana original.

Sería ocioso acompañar con detalle la historia de esos pequeños grupos de militantes divididos por su sectarismo, hostilizados, reprimidos y masacrados por la acción policial, cada vez más desunidos por su aislamiento de las masas. Dos libros recientes dan un marco amplio del periodo: Denis Morales, *La Izquierda y el Golpe de 1964*, Espacio y Tiempo, 1989 y Jacob Gorender, *Combate en las tinieblas*, Editora Ática, 1987.

El movimiento Democrático Brasileño (MDB), creado en 1966 después del desconocimiento de los antiguos partidos liberales y laboristas, fue estimulado por la propia dictadura, que necesitaba contar con una oposición legal. En seguida, fue depurado de sus escenarios más progresistas por los constantes ataques realizados por los dictadores de turno. Esto llevó a un aislamiento entre la lucha legal y gran parte de la izquierda, desilusionada con las posibilidades de la lucha parlamentaria. Sin embargo, a partir, de la apertura política de 1973, el MDB comienza a aparecer como una alternativa política para esas fuerzas de izquierda tan diezmadas y confundidas por la represión brutal de 1968-1973.

El PCB se mantenía históricamente en la línea de actuación legal intentado incluso la organización de un Frente Amplio que llegó a unir João Goulart, Juscelino Kubitschek, Carlos Lacerda, Ademar de Barros y Jânio Quadros. Este frente se rompió con el recrudecimiento de la represión a partir de 1968.

Leonel Brizola, desilusionado con la experiencia foquista, volvió desde 1967 a interesarse por la actuación del MDB de Rio Grande do Sul, que se transformó en el núcleo partidario e ideológico más sólido de la nueva fase

que se inició con las elecciones de 1974. El llamado al voto nulo y a la abstención alcanzó un tercio de las votaciones anteriores, pero en 1974 la población votó masivamente en el MDB.

Poco a poco, las demás fuerzas progresistas se fueron incorporando al estuario político de las oposiciones, cada vez más confiadas, junto con todo el pueblo brasileño, en la inevitabilidad de un restablecimiento democrático en el país.

A partir de entonces se fue formando el consenso democrático que destacamos al principio de este capítulo. Las fuerzas de izquierda se fueron incorporando al MDB, algunas manteniéndose organizadas y otras dispersándose después de una profunda autocrítica de su pasado sectario. Sería otra vez ocioso seguir este tortuoso camino de autocríticas, recomposiciones políticas, cambios de líneas y alianzas internacionales. Con el tiempo, esas fuerzas se fueron decantando y hoy sobreviven más como reminiscencias que como fenómenos reales y vitales. Son sombras de un auge contestatario y hasta revolucionario de vastos grupos de nuestro pueblo ante la brutalidad dictatorial que interrumpió un auge de masas, cultural y de transformaciones sociales nunca antes alcanzado en el país.

### **3. La recomposición partidaria**

Desde 1979, vivimos un permanente proceso de liberalización con la revocación del Acto Institucional n.5, la concesión de la amnistía, la permisión de la reorganización partidaria y el restablecimiento de las elecciones directas a nivel estatal en 1982. Con la división del partido del gobierno –PDS- ante la campaña por las directas ya, en 1984, se formó la Alianza Democrática que comandó el país para la escuela del Presidente Tancredo Neves en el Colegio Electoral, la elección de los alcaldes de las capitales, en 1985, la elección de los gobernadores y de la Asamblea Constituyente, en 1986. En esta nueva situación, la idea de una simple apertura política fue siendo sustituida por la concepción de una transición democrática que debería culminar en la elección directa para presidente aplazada varias veces, hasta realizarse en 1989.

En este nuevo escenario político, se fueron restableciendo poco a poco las verdaderas vocaciones partidarias del pueblo Brasileño. El MDB, como era natural, vio desprenderse de su lecho común varias fuerzas que componían el frente amplio que se mantuviera indiferenciado hasta 1979. Primeramente, fueron parte de las corrientes populares en las zonas más politizadas del país, con geografía política muy desigual.

En Rio de Janeiro y Rio Grande do Sul, innegablemente los estados políticamente más avanzados del país, se configuró un marco partidario bastante amplio ya en las elecciones de 1982. Las fuerzas históricas del laborismo, renovadas por su madurez ideológica y política, y enriquecidas con amplias corrientes de fuerzas de izquierda, asumen un papel hegemónico en Río de Janeiro y tienden a asumirlo en Río Grande do Sul.

El partido que resultó de ese realineamiento de fuerzas, iniciado en el exterior en torno del liderazgo de Leonel Brizola, heredero indiscutible de la tradición laborista y conductor consciente de su modernización, adopta la concepción del “Laborismo como Camino Brasileño al Socialismo”, establecida en el encuentro de los Brasileños del Exilio y del Interior, realizado en Lisboa, en 1979.<sup>86</sup>

En São Paulo, donde la tradición laborista nunca se cristalizó en un partido político y donde las fuerzas de izquierda disponían de una base social más arraigada, surgió una nueva expresión partidaria muy especial, el Partido de los Trabajadores. Hegemonizado por un liderazgo obrero nacido en las huelgas de 1978-1979, con un papel decisivo en la democratización del país, el PT atrajo a las comunidades eclesiósticas de base y a la Iglesia Progresista, extremadamente actuante en la década de 1970 contra la dictadura (sobre todo a partir de la total liquidación de las otras formas de expresión política), y las facciones obreristas de la nueva izquierda, divididas en torno a casi 12 siglas.

El PT no asumió un papel hegemónico en el estado de São Paulo, pero cuestionó fuertemente la sobrevivencia local de las fuerzas que buscaron canalizar la herencia del antiguo MDB, manteniéndose articuladas en torno a la nueva leyenda del PMDB y que, posteriormente, dieron origen a la escisión que resultó en la formación del PSDB.

En el resto del país, el proceso de diferenciación partidaria se va dando más lentamente. No debemos olvidar que los sectores conservadores del MDB intentaron organizarse en un partido liberal –el Partido Popular (PP), de Tancredo Neves, que volvió a unirse al PMDB cuando se vio inviable electoralmente por el paquete electoral de nuestro liberalismo, que vuelve a manifestarse hoy en día en la representación electoral del Partido del Frente Liberal (PFL), de Aureliano Chaves y Marco Maciel, en las elecciones municipales de 1985, 1986, 1987 y finalmente, en las elecciones presidenciales de 1989.

En Recife, otro centro políticamente muy avanzado, la diferenciación del PMDB en nuevos partidos vienen asumiendo una forma tortuosa. Una fuerte facción del PMDB crea una leyenda –el PSB- para tener un canal de expresión electoral, pero luego regresa al PMDB. La figura de Miguel Arraes consigue mantener la imagen progresista del PMDB, pero son permanentes y amplias sus divergencias internas que se traducirán en un nuevo rompimiento de Arraes para integrarse al PSB.

Al contrario de lo que se esperaba, el PCB no consigue afirmarse como una alternativa partidaria en uno de sus principales reductos, mientras que el PT se vuelve una opción junto con el PSB de Arraes y el PDT alcanza una también inesperada condición de tercer partido en Pernambuco.

En la Bahía, la escisión de Waldir Pires, que se incorpora al PDT, y a otras escisiones en perspectiva en el país parecen fortalecer un amplio frente de izquierda en torno del PT y el PDT.

#### **4. Las perspectivas**

Es así como se va perfilando el nuevo escenario partidario del país y el papel de las izquierdas en su interior.

El PMDB se va desprendiendo de sus sectores de izquierda y tiende a constituirse en un gran partido de centro-derecha, aliado a nivel nacional con los partidos de claro carácter conservador. La elección de Fernando Collor llevó a la unión del PDS, PFL y a amplios sectores del PMDB. De la misma forma, deberá provocar una definición del PSDB para intentar situar más en el centro su gobierno. Esto deberá provocar, como ya viene ocurriendo, escisiones a la izquierda del PSDB.

El PDT tiende a consolidarse en torno al liderazgo de Leonel Brizola, con una fuerte base política y electoral en Rio de Janeiro y en Río Grande do Sul y tiende a convertirse en el polo de atracción de los desprendimientos de izquierda del PMDB, así como de los sectores más moderados del PSDB, sobre todo fuera de São Paulo. Al definirse claramente por una alianza con el PT, abre camino a una fuerte oposición de izquierda a nivel nacional, y se genera un poder aglutinados de izquierda en el país, que no ocurrió en las elecciones de 1990, llevando a un amplio fracaso electoral que obligará a la autocrítica de esos sectores.

El PT tiende a afianzar su influencia política en São Paulo para poder garantizar una perspectiva nacional, pues demostró en las elecciones de 1989 un significativo crecimiento en Brasilia, Minas Gerais y otros estados del Norte y del Noroeste. La evolución del PT en la dirección de una alianza de fuerzas populares a nivel nacional consagra una tendencia iniciada en la Asamblea Nacional Constituyente y ratificada en la formación del Frente Popular con el PSB, el PC de B y el Partido Verde para apoyar la candidatura de Lula para presidente en el primer turno. La expansión de esa alianza en el segundo turno con la participación del PDT, de la izquierda del PMDB, del PCB y de sectores del PSDB confirmó una tendencia a la unificación de las fuerzas populares en el país.

Después de esos años de marchas y contramarchas, la izquierda Brasileña se aproxima a la madurez. Ésta se expresa en la independencia teórica, estratégica y táctica. En el reconocimiento de la originalidad y particularidad histórica de la revolución brasileña. En la capacidad de rescatar su liderazgo y tradiciones históricas sin dejar de abrirse al futuro. En la comprensión creciente del papel de la unidad y del combate común incluso cuando persisten las diferencias de concepciones globales. Todo esto se hace extremadamente necesario en un momento en que un gobierno de coalición liberal-conservadora entre los sectores más liberales de la dictadura y los sectores más conservadores de la oposición se vuelve cada vez más evidente, dando continuidad al gobierno de Sarney, cuya inmovilidad llevó a esas fuerzas al paroxismo y a la necesidad de apelar a un candidato ubicado aparentemente encima de los partidos y presentando una retórica de rebeldía y agresión a las mismas fuerzas que lo lanzaron y lo sostienen en la vida pública. Brasil espera a que las fuerzas políticas de origen popular le presenten una alternativa, un programa, un líder, un partido en torno de los cuales se agrupen las inmensas masas explotadas, expoliadas y marginadas de ese país.

A medida que se perfila este escenario de propuestas positivas deberá producirse una fuerte alianza entre las fuerzas políticas populares y los movimientos sociales en su conjunto que serán así preservados del sectarismo y el divisionismo de la izquierda y tendrán una orientación política más clara y definitiva.

## Apéndices

### I. Constituyente. Una agenda para el debate<sup>87</sup>

#### 1. ANTECEDENTES DE LA CONSTITUYENTE

El pueblo brasileño desea pasar en limpio la herencia institucional dejada por la dictadura militar que se impuso por la fuerza y por la violencia, en esos años de excepción, arbitrio, casuismo y autoritarismo.

Hay una voluntad colectiva en formación, expresada en los amplios movimientos de masa contra la dictadura en la campaña por las elecciones directas ya y otras manifestaciones de un nacionalismo aún ingenuo. Este deseo se identifica incluso con los símbolos nacionales, antes tan distantes del pueblo, y aspira a establecer una nueva ordenación de la vida económica, social, cultural y político-institucional del país.

Despierta una nación entera con sentimientos de profunda generosidad en relación a su propio futuro, con la esperanza y la confianza en su capacidad de erigir una civilización diferente, humana y solidaria. Con la recuperación de sus mitos y fuerzas culturales. Con la idealización de su identidad étnica y racial, a la base de la aceptación de razas y culturas. Con el descubrimiento del concepto de ciudadanía y la certeza de implantación de un orden democrático, en el plano político y humano, con un ansia de participación social.

La voluntad nacional se articula en la búsqueda de *fundar* una nación que aún no se encuentra. Esta es una aspiración históricamente tardía. Brasil aparentemente ya se formó como nación, en el periodo colonial, cuando se despertaron los sentimientos de nacionalidad de una clase dominante: la oligarquía rural y minera que dio fundamento a las luchas y alcanzó la independencia. El pueblo brasileño, relegado en su mayoría a la condición de esclavo plebeyo no puede identificarse con la realidad institucional, instalada por la monarquía, que sobrevivió a lo largo de sesenta años conjuntamente con la orden esclavista en que se apoyaba.

---

<sup>87</sup> Este trabajo fue publicado originalmente en el libro *Constituyente y Democracia en Brasil Hoy*, Editoria Brasiliense, São Paulo, 1985.

Las clases medias urbanas, desarrolladas en las esteras de la urbanización de la segunda mitad del siglo XIX –básicamente complementaron a las oligarquías exportadoras de productos agrícolas-, lucharon por la abolición de la esclavitud, por la República, por la enseñanza pública y por la libertad religiosa, fundando la República sin conseguir, no obstante, sobreponerse al poder de las oligarquías tradicionales.

Los embates entre esas fuerzas nuevas sociales y la orden republicana oligárquica fueron reforzados por el desarrollo industrial de fines del siglo XIX y de las dos primeras décadas del siglo XX. Se iniciaron nuevas ondas de rebeldía, conducidas por jóvenes oficiales e intelectuales de vanguardia apoyados por industriales, obreros y artesanos. Los levantamientos tenientistas, la Semana de Arte Moderno, la defensa de las riquezas nacionales, la lucha por la Escuela Nueva, la exigencia del voto universal libre y secreto, las reivindicaciones de una legislación del trabajo y del derecho de organización sindical formaron un nuevo ideario social que triunfó en parte con la Revolución de 1930.

Pero las oligarquías se mantuvieron apoyadas en su poder económico nacional y en los aparatos estatales locales en las manos de los “coroneles” del interior. La revolución de 1930 llevó al Estado Nuevo y el ideario liberal-democrático quedó subordinado a la custodia del dictador, que lo implanta a medias bajo un orden autoritario.

En los años 40, se vio la campaña democrática que culminaría en la reconstitucionalización de 1946. Esta campaña estaba marcada por la confrontación entre los sentimientos liberales de las clases medias urbanas (que la identificaron con los intereses norteamericanos de libre comercio y apertura al capital internacional) y las aspiraciones nacionalistas y democráticas de los nuevos grupos de empresarios nacionales, del sector nacionalista de las fuerzas armadas y de las masas de trabajadores urbanos. Los intereses se entrecruzaron y se articularon en la histórica Asamblea Constituyente de 1946.

Entre el liberalismo vacío y formal de las antiguas oligarquías y de las clases medias urbanas y la democracia de masas de las nuevas clases industrializadas, se fue creando un abismo político-institucional. Aliados a sectores de las oligarquías locales ya decadentes, pero que se reunían aún en torno a Vargas y al PSD, la estrategia industrializadora consiguió ganar la mayoría del país y vencer las elecciones presidenciales de 1946, 1950 y 1955, llevando a los liberales al golpismo permanente. Esta conspiración que contó siempre con el apoyo de los Estados Unidos de América restringió permanentemente el contenido democrático de las instituciones generadas en 1946, a través de la ilegalidad del PCB y de la toma de poderes discrecionales por el presidente de la República. Al mismo tiempo, los liberales hicieron sucesivas tentativas golpistas más abiertas como el cuestionamiento de la mayoría relativa de Vargas en 1950, la campaña por su deposición en



1954, la tentativa de impedir la posesión de Juscelino Kubitschek en 1955, así como la de João Goulart en 1961, y la imposición consecuente del parlamentarismo para contener sus poderes. En estos episodios, los “liberales” –revelaron su contenido pro-oligárquico y pro-imperialista que se cristalizó en la campaña que dio origen al golpe militar de 1964. Pero el régimen que resultó de ese golpe de Estado excluyó del poder a las viejas oligarquías liberales (representadas más flagrantemente por Magalhães Pinto y por el periódico *El Estado de São Paulo*) y las clases medias vociferantes (manifestadas directamente por el lacerdismo y por el populismo de Ademar de Barros).

La instauración de ese poder autoritario en 1964 consolidó el dominio del gran capital internacional y nacional sobre el Estado Brasileño. Destruyó las organizaciones populares desarrolladas en el periodo democrático y golpeó definitivamente las bases del viejo poder oligárquico local de los latifundios, generando el dominio definitivo del capitalismo sobre la agricultura.

## **2. EL CONTEXTO SOCIAL DE LA CONSTITUYENTE**

Se yergue entonces una nueva estructura de clases como consecuencia del régimen nacido del golpe de 1964. Los grandes capitalistas locales e internacionales cooptan una burocracia militar y civil moderna y técnicamente calificada; concentran drásticamente el poder económico, político y cultural e intentan una modernización cosmopolita, subordinada y dependiente, que va separando al Estado de la nación brasileña. De ese proyecto político y económico se excluyen las masas trabajadoras y subempleadas, más allá de los sectores significativos de las clases medias, del empresariado medio y pequeño y de las viejas elites intelectuales y políticas de las oligarquías tradicionales.

Temiendo los resultados de esta situación, la nueva burguesía cosmopolita inicia, en 1973 un proceso de liberalización del régimen teniendo por objetivo obtener su legitimidad. Al mismo tiempo, esta burguesía necesitaba separar los peligros de un nacionalismo de derecha que buscaba consolidarse a partir de los medios económicos y políticos que se articulaban a través de la fuerza creciente del Estado, como organizador del capitalismo monopolista de Estado, en fase de implantación. Estos grupos de poder se alimentaban también de las medidas de excepción adoptadas para impedir el desarrollo de una oposición radical y revolucionaria al régimen impuesto. Durante el gobierno de Médici, el “milagro económico” y el proyecto de “Brasil-Gran Potencia”, bien como el reino del terror policial y la tentación fascista llegan al auge en importantes

sectores de las clases dominantes. Sin embargo, las clases medias urbanas se sienten profundamente insatisfechas con el régimen político autoritario y con el nuevo orden económico. La euforia nacional de 1969 a 1973 revela rápidamente la fragilidad de ese orden, sumergiendo los sectores de bajos ingresos en una depresión salarial y en una incertidumbre económica creciente debido a la inflación. Al final de la década de 1970, la compresión salarial alcanza también a los salarios más elevados y la consecuente depresión económica juega en la oposición el propio sector empresarial.

Por otro lado, las masas populares, cuya organización fue destruida por el golpe de 1964, se ven poco a poco como un espacio abierto para su reorganización y su reaparición en el escenario político nacional.

La apertura política se torna insuficiente para contener las aspiraciones de la mayoría de la población. Presiones crecientes conducen al escenario político hacia el camino de una radicalización que exige la sustitución de la orden institucional de la dictadura por una democracia. Se avanza así de la "apertura política" a la "transición democrática".

La aspiración del régimen a reformar la constitución de 1969, dejando intacto el aparato institucional oligárquico-conservador bajo una forma más liberal, comienza a derrumbarse ante la falta de una base social de masas para este proyecto.

El pueblo brasileño no se conforma con una ciudadanía por la mitad. Se yergue poco a poco en un amplio movimiento social que da origen a una gigantesca voluntad colectiva que destruye las articulaciones de las élites autoritarias. Sin embargo, existen aún los mediadores de esa voluntad, formados en un periodo dictatorial en el cual no podían expresarse los legítimos representantes de los intereses populares.

Dichos mediadores llevan incluso a una fórmula consensual para la sucesión presidencial, buscando aplazar indefinidamente las elecciones presidenciales. Los intereses del gran capital, ante la fuerza avasalladora de la voluntad democrática de nuestro pueblo, se adhieren a la propuesta de la Asamblea Constituyente y procuran ahora someterla a su control.

### **3. LAS CORRIENTES EN LUCHA**

Se forman así, dos grandes corrientes constituyentes:

La primera es la de los grandes capitalistas internacionales y nacionales y de la élite orgánica que los representa (donde se incorporan también elementos de las viejas oligarquías agrario-exportadoras), sus juristas y abogados. Este lado defiende una visión liberal, neocapitalista y antiestatista, con matices conservadores, que se aproxima al Instituto Constitucional de 1967, que mejor expresa sus ideales.

A pesar de sus divisiones, son mayoría en el Congreso actual y buscan garantizar las condiciones de hegemonizar a la Asamblea Nacional Constituyente y elegirse el 15 de noviembre de 1986. Su estrategia para alcanzar tal fin consiste básicamente en:

- 1) Destituir a la lucha electoral por la Constituyente de contenidos nacionales, desligándola de una campaña presidencial (en la cual serían debatidos los grandes temas nacionales), y elevar drásticamente los costos de las campañas de los parlamentos, entregando al poder económico la hegemonía del proceso electoral;
- 2) Formular un anteproyecto de Constitución redactado oficialmente por una comisión de notables conservadores o liberales de forma que condicione los términos de ese anteproyecto o debate en la Asamblea Constituyente, cuya composición será ciertamente más popular;
- 3) Influir por los medios de comunicación en el sentido de defender principios conservadores y liberales que deberán moldear la nueva Constitución, según sus intereses; particularmente, la limitación del poder estatal, la defensa de la propiedad privada y del libre movimiento de capitales internacionales.

Oponiéndose a esa primera corriente, se forma una corriente de contenido popular, aún mal organizada y dispersa en varios partidos, con una vanguardia poco experimentada, pero que refleja bien o mal las aspiraciones de la gran mayoría de la nación.

Dichas fuerzas se definen en una línea nacional, democrática y vagamente socializante. De cierta forma recuperan los elementos más progresistas de la Constitución de 1946 y varias reformas que el movimiento popular le había agregado hasta 1964, como la Ley Orgánica de la prevención social, la Ley de Directrices y Bases de la Educación, la legalización de la CGT, las restricciones a las remesas de lucro para el extranjero, etcétera.

Siendo minoritarias en el Congreso actual, esas fuerzas aumentaron su representación en la siguiente legislatura, en la cual, aliadas con posiciones centristas, podrían incorporar elementos positivos en el próximo estatuto constitucional.

Las clases medias, desconfiadas de la experiencia autoritaria de los últimos años, deberían inclinarse hacia posiciones democráticas y nacionalistas. Pero es preciso destacar que pueden oponerse al fortalecimiento del Estado, identificándolo con la dictadura. El pensamiento liberal-conservador, viene realizando una vasta campaña para relacionar a la dictadura con la estatización y a la democracia con la libre empresa. Esto es un absurdo, pues todos saben que el régimen dictatorial fue implantado, en 1964, exactamente por los grandes capitalistas nacionales e internacionales.

La dictadura fue creación del gran capital y los militares no fueron más que agentes de esos intereses. Si el Estado se fortaleció en ese periodo fue como consecuencia de los intereses de los capitalistas que necesitaban de una fuerte estructura estatal y de un aumento de los gastos públicos para estimular sus negocios. Sin embargo, por más falsas que sean las ubicaciones de los grupos económicos, éstos tienen condiciones de influir sobre las clases medias, y a través de ellas, sobre el pensamiento de los liderazgos populares que sufren la influencia de esos grupos sociales.

Es importante constatar que los debates dentro de la Asamblea Constituyente oscilaron entre un neocapitalismo (liberal en lo económico, autoritario y restrictivo en lo político, asistencialista en lo social, cosmopolita y modernizador en lo cultural) y un socialismo (reformista, planeador, intervencionista y nacionalista en lo económico, democrático y participativo en lo político, privilegiando lo social y desarrollando lo popular y lo nacional en el plano cultural).

Entre estos dos grandes polos existirán matices y, a su lado, pretensiones más extremas, de derecha o de izquierda, que no encontrarán mucha representatividad, ya que el contexto reformista en que se desarrolló el proceso de transición democrática no deja espacio a fórmulas más radicales, sobre todo en el presente. Y la Constituyente deberá ser un reflejo de la correlación de fuerzas en que se enfrentarán las clases dominantes y el movimiento popular, reiniciado con la campaña electoral de 1974, radicalizado con las huelgas obreras de 1976 a 1978, ampliado con la campaña por la amnistía y las elecciones de 1982 y vuelto más completo por la campaña en pro de las elecciones directas ya.

#### **4. LOS TEMAS EN DEBATE**

Dentro del contexto socioeconómico descrito, los debates dentro de la Constituyente deberán desglosarse en un amplio abanico de temas económicos, sociales, políticos, institucionales y culturales. En todos estos campos, se van a enfrentar el neoliberalismo de corte conservador y un socialismo de contenido esencialmente reformista.

Es inútil pretender enmarcar el debate constitucional brasileño en los términos ideológicos europeos o norteamericanos, como lo hace gran parte de nuestros intelectuales, automarginalizándose de la vida política nacional.

Muchos liberales reclaman la falta de coherencia ideológica del Frente Liberal y no son pocos los socialistas (sobre todo de la nueva especie social-demócrata que se desarrolló en el contexto, a propósito ya superado, del eurocomunismo y del ajuste ideológico socialista europeo) que reclaman los desvíos “populares” de nuestro movimiento popular.

Nuestro liberalismo es la ideología que intenta unir los intereses de los gerentes de las empresas multinacionales (altamente dependientes del capitalismo monopolista de Estado) y de los capitalistas brasileños ligados directa o indirectamente al capital internacional (siempre dependientes del capitalismo de Estado para su funcionamiento y sobrevivencia). Este liberalismo será siempre inconsistente en lo económico y más aún en lo político, donde su formación burocrática no deja ningún lugar para el juego democrático.

Nuestro socialismo naciente, como suplente del movimiento nacional-democrático, expresado sobre todo en el antiguo Partido Laborista, busca articular los intereses de la pequeña y mediana y a veces hasta de la gran burguesía (abrumadas por la concentración económica que es promovida por el gran capital), con la capacidad de planeación y organización de los marcos técnicos e intelectuales asalariados, en franca proletarización, y la base de masas en proceso de organización del proletariado urbano y rural y de los amplios grupos de subcontratados y desempleados articulados en torno del liderazgo populares de proyección nacional. Este socialismo estará siempre marcado por un cierto radicalismo, modelos populistas de liderazgo y fuertes sentimientos nacionalistas.

Si la Constitución de 1987 no refleja esas contradicciones, difícilmente tendrá vigencia en este país que se llama Brasil. Es en este contexto ideológico donde nos gustaría intentar anticipar los principales puntos del debate en la campaña y en el funcionamiento de la Asamblea Constituyente a ser electa en noviembre de 1986.

## **5. EN EL PLANO ECONÓMICO**

En este plano, se ubicarán varias cuestiones subordinadas al tema central de las reformas estructurales. En un país sometido a un capitalismo avasallador y sin trabas (que desarrolló una dependencia creciente del capital internacional y del mercado mundial, mientras realizaba una concentración exacerbada de la producción y de la renta, marginando amplios grupos sociales en la ciudad y en el campo) no puede haber debate económico relevante si éste no parte de la necesidad de reformas profundas de la propiedad y de los mecanismos de funcionamiento de la economía. En consecuencia, se destacan algunas cuestiones esenciales, tales como crear los medios constitucionales para:

- La realización de una auditoría de nuestra deuda externa para localizar su verdadero origen y su real impacto en la economía nacional. Drástica restricción al pago de los impuestos establecidos por mecanismos ilegítimos y especulativos. Suspensión de estos pagos por un periodo suficiente para recuperar nuestra capacidad de crecimiento.
- La reorientación del carácter exportador de nuestra economía, contención de las remesas de ganancias y otras regalías hacia el exterior, reorientación de nuestra producción agraria e industrial a las necesidades básicas de nuestra población.
- La contención de la inflación, a través del corte drástico de los gastos públicos inútiles (subsidios, apoyos corruptos y privilegios al sector privado), instaurado en un gobierno austero, a través de un efectivo control de precios asentado en una ley de economía popular y antimonopolista, a través de la contención de los impuestos elevados y de la especulación financiera.
- La defensa de las riquezas nacionales, hoy entregadas a enormes poderes internacionales que dominan nuestro suelo y subsuelo, empresas y sectores estratégicos de la economía. Esta aparece como una cuestión fundamental, cuando se planean enormes proyectos de explotación de las riquezas minerales del país, en alianza con el capital internacional y cuando se busca desnacionalizar y privatizar la Vale do Rio Doce, empresa estatal totalmente exitosa y líder de nuestra política mineral.
- El rescate para la nación y la distribución amplia de las tierras rurales y urbanas que son objeto de falsificación

de títulos de propiedad de la tierra, posesiones ilegales, propiedades latifundistas improductivas y de capitales extranjeros, especulación inmobiliaria, etc. Sin una reforma agraria profunda no se liberarán las fuerzas económicas para la inversión productiva y para la planificación de los asentamientos humanos. Mientras eso no suceda, la crisis de la metropolización desenfrenada amenaza nuestras condiciones de sobrevivencia.

-La defensa del ambiente y aprovechamiento productivo de las cuencas fluviales, de las costas marítimas (dentro de las propuestas apoyadas por los países no-alineados), preservación de los bosques y de las fuentes de energía no renovable.

-La reforma empresarial, con el apoyo a la empresa pública y a su democratización, a través de la participación de los trabajadores en su gestión y control por el Parlamento y por las organizaciones representativas de la sociedad. Además cabe notar, el debate sobre la empresa pública estará en el centro de la confrontación entre los sectores populares y los sectores neoliberales y conservadores que planean restringir la intervención estatal al objetivo de subsidiar el capital, sea por la venta al sector privado de servicios públicos a bajo precio, sea por la adquisición estatal de mercaderías a precios elevados, sea, finalmente, a través del financiamiento directo al sector privado. Al mismo tiempo, reservan al sector estatal las empresas localizadas en los ramos de bajo lucro y las inversiones a largo plazo. Quieren impedir, sobre todo que el sector estatal se estructure, dirija y planee las actividades económicas, según los objetivos de las mayorías sociales. De esa forma, el verdadero debate no es en torno a la participación mayor o menor del Estado en una economía como falsamente se vienen planteando. Ambos lados quieren la intervención estatal. La diferencia se ubica sobre el grado de control democrático del sector o su papel en la economía.

El movimiento popular, más allá de defender a la empresa pública como núcleo estratégico de la economía, debe reivindicar el reconocimiento constitucional de las formas de empresas sociales como las cooperativas, las empresas de autogestión y comunitarias y la empresa familiar. Se debe buscar la formación de un sistema empresarial de contenido social y democrático que se oponga al capitalismo monopólico, concentrador, dependiente y marginador.

El movimiento popular deberá demandar aún, el compromiso constitucional de apoyar las pequeñas y medianas empresas, que tienen mayor capacidad de generar empleos y pueden desarrollar una amplia eficiencia gerencial en los sectores tecnológicos donde se justifican las pequeñas unidades productivas, algunas de ellas muy avanzadas incluso.

La gran empresa monopólica, los grupos económicos y los procesos de concentración y centralización financiera deberán ser restringidos o incluso suprimidos por la Nueva Constitución.

Corresponde también a la Asamblea Constituyente defender el contenido democrático y participativo de la gestión estatal, valorando la administración pública, el servicio público, la planificación y la subordinación de las actividades económicas a los fines sociales y humanos que solamente el Estado democrático puede representar y defender.

Inmediatamente ligado a estos principios, se ubica el poder fiscal del Estado que no puede ser visto solamente como una actividad técnica de recaudación sino como un instrumento de distribución de la riqueza y de corrección de las desigualdades entre grupos de población, regiones y sectores económicos. La constitución deberá, pues, lanzar los principios de una reforma tributaria.

Corresponde al Estado velar también por el buen uso de los medios financieros con los que cuenta la nación, prohibiendo y castigando drásticamente todas las formas de especulación financiera y de los medios de vida de la población particularmente en lo que se refiere a la distribución de los productos esenciales para el consumo de la población.

La nueva Constitución deberá dar también a la sociedad instrumentos de control sobre la economía, sobre los precios, sobre los salarios, etc., siempre restringiendo el papel de los técnicos en estas decisiones y favoreciendo la participación democrática en las mismas.

## **6. EN EL PLANO SOCIAL**

En este plano, existe hoy una tarea urgente y profunda a realizar a nivel constitucional. Se trata, en primer lugar, de rescatar el derecho al trabajo, al empleo, a la libre organización sindical y a su conversión en un órgano cogestor de las políticas sociales, como el empleo, la vivienda, la salud y la alimentación, así como de la Previsión Social y BNH, que son formados directamente con fondos por los trabajadores.

Se trata, sobre todo, de reorientar el presupuesto público a favor de las inversiones sociales, como precepto constitucional. Pero se trata de reconocer al hombre como principal recurso económico de la nación, poniendo a su educación y a su nivel de vida como primer objetivo de la acción estatal.

En este contexto, el seguro de desempleo, la estabilidad, el pleno empleo, el derecho a la educación, a la alimentación, a la salud, a la vivienda y al transporte deberá ser transformado en preceptos constitucionales con una exigencia de estricta operacionalidad.



A los órganos de representación comunitaria se deberá dar un derecho constitucional de participar en el encaminamiento, definición y ejecución de esas actividades sociales.

Así, también los demás órganos de representación profesional, étnica, social, cultural deberán tener por dispositivo constitucional, el derecho a ser consultados, influir y participar de la formulación de las políticas relativas a sus campos de actividades.

La constitución democrática deberá disponer de un alto contenido de auto-organización de la sociedad como instrumento para asegurar políticas sociales adecuadas a los intereses de la población.

## **7. EN EL PLANO POLÍTICO-INSTITUCIONAL**

Si las transformaciones que deberán ocurrir en el campo social tienden a generar cierto consenso, por la necesidad de compensar el abandono de esas cuestiones en los últimos 21 años de dictadura, no ocurre lo mismo en el campo político-institucional, donde se detuvieron grandes luchas.

Es cuestión pacífica la necesidad de incorporar la noción ampliada de derechos humanos en nuestro aparato constitucional. En un país que redescubre la importancia de la ciudadanía es necesario extender este concepto a todos los aspectos de la vida humana y limitar el poder discrecional del Estado ante el ciudadano. Las minorías étnicas y sociales, las mujeres, los indios, los negros, los favelados, los homosexuales, la población carcelera, un gran número de grupos y corrientes sociales exigen su condición de ciudadanos plenos, en un país elitista y oligárquico que discrimina y somete drásticamente aquellos que no pertenecen al círculo social dominante.

Pero al lado de esas demandas liberales, se ubica aún más claramente, la necesidad de pedir las condiciones materiales para la elevación social de los ciudadanos: el derecho al empleo, a la alimentación, a la salud, a la educación, a la vivienda y al transporte tendrá que primar sobre cualquier otra prioridad nacional. Se ubica así, como precepto institucional el planeamiento estatal y social de los asentamientos humanos, de forma que se impidan los efectos antihumanos de la metropolización y de manera que se garantice la defensa del ambiente y de la calidad de vida.

Un tema fundamental para la concepción del autoritarismo y el restablecimiento del poder civil, será innegablemente el concepto de la seguridad nacional. A través de una noción conspiradora, retirada de las doctrinas contra-insurreccionales, las Fuerzas Armadas se atribuyen el derecho de tutelar la vida política del país, extrapolando su misión de defensa de la soberanía nacional.

El concepto de seguridad nacional tiene que dirigirse hacia la defensa del país ante las amenazas externas y debe ser concebido dentro de un contexto civil y no militar. El control del país por el capital internacional, la entrega de nuestras riquezas naturales a precio vil, el dominio de nuestras tierras por propietarios extranjeros son las verdaderas amenazas a la soberanía y a la seguridad nacional y no las ideas y la defensa de los intereses del pueblo trabajador y de las mayorías marginadas e injustificadas. No existe seguridad nacional en una sociedad caracterizada por la injusticia social.

El carácter federativo del Estado brasileño es un principio explícito en la propia convocatoria de la Constituyente. Pero el concepto de Federación viene sufriendo cambios en dos direcciones: la necesidad de reforzar el municipio como unidad básica y la aparición y expansión de órganos de desarrollo y planificación regionales con la SUDENE y la SUDAM.

Debemos respetar y reforzar ambas tendencias, que buscan viabilizar la planificación de un país tan vasto y tan deshabitado como Brasil.

La otra cuestión dramática de confrontación entre los sectores populares y las élites empresariales será el papel del poder económico en las elecciones. Se trata de restringirlo drásticamente, abriendo los medios de comunicación (a pesar de sus protestas) a los partidos en tiempo igual y no solamente durante el periodo electoral. En ese sentido, existen ciertos preceptos en vigor que pueden ser activados y que no deben ser lanzados fuera junto con el agua sucia del pasado autocrático.

La ley Falcão es por ejemplo un límite a las libertades democráticas, al impedir a los partidos y candidatos defender sus programas, pero tienen elementos positivos al asegurar un tiempo igual a todos los partidos y a la presentación de todos los candidatos. Así también es positiva la Ley Etelvino Lins que asegura la participación conjunta de todos los candidatos mayoritarios en los debates divulgados antes de las elecciones. Por último, la ley obliga a la formación de redes nacionales televisivas para todos los partidos debiendo ser preservada, a pesar de la fuerte campaña de los medios de comunicación contra la misma.

Muchas otras cuestiones serán planteadas al respecto del sistema electoral, tales como la disputa entre el voto proporcional y el voto distrital, en gran parte confusa para la opinión pública ya acostumbrada al principio. El voto distrital, se basa en una división correcta en distritos que respetan las mayores concentraciones de población en los centros urbanos, es más democrático. Éste somete al parlamentario al control directo de sus electores y permite a las fuerzas populares plantear la cuestión de la revocación de los mandatos de los representantes que defrauden a sus electores, tal como ocurre en los países socialistas. El Parlamento debe reunirse en el pleno durante cortos periodos al año, permitiendo al parlamentario estar más enterado de sus bases.

Es necesario, sobre todo, limitar el sentido individualista del mandato parlamentario. El parlamentario está hoy cercado de comodidades y facilidades, no para atender a sus electores, sino para garantizar su reelección, correspondiéndole incluso una prioridad absoluta en su partido como candidato a la reelección. Incluso así es alta la rotación en las cámaras y en las asambleas, lo que revela el descontento de los electores, con los candidatos electos. La función parlamentaria se transforma en una lucrativa profesión, lo que tendrá que ser drásticamente corregido, a partir de las cámaras de concejales hasta el Congreso Nacional.

Otra temática donde puede haber consenso, pero en que también están en disputa fuertes intereses populares, será la legislación partidaria. La actual es un adfesoio que interviene drásticamente en la vida de los partidos y los somete totalmente a la justicia electoral, transformada también en justicia partidaria.

La libertad de organización de todas las corrientes ideológicas o políticas es elemento esencial para la democracia y para la conformación de una vida partidaria sólida y no artificial e impuesta.

Los derechos a la coalición, al cambio de filiación de los electos, asegurando, sin embargo, una garantía de fidelidad a sus electores son absolutamente necesarios, sobre todo en un país como el nuestro, donde hay amplia fluidez partidaria, y donde aún no se entienden corrientes de pensamiento político. Somos una sociedad en constante cambio social, económico y cultural.

Es necesario crear los mecanismos para que la vida política refleje la organización de la sociedad civil y para que los partidos sean, al lado de las organizaciones sociales, profesionales, étnicas y sindicales, un mecanismo de articulación entre el Estado y las aspiraciones, ansias y necesidades de la población.

## **8. EN EL PLANO CULTURAL**

En este plano, no hay mucha tradición constitucional en el país. Sin embargo, es en él donde se juegan cuestiones fundamentales para la fundación de un nuevo Brasil Democrático.

La ubicación de la educación como derecho del ciudadano debe complementarse con un fuerte precepto institucional sobre la destinación de presupuesto para este sector, la defensa de la enseñanza pública, la garantía de las condiciones básicas de sobrevivencia para la población estudiantil y el establecimiento de un sistema educacional público que se inicie con la guardería y pasando por la enseñanza preescolar y tal como viene ocurriendo en Rio de Janeiro, a través de los CIEPS, para el primer grado, ofreciendo enseñanza, alimentación y asistencia en tiempo integral. Este principio debe alcanzar los tres grados escolares y el posgrado, el perfeccionamiento y el entrenamiento especializado. La educación es la llave de la formación moral de una nación. Es a través de ella que se forman no solo las aptitudes y las capacidades humanas para el trabajo, sino también el sistema de valores de esa sociedad y el concepto de ciudadanía. Las fuerzas populares tienen que asegurar a su más amplia democratización, como condición para el desarrollo democrático de la futura sociedad, que se fundará a partir de ese nuevo periodo constitucional.

Pero persisten otras graves cuestiones culturales e ideológicas en un país con enormes deficiencias, pero con un pueblo altamente creativo culturalmente. La cuestión étnica, por ejemplo, se confunde con el problema no solo de libertad para las religiones populares sino también su derecho a la protección del Estado, tal como lo tienen las demás religiones. El laicismo de nuestro Estado deberá ser preservado, asegurando también a los no religiosos sus derechos fundamentales. Pero es incuestionable el carácter de resistencia cultural de las poblaciones y de las etnias destruidas por la colonización interna, occidental-europeizante, de que se revisten las religiones, el folclore y otras manifestaciones de la cultura popular.

La defensa y el apoyo estatal a la danza, a la música, a la artesanía, a las artes populares, entre otras, deberán ser exigidas como principio constitucional, con absoluto respeto por su autenticidad.

El teatro, el cine, la arquitectura, los deportes especializados, las artes plásticas y la artesanía deben merecer especial atención de los constituyentes, pues son reflejos de nuestra identidad y forman nuestro real espejo cultural.

Las artes eruditas deberán también ser reconocidas como patrimonio nacional junto con nuestro patrimonio histórico a ser preservado y apoyado constitucionalmente. La literatura y la lengua, como base de nuestra cultura, deberán también disponer de amplio reconocimiento constitucional en un país amenazado por la vulgarización, alienación y destrucción de sus bases culturales propias. La música popular brasileña también deberá ser defendida por la Constituyente, a través de mecanismos que limiten la gran afluencia de música meramente comercial norteamericana, sin contenido realmente cultural. Es preciso democratizar a la industria discográfica brasileña y también a las emisoras AM-FM, en el sentido, incluso de conseguirnos mayor intercambio con otros países del mundo.

Finalmente, ante la revolución científico-técnica ahora en curso, en un nivel planetario y hasta en el espacio cósmico, es necesario que los sectores más progresistas de nuestra sociedad luchan por el reconocimiento institucional del apoyo estatal a un poderoso sistema científico-tecnológico nacional, capaz de asegurar nuestra inclusión en la nueva civilización que se diseña en el horizonte del siglo XXI, con el apoyo irrestricto a la investigación y al experimento científico de real interés de la sociedad.

La Constituyente tendrá que repensar también los criterios de concesiones de las emisoras de TV y radio. Es preciso descentralizarnos la información en los medios de comunicación, favoreciendo a todos los estados, capitales y municipios en términos de igualdad. Existen varios lugares, más allá de la zona sur, aún a ser descubiertos y mostrados vía EMBRATEL (Empresa Brasileña de Telecomunicaciones).

## **9. EN EL PLANO INTERNACIONAL**

No puede tampoco el esfuerzo institucional dejar de lado nuestra posición en la realidad internacional, a la cual pertenecemos y a la cual debemos dar una contribución más sobresaliente y sólida, elevando a principio universal nuestro humanismo, nuestra generosidad, nuestra creatividad cultural. Es así como los principios básicos de una política exterior independiente deberán convertirse en preceptos constitucionales.

Entre estos representantes, se resalta la lucha y la defensa de la paz entre los pueblos, la cooperación internacional, expresada en los organismos de las Naciones Unidas, de la OEA, alejada de su pro-americanismo, del SELA, de la ALADI, y otros organismos regionales latinoamericanos. El principio de la independencia nacional como base de nuestra política externa excluye, así, la adhesión a los bloques de poder internacional y debe fundamentarse en el no-alineamiento como doctrina. El respeto a la autodeterminación de los pueblos

y el cultivo de la amistad entre todos los pueblos del mundo debe combinarse con la prioridad a nuestros vecinos latinoamericanos (la gran parte latinoamericana a la cual pertenecemos por vocación cultural y geopolítica), nuestra identidad con nuestros orígenes ibéricos y africanos, en particular con los pueblos de lengua portuguesa, frente a los cuales debemos, por precepto constitucional, asumir la responsabilidad histórica de confraternizarnos, en la defensa de nuestra unidad lingüística y cultural.

Si así no lo hemos hecho hasta hoy, se debe a nuestra alienación cultural y a nuestra posición dependiente y colonizada en relación a una Europa y a unos Estados Unidos cultivados por nuestras élites como patrón y modelo de comportamiento. Ocurre que, al copiarlas, principalmente en los aspectos negativos, solo demostramos el atraso y la miseria cultural y humana de nuestras clases dirigentes, que son ajenas a la historia, a los sentimientos y a la cultura de nuestro pueblo, única fuente posible de una efectiva cultura nacional.

No será a través de la exaltación de los valores cosmopolitas de nuestras élites que alcanzaremos un papel importante en la cultura universal. Al contrario, será a través de la valorización de las capacidades creadoras de las grandes masas de nuestro pueblo que construiremos una base cultural auténtica de proyección y articulación universal.

La nueva constitución deberá establecer la tarea de patrocinar a nuestros artistas y atletas, defender y preservar nuestras riquezas culturales y apoyar nuestro desarrollo científico y tecnológico, sometiendo a concesión de los medios de comunicación y las partidas gubernamentales a esos objetivos. Solo así Brasil será el hijo de las luchas de su pueblo y de los mártires, y de los héroes de esa epopeya democrática de la cual no pretendemos retroceder.

## II. Conquistas sociales y contradicciones en la constitución<sup>88</sup>

### 1. LOS DERECHOS SOCIALES Y EL PRIMADO DEL TRABAJO

La Constitución de 1988 refleja, en el plano social, preocupación por la etapa aún precaria de la calidad de vida de nuestras poblaciones. Buscando garantizar, como derechos básicos, conquistas obtenidas por otros pueblos hace décadas, la Constitución rompe con la concepción liberal del Estado y le atribuye la responsabilidad de garantizar un conjunto de “derechos sociales” de la población.

El artículo 6° define como derechos sociales “la educación, la salud, el trabajo, el ocio, la infancia, la previsión social, la protección a la maternidad, a la infancia, la asistencia a los desamparados”. De esta forma, se entiende por derechos sociales aquellos que aseguran al ser humano la atención de sus necesidades básicas, y se atribuye al Estado la tarea de hacerlos efectivos, proporcionando directamente los medios para satisfacer dichas necesidades o apoyando iniciativas de la ciudadanía en esta dirección. Es interesante constatar que los capítulos 7° al 11° complementan estos derechos generales de la población con los de trabajadores urbanos y rurales, los de la libre asociación sindical y profesional, el derecho de huelga, la participación de los trabajadores y empleadores en los colegiados de los órganos públicos y la elección de un representante de los trabajadores en las empresas con más de doscientos empleados.

A partir de esos derechos básicos, que se inscriben en la tradición social demócrata-socialista y que contrarían el concepto de Estado Liberal, se llega al título VIII dedicado a la Orden Social donde se busca diseñar un instrumental legal e institucional capaz de hacerlos viables.

Para orientar este título se define un principio general, por cierto sorprendente en un país dominado por un capitalismo salvaje, donde la sed de ganancia y de expropiación de las riquezas públicas viene triunfando hace años, y son aceptadas por los medios de comunicación como aspiraciones correctas y deseables. Dice el artículo 193:

“El orden social tiene como base el primado de trabajo, y como objetivo el bienestar y la justicia social”.

---

<sup>88</sup>Elaborado originalmente para el Centro de Estudios de la Constituyente de la Universidad de Brasilia

En este sentido, el capítulo sobre el orden social intenta compensar, según la voluntad constitucional, los principios plasmados en el capítulo del orden económico en el cual se establece la valorización del trabajo humano en el mismo nivel de la "libre iniciativa" y de la "propiedad privada" que aparece como el segundo principio de ese orden, así como la "libre concurrencia" como el cuarto.

De esta forma, luchan dentro de la Constitución los principios del capitalismo, como fundamento del orden económico, y la primacía del trabajo, como fundamento del orden social. Será tarea de las próximas décadas intentar superar esta contradicción y definir, a través de la lucha social, política y cultural cuál de estos principios prevalecerá como ordenador del conjunto de la nación brasileña.

Deberán volverse pues, evidentes, en el transcurrir de su aplicación, las dificultades para garantizar la primacía del trabajo en un orden económico donde prevalece una brutal concentración de la renta, una sumisión enferma a los intereses expropiadores del capital internacional, el desaprovechamiento de los recursos humanos de la nación, expresados en el subempleo, en el desempleo abierto y en el mayor aprovechamiento de los recursos nacionales. En este sentido, el título VIII sobre la Orden Social, aparece, a veces, como un conjunto de normas vacías que no son aplicables al entrar en choque con el orden económico al cual cabría su viabilidad.

## **2. LA SEGURIDAD SOCIAL**

El concepto de Seguridad Social

"comprende un conjunto integrado de acciones de iniciativa de los poderes públicos y de la sociedad destinado a asegurar los derechos relativos a la salud, a la previsión y a la asistencia social", dice el artículo 194.

De inicio, vimos que este concepto tiene por objetivo, atender a la población en general y no solamente a los trabajadores. La universalidad de la cobertura y de la atención" es de hecho su primer objetivo. Pero su financiamiento se define básicamente por la contribución directa de trabajadores y empleadores (sobre su nómina, facturación y ganancias).

En este sentido, los avances realizados por este sistema son puramente burocrático-administrativos. Se crean sistemas descentralizados, más articulados entre sí, intentando movilizar todo el aparato estatal



intersectorial y los niveles municipal, estatal y nacional. Se pretende así, aumentar la eficacia y la calidad de la atención de la salud, de la previsión social y de la asistencia social.

Sin embargo, se atribuye al Poder Ejecutivo la total responsabilidad de gestión del sistema. No se llega ni siquiera a proponer un consejo de fiscalización compuesto de trabajadores y patronos. Parece que, en las actuales circunstancias, sería absurdo pretender la gestión tripartita de estos sistemas, tal como los trabajadores alcanzaron en 1963, al conseguir la gestión de la Previsión Social por los sindicatos, los patronos y el Estado.

Tal vez estas propuestas vengan a ocurrir a nivel de la regulación del sistema de seguridad social, pues, en una Constitución que se dice participativa, existen los fundamentos implícitos para que los trabajadores sean los gestores de sus propios recursos. Quedará dependiendo de futuras regulaciones también la definición de los órganos encargados de proponer políticas generales del sistema de seguridad, sus metas y prioridades. Todas estas observaciones convergerán para la formación de un consejo representativo, como señalamos arriba, que deberá presentar incluso, un informe anual de la política de seguridad en el país con el objetivo de mantener una fiscalización pública sobre la misma.

### **3. EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE**

La voluntad social de los constituyentes se mostró más decidida en el plano de la educación. Aquí ellos defendieron totalmente la prevalencia de los intereses público sobre el privado, impusieron cuotas mínimas de recursos y el principio de la planificación educacional.

La Constitución refleja de inmediato, la necesidad de que el país supere definitiva y urgentemente el analfabetismo, que limita radicalmente la ciudadanía. Al mismo tiempo, manifiesta la voluntad de ofrecer la enseñanza básica universal, elevando al pueblo brasileño a un nuevo panorama educacional, al cual ya llegaron los pueblos civilizados.

En el afán de garantizar ese objetivo, el legislador definió derecho subjetivo al acceso a la enseñanza obligatoria y gratuita (artículo 208, inciso VII, párrafo 1º). De esta forma:

“el no ofrecimiento de la enseñanza obligatoria por el Poder Público, o su oferta irregular, otorga la responsabilidad de la autoridad competente” (párrafo 2º).

Para garantizar la eficacia de esos preceptos, la ley máxima fijó que como mínimo 18% de las recaudaciones de la Unión y 25% de los estados, Distrito Federal y municipios deberán ser aplicados en educación, ahí no incluidos los gastos con programas suplementarios de alimentación y asistencia, ni el salario-educación, que constituirán recursos adicionales.

Al contrario de la seguridad nacional, donde fue deficiente lo que respecta a la definición de su planteamiento, en el campo educacional se prevé el establecimiento de un plan nacional de educación con los objetivos explícitos de erradicación del analfabetismo, universalización de la atención escolar, mejora de la calidad de enseñanza, formación para el trabajo y promoción humanística, científica y tecnológica del país (artículo 214).

De esta forma, la Constituyente, se inscribió en la amplia corriente de ideas de la sociedad brasileña que, desde la década de 1930, se viene uniendo en torno a educadores como Anísio Teixeira, y buscando camino hacia una educación democrática. Este, sin embargo, ha sido bloqueado por la alienación de nuestras élites, por el desprecio a su propio pueblo, considerado racialmente inferior, por la miseria de las grandes masas del país y por el asalto a los recursos de la educación que terminaron sirviendo al clientelismo político. En los años de la dictadura, la situación negativa de la enseñanza fue agravada aún más por el apoyo a la escuela privada y por la degradación cuantitativa y cualitativa de la enseñanza pública.

En lo que respecta a la enseñanza superior, la Constitución declara enfáticamente la autonomía universitaria "didáctico-científica, administrativa y de gestión financiera y patrimonial". El principio de la autonomía universitaria es nuevo en nuestro país, a medida que la educación superior aparece subyugada al Ministerio de la Educación y fuertemente influenciada por los colegios profesionales. La reglamentación de este principio constitucional deberá permitir la autoelección de las autoridades académicas, correspondiendo a la Presidencia solamente su refrendo y nombramiento.

Es aún promisorio constatar que la Constitución consagró el carácter moderno de nuestra universidad, al establecer el principio de no separación entre enseñanza, investigación y extensión.

No cabe duda, pues, que disponemos de preceptos constitucionales modernizadores para nuestra actual catástrofe educativa. Estos no son suficientes para cambiar esta situación pero ofrecen un marco favorable que deberá servir de punto de partida para un gran movimiento nacional por la educación.

El tema sobre la cultura es modesto y refleja el poco interés de nuestra sociedad por su legado cultural y su inserción en el legado universal de las civilizaciones. Parece agotarse en el concepto de patrimonio histórico, consagrado en la década de 1930, extendiéndolo al conjunto de formas de expresión, modos de crear y hacer

creaciones, obras y objetos. Al mismo tiempo, agregó a nuestro patrimonio los antiguos refugios de esclavos fugitivos, en una búsqueda de identificación de nuestras raíces africanas, sin definir, sin embargo, los principios de un proyecto cultural capaz de movilizar amplios recursos nacionales para la autoafirmación de nuestro pueblo.

De la misma forma, el deporte fue tratado casi burocráticamente, reflejando el desprecio de nuestras élites y de grandes grupos de nuestro pueblo al respecto del deporte como elemento esencial de la formación básica del ser humano.

#### **4. CIENCIA, TECNOLOGÍA Y COMUNICACIÓN**

El afán modernizador de la Constituyente me hace dedicar un capítulo específico a la ciencia y a la tecnología que refleja el amplio debate nacional sobre el tema.

En este caso, la Constitución refleja antes que nada, el deseo de que el país ingrese a un nivel más alto de producción científica y desarrollo tecnológico, escapando de su dependencia de los centros dominantes. Al mismo tiempo, la Constituyente pretende orientar el desarrollo científico-tecnológico a la solución de los problemas nacionales, la mayor productividad y su aplicación en la estructura empresarial.

Esta voluntad se expresa particularmente en el concepto de mercado interno, como “patrimonio nacional”. En este sentido, “será incentivado de modo que haga viable el desarrollo cultural y socioeconómico, el bienestar de la población y autonomía tecnológica del país”. Estas definiciones del artículo 219 forman parte de un esfuerzo teórico, conceptual y político en el sentido de garantizar una estrategia de desarrollo dirigida a la atención de las necesidades de la población.

El límite de esta estrategia está, sin embargo, expresado en los propios límites del mercado interno, del cual están excluidos los sectores mayoritarios de la población, mantenidos en la pobreza y marginalidad económico-social. En un país donde el 50% de la población posee el 15% de la renta nacional, el mercado interno está formado por una minoría de privilegiados que retienen el grueso de la renta nacional. De esta forma, si la afirmación de este principio no estuviese acompañada de una drástica distribución de la renta (sobre la cual la Constitución no avanza en nada, ni siquiera en el campo fiscal, y hasta retrocede como en el caso de la reforma agraria) no se puede esperar que éste se convierta en un real instrumento de avance de la población y de la atención a sus necesidades.

En cuanto al desarrollo científico, éste queda extremadamente perjudicado por la ausencia de una promoción de la enseñanza y una política cultural y de divulgación que use los medios de comunicación como instrumento de concientización de la población sobre su propia realidad y el mundo en que vivimos.

Hay una lógica de hierro que arrastra al país hacia abajo y lo somete al control del capital internacional y de sus principios ideológicos. Esta lógica encuentra su punto de origen en las relaciones socioeconómicas, basadas en las altas tasas de explotación de los trabajadores asalariados en general y en la expropiación de los trabajadores productivos, pequeños y medios propietarios. Estas altas tasas de explotación son la base del poder de una clase dominante apartada de su pueblo, articulada con intereses internacionales que refuerzan estas relaciones, a la medida que buscan en el país, trabajo barato y apoyo estatal a sus pretensiones de enriquecimiento rápido.

Incapacitada para construir sus fuerzas productivas internas, la nación se deja diluir y se pone al servicio de las ventajas inmediatas ofrecidas por el mercado internacional, el movimiento de capitales y las facilidades financieras ofrecidas del exterior. El resultado es mayor explotación, dependencia y marginalización que excluye cada vez más a nuestro país de las conquistas de la civilización y del desarrollo científico-tecnológico contemporáneo.

La Constitución esboza, así, una resistencia a estas tendencias, no solamente en este capítulo, sino en otros diferentes artículos, sobre todo en el orden económico. Está claro, sin embargo, que en la fase actual de desarrollo de las fuerzas productivas integradas por la revolución científico-técnica<sup>89</sup>, la cuestión de la política científico-tecnológica se encuentra en el mismo nivel de toda la política de desarrollo.

El capítulo sobre las comunicaciones se caracteriza por su espíritu liberal y se concentra en garantizar la libertad de expresión e intentar retener su uso monopólico, a través de un cierto control sobre el otorgamiento de concesiones. A pesar de establecer el principio del carácter educativo, artístico, cultural e informativo de la programación de los medios de comunicación y exigir el respeto a los valores regionales, no se propone ninguna participación de las instituciones que puedan garantizar el cumplimiento de dichos principios.

La pobreza del capítulo sobre la cultura y el deporte ya refleja la falta de preparación de nuestra sociedad para garantizar una programación cultural en nuestros medios de comunicación. Las universidades, las escuelas,

---

<sup>89</sup> Tenemos publicada una vasta bibliografía sobre el asunto en los últimos años. Entre nuestros libros, citamos particularmente: *Fuerzas Productivas y Relaciones de Producción: un ensayo introductorio: Revolución Científico-Técnica y Capitalismo Contemporáneo*; *Revolución Científico-Técnica y Acumulación de Capital*, todos editados por Vozes. En la misma línea de preocupaciones, recomendamos también *La Crisis Internacional del Capitalismo y los Nuevos Modelos de Desarrollo*, a publicarse por la editora Dos Puntos.

los órganos de cultura del Estado y de las asociaciones sindicales, artísticas, etc. no disponen de ninguna preferencia en el uso de los medios de comunicación y continúan apartados de la definición de nuestra política cultural. Los canales de televisión, las radios, etc. continuarán siendo cedidos a capitalistas, políticos y amigos sin ninguna calificación cultural y el país continuará inmerso en este oscurantismo cultural en que se encuentra.

Tal vez, al reglamentar dichos principios, se pueda extraer de ellos algún contenido más concreto, al aplicar con amplitud el artículo 221 que exige esos atributos a la programación de la radio y televisión. A través de éste se podría disminuir el contenido comercial de esos medios de comunicación y priorizar las concesiones a organismos de carácter cultural, cooperativos, universidades, etcétera.

## **5. EL MEDIO AMBIENTE, LA FAMILIA Y LOS INDIOS**

Una característica innovadora y moderna de la nueva Constitución, en su título de orden social, es su preocupación por el medio ambiente, con la familia moderna, con los niños, los adolescentes y el adulto mayor, y con las minorías étnicas, particularmente el indígena.

En este plano, está claro que el legislador inicia su intervención y enumera principios generales que deberán ser reconocidos por los movimientos sociales concretos. Sin embargo, en lo que se refiere al medio ambiente, existen definiciones bien concretas que reflejan una cierta madurez de la reflexión crítica de la sociedad brasileña ante la brutal degradación de sus condiciones ambientales.

Así también la concepción de la familia como producto de lazos permanentes de convivencia en condiciones de igualdad entre sus miembros avanza en nuestro país hacia niveles extremadamente modernos de relaciones humanas. La preocupación con la defensa de los niños y adolescentes, el respeto a la vejez, a la madre soltera, parecen emerger de una sociedad extremadamente avanzada. Estas reflejan claramente la modernización de nuestras clases medias, sobre todo sus extractos de mayor renta y educación, y no corresponden en nada a la realidad social cotidiana de la gran mayoría del país.

En una sociedad de millones de niños abandonados y hambrientos, de alta mortalidad infantil, de brutal violencia policial y económica contra niños y adolescentes, de desprecio por los viejos, jubilados y lanzados a la alcantarilla, es extraño encontrar una concepción tan idealizada de la protección a estos sectores. Han de existir pues, amplios sectores sociales descontentos con nuestra realidad social, que buscarán utilizar el poder de una Carta Magna para defender sus ideas. Y esta población será también educada para utilizar esos

instrumentos constitucionales en el sentido de alterar sus condiciones de vida.

El último capítulo de la orden social trata del indio, dentro de los principios implantados por Rondon y por la mejor tradición indigenista nacional. El respeto a las tierras, a sus culturas, a sus lenguas, representa un importante paso en su promoción social que sin embargo, es ignorada. No hay ninguna preocupación por entregar a los indígenas los medios para su desarrollo y su integración en la sociedad moderna y en la civilización contemporánea. Es evidente que un conservacionismo estático es obsoleto en la época actual (y siempre lo fue, está claro). Los índices quieren representarse en el poder nacional, quieren incorporarse al mundo cultural y tecnológico moderno y deberán disponer de los medios para hacerlo, sin tener que destruir totalmente sus tradiciones, que sabrán cultivar mejor en la medida que dispongan de medios, riquezas y poder propios.

## **6. CONCLUSIÓN**

La Constitución nos lega, así, un instrumento moderno en su título sobre el orden nacional, pero aún insuficiente y tímido en muchos puntos. Refleja, en gran parte, la madurez de los movimientos sociales y de la conciencia de los sectores más avanzados de la nación. Se mantiene aún atrasada y frágil, no solo en su práctica ciudadana, sino sobre todo en su desarrollo social. De esta forma, su voluntad constitucional oscila entre lo utópico, a veces retórico y vacío, y el reflejo de la lucha histórica de varios grupos de la población por sus derechos. En un ambiente hostil a los derechos sociales, la Constitución busca obligar al Estado a crear y promover una sociedad moderna, educada y avanzada.

El tiempo dirá, sin embargo, hasta donde será posible avanzar socialmente sin romper con los fundamentos mismos de nuestro atraso social. La dependencia, la concentración de la renta, la marginación son elementos estructurales de una formación económico-social capitalista dependiente que generó nuestro atraso social y la violencia de nuestras relaciones sociales, caracterizadas por la miseria, la explotación, el autoritarismo, la marginalidad. ¿Será posible superarlas sin ir hasta los orígenes mismos de estos males?